

Inma Rubiales

Un  
amigo

gratis



«Cada persona tiene un tesoro, y tú eres el mío».

Nash Anderson es un chico solitario y muy peculiar. Su día a día en el instituto es un infierno... hasta que conoce a Eleonor, una chica risueña dispuesta a todo para enseñar a Nash a disfrutar de la vida. Eleonor tratará de demostrarle que tienen muchas cosas en común, pero cuando su amistad se convierta en algo más, ambos deberán enfrentarse a sus peores miedos.

Inma Rubiales

---


# **Un amigo gratis**



Título original: *Un amigo gratis*  
Inma Rubiales, 2019  
Diseño de cubierta: Taller de los Libros

---

Revisión: 1.0

 17/05/2020

*A todos los barcos que forman parte  
del río de mi vida,  
gracias por creer en mí*

## **Introducción**

Creo que cada persona tiene un objetivo en la vida y que ese objetivo es, sin duda alguna, proteger un tesoro. Un tesoro tan valioso que ni el oro, ni los diamantes, ni las joyas, ni las piedras preciosas son nada a su lado. Es un tesoro particular, cada ser en la tierra tiene el suyo.

Y ¿sabes qué? Tú eres el mío.

**PARTE UNO**  
**LA BOMBA**

# Cuentos para Sidney

## Conocerla

Conocer a Eleonor Taylor fue como accionar un sistema de autodestrucción en mi cabeza; ya sabes, como los que aparecen en las películas, conectados a dispositivos móviles, y que se activan unos segundos después de que el mensaje secreto se haya desvelado.

Porque sí, la verdad es que podría comparar el inicio de nuestra relación con eso: una bomba que explotaría pronto, que yo mismo activaría y que me llevaría a mi propia destrucción.

La cuenta atrás comenzó de forma repentina, mucho antes de lo que esperaba. Ocurrió un día cualquiera, cuando la miré y me di cuenta por primera vez de que sus ojos tenían algo distinto a los de los demás. Luego, lo que sentía fue creciendo. Cuando estábamos juntos, balbuceaba al hablar, notaba como la explosión definitiva se acercaba cada vez más: diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro...

Tres, dos, uno.

Entonces, todo se detuvo.

No hubo explosiones. No hubo bombas, ni heridos, ni destrucción. En aquel momento, solo éramos Eleonor y yo. Eleonor, con sus bromas; yo, con mi mal humor. Eleonor, con su sonrisa; yo, con mis gruñidos. Eleonor, con sus miradas extrañas, raras, divertidas, reparadoras. Eleonor intentando ayudarme; yo sin dejarme ayudar. Eleonor desesperada, aunque reacia a rendirse. Eleonor junto a mí, acompañándome.

A pesar de todo, contra todo. Siempre.



Bum. De repente, la bomba explotó.

Ahí fue cuando supe que ya era demasiado tarde para arrepentirme. Ya no podía echarme atrás; era incapaz de alejarme, de huir para no volver a verla. Era demasiado tarde porque ya me había enamorado. Estaba completamente enamorado de Eleonor Taylor.

Eleonor era como una bomba y el amor, como una explosión. Aunque había un problema: un estúpido e insignificante problema del que no me di cuenta a tiempo.

Todas las bombas destruyen, y Eleonor no pensaba quedarse atrás.

## 1. El baño de chicos

—¿Quién es? —pregunté.

Segundos después, una chica con el pelo blanco como la nieve llegó corriendo y se detuvo a mi lado. Llevaba una pequeña libreta en las manos y un lápiz colocado estratégicamente sobre la oreja. Me dirigió una mirada rápida antes de bajar la vista al cuaderno y leer en voz alta el nombre del chico.

—Nash Anderson. Diecisiete años —me informó—. Un amargado asocial. Su mejor amigo le recomendó venir. Probablemente se aburra pronto y deje de asistir a las reuniones, así que tampoco le pongas mucho empeño.

—¿Nash, qué?

—Anderson —me repitió—. Nash Anderson —al ver mi cara de confusión, agregó—: Es normal que no te suene. No estaba en la lista que te di ayer, lo siento. Scott iba a encargarse de él, pero al parecer tuvieron problemas el año pasado y se niega a tenerlo como socio.

—Qué exigente —comenté, despreocupada.

Ella soltó una risita nerviosa seguida de un suspiro. No me hizo falta preguntar qué le pasaba; bastaba con fijarse en la cantidad de nombres y números que había en su cuaderno para darse cuenta de que estaba estresada, como casi todos los voluntarios de la organización. El estrés iba de la mano de la asociación UAG.

Se me ocurrió fundarla a mediados del año pasado. Después de haber estado tantos años rodeada de gente triste, melancólica y aparentemente desgraciada, decidí que la mejor forma de dibujar una sonrisa en la cara de

los alumnos del instituto era crear UAG, más conocida como *Un amigo gratis*.

El orientador del instituto se comprometió a ayudarme nada más presentarle la idea porque consideraba que era una buena forma de fomentar el compañerismo entre los estudiantes. Le gustó tanto que incluso habló personalmente con la directora para que nos cediera una de las aulas libres del centro.

Así fue como empezó a correrse la voz de que Eleonor Taylor y su grupo de amigos raritos habían fundado una organización y, en menos tiempo del que esperábamos, UAG ya era conocida en todo el instituto. E incluso me atrevería a decir que en otros también se hablaba sobre ella.

Todo fue increíblemente bien durante los primeros meses. Había decenas de voluntarios, algunos llenos de curiosidad por saber más sobre UAG y otros decididos a entregarse por completo. El número de socios (Olivia y yo decidimos empezar a llamarlos así para tener un nombre con el que referirnos a ellos) aumentaba cada vez más.

Los voluntarios, también apodados «amigos gratis», se comprometían a reunirse una o dos veces por semana con sus socios para hablar con ellos, aconsejarles y hacerles pasar un buen rato. Olivia fue la que se encargó de hacer las listas con las que organizábamos las quedadas. De no ser por ella, todo habría sido un auténtico caos.

Pese a que yo, como fundadora de la asociación, siempre fui la que más trabajo tuvo, nunca me quejé. Me gustaba saber que podía ayudar a la gente. Los voluntarios quedábamos con nuestros socios los fines de semana, nos esforzábamos por conocerlos mejor y formábamos vínculos con ellos que podían ser duraderos.

Pero, por desgracia, lo bueno duró poco.

Con el inicio del nuevo curso, todo empezó a torcerse. Muchos de los voluntarios fueron a la universidad, otros empezaron su último año de instituto y prefirieron dedicarse solo a estudiar, y el resto decidió invertir su tiempo en hacer cosas más interesantes que participar en UAG. Como el número de socios seguía aumentando, tuvimos que ajustar nuestras agendas y rogar a los pocos voluntarios que quedaban que le dedicasen más horas a la asociación.

Al final, conseguimos salir a flote con mucho esfuerzo. Sin embargo, si seguíamos tan escasos de personal, íbamos a hundirnos en poco tiempo.

—El chico es algo raro —dijo Olivia—. Siempre que lo veo en el instituto, está solo. Creo que es un poquito asocial.

—Bueno, a lo mejor solo es tímido y le cuesta hacer amigos.

—En realidad, tiene pinta de ser un pringado —añadió—. Ya sabes, todo lo contrario a Jayden.

Puse los ojos en blanco. Otra vez con el mismo tema.

—¿No sabes hablar de otra cosa? Deja a ese pobre chico en paz, Olivia.

Dijo algo por lo bajo, pero dejé de prestarle atención en cuanto nos detuvimos frente a la puerta de la cafetería. Luego me apoyé en la pared, consciente de que estábamos esperando al chico más impuntual del mundo: Scott Masón.

—Todo sería más sencillo si para ti tan solo fuera «un pobre chico» —insistió Olivia, que no se rendía con facilidad—. Admítelo, Eleonor. Ambas sabemos que estás coladita por él. No tiene nada de malo.

—Eres insoportable.

—En el fondo me adoras. —Me mordí el interior de la mejilla; odiaba ese tema de conversación—. Y me necesitas. Si yo no estuviera, ¿quién iba a obligarte a hablar con Jayden? Exacto: nadie. Algún día tendrás que admitir lo esencial que soy para ti, Frida.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

—No me llames por mi segundo nombre —espeté—. ¡No puedo hablar con Jayden porque, por si tu estúpido cerebro ha dejado de funcionar y lo has olvidado, tiene novia!

De pronto, una bombillita se encendió en mi cabeza. Miré alrededor, aterrada. Gracias a Dios, nadie me había escuchado, pero era mejor dejar de chillar incoherencias y decir su nombre a gritos.

—No seas tonta. Tu segundo nombre es bonito. —Olivia esbozó una sonrisa burlona—. Además, incluso tiene rimas: Frida, Frida, Frida... como Florida. A partir de ahora, voy a llamarte así. Eleonor Florida Taylor.

Luego, como si lo que acababa de decir tuviese gracia de verdad, empezó a reírse sola.

Rendida, metí las manos en los bolsillos de los vaqueros y volví a

suspirar. Ojalá Scott no tardase mucho más en venir; tenía el presentimiento de que, si seguía estando a solas con Olivia durante mucho más tiempo, le saltaría al cuello. ¡Era insufrible!

Aun así, tampoco podía mentir: hacía años que había empezado a considerarla mi mejor amiga. A pesar de que algunas veces fuese un poco pesada, era la única persona con la que sabía que siempre podría contar. Teníamos nuestras diferencias, pero no lo veíamos como algo malo, sino que nos hacía sentir completas.

Olivia era una persona bastante más atrevida que yo en todos los sentidos. Le gustaba hablar con la gente y ser la estrella. El año pasado decidió teñirse el pelo de blanco, algo que, sumado a su increíble condición física y sus bonitos ojos azules, llamaba la atención de muchos chicos del instituto.

En cambio, yo no podría ser menos especial. Era rubia gracias a mamá, y había heredado la tez pálida y los ojos marrones —de un bonito color caca pasión— de mi padre.

Por eso era comprensible que, cuando estábamos juntas, todas las miradas se dirigiesen a ella. Olivia estaba hecha para brillar, lo que nos ayudó a publicitar UAG. Con su consentimiento, le dije a la directora que quería que fuese Olivia quien apareciese en los carteles que íbamos a colgar por el instituto. Seguro que atraía más a la gente que yo, así que seguía pensando que mi decisión había sido acertada.

—Eleonor, no vas a creerte quién está viniendo hacia aquí.

De repente, Olivia me pegó un codazo en el estómago que casi me corta la respiración. Me volví hacia ella y giré la cabeza para seguir su mirada. Entonces, me puse todavía más pálida, si es que eso era posible. El corazón me latía a toda velocidad.

A tan solo unos metros, Jayden Moore y Lucas, su mejor amigo, charlaban animadamente mientras se acercaban a nosotras. En realidad, iban a la cafetería, pero eso no me importaba en absoluto. Solo podía concentrarme en aguantar las ganas de ponerme a chillar como una desquiciada, porque si lo hacía, los iba a asustar. Y no quería eso.

Sin embargo, toda la emoción que había sentido al verlos desapareció cuando Lucas se paró delante de Olivia y esbozó una sonrisa de dientes

torcidos. Al saludarla, fue incapaz de controlar su saliva, que me dio en la cara.

Me dio en la cara.

Su saliva. En mi cara.

En cuanto se dio cuenta de lo que había pasado, Jayden empezó a reírse. Mientras tanto, mi mirada seguía fija en el chico de las babas, que se disculpó.

Pero era demasiado tarde. El caos ya había estallado.

Siempre me había considerado una persona que sabe controlar la situación en momentos de estrés. Sin embargo, me faltaron fuerzas para reprimir el torrente de emociones que se desencadenó en mi pecho en ese momento. Atacada, me limpié la mejilla rápidamente mientras los latidos de mi corazón se volvían cada vez más intensos. Estaba empezando a entrar en pánico, y no era ni por la saliva ni por los gérmenes.

Era por Jayden, que seguía observando y riéndose en silencio. Acababa de presenciar un espectáculo que difícilmente olvidaría. ¿Cómo iba a mirarle a la cara después de eso? Ni siquiera habíamos mantenido una conversación decente y ya había quedado en ridículo delante de él. ¿Se podía ser más patética?

Quería que me tragase la tierra.

—Tengo... Tengo que irme —balbuceé.

Olivia me cogió del brazo y me susurró que me tranquilizara, pero no lo consiguió. Cuando conseguí zafarme, e ignorando por completo todas sus advertencias, salí del círculo que los chicos habían formado a nuestro alrededor y empecé a andar a toda prisa.

—¡Leonor!

—Es *Eleonor*, Jayden. Oh, por el amor de Dios. ¡Eleonor, espera!

Ignoré sus gritos, los de todos, y empecé a correr como si me fuese la vida en ello. Menuda impresión había dado. «Eleonor Taylor, la reina de las buenas impresiones, intenta ser sociable y comunicarse con chicos y uno de ellos le escupe en la cara». Genial, absolutamente genial.

Llegué al baño como pude y entré rápidamente. Estuve a punto de tragarme el lavabo, pero frené a tiempo. Abrí la llave del agua para lavarme la cara. Una, dos, tres veces. Hasta que estuve segura de que mi

rostro estaba completamente limpio. Luego, apoyé la frente en el grifo, cerrándolo sin querer, y me concentré en respirar para recuperar el aire que me faltaba en los pulmones.

Qué desastre. Seguro que ahora, además de patética, Jayden creía que era una exagerada. ¿Me recordaría siempre como la chica que echó a correr después de que su mejor amigo le escupiese en la cara?

Suspiré, cogí papel para secarme e intenté, sin éxito, abrir los ojos. Las gotas de agua que me colgaban de las pestañas me impidieron ver durante unos segundos.

Cuando conseguí enfocar la vista, un chico de cabellos castaños y despeinados que tenía cara de no saber qué narices estaba haciendo yo allí me miró a través del espejo.

Me volví rápidamente y mi cuerpo y mi mente entraron en estado de *shock*. Sus ojos azules se centraron en los míos.

—No te lo tomes a mal, pero... ¿qué estás haciendo en el baño de chicos?

Me dio un vuelco el corazón. Mierda, mierda, mierda.

Por eso el baño estaba vacío; me había puesto tan melodramática por culpa del escupitajo que no me había fijado. Pensé en una buena excusa, pero no se me ocurrió qué decir. Entre tanto, él seguía observándome con los brazos cruzados.

—¿Hola? —preguntó.

De repente, una idea loca pasó por mi cabeza. Pensé que algo coherente saldría de mi boca para ayudarme a pasar ese mal trago y conservar mi dignidad, pero las palabras escaparon atropelladamente de mis labios sin ni siquiera darme tiempo a pensarlas primero.

—Soy transexual —solté, seguido de una risita nerviosa que le desconcertó aún más—. Ya sabes, transexual. Me operé porque me sentía hombre. La vida es tan injusta que me dio un cuerpo de mujer. Estoy pensando en cortarme el pelo al estilo macho alfa para ser más varonil. ¿Tú qué opinas?

Me miró como si me hubiese vuelto loca. No supe si era porque mi sonrisa resultaba demasiado aterradora o porque había hablado tan rápido que no me había entendido.

—Bueno..., yo... —titubeó.

Su repentina inseguridad me provocó un chute de energía. Mientras me alejaba apresuradamente del espejo y me acercaba a la puerta, seguí dando rienda suelta a mi imaginación.

—¡Exacto! —chillé, lo que sobresaltó al chico—. Eso mismo pensaba yo. Un corte de pelo así, masculino. Más macho que Tarzán. —Me golpeé el pecho y gruñí, imitando a un gorila. Cuando me di cuenta de que estaba haciendo el ridículo más grande de mi vida, quise salir a toda velocidad—. En fin, tengo que..., tengo que irme. Ha sido un placer.

Sentí su mirada en la nuca mientras salía del baño. Había olvidado por completo la razón por la que quería desaparecer hacía unos segundos y avancé todo lo rápido que pude hacia el comedor del instituto.

Definitivamente a Eleanor Taylor no se le daba bien dar buenas impresiones.

Esa fue la primera vez que Nash Anderson y yo hablamos cara a cara.



## 2. Primer contacto

—¿Cómo vas con tus problemas salivales, Eleonor?

Eso fue lo que escuché nada más llegar a la cafetería, cuando me senté con mis amigos en la mesa de siempre para comer.

—Muy gracioso, Scott —gruñí—. Sigo sintiendo sus gérmenes, ¿sabes? Me he lavado la cara miles de veces y soy incapaz de dejar de pensar en ellos.

Puso cara de asco.

—No sigas, vas a conseguir que vomite.

—¿Estás seguro de que no es por la sopa? —intervino Olivia.

Scott levantó la cuchara en el aire y la señaló con ella. Unas gotitas del mejunje mohoso que estaba ingiriendo me dieron en el brazo.

—Imposible. La sopa de la señora Duncan es la mejor que he probado en mi vida.

Esta vez fui yo la que se sintió repugnada. Scott era el único del grupo que no sabía que el rumor de que la cocinera reutilizaba la carne con moho para echársela a la sopa no era, en realidad, un rumor. Solo Olivia y yo habíamos tenido la oportunidad de comprobarlo, así que a ambas nos resultaba realmente asqueroso ver como otros disfrutaban de aquel potingue sin saber lo nauseabundos que eran sus ingredientes.

Aun así, teníamos motivos para dejar que Scott siguiese alimentándose a base de la comida putrefacta de la cafetería; pese a que era nuestro amigo, Olivia y yo no perdíamos la esperanza de que algún día se intoxicara y que la directora, después de que los padres de Scott fuesen a hablar con ella, despidiese a la cocinera.

Llevaba soportando los maltratos de la señora Duncan desde la primera vez que puse un pie en el instituto. Por alguna razón, aquella mujer me detestaba. Era tal la gravedad del asunto, que estuvo más de dos años cambiándome los cubiertos de metal por unos de plástico. Al final, la directora lo solucionó, pero eso no evitó que el odio fuera mutuo.

Por si dos raciones tenían más efecto que una, siempre le cedía parte de mi tazón de sopa a Scott.

Después de unos minutos en silencio, les expliqué lo que había pasado:

—¿Sabéis qué? He entrado sin querer en el baño de chicos.

—¿Cómo, cómo? —preguntó Scott.

—Lo que oyes. Prefiero ahorrarme los detalles —farfullé, porque no podía contarles lo ocurrido sin que me tomaran por loca—, pero ha sido muy vergonzoso.

Entonces, justo cuando pensaba que todo se había acabado, lo vi entrar.

Era castaño, delgado y muy alto. Seguramente me sacaba más de cinco centímetros. No llevaba una bandeja en las manos, sino su teléfono móvil. Se sentó en una de las mesas libres del fondo del comedor sin molestarse en buscar a sus amigos primero.

Se me hizo un nudo en la garganta cuando le vi la cara. Pese a que tenía la esperanza de no volver a encontrarme con el chico del baño, sabía que era imposible, básicamente porque íbamos al mismo instituto. Pero no esperaba tener que hacerlo tan pronto.

—Mierda —susurré, encogiéndome en el banco.

Cuando me escucharon, Olivia y Scott se giraron al mismo tiempo, sin disimular. Tardaron tan solo unos segundos en localizar al chico. Luego, Olivia se volvió hacia mí con una sonrisa picara en los labios.

—Es guapo, ¿verdad? —comentó—. Lástima que sea un asocial.

Fruncí el ceño; no entendía a qué venía eso.

—¿Cómo dices?

—Él es Nash —respondió con tranquilidad—, tu nuevo socio. Es el chico del que te he hablado esta mañana.

Abrí los ojos como platos y se me revolvió el estómago. Aunque intenté disimular, nada pudo evitar que Olivia se diese cuenta de lo que ocurría.

Me inspeccionó detalladamente con sus ojos claros. Después, soltó un suspiro.

—¿Qué has hecho?

No supe si debía sorprenderme u ofenderme.

—¿Qué? Nada.

—Muy bien. Despídete de tu única oportunidad de ligar este año, Eleonor —arqueé las cejas—. ¡Seguro que ya lo has asustado!

—¿Qué?

—¡Dios mío! —exclamó—. Es muy mono. No mientas, estoy segura de que tú también te has fijado...

—Pero...

—¡Y ahora has perdido cualquier oportunidad con él porque eres incapaz de ser normal durante veinte segundos!

—¡Pero si no he hecho nada! —grité, pero debería haber bajado el tono de voz. Ya habíamos llamado suficiente la atención con los chillidos de Olivia, no necesitábamos que todo el comedor nos mirase.

—Conozco esa mirada, Taylor. Estás mintiendo. ¿Qué has hecho? —intervino Scott. Como no obtuvo respuesta, se volvió hacia Olivia—. Si no quiere que ella le ayude, vas a tener que buscarle otro voluntario que no sea yo. No pienso ocuparme de él.

Fui incapaz de reprimir un quejido. Resignada, apoyé los codos en la mesa y me sujeté las mejillas con los puños.

A eso se limitaba mi círculo de amigos: a dos idiotas cuya mayor afición era meterse conmigo las veinticuatro horas del día. Uno de ellos era Scott, un pelirrojo regordete y bajito que llevaba años pegado a mí como una lapa. La otra, Olivia. Ambos formaban parte de UAG y me habían ayudado desde el principio, cuando la asociación no era más que una idea poco desarrollada que parecía no tener ningún futuro.

Así que, en el fondo, los quería. Los quería mucho. Junto a mis hermanos y mi madre, formaban parte de la única familia que me quedaba. Para mí, amigos y familia tenían el mismo significado, aunque no todo el mundo lo aceptase. Pero me daba igual.

Todavía nerviosa, paseé la mirada por el comedor hasta centrarme en Nash. Olivia tenía razón. ¿Cómo narices iba a conseguir caerle bien si ya

pensaba que estaba loca? Y eso que ni siquiera le había dado tiempo a conocerme.

Me fijé en él detenidamente. En algún momento, había sacado una libreta pequeña, con la pasta dura y grisácea, de su mochila y había empezado a escribir. No pude evitar preguntarme si algo de lo que redactaba tendría algún tipo de relación con nuestro extraño encuentro en el baño de chicos..., porque, si lo tenía, iba a ser muy vergonzoso.

¿Tendría un diario? Yo tenía uno. Muy personal, además: en él apuntaba desde ideas de dinámicas para UAG hasta lo que me pasaba cada día. Si éramos iguales en eso, a lo mejor no nos costaba tanto encajar. Quizá teníamos más cosas en común.

El problema era que, seguramente, Nash pensaba que estaba como una cabra.

¿«Más macho que Tarzán»? ¿En serio?

De pronto, se giró y me miró. Aparté la vista en seguida, aunque volví a observarlo cuando me aseguré de que ya había desviado la mirada.

Escribía, sí. Sin lugar a dudas, Nash estaba escribiendo. No lo conocía, pero imaginaba que tenía muchas cosas que contar o la cabeza llena de ideas, porque escribía tan rápido que me costaba creer que la punta afilada de su lápiz siguiese intacta.

Como si el simple hecho de pensarlo hubiese alterado las leyes de la naturaleza, la punta del lápiz se rompió. El chico masculló algo entre dientes y metió la cabeza en su mochila para buscar un sacapuntas, momento que aproveché para levantarme de un salto, lo que asustó a Scott.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

Olivia me miró con los ojos entornados, como si supiese a la perfección lo que tenía pensado hacer.

Pero no lo sabía. No podía ni imaginárselo.

—Os veo en clase, chicos.

Sin pensármelo dos veces, me di la vuelta y les dejé con la palabra en la boca. Era consciente de que había bastantes posibilidades de que fuera a hacer el ridículo, pero me daba igual. Tenía que solucionar eso si no quería que los próximos meses fueran incómodos para los dos.

Antes de que pudiera arrepentirme, crucé la cafetería, rodeé la mesa en

la que se encontraba Nash y me senté junto a él.

—Hola —le saludé.

Se giró hacia mí y, cuando su mirada se centró en la mía, tuve que esforzarme por no echar a correr. Estaba hecha un manojo de nervios y el hecho de que él estuviese observándome así, en completo silencio, no ayudaba.

—Hola —respondió al cabo de un rato.

Después, volvió a lo suyo. Siguió escuchando música y escribiendo en su cuaderno, como si yo no estuviera a su lado y el corazón no me latiera a mil por hora. Me ignoró durante unos minutos que se me hicieron eternos.

Entonces, justo cuando pensaba que ya no podría aguantar más allí sentada, cerró la libreta de golpe y se quitó uno de los auriculares.

Supuse que lo hacía porque iba a hablar conmigo. «Vaya, qué chico más agradable», pensé.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

Retiraba lo dicho.

—En realidad, no —contesté, forzando una sonrisa. Después, me incliné sobre la mesa—. ¿Estabas haciendo deberes?

Frunció el ceño y algunas de sus pecas quedaron ocultas bajo las arrugas de su frente. No me extrañó que tuviese pecas, pero sí que fuesen tan visibles. En vez de señales casi inapreciables a primera vista, Nash parecía tener lunares repartidos por toda la cara.

—No —se limitó a responder.

Hice esfuerzos por no poner los ojos en blanco. Habíamos empezado con mal pie; tan solo llevaba cinco minutos cerca de él y ya tenía ganas de irme.

Me armé de paciencia, estiré la mano, la puse delante de sus narices y dije:

—Me llamo Eleonor. —Arrugó la nariz. Seguro que mi nombre no le sonaba—. De UAG.

—¿UAG?

—*Un amigo gratis*, la asociación a la que te has apuntado.

—Ah. —Frunció el ceño—. ¿Te llamas Eleonor?

—Sí.

—Pero Eleonor es nombre de chica.

Tardé unos segundos en entender a qué se refería.

—Bueno, yo...

—Supuse que sería mentira —me interrumpió—. Las chicas como tú llamáis mucho la atención. Me habría dado cuenta.

Arqueeé las cejas.

—¿Las chicas como yo?

¿Acababa de decir que yo llamaba la atención?

—Sí. Ya sabes, las raras.

—¿Crees que soy rara? —volví a preguntar. Pero ¿de qué iba?

—Lo eres.

Arqueeé aún más las cejas. Cualquiera persona se habría tomado eso como una ofensa, y la verdad es que yo también, pero una vocecita en mi cabeza me recordó que, por suerte o por desgracia, Nash formaba parte de UAG, aunque fuese un socio más. Iba a tener que aguantarlo sí o sí; era mi obligación, así que en vez de contestarle de forma borde, le dije:

—Lo siento por ser rara, entonces.

—Vale.

De nuevo, silencio. Nash agarró el auricular que se había quitado para ponérselo de nuevo. Mi mano seguía extendida, pero él no me había devuelto el saludo.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Primero me ignoraba, después me insultaba... ¿y ahora pensaba volver a ignorarme? Ni de broma. Antes de que pudiera escuchar su música estridente de nuevo, le arrebaté el casco y le obligué a estrecharme la mano.

—No presentarse es de mala educación —lo medio regañé. Acto seguido, esboqué una sonrisa de oreja a oreja—. Hola, me llamo Eleonor Frida Taylor; puedes reírte de mi segundo nombre si quieres, sé que es horrible. Durante los próximos meses, voy a ser tu amiga gratis. Encantada de conocerte, Nash. —Como no dijo nada, me acerqué un poco a él y le susurré—: Ahora es cuando me dices cómo te llamas aunque yo ya lo sepa, para seguir con la tradición y todo eso.

Aunque frunció el ceño, noté que le estaban temblando los labios, como si quisiera sonreír. Esperanzada, le animé mentalmente: «Venga,

Nash. Vamos». Pero, por desgracia, se puso serio de nuevo, por lo que pensé que hablar con él iba a ser complicado. Siempre solía hacer sonreír a la gente cuando me presentaba de manera estúpida.

«Está bien, Eleonor», me dije. «No pasa nada. Uno, cero. Él va a ganando. No sabe de lo que eres capaz. Vamos a por el segundo intento».

—Me llamo Nash —dijo de repente.

El simple hecho de oírlo contestar hizo que mi corazón se llenase de alegría.

—Nash... ¿y qué más? Vamos, puedes hacerlo mejor.

Puso los ojos en blanco, cansado de mi insistencia.

—Me llamo Nash Anderson —contestó, aburrido—. Yo también tengo un segundo nombre, pero no voy a decírtelo. El mío es realmente horrible. Frida es un nombre bonito, no sé por qué te quejas de él. —Se quedó callado, como si estuviese pensando cómo continuar—. Oh, y me gusta la música. Y el silencio. Me gustan la música y el silencio.

Quería que me callase: había sido una indirecta muy directa que, lejos de molestarme, me hizo gracia. No es que fuera a hacerle caso, pero había conseguido sacarme una sonrisa. ¿Eso significaba que íbamos dos a cero? Porque entonces iba a tener que ponerme las pilas y remontar cuanto antes.

Al final, me devolvió el saludo. Su mano rodeó la mía y la apretó con fuerza. Como quería que se tomase en serio lo que iba a decir, me puse seria.

—Genial, Nash. Es un placer. Y no te preocupes por lo de tu segundo nombre, conseguiré que confíes lo suficiente en mí como para que no te dé vergüenza decírmelo.

Se mostró sorprendido. Ahora solo me quedaba esperar que no siguiese pensando que estaba loca.

—Está bien —respondió—. Inténtalo, si quieres.

Estaba a punto de hacerle una pregunta al azar, solo para seguir con nuestra conversación, pero algo cambió. De repente, Nash se levantó y empezó a recoger sus cuadernos a toda prisa. Metió el estuche en su mochila y cerró la cremallera.

—¿Estás bien? —le pregunté. No entendía nada.

Negó con la cabeza.

—Tengo que irme —titubeó—. Lo siento.

Fruncí el ceño y seguí la dirección de su mirada, que estaba clavada a mis espaldas. Sin embargo, al fondo del comedor no había nada fuera de lo normal. Ví a mis amigos sentados en nuestra mesa de siempre y al grupo de Jayden haciendo cola frente a la máquina expendedora de refrescos. Entre ellos estaba Lucas, el chico de las babas de esa mañana, que abrazaba a una pelirroja por la cintura mientras ella le daba besos en la mejilla.

—¿Por qué tienes que...? —Me giré, pero no terminé la frase. Ya no había nadie al otro lado de la mesa.

Se había ido.



### 3. Sueños frustrados

Dos semanas después, Olivia y yo estábamos en mi casa, tumbadas entre las sábanas rojas y grises de mi cama. Yo tenía el ordenador portátil mientras que ella se conformaba con la pequeña libreta que sostenía en las manos, donde estaban apuntadas las listas de socios y voluntarios de la asociación.

Estábamos haciendo el recuento que llevábamos a cabo al final de cada mes: registrábamos cada persona que abandonaba o se unía a UAG con el único fin de organizarnos para no volvernos locas. Por lo general, solíamos tardar de veinte a cuarenta minutos, así que no resultaba una tarea demasiado pesada para ninguna de las dos.

—¿Seamus Rayeis?

—Con Scott —contesté—. No cambies nada, les va bastante bien juntos.

Olivia asintió con la cabeza y tachó el nombre en su cuaderno. Entre tanto, yo lo tecleé en la lista de socios de Scott.

—¿Emma Folk?

—Conmigo, pero ya hemos acabado. Se muda a Francia con su madre. De nuevo, tachó. Yo tecleé.

—¿Y Helena?

—¿Qué Helena? ¿Con o sin hache?

—Con —respondió.

—Oh, entonces va con Julie.

Julie era otra de las voluntarias. Una chica delgada, de piel oscura y ojos negros. Aunque no habíamos hablado mucho, sabía que estaba muy

comprometida con la asociación.

—Entendido. ¿Y Frank Lañe?

—También va con Julie. —Escribí.

—Mmm. Es verdad. Los veo muy juntos últimamente. ¿Crees que son pareja?

—Ni que me importase.

Olivia soltó una risita por lo bajo y se ajustó el vestido azul marino que llevaba. Yo puse los ojos en blanco. Incluso cuando quedábamos para estudiar o trabajar en UAG, ella tenía que estar perfecta.

—Sigamos... ¿Edward Hutterson? —Tras unos segundos en silencio, se contestó a sí misma—: Con Scott.

La sonrisa que tenía en mis labios desapareció cuando pronunció el siguiente nombre.

—¿Nash Anderson? Está contigo, ¿no?

—Se supone —dejé caer la barbilla sobre el colchón—. Lleva dos semanas sin venir. No he vuelto a verlo desde que me senté en la mesa del comedor con él y prácticamente le obligué a hablar conmigo.

Y era cierto. El muy desconsiderado había faltado a nada más y nada menos que ocho sesiones, cuatro por cada siete días, y la verdad era que me molestaba mucho. No, no mucho: muchísimo. Sabía que Nash era una persona complicada (solo había que fijarse en el comportamiento que había tenido nada más conocernos) y que yo lo había tratado de una forma bastante... extraña, pero eso no justificaba su irresponsabilidad. Estaba muy enfadada con él.

Olivia empezó a morder el capuchón del bolígrafo.

—Si me dijeras lo que hiciste, quizás podría darte mi opinión acerca de si tiene o no razones para haberse asustado.

Puse los ojos en blanco.

—No seas tonta, no le hice nada malo.

—Entonces, ¿por qué no quieres contarme lo que pasó?

—Pero si ya lo sabes todo.

Mentía. En realidad, cuando le expliqué mi conversación con Nash, omití detalles importantes. No quise contarle nada acerca de nuestro vergonzoso encuentro en el baño de chicos, y tampoco mencioné que salió

huyendo del comedor sin darme una explicación coherente de por qué lo hacía. Supongo que eran cosas que prefería guardarme para mí.

—Entonces, ¿no vas a ir a la sesión de hoy? —Me puse bocarriba y solté un suspiro—. La última vez que le vi le dije que te venía bien quedar en...

—En el parque, a las seis. Dentro de diez minutos, lo sé —la interrumpí—. Le dijiste lo mismo las últimas ocho veces, pero no fue. Me quedé esperando como una idiota a que llegara, pero no llegó. Así que no voy a ir.

—Sabes que tienes que hacerlo. No puedes dejarlo plantado de esa forma.

—Él me ha dejado plantada mí —protesté, enfurruñada—. Ocho veces.

—No conoces su situación —me mordí el labio al escucharla. Estaba intentando hacerme entrar en razón—. A lo mejor tiene problemas en casa y por eso no puede ir.

Le bastó decir eso para hacerme sentir culpable. Conocía lo bastante bien a Olivia como para saber que tenía unas dotes de persuasión increíbles y que seguramente terminaría convenciéndome, pero no perdía nada por intentar resistirme.

—Ni siquiera estoy arreglada —farfullé, sin encontrar ningún otro argumento válido.

—Todavía tienes seis minutos. —Olivia esbozó una sonrisa burlona y se levantó de la cama tras recoger todas sus cosas—. Tengo que irme. Voy a pedirle a Devon que me lleve a casa.

Parpadeé.

—¿A Devon?

Ella dudó un momento, pero se recompuso con rapidez y sonrió.

—Bueno, tu hermano es muy guapo y yo llevo muchos meses soltera —bromeó, aunque algo me decía que hablaba en serio—. Eh, no me mires así. Querer tener pareja es completamente normal. Eleonor.

La observé en silencio, incapaz de asimilar sus palabras.

—Es Devon —articulé, por si se le había olvidado.

—¡Y eso lo hace todavía más interesante!

Dicho esto, dio un pequeño salto que me dejó todavía más confundida

y abrió la puerta. Cuando estuve segura de que se había marchado y no me veía, volví a dejar caer la cabeza sobre la cama.

Olivia estaba loca.

Devon, Dylan y Lizzie eran mis hermanos. Los dos primeros eran gemelos: unos adolescentes extremadamente sociales, intentos fallidos de cómicos y expertos en molestar, aunque dispuestos a hacer el mundo un poco menos deprimente. Por otro lado, Lizzie era la princesa de la casa: una bonita niña castaña de nueve años que podría atarte de pies y manos si te negases a cumplir cualquiera de sus caprichos. Y yo eso lo sabía muy bien.

Me había obligado tantísimas veces a jugar con ella que me sabía de memoria los nombres de todas sus muñecas: Ambar, Embar, Imbar y Ombar, el único muñeco que tenía.

El resto de mi familia, sin contar a Scott y Olivia, se resumía en una sola persona: Margareth Taylor, mi madre.

A primera vista, mamá podía parecer una persona normal, pero nosotros sabíamos que era mucho más que eso. Después de que mi padre pidiera el divorcio y se largase tras el nacimiento de Lizzie, se quedó soltera y se vio obligada a luchar sola contra el mundo para sacar a flote a una familia numerosa, excesivamente cariñosa y algo rara.

Mi madre era un todo en uno. Taxista, consejera, mecánica, niñera, periodista del corazón, cocinera... Como todo el mundo, había tenido momentos de bajón, algo similar a una depresión posdivorcio —o posabandono, mejor dicho—, pero nosotros conseguimos hacerla seguir adelante. Ella siempre decía que Devon, Dylan, Liz y yo éramos los que la mantenían fuerte, viva. Los que la sostenían en el mundo.

Yo creía que era al revés, que ella nos sujetaba a nosotros.

Mamá era nuestra superheroína.

Seguro que me habría aconsejado no faltar a una sesión, por muy desagradable que fuese el nuevo socio.

Con esta idea en la cabeza, me puse de pie justo cuando el portazo que dieron Olivia y Devon al salir retumbó por todo el edificio. Después de cambiarme de ropa a la velocidad de la luz, cogí mi diario y salí corriendo de casa lo más rápido que pude.

Llegué al parque varios minutos después, con la respiración entrecortada. Me dolían las rodillas y estaba sofocada por el calor, pero había conseguido llegar a tiempo, que era lo importante. Rodeé la gran fuente del parque para sentarme en uno de los bancos más cercanos a ella. Algunas gotitas de agua cayeron en mi libreta cuando la abrí para apuntar la hora exacta a la que había llegado.

Eché un vistazo alrededor. A pesar de que eran más de las seis, Nash todavía no estaba por allí.

*18:16. Novena sesión (si hubiese asistido a las otras): Nash Anderson no ha llegado aún. Si no viene antes de que oscurezca, no podremos llevar a cabo la dinámica.*

Pasaron otros diez minutos más.

*18:26. Nash Anderson sigue sin aparecer.*

Y otros cinco.

*18:31. Nash Anderson no va a venir. Debería irme.*

De pronto, vi que alguien se acercaba por la parte derecha del parque. No supe de quién se trataba hasta que me levanté, pero volví a sentarme al momento y cogí la libreta para apuntar que Nash por fin estaba allí.

En cuanto terminé, levanté la mano y la moví de un lado a otro, intentando captar su atención. Él daba vueltas por el parque, totalmente perdido. Cuando me vio, vino hacia mí; tenía las manos metidas en los bolsillos de los pantalones y parecía dubitativo, como si no supiera si debía acercarse o no.

Al ver su actitud recelosa, comprobé la hoja del diario en la que había descrito la dinámica de la novena sesión y solté un suspiro. No serviría.

*18:32. He descartado la sesión número nueve. Es demasiado pronto. La haremos más tarde. No tengo las instrucciones de las primeras dinámicas que pensé para él. Mierda. No sé qué hacer. Viene hacia aquí.*

*18:34. Mierda.*

*18:34. Mierda.*

*18:35. MIERDA.*

*18:35. Eh...*

*18:36. Qué narices, improvisaré.*

—Hola.

Cuando le escuché tan cerca, alcé la mirada, cerré el cuaderno y me levanté de un salto. Nash estaba de pie delante de mí, con los hombros caídos. Supuse que acababa de ducharse, porque su flequillo seguía húmedo y se le pegaba a la frente.

Ví que iba a decirme algo, así que me puse el dedo en los labios para pedirle que se quedara en silencio. Acto seguido, me agaché frente al banco. Si no recordaba mal, todavía tenía en la mochila los restos de cartulina del trabajo que había hecho ese día con Scott para la clase de francés.

—¿Eleonor...? —Por algún motivo, sonreí. Me alegraba saber que se acordaba de mi nombre, aunque era lo mínimo que podía hacer—. Creo que te debo una disculpa. Ya sabes, por todas...

*Eureka.* Con un movimiento rápido, saqué la media cartulina roja y la partí en diez trocitos. Repetí el mismo proceso con la verde sin perder de vista a Nash, que se había quedado callado, observándome. Seguro que no tenía ni la más remota idea de lo que estaba haciendo.

Una vez que tuve veinte papelitos en las manos, doblé los del primer color, hice una bolita con los del segundo y me di la vuelta.

—Disculpas aceptadas, Nash —contesté. Dejó ir todo el aire de sus pulmones de golpe, aliviado—. ¿Estás listo para empezar con la dinámica?

Mi cuerpo se llenó de energía en ese momento. ¡Me encantaba

improvisar!

—Pero ¿qué...?

—¡Vamos, no pierdas el tiempo! —chillé. Acto seguido, abrí los puños delante de su cara para que viera los trocitos de cartulina que acababa de partir—. Míralos bien, Nash, y dime qué ves.

—¿Papeles?

—No. Vamos, prueba otra vez.

—Ah, perdón... Eh... Es cartulina, ¿no?

—Está bien —resoplé. No parecía tan visionario como yo, así que iba a tener que explicárselo—: Vamos a mirarlo de otra forma: papeles rojos y papeles verdes, diez de cada color. Quiero que nos centremos en los rojos. Piensa en diez problemas que se te hayan presentado a lo largo de tu vida. Da igual cuales sean, si son sencillos de resolver o extremadamente complicados. ¿Los tienes?

Vaciló a la hora de contestar.

—Sí.

—Vale —proseguí—. Ahora quiero que, teniendo en cuenta que cada papel representa un problema, cojas todos los que crees que tienes actualmente. Venga, vamos.

Durante un momento, Nash pareció querer replicar, pero al final me hizo caso. Todavía con cierta desconfianza, dio un paso hacia mí para escoger minuciosamente seis trocitos de cartulina, que apretó con fuerza entre sus dedos. Le dediqué una media sonrisa y me guardé los otros cuatro en el bolsillo. Ya no iban a ser necesarios para la dinámica.

—Ya está —anunció con voz tenue—. ¿Son muchos?

—No —negué con la cabeza. No podía dejar de sonreír—. Ahora desdóblalos.

En cuanto lo hizo, pareció sentirse muy confuso. No había nada escrito en ellos. Estaban vacíos.

—¿Qué se supone que...?

—De momento, tienes que quedártelos —asintió. Yo me mordí el labio. Lo más probable era que pensase que estaba loca, pero me daba igual; eran mis sesiones y mi asociación, así que iba a hacer lo que me diese la gana—. Vale, ahora vamos con los verdes. Es igual que antes,

Nash, solo que esta vez quiero que pienses en diez sueños que hayas tenido alguna vez y que cojas todos los que no se han cumplido todavía.

—Vale.

Nash acercó su mano a la mía, receloso. Se lo pensó un instante y cogió los diez trocitos de cartulina. Intenté no parecer sorprendida.

—Genial, Nash. Lo estás haciendo muy bien —le dije. Casi me temblaba la voz—. Ahora quiero que tires los verdes al suelo.

—¿Cómo?

—Tíralos —repetí—. Si no se han cumplido, tíralos. Son sueños frustrados, ¿no? No sirven para nada.

Dudó unos segundos, pero acabó soltándolos; sus sueños cayeron al suelo sin hacer ruido, y yo intenté hacer una barrera con las piernas, pegándolas la una a la otra, para que el aire no se los llevara.

Los papeles se quedaron quietos, y eso era justo lo que necesitaba. Hasta la naturaleza estaba de mi parte. Respiré profundamente, miré a Nash y le pregunté:

—¿Te contó Olivia para qué sirve la asociación cuando te apuntaste?

—¿Qué? No. Es decir, sí. Más o menos. Creo que...

—Está bien —le interrumpí—. ¿Así que no te lo explicó? Bueno, pues entonces tendré que hacerlo yo. Voy a enseñarte para qué servimos, Nash —se sorprendió cuando le quité los papeles rojos, ya desdoblados, y los fui rompiendo en mil pedacitos, de uno en uno—. Los amigos gratis cogen tus problemas y los destruyen, los eliminan. Te ayudan a solucionarlos. ¿Y sabes qué es lo que hacen con tus sueños frustrados? —Negó con la cabeza. Me agaché, recogí los papeles verdes y se los enseñé—. Los levantan del suelo, ¿entiendes? Y te los dan. Cógelos, Nash —lo animé. Él lo hizo—. ¿Sabes para qué? Para que te aferres a ellos y luches por cumplirlos. Para que te aferres y luches, porque son tus sueños y merecen la pena.

Luego, me quedé callada, esperando una reacción por su parte. Él se quedó boquiabierto y no dijo nada. Seguramente no sabía qué contestar.

—Para eso sirven los amigos gratis, Nash —le dije—. Y yo soy el tuyo.



## 4. Escribes, ¿verdad?

—Deberías dejar de leer y ponerte a desayunar, Eleonor.

En cuanto oí la voz de mamá, me apresuré a terminar el párrafo que había dejado a medias para llegar al final del capítulo, pero ella me cerró el libro antes de que me diese tiempo a hacerlo. La miré con el ceño fruncido; ¡acababa de interrumpir la escena más emocionante de toda la novela!

Gemí con frustración. Me habría gustado ignorarla y seguir leyendo, pero desafiar a mamá no era una buena idea, así que le hice caso. Aparté con dolor el libro de tapas negras y alargué la mano para coger una manzana del frutero, aunque no tenía mucho apetito.

—Corrección —intervino Dylan de repente—: deberías dejar de leer mierdas y mover tu culo de la silla. He quedado con Megan y me niego a llegar tarde.

Megan era la novia de mi hermano. Podríamos describirla como una chica increíble: castaña, guapa, alta y amable; el prototipo de adolescente perfecta con la que todo chico querría salir. Por eso, tanto a Olivia como a mí nos sorprendió que, de entre todos sus pretendientes, eligiese a Dylan.

Sinceramente, cualquiera hubiese pensado que Megan tenía las expectativas más altas. Algo así como un príncipe azul, un rey o un escritor famoso al que robarle todo el dinero.

Y mi hermano no era nada de eso, al contrario. Tanto él como Devon eran dos completos idiotas con la cabeza llena de serrín.

—¡Mamá, Devon ha dicho una palabrota! —Escuché chillar a Lizzie, que levantó una de sus muñecas y golpeó con ella la cabeza de uno de los

gemelos.

—¡Ay! ¡Pero si ha sido Dylan, tonta!

—Devon, no insultes a tu hermana —le advirtió mamá.

—Es verdad —fingiendo estar sorprendida, se llevó una mano a la boca—. Lo siento, Devon, había olvidado que tú no tienes novia.

Clavé la mirada en mi hermana pequeña y me aguanté las ganas de reír. Mamá solía decir que Lizzie era la oveja negra de la familia; en vez de ser rubia como todos los demás, la princesa de la casa había nacido con el pelo oscuro, tirando a negro. Su piel era blanquecina, como la de todos, pero sus ojos habían sido de un color miel intenso desde sus primeros meses de vida.

Los ojos de Lizzie eran increíbles, casi tanto como ella.

—¡Mamá, Lizzie me está ridiculizando!

—Te ridiculizas tú solo, idiota —intervino Dylan—. Es triste que hayas intentado salir con todas las chicas del instituto y sigas soltero.

—¡No es culpa mía! —se defendió Devon—. Todas quieren al novio perfecto y...

—Desde luego que ese no eres tú —lo interrumpió Lizzie, poniendo los ojos en blanco—. Mamá, ¿no habíamos quedado en que Devon, Dylan y Eleonor no podían tener pareja hasta los cincuenta y dos años?

—No te preocupes —comentó Dylan—, a Eleonor eso no le hace falta. Todos sabemos que no podría salir con nadie aunque quisiera. Está coladita por un tal Jayden y, según tengo entendido, él ni siquiera sabe de su existencia.

—¡Eso no es verdad! —protesté, levantándome de un salto.

Devon y Dylan se echaron a reír. Enfurruñada, me hundí en la silla y me crucé de brazos. Imbéciles.

—Como me das un poco de pena, hermanita, voy a darte un consejo: si ese chico no te hace caso, pasa de él y búscate a otro. ¡Hay muchos peces en el mar!

Puse los ojos en blanco sin poder evitarlo. Estaba a punto de contestar cuando mamá se detuvo a mi lado. En cuanto terminó de secarse las manos en el delantal, esbozó una sonrisa divertida y nos señaló la puerta con la cabeza.

—Ese chico tardará poco en fijarse en tu hermana, Devon —le dijo—. Venga, iros ya. No quiero que lleguéis tarde, es una mala forma de empezar la semana.

Dylan se puso en pie de un salto y palmeó el hombro de su hermano hasta este que accedió a levantarse.

—Vámonos de una vez. Megan debe de estar esperándome.

Después de despedirnos de mamá y Lizzie, salimos de casa y nos montamos en el coche de Dylan. Aunque Devon también tenía el carnet, nunca le dejábamos conducir. Por el bien de la humanidad, era mejor mantenerlo lejos del volante.

Llegamos después de un trayecto de diez minutos en silencio. A diferencia de Dylan, que esperó pacientemente a que me bajase del coche, Devon se irritó al ver que tardaba demasiado y empezó a gritarme que me diese prisa, pero le ignoré. Después de colgarme la mochila, caminé hacia el edificio en el que iba a estar encerrada durante las próximas horas.

El instituto.

También conocido como el infierno.

No iba a tener clase hasta segunda hora, por lo que fui directamente al aula de inglés.

Nada más llegar, me senté y esparcí mis cuadernos por la mesa. La mayoría de mis compañeros llegaban más tarde, pero yo prefería ir antes porque así me concentraba mejor. Solo esperaba que no viniese nadie a molestarme, porque ya había tratado con suficientes idiotas esa mañana. Además, necesitaba silencio para trabajar.

Justo entonces, como si lo hubiese hecho a propósito, alguien entró. Retuve el impulso de maldecir en voz alta e intenté seguir copiando las preguntas de historia que tenía que responder para el día siguiente. Sin embargo, no pude evitar levantar la cabeza en cuanto oí como mi nuevo compañero arrastraba una silla para ponerla junto a la mía.

Se me aceleró el corazón cuando le vi la cara.

Era Nash.

—Hola —me dijo.

Intenté con todas mis fuerzas que no notase lo alucinada que me habíadejado. ¿Estaba soñando o de verdad se había acercado a hablar conmigo?

Debía de estar de buen humor, porque no había otra explicación lógica para su comportamiento.

—Nash —le devolví el saludo, forzando una sonrisa.

Él se inclinó sobre la mesa para echarle un vistazo a mis apuntes. Cuando advirtió que se trataba de la asignatura de historia, frunció el ceño.

—¿La señora Carter mandó ejercicios?

—No. Estoy haciendo los que sospecho que mandará la semana que viene.

—Qué trabajadora —comentó.

—Solo cuando no tengo nada mejor que hacer.

Silencio incómodo. Cerré los ojos con fuerza y clavé la mirada de nuevo en mi cuaderno. Con Nash era muy fácil quedarse sin tema de conversación, y eso me estresaba. Aunque me esforzaba por charlar con él, él siempre desistía.

Curiosamente, ese día no fue así.

—¿Cuándo tenemos que volver a quedar?

—Esta tarde.

Nash emitió un sonidito extraño y se rascó la barbilla. Levanté un poco la cabeza para mirarlo. Sus pecas me gustaban.

—¿No era mañana?

—Hemos perdido muchas sesiones, tal vez podríamos hacer una extra —le sugerí—. Solo si quieres, claro.

—Sí, no te preocupes —respondió—. Todo ha sido culpa mía. Yo... Eh, lo siento.

—¿Podrás venir esta tarde?

—Claro —contestó, asintiendo varias veces con la cabeza—. Iré, de verdad.

—Genial.

Otra vez, silencio. Me mordí el interior de la mejilla mientras seguía copiando. Entonces, Nash se aclaró la garganta, como si quisiera volver a llamar mi atención.

—¿Olivia y tú sois muy amigas? —me preguntó, sin venir a cuento.

Meforcé por ocultar una sonrisa. ¿Quería hablar conmigo?

—Nos conocimos con seis años. Es un poco pesada, pero sí, se podría

decir que es mi mejor amiga. —Solté una risita—. ¿Qué puedes contarme tú, Nash?

Lo observé en silencio. Sin que él lo supiera, habíamos empezado un juego: una pelota imaginaria rebotaba entre nosotros con cada pregunta y respuesta. Ahora le tocaba a él. Debía recibir mi pase, explicarme algo y lanzarme la bola de nuevo.

«Vamos, Nash. Puedes hacerlo. Vas genial. Quiero que seamos amigos».

—No mucho. Mi vida social es limitada. —Se quedó pensativo unos segundos y añadió—: Tengo a Mike, pero no mucho más. A veces, mi madre se preocupa; dice que no es normal, e incluso insistió en que me apuntase a un club de lectura para conocer gente. Lástima que fuese para mayores de cincuenta años. Me pasé el verano rodeado de ancianitas que no dejaban de hablarme sobre sus gatos —entonces, al ver que se me escapaba una sonrisa, se puso rojo y agachó la cabeza, avergonzado—. No debería haber dicho eso. Es ridículo, olvídalo.

Fruncí el ceño. Nash tenía los ojos cerrados con fuerza, como si de verdad se arrepintiera de habérmelo contado. No entendía por qué actuaba de esa manera. En realidad, a mí me había parecido una anécdota divertida.

—¿Te gusta leer? —inquirí. Quería desviar el tema para que dejase de sentirse incómodo.

—No mucho. ¿Y a ti?

—Me encanta.

—Vaya.

—Pero escribes, ¿verdad?

Parecía sorprendido.

—Sí —contestó—. ¿Cómo lo...?

—Te vi escribiendo el otro día. Hace mucho, de hecho. En la cafetería.

—Ah.

—¿Sueles hacerlo a menudo?

—A todas horas. Aunque es una pérdida de tiempo, porque nunca le enseño a nadie lo que escribo.

Pestañeé.

—¿A nadie?

—No.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—No lo sé.

Ahí estaba otra vez esa actitud. Me dejé caer sobre el respaldo de la silla e intenté no soltar un suspiro de fastidio. Nash se había acercado a mí, me había saludado y había intentado entablar una conversación, lo cual era bastante sorprendente teniendo en cuenta lo poco que había conseguido hablar con él esas últimas semanas. Sin embargo, había algo que no dejaba de darme vueltas en la cabeza.

¿Por qué nunca sonreía? Quería verlo sonreír.

—Deberías pensar en ello —comenté—. Me refiero a lo de enseñarle a la gente lo que escribes. Es una parte de ti que el mundo merece conocer.

Él negó con la cabeza.

—Todo lo que escribo es horrible.

—No digas eso. Tú no puedes juzgarlo. A lo mejor a la gente le gusta. ¿Nunca has soñado con ver uno de tus libros en las manos de alguien a quien quieres?

Nash tiró suavemente de su labio inferior. Nunca llegó a responder a mi pregunta.

Pasados unos segundos, me dijo:

—Sigo creyendo que eres muy rara.

—¿Eso es bueno o malo?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que bueno, porque en el fondo me caes bien.

—Vaya. —No pude evitar sorprenderme. Estábamos avanzando mucho—. Por si te interesa saberlo, tú a mí también.

Él pareció asombrarse e intentar asimilar mis palabras.

—¿En serio?

Me reí.

—Sí.

—Me recuerdas a Mike —dijo de repente—. Él también me dice que debería enseñarle a la gente lo que escribo y todo eso. En ese sentido, sois

iguales. Aunque no en el resto, claro. Tú eres bastante rara y él es como... un idiota del tamaño de un edificio. Le gusta suspirar por chicas guapas y perseguirlas hasta que lo mandan a la mierda. —Como me quedé en silencio, aclaró—: Mike es mi mejor amigo.

Sonreí de forma burlona e intenté bromear.

—¿Acabas de compararme con alguien que persigue a las chicas guapas hasta que lo mandan a la mierda, Nash?

Después de eso, se quedó en completo silencio. No pronunció ni una palabra durante unos minutos, como si estuviese pensando cómo reaccionar ante lo que le había dicho. Al final, se tapó la cara con las manos y soltó un suspiro.

Le escuché refunfuñar por lo bajo algo como: «no se me da bien hablar con chicas». Iba a intervenir y decirle que era mentira, que solo había sido una broma, que lo estaba haciendo genial y que me alegraba mucho de que quisiese hablar conmigo, pero entonces se levantó y, sin decir nada más, cruzó la clase y desapareció por la puerta.

Dudé si ir tras él, pero al final no lo hice. Nash era una persona complicada. Estaba segura de que presionarle no era una buena idea.

En su lugar, alargué la mano para alcanzar mi cuaderno, que estaba en una esquina de la mesa, y miré el reloj de muñeca antes de empezar a escribir.

*08:46. Nash Anderson es un chico muy extraño. Siempre está nervioso, le cuesta hablar con la gente y se avergüenza a menudo. Me produce tanta curiosidad que me han entrado ganas de conocerle mejor. Quiero saber más cosas sobre él.*

*08:48. En realidad, no me arrepiento de ser su amiga gratis. Algo me dice que pasar tiempo con Nash Anderson merece la pena.*

## 5. El río de mi vida

—¡Será capullo!

Me sobresalté cuando Olivia aporreó con fuerza la puerta de la clase de la que acabábamos de salir (de no ser porque Scott tuvo buenos reflejos y tiró de mí para apartarme, me habría dado de lleno en la cara) y resopló bruscamente antes de darse la vuelta sin añadir nada más, aunque lo que había hecho era suficiente; nos había dado a entender que estaba verdaderamente enfadada y que iba a ir a por él para arrancarle de cuajo la cabeza y utilizarla como pelota de pin pon.

Y con ese «él» me refiero a Nash, el detestable e irresponsable chico que había vuelto a faltar a una sesión después de decirme que no lo haría, la persona que me había hecho esperar veinte minutos en el mismo parque de siempre mientras llovía y hacía frío, y la que nunca había llegado.

Esas eran las razones por las que Olivia se comportaba así. Es posible que Nash se mereciera que alguien como ella le diese una lección, pero no podía permitirlo.

—Olivia, tranquilízate, ¿vale? Alguna razón tendrá. —La agarré del brazo para detenerla, pero no dejó de andar hasta que Scott le bloqueó el paso. Suspiré cuando se dio la vuelta para mirarme. Ni siquiera sabía por qué me esforzaba tanto en defender a Nash después de lo mal que se había portado conmigo—. No tienes por qué ponerte así.

—*Alguini rizín tindrí. Ni tiinis pir quí pinirti isí* —se burló, como si fuera una niña pequeña—. ¡Chorradas! ¡Escúchame bien, Eleonor! ¡Ya basta! ¡Puedo tolerar que falte a una sesión e incluso que falte a ocho! ¡A ocho, pero no a nueve! ¡Si no vas tú a hablar con él, iré yo! Y no será...



Su voz se fue apagando poco a poco a medida que abría los ojos sorprendida, con la mirada fija en algún punto del pasillo. A menos de cinco metros, frente a la puerta de la cafetería, Nash Anderson daba vueltas como si estuviera perdido.

Contuve la respiración cuando nos vio. Fueron apenas unos segundos, pero bastaron para que nos miráramos a los ojos antes de que entrase a toda prisa en la cafetería. Prácticamente salió huyendo de allí.

—No puedo creerlo...

Al ver que su víctima se escapaba, Olivia me clavó las uñas en el brazo para que la soltara. Después rodeó a Scott y echó a correr de nuevo, siguiendo los pasos de Nash. Nosotros fuimos detrás de ella.

Nos adentramos en la cafetería. Olía a puré rancio, zumo de naranja y humanidad. Cuando la encontré entre toda la multitud, avancé a zancadas hacia ella y la abracé por la espalda, intentando contenerla.

—¡Eleonor! —exclamó—. ¡Suéltame!

Mis manos se entrelazaron con fuerza en la parte delantera de su cintura y empecé a retroceder. Teníamos que salir del comedor lo antes posible.

Todo fue bien durante unos segundos, hasta que volvió a dejarse llevar por la ira y echó la cabeza hacia atrás para golpearme en la nariz. Por suerte, no lo consiguió, pero eso fue lo que acabó con mi paciencia.

—¡Está bien! —exclamé, harta de la situación—. ¡Yo iré a hablar con él!

Olivia dejó de patalear como una loca y de dar vueltas por la cafetería como un león buscando a su presa.

—¿En serio?

—Sí.

—¡Genial! —chilló, dando un saltito—. Está allí, en la cuarta mesa empezando por la izquierda. Solo. Es una víctima fácil. Ataca, fiera. Quiero oírte gritar insultos desde aquí. —Se rascó el brazo, pensativa—. ¿Qué tal va tu repertorio de malas palabras? ¿Necesitas ampliarlo? Yo me sé muchas...

—Olvídalo, voy a ir y ya. No necesito aprender más palabrotas, gracias.

Scott me dirigió una mirada de advertencia. Seguro que sabía tan bien como yo que ir a hablar con Nash era una idea terrible. No obstante, Olivia se lo llevó a rastras antes de que pudiera dar un paso hacia mí.

Traté de convencerme de que estaba haciendo lo correcto, tomé una gran bocanada de aire y caminé hacia su mesa. Como siempre que le veía en la cafetería, Nash estaba escribiendo.

Creía que me iba a resultar difícil afrontar su mirada una vez llegase a su lado, pero estaba tan perdido en su cuaderno que ni siquiera advirtió mi presencia. Me armé de valor y me senté junto a él. Cuando quise hablar, me di cuenta de que no sabía qué decir, así que tuve que improvisar.

Como siempre.

—Nash —le susurré, dándole un suave golpe en el hombro.

Oír mi voz lo sorprendió. Se giró rápidamente y, al verme, empezó a ponerse nervioso. Entonces, cerró su cuaderno a toda prisa, con tanta fuerza que cayó al suelo. Mientras yo seguía mirándole, Nash se excusó y trató de levantarse para recoger sus cosas.

Después, todo pasó muy rápido. Las piernas se le enredaron en el banco cuando intentó pasar por encima, perdió el equilibrio y acabó dándose de bruces contra el suelo.

—¡Oh, Dios mío! —chillé en cuanto asimilé lo que acababa de ocurrir—. ¿Estás bien?

Todo el comedor estalló en carcajadas. Muchos señalaban, otros se burlaban y el resto se limitaba a mirarnos; no querría haber sido Nash en ese momento. Y él tampoco. Tan pronto como llegué, se levantó y, sin ni siquiera pararse a recoger sus cosas, salió corriendo de la cafetería.

Me detuve un segundo para pensar qué debía hacer. Mi cerebro me pedía a gritos que lo ignorase y volviese con mis amigos, me repetía una y otra vez que Nash se lo merecía, que no tenía por qué sentir ningún tipo de compasión por él. Por otra parte, mi corazón me advertía que iba a sentirme muy mal si no corría tras él.

Como siempre, me dejé guiar por lo que sentía.

Mientras me regañaba a mí misma en voz baja por ser tan buena persona, me levanté de golpe y empecé a recoger sus cosas. No cerré los cuadernos que había abierto, pero sí los libros. Los apilé todos, me eché su

mochila al hombro y salí a buscarle caminando todo lo rápido que pude.

En cuanto llegué al pasillo, sentí una preocupación atormentadora. No sabía qué debía hacer. Es decir, era consciente de que tenía que encontrarlo, pero el instituto era muy grande y no tenía ni la más remota idea de dónde podía haberse metido. Dios, qué estúpida era. ¿Y si no lo encontraba? ¿Qué debía hacer con sus cosas? ¿Llevármelas a casa? ¿Eso no sería robar? Pero tampoco podía dejarlas en el suelo y desentenderme de ellas, ¿verdad?

De pronto, me despisté, tropecé y todo lo que llevaba en las manos cayó al suelo. Mientras me agachaba para recoger los cuadernos, maldije sin pudor a todos los profesores del instituto, a sus alumnos y a los albañiles que habían construido el edificio por no poner un buen...

Me di cuenta entonces de que la respuesta a todos los misterios estaba delante de mí: la libreta donde Nash escribía. Todo estaba allí, a menos de medio metro. Bastaba con estirar la mano y cogerla para enterarme de todo lo que ocultaba.

No tenía tiempo de pensármelo mucho. De todas formas, Nash nunca se iba a enterar, ¿verdad?

Cogí el cuaderno y me lo acerqué para leerlo. Solo alcancé a distinguir dos párrafos largos, cuyo título destacaba en la parte superior de la hoja, antes de escuchar su voz a mis espaldas.

«Cuentos para Sidney».

—¿Eleonor?

De inmediato, cerré el cuaderno y lo dejé caer al suelo como si fuera lava hirviendo. Luego quise recoger los demás, que seguían esparcidos por el pasillo, pero me detuve al ver que Nash ya lo estaba haciendo. Mientras me levantaba, él terminó de apilar sus pertenencias.

El corazón me latía muy rápido. Me sacudí el polvo de los pantalones y esperé a que me preguntase por qué diablos estaba husmeando en su diario.

Sin embargo, Nash no dijo nada. Sentí un alivio inmediato: no se había dado cuenta.

Como el silencio estaba empezando a agobiarme, pregunté:

—¿Estás bien?

En cuanto guardó todas las cosas en su mochila, se puso de pie.

—Sí.

—¿No crees que tienes algo que decirme?

Se lo solté así, sin más. La mirada de Nash se clavó en la mía, e incluso me puso nerviosa. Pese a que al principio tuve ganas de encogerme hasta desaparecer del mundo, después recordé mi conversación con Olivia y cambié de actitud.

Tras tomar una bocanada de aire, me crucé de brazos. Entonces, él contestó:

—¿Qué quieres? ¿Que te dé las gracias por haberme dejado en ridículo?

Su respuesta me sorprendió. No sabía que la gente amargada pudiese ser sarcástica.

—¿Dejarte en ridículo? —musité, incrédula. Lo que acababa de decir no tenía ningún sentido—. ¿Estás bromeando? Mañana nadie se acordará de lo que ha pasado.

Nash miró hacia otro lado.

—No lo entiendes.

—No eres el centro del mundo. Cientos de personas se caen todos los días. Dentro de un par de horas, todos lo habrán olvidado. En cualquier caso, apuesto a que cualquiera se acordaría mejor de la chica que echó a correr detrás de ti como una desesperada que de tu estúpida caída. Casi me trago la puerta al salir.

Esperaba que eso último sirviese para no sentirnos tensos, pero no funcionó.

—No lo entiendes —me repitió, tapándose la cara con las manos—. Ella lo ha visto todo. Conociéndola, ahora estará riéndose de mí con sus amigas y...

Cerró la boca en cuanto se dio cuenta de que estaba hablando de más, pero ya era demasiado tarde.

—¿Quién es ella? ¿Y por qué iba a reírse de ti?

Sabía que me estaba metiendo en terreno peligroso.

—No lo entenderías.

Estaba empezando a cansarme de esa estúpida frasecita.

—Pues explícamelo.

—¿Por qué debería hacerlo?

—¿Estás hablando en serio?

—¿Qué?

Entonces, estallé.

—Estoy aquí. ¿Sabes lo que eso significa? Que he salido de ese maldito comedor para venir a buscarte —le recordé, señalando el pasillo—. He cogido todas tus cosas: tu mochila, tus cuadernos... ¡Absolutamente todo! Me he pegado un golpe tremendo porque el suelo de este instituto es una mierda, y todo porque me sentía culpable por tu caída en el comedor. Llevas faltando a nuestras sesiones desde hace siglos y ni siquiera sé por qué diablos sigues formando parte de la asociación. Y ahora vengo e intento ayudarte, porque a Olivia se le ha ocurrido la maravillosa idea de asignarte como mi socio, y tú me preguntas por qué deberías explicarme lo que te pasa. Pero ¿sabes qué? Está bien. Si no quieres decírmelo, allá tú. Yo estoy...

—Se llama Agatha —me interrumpió.

Abrí los ojos como platos y empecé a sentir que los brazos me pesaban demasiado. A decir verdad, lo último que me esperaba era que Nash se abriera conmigo. Le había dicho todo eso sin pensar, solo para desahogarme, porque llevaba demasiado tiempo guardándome para mí lo que pensaba acerca de su comportamiento. En ningún momento creí que se animaría a contarme lo que le preocupaba.

Pero lo había hecho, y no podía desaprovechar la oportunidad.

—Agatha —repetí.

Estaba pidiéndole en silencio que me diera un poco más de información. Nash cerró los ojos durante un momento.

—Es mi exnovia.

—¿Por eso crees que va a reírse de ti?

—Lo que pasó entre nosotros es complicado —añadió, esquivando por completo mi pregunta—. Nuestra relación no acabó bien.

Quería insistir para que me contase algo más, pero sospechaba que solo serviría para que se volviese a cerrar en banda, de modo que aguanté toda mi curiosidad y le dije:

—Lo siento mucho.

Él negó con la cabeza.

—No lo sientas, no es culpa tuya. Me engañó.

—Vaya.

—Dos veces.

—¿En serio?

—Sí, con chicos diferentes.

—Madre mía.

Desde luego, eso era algo peor que *acabar mal*.

—Lo sé. La perdoné la primera vez. Me prometió que no volvería a pasar y yo no pude hacer otra cosa que confiar en ella. Cuando me enteré de que había ocurrido de nuevo, tuvimos una discusión terrible. Agatha me dijo que quizás el problema no era suyo, sino mío, porque no era suficiente. No era suficiente para nadie.

Tragué saliva. Él alejó su mirada de la mía y la clavó en el suelo.

—Nash...

Quería decirle que no creyera nada de lo que su exnovia le había dicho, que todo era mentira, porque ese estúpido concepto solo servía para hacernos dudar de nosotros mismos. Porque él era más que suficiente.

Pero no me dejó terminar la frase.

—¿Sabes qué es lo peor de todo?

Me mordí el interior de la mejilla. Sí, claro que lo sabía. Cualquiera se habría dado cuenta de ello.

—Sigues preocupándote por lo que ella piense de ti —le dije. Llegados a ese punto, quedarme callada no iba a servir de nada—. A pesar de todo lo que te hizo, su opinión todavía te importa.

Me tomé su silencio como una respuesta afirmativa. Entonces, me arrepentí de haber dejado mi diario dentro de la mochila. Si lo hubiese tenido a mano, podría haber escrito cosas como que nuestra relación de socio-voluntario se volvía cada vez más estrecha y que, por primera vez, Nash se había atrevido a dar el paso y se había desahogado conmigo.

Debía admitir que eso me gustaba. Era reconfortante saber que, poco a poco, estaba ganándome su confianza. Quería ayudarle a solucionar su problema, pero necesitaba que se fiase de mí.

—¿Por qué te importa, Nash? —pregunté.

Pareció dudar durante unos segundos. Al final, acabó negando con la cabeza. Tenía los ojos cerrados.

—No lo sé.

—Porque te hace daño —le solté de sopetón—. Te duele, te irrita, te saca de quicio verla reír, que sea feliz, que coquetea con otros. Te molesta. Te molesta tanto que te entran ganas de irte para no mirarla, porque todavía no estás preparado para asimilar que te ha superado. Odias el hecho de que ella haya conseguido pasar página mientras tú llevas meses atascado en el mismo párrafo de la historia. Por eso te importa.

Mis palabras parecían tener vida propia. Aunque sabía que quizás estaba siendo muy dura con él, seguí:

—Y huyes. —Él inspiró sonoramente—. Huyes como un cobarde y finges como toda una estrella de teatro. Ha llegado un momento en el que lo único que te preocupa es lo que piense de ti: si cree que has conseguido seguir adelante o si se ha dado cuenta de que no, de que sigues igual. Quieres que ella piense que eres fuerte porque eso te ayuda a sentirte mejor contigo mismo. El problema está en que hace tiempo que has dejado de importarle, Nash. Puedo asegurártelo. No le importas. Ya no.

No me atreví a mirarle hasta que terminé de hablar. Fue entonces cuando me percaté de que Nash tenía los ojos enrojecidos. Una brutal sensación de culpabilidad me apretujó el pecho. Aun así, sabía que había hecho lo correcto. Por mucho que le doliese, debía aceptar la realidad.

—No sigas —me pidió, con un hilito de voz—. Por favor.

Solté un suspiro. Las cosas no estaban yendo como me esperaba.

Iba a tener que cambiar de táctica.

—Voy a explicártelo de otra forma —repuse. Luego, deslicé la espalda por la pared hasta que estuve sentada en el suelo.

—No necesito...

—Cállate. Interrumpir a una aspirante a filósofa no es de buena educación —lo regañé, medio en broma—. Bienvenido a una dinámica improvisada de Eleonor Taylor. Espero que te sientas bien acompañado de mis locuras. —Hice un gesto con las manos, como si estuviese abriendo una gran puerta, y le pedí que se agachase a mi lado—. Adelante, ponte

cómodo.

—¿En medio del pasillo? —inquirió—. ¿Hablas en serio?

—Claro, este es mi despacho provisional. De momento no puedo permitirme algo mejor, así que tendremos que conformarnos. Es posible que hagamos un poco el ridículo, pero qué más da. Hacer el ridículo es divertido, sobre todo cuando alguien está dispuesto a hacerlo contigo. Así que siéntate de una vez y deja de poner pegatas, que me desconcentras.

Nash se quedó mirándome durante un buen rato, como si se me hubiese ido la olla, pero acabó por hacerme caso. Suspiró, puso su trasero sobre las frías baldosas del pasillo y cruzó las piernas. Me pareció ver que sonreía, pero fue tan efímero que no averigüé si lo estaba haciendo de verdad o si era una mueca.

Después de unos minutos en silencio, comencé con la improvisación.

—¿Sabes qué, Nash? Siempre he sido muy fan de los puentes levadizos.

—¿En serio?

Se me escapó una sonrisa cuando me di cuenta de que estaba intentando colaborar.

—En serio. Nunca me ha gustado la arquitectura, pero esas grandes construcciones son mi debilidad. Creo que este fanatismo me viene de pequeña. Hace tiempo que me di cuenta de que nos parecemos mucho más a los puentes levadizos de lo que creemos.

—¿Qué?

—Escúchame: podría decirse que cada persona tiene su propio círculo de amigos y familia, ¿verdad? Imagina que eres el vigilante del puente levadizo, que el río que hay debajo es tu vida social y que todas esas personas que forman parte de ella navegan en barcos diferentes. Cada vez que un barco quiere marcharse o entrar, tu responsabilidad es levantar el puente.

»Sin embargo, los barcos son distintos. En los más grandes viajan aquellos a quienes quieres con locura: tus padres, abuelos, hermanos, etc. Por lo tanto, por mucho subas el puente, nunca podrían marcharse sin hacerte daño.

»Por otro lado, en los barcos más pequeños navegan tus conocidos.



Debido a su tamaño, son los únicos que pueden pasar por debajo del puente sin que tengas que levantarlo, razón por la que vienen y van como si nada.

»Por último, están los barcos medianos. Estos son los más complicados; en ellos viajan personas que pasan por tu vida y que pueden aportarte tanto cosas buenas como malas. Tus amigos forman parte de estas embarcaciones, pero cabe la posibilidad de que, con el tiempo, se vuelvan personas tóxicas, destructivas y negativas, aunque antes te hayan apoyado y hayan estado a tu lado. Cuando te das cuenta, y por mucho que cueste, debes levantar el puente para dejarlos marchar. —Lo miré a los ojos y llegué a la clave de la dinámica—. Debes utilizar toda tu fuerza para echar a las personas así de tu vida. Es normal que duela, pero esas heridas se curan con el tiempo. Piensa que puedes tener miles de conocidos, compañeros, colegas... que viajan en barcos pequeños que no ocupan espacio y, por lo tanto, no deben preocuparte tanto. Sin embargo, los barcos medianos ocupan cada vez más, y debes ser selectivo con las personas que están en ellos. Serán pocas, pero las reconocerás fácilmente y estarán ahí para apoyarte y estar a tu lado cuando te derrumbes. Pero, antes que nada, debes dejar que naveguen en el río para conocerlas y saber si puedes confiar en ellas o no para que te ayuden.

Al terminar, me sentí como si acabase de correr una maratón. Miré a Nash, que guardaba silencio desde hacía un buen rato. La situación me parecía cada vez más incómoda; acababa de soltarle un rollo tremendo y él no decía nada. ¿Me habría escuchado? ¿Lo habría comprendido? ¿Le había aburrido tanto que había estado a punto de quedarse dormido?

De repente, Nash soltó un suspiro.

—Chuck —me dijo.

—¿Qué?

—Chuck —repitió—. Ese es mi segundo nombre: Nash Chuck Anderson. Sé que es ridículo, pero por favor, no te rías. Mi hermana pequeña me llama «Ashu» prácticamente desde que nació. Cada vez que estornuda, no sé si me está llamando o no.

Se me escapó una risita. Luego, mientras su mirada seguía clavada en la mía, me aclaré la garganta y estiré la mano derecha.

—Encantada, Nash Chuck Anderson —respondí—. Permíteme decir que tu hermana tiene mucha imaginación.

Aunque dudó un minuto, acabó estrechándome la mano.

—No me cabe duda —dijo. Acto seguido, esbozó una pequeña sonrisa; me hubiera gustado hacerle una foto, solo para asegurarme de que era real—. Encantando, Eleonor Frida Taylor. Bienvenida al río de mi vida.

## 6. El trío invencible

Otra de mis socias más habituales era Grace Dunne, una chica sencilla, llorica e insegura con la que solía quedar tres días a la semana, de miércoles a viernes, para hablar siempre del mismo tema: su novio, sus amigos y el miedo que tenía a ser sustituida.

Por mucho que tratara de disimularlo, razonar con Grace me resultaba imposible. Tenía una sorprendente facilidad para sacarme de quicio que, en ocasiones, me hacía odiarla. Tal era la gravedad del asunto que incluso podría decir que prefería mil veces mis sesiones con Nash, aunque fuera una persona bastante complicada. Por lo menos, él me escuchaba y tenía en cuenta mis consejos, en vez de ignorarlos o hacer exactamente lo contrario a lo que le recomendaba, algo que a Grace también se le daba muy bien.

Si yo le pedía que se valorara más, ella encontraba cien razones nuevas para odiar todo su ser. Si le rogaba que me prestase atención durante unos minutos, ella decidía que era el mejor momento para hablar sin parar hasta el final de la sesión. Y si le decía que tenía que empezar a confiar más en Jayden, su novio, Grace me contestaba que no podía fiarse de él, porque en cualquier momento podría llegar otra chica mucho mejor que ella que la sustituyera.

Día tras día, trataba de quitarle esa idea tan absurda de la cabeza. Le repetía una y mil veces que no podía pensar de esa forma, que estaba equivocada; Jayden la quería y tenía que confiar en él, porque lo único que iba a conseguir actuando así era complicarse la vida. Sin embargo, sabía que todos mis intentos eran en vano; Grace era una chica tan insegura que

seguía dudando de Jayden y de sí misma.

Por eso no me sorprendió en absoluto que el viernes por la tarde, nada más llegar a la cafetería donde habíamos quedado y después de saludarme con su característico y falso entusiasmo, me soltara la misma frase de siempre:

—Creo que me engaña.

Con ella, ninguna de mis dinámicas y sesiones funcionaba. Grace era una de las personas más inútiles, desesperantes e irritantes que conocía. A veces me entraban ganas de pegarle una buena colleja o estampar su cabeza contra la pared y gritarle: «¡Reacciona!». Cualquier cosa con tal de quitarle la cabezonería.

Por supuesto, no hace falta decir que el odio que sentía hacia ella no tenía nada que ver con que, pese a su desesperante forma de ser, Jayden estuviera enamorado de ella. No la detestaba porque llevase ocho meses saliendo con él, ni porque, mientras yo tenía que volver sola a casa, ella lo hacía acompañada por su noviecito, que vino a recogerla a la cafetería cinco minutos antes de lo previsto.

La verdadera razón por la que la odiaba era muy sencilla; al finalizar la sesión, después de haberle repetido lo mismo cuarenta veces, las últimas palabras que Grace me susurró fueron exactamente las mismas que al principio:

—Creo que me engaña.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Mi paciencia se había agotado, pero, justo cuando quise decirle todo lo que llevaba guardándome durante meses, un chico extremadamente sonriente me dirigió la palabra.

—Mmm... —dudó—. Leonor, ¿verdad?

Si se hubiese tratado de cualquier otra persona, solo con llamarme así ya habría firmado su sentencia de muerte. Odiaba que la gente dijese mal mi nombre. No era tan complicado: Eleonor, no Eleanor, ni Leonor. Pero a Jayden se lo perdonaba todo porque... Bueno, era Jayden. Así que fingí que no me importaba y le corregí:

—Es Eleonor, con *E* antes de la *L*.

—Con *E* antes de la *L*, pero también con *L* antes de la *E* —se burló Grace—. ¡Tu nombre es un verdadero rompecabezas!

La miré con el ceño fruncido y apreté los labios. No sabía si eso había sido un chiste o una broma inocente, pero no tenía ni pizca de gracia. Sin embargo, Jayden no debía de pensar lo mismo que yo, porque soltó una dulce sonrisa antes de darle a su novia un beso en la cabeza.

Contuve el impulso de apartar la mirada.

Después de aclararme la garganta, le pregunté:

—Tú eres Jayden, ¿no?

«Eso es, Eleonor. Actúa como si no llevases años loca por él. Desinteresada, tienes que parecer desinteresada».

—El mismo —me respondió él, con una sonrisa—. Por cierto, me suena tu cara. ¿No eres la chica a la que...?

—Tu amigo escupió el otro día. Sí, soy yo.

Esa vez fue Grace la que se echó a reír. Yo me limité a quedarme en silencio, arrepintiéndome por no haber mentido, y esperé a que alguien sacase un tema de conversación nuevo. Seguía estando nerviosa.

No era la primera vez que hablaba con Jayden. En muchas ocasiones, Grace me había llevado a rastras y obligado a saludarlo, pero la conversación no había pasado de un hola y adiós. Por esa razón, el hecho de llevar unos minutos hablando oficialmente con él era todo un logro para mí.

—¿Lucas te escupió en la cara? —inquirió ella, todavía carcajeándose.

—Sí —contestó Jayden en mi lugar—. Lo siento.

Negué con la cabeza.

—No fue culpa tuya.

De ahí, no sé cómo, pasamos a hablar del instituto. Charlamos sobre las asignaturas y los profesores, y Jayden se dio cuenta de que llevaba más de un trimestre yendo conmigo a clase de francés. Cuando se lo dije y vi que se sorprendió, intentó disimular. Mintió, asegurando que se había fijado en mí, que le había parecido maja pero que, como no sabía mi nombre, nunca se había atrevido a hablar conmigo. Después le puso la guinda al pastel al decir que no se equivocaba y que, al final, había resultado ser mucho más divertida y amable de lo que creía.

Escuchar a Jayden decir eso, a pesar de que quizás lo hacía solo para quedar bien, era como soñar despierta. Cuando nos despedimos, una vez

fuera de la cafetería, prometió que me escogería como compañera en el próximo trabajo grupal que nos mandasen, y eso me provocó una sonrisa que parecía imborrable.

Sin embargo, no duró más de tres minutos, que fue el tiempo necesario para que desaparecieran de mi vista por completo. Se marcharon cogidos de la mano, y toda la emoción que sentía hacía unos segundos se convirtió en molestia. Mi sonrisa se borró poco a poco, un sentimiento desgarrador se expandió por mi pecho y, justo cuando creía que mi día no podría empeorar, sentí algo peludo rozándome la pierna.

¿Qué diablos...?

—¡Dash, espera!

Todo pasó muy rápido. Me volví justo a tiempo para ver como un enorme dalmata lleno de manchas negras como el carbón levantaba la pata, pese a que la tenía completamente pegada a mi pie. No sabía mucho sobre perros, pero tampoco era tan ignorante como para no saber qué iba a hacer. Me aparté de un salto antes de que aquel perro orinase sobre mí. Grité y me tapé la cara con las manos, lo cual dejaba claro que me moría de asco y vergüenza al mismo tiempo.

Entonces oí como alguien llegaba y se quedaba a mi lado. Entreabrí los dedos y conseguí reconocer el rostro del chico que acababa de agacharse junto al perro.

—¡Lo siento! —exclamó Nash, volviéndose hacia mí—. Debe de haberte confundido con una farola. Dash es algo viejo y está un poco ciego. Lo siento mucho. Sé que debería haberle llevado con correa, pero te prometo que... —Su voz fue apagándose poco a poco. Después, titubeó—: Oh, por el amor de Dios. ¿Eleonor? ¿Eres tú?

Puesto que no me quedaba más remedio, me aparté las manos de la cara. Cuando comprobé que, en efecto, la persona que tenía delante era la misma rubia desquiciada que solía soltarle rollos filosóficos de vez en cuando, sus ojos se abrieron como platos. Se incorporó de un salto.

—¡Ahora me siento aún peor! Ha sido culpa mía, no de Dash. Lo prometo. Como te he dicho antes, el pobre no ve nada desde hace tiempo. Madre mía, lo siento mucho. De verdad.

Por alguna razón, verle tan nervioso hizo que mis hombros se

destensaran, e incluso me entraron ganas de reír. Como no quería ser mala con él, aguanté y esboqué una sonrisa forzada mientras negaba con la cabeza.

—No te preocupes —le dije, mucho más calmada.

—¡Claro que me preocupo! —Entonces, volvió a agacharse junto al perro, que ahora estaba sentado a su lado, y le dio unos suaves golpecitos en el lomo. No supe si eran una regañina o un gesto de cariño, porque el dálmata no se inmutó—. Madre mía, Dash. Como sigas así voy a tener que ponerte un cascabel.

—¿Tu perro se llama Dash?

Nash frunció el ceño. Quizás mi pregunta estaba fuera de lugar, pero no me arrepentía de haberla formulado; no era más que un penoso intento por cambiar el tema de conversación.

Por suerte, él me siguió el rollo.

—Es una larga historia. Mi madre dice que era así como yo pronunciaba mi nombre cuando era pequeño: con *D* en vez de *N*. Como Dash y yo siempre estábamos juntos, pensó que el perro necesitaba un nombre que concordase a la perfección conmigo y decidió llamarle así. —Suspiró profundamente y sonrió—. Mi madre siempre ha tenido mucha imaginación. Cuando era pequeño, me ayudó a hacer un letrero muy colorido para decorar mi habitación. Los dibujos los hice yo, así que daban vergüenza ajena.

Pinté a dos niños y un perro, y el título lo escribió ella: «Sidney, Nash y Dash: el trío invencible» —cuando vio que se estaba yendo por las ramas, Nash cerró los ojos y negó con la cabeza suavemente—. Sé que es ridículo, pero, por favor, no te rías. El cartel era muy bonito.

—¿Era? —me interesé.

—Sí, era, hasta que Sidney aprendió que los barcos flotan y decidió hacer un barquito de papel con él. Sidney es mi hermana pequeña.

«Cuentos para Sidney».

—¿Esa que te llama cuando estornuda? —bromeé, haciendo referencia a lo poco que me había contado de ella. Fue así como conseguí que sonriese de nuevo.

Volví a arrepentirme de no haber traído mi diario. Tenía la necesidad

de escribir una entrada nueva. Poco a poco, iba pillándole el truco a esto de socializar con Nash.

*19:45. Hablar de su hermana le hace sonreír.*

—La misma.

Después, nos quedamos en silencio. Aproveché la oportunidad para echarle un vistazo a Dash, que estaba tumbado en el suelo con el hocico apoyado sobre las patas delanteras. Tenía que admitir que era un perro bonito, pero habíamos empezado con mal pie.

Con su pata levantada, básicamente.

Me colgué la mochila y levanté la mano para despedirme de Nash. Entonces, él me preguntó:

—¿Te vas? —Sin saber a donde quería llegar, asentí—. ¿Quieres que te acompañe?

—¿Qué? No, no hace falta. Tranquilo.

—Me siento culpable —insistió— y creo que vivimos bastante cerca. De verdad que no me importa. Tómatelo como una compensación por lo que ha pasado o..., no sé, lo que quieras. Pero deja que te acompañe.

—No tienes por qué...

—Vamos, no te hagas de rogar. —Aunque parezca mentira, volvió a sonreírme—. Quieras o no, voy a hacerlo, aunque espero que me hagas el favor de ir primero, porque suelo perderme con facilidad. Además, no tengo ni idea de dónde está tu casa.

Quise protestar y decirle que hacía unos segundos había dicho que vivíamos cerca, pero me quedé callada y empecé a caminar. Nash me siguió de inmediato y Dash hizo lo mismo, andando a su lado.

Sin embargo, había algo desconcertante en su forma de actuar, y no era el hecho de que se negase a dejarme sola durante mi trayecto de vuelta a casa. Me di cuenta cuando, a pesar de que le costaba bastante relacionarse con la gente, Nash se apresuró a sacar un nuevo tema de conversación:

—Bueno, ¿tienes hermanos?



## 7. Meteduras de pata

—Lizzie, Devon y Dylan —conté en voz alta—. Lizzie es la más pequeña. Los gemelos tienen dos años más que nosotros y ya van a la universidad.

—¿Seguís viviendo juntos? —me preguntó. Yo asentí con la cabeza—. Vaya, no quiero imaginarme cómo será tu casa por las mañanas.

Esbocé una sonrisa. De reojo, vi que parecía confundido, como si no entendiera por qué había sonreído; pero después volví a ponerme seria, y Nash destensó los hombros y fingió regañar a su mascota en voz baja para no tener que mirarme.

Era un chico muy raro.

—¿Mi casa por las mañanas? Deberías vernos. Parecemos una panda de zombis necesitados de una buena ducha. Además, Lizzie recién levantada da miedo. La pobre tiene un pelo muy extraño y cuando se despierta parece un león. Uno muy hambriento. Si intentases robarle algo de comida, sería capaz de arrancarte la cabeza.

Nash esbozó una sonrisa, o eso me pareció.

—¿Cuántos años tiene?

—Nueve, dentro de poco cumplirá los diez.

—Es más pequeña que Sidney —comentó para sí mismo.

—Ajá.

Silencio incómodo, vaya sorpresa. Aunque, siendo sincera, tenía motivos de sobra para sentirme orgullosa: llevábamos más de diez minutos andando y no habíamos dejado de hablar en ningún momento. Era todo un logro.

Como no quería que eso acabara, saqué un nuevo tema de conversación.

—Y... ¿quién te recomendó UAG?

Aunque ya lo sabía, era una buena forma de animar a Nash a hablar.

—Mike. —Asentí con la cabeza. Recordaba que me había hablado de él en alguna ocasión—. Mi mejor amigo.

—¿Va a nuestra clase?

—No, está en la universidad. Debe tener la edad de tus hermanos. Un día vino a recogerme al instituto, vio el cartel y empezó a presionarme para que me apuntase. Es un idiota. Apuesto a que solo lo hizo por la chica que sale en él. —Se rascó el brazo, como distraído—. Por cierto: es Olivia, ¿no?

Le miré de reojo.

—Sí.

—¿Por qué ella y no tú? Quiero decir, eres la fundadora. Deberías ser tú la imagen de la organización. O eso creo, no sé.

Me encogí de hombros.

—Yo le dije que lo hiciera. Siempre he pensado que Olivia tiene ese *algo* capaz de atraer a las multitudes.

—Ella los atrae y tú haces que se queden —murmuró—. ¿Sabes una cosa? No estoy de acuerdo contigo. Si yo estuviese en tu lugar, pondría mi cara en todos los carteles del instituto. Eres tú la que tiene ese *algo* que cautiva a la gente. De hecho, creo que quizás habría entrado antes en la asociación de haberte visto a ti promocionándola. Es raro, transmites confianza y...

Retuve el aire en mis pulmones. Supuse que Nash había notado que me sentía incómoda, porque se interrumpió a sí mismo de inmediato.

—... Y debería callarme porque sospecho que estoy hablando sin pensar. Lo siento. Olvídalo, por favor.

—Vale. —Intenté sonreír. Quería restarle importancia al asunto—. Pero no tienes razón.

Nash se volvió hacia mí con las cejas arqueadas.

—Claro que tengo razón —insistió—. No existe nadie en el mundo que represente a la asociación mejor que tú. Deberías empezar a confiar más

en ti misma, Eleonor.

No me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación. Tampoco que Nash estuviese mirándome a los ojos. Por algún motivo, me ponía nerviosa, algo que no me pasaba nunca. Con nadie.

Desvié la mirada y me centré en el perro, que no hacía más que olisquear todas las farolas que encontraba.

—¿Qué viene ahora? —bromeé, tratando de aparentar tranquilidad, mientras observaba mis zapatillas—. ¿Que utilices mis propias dinámicas conmigo?

—Estoy hablando en serio —respondió—. Apuesto a que si tuvieses más autoestima tendrías al chico ese..., Jayden, creo, a tus pies.

Poco me faltó para tropezar y darme de bruces contra el suelo. Miré a Nash, atónita. ¿Qué acababa de decir?

—¿Quién?

—Jayden. —Me miró—. ¿No se llama así el chico que te gusta?

—¿Cómo lo sabes?

—En realidad no lo sabía —me interrumpió, y se le escapó una sonrisa burlona—, pero supongo que ya no es un secreto. Si te digo la verdad, era de suponer.

Antes te he visto hablando con él, en la cafetería, y estabas temblando. No exagero. Dash y yo estábamos por allí y... —De repente, sus mejillas volvieron a encenderse—. Quiero decir, no es que yo te estuviera mirando. Claro que no. Pasaba por allí y te vi. Obviamente no te miraba; tengo cosas más interesantes que hacer que cotillear la vida de los demás.

Que estuviese nervioso y hablase tan rápido me daba ventaja, así que aproveché la situación para desviar el tema de Jayden todo lo posible.

—Debes de aburrirte mucho —me burlé.

Él se detuvo de golpe y entornó los ojos.

—Estoy hablando en serio. Fue una coincidencia.

—Por supuesto.

—Eleonor —me advirtió—, como sigas así voy a terminar echándote del río a patadas.

No me tomé su amenaza en serio. Que se acordase de mis palabras me hizo sentir orgullosa, e incluso me sacó una sonrisa.

—Buena suerte —bromeé—. Suelo ser un barco muy difícil de transportar.

—Ya me las apañaré —me aseguró mientras cruzábamos la calle, antes de cambiar bruscamente de tema—. ¿Sabes qué? Le he hablado de ti a mi hermana.

Eso me pilló por sorpresa.

—¿En serio?

—Sí, y ahora dice que quiere conocerte. Le conté la metáfora de los sueños frustrados.

—No es una metáfora —me apresuré a corregir—. Las metáforas son mejores. Lo mío son historias sin mucho sentido que se me ocurren sin más.

—A mí me gustan —me confesó— y a mi hermana también. Lo que dijiste se ha convertido en su nuevo lema de vida. Incluso se le escaparon un par de lagrimillas cuando se lo conté.

—Vaya. ¿Eso es bueno?

—Supongo —se encogió de hombros—. Odio ver a Sidney llorar, pero dice que tus dinámicas son geniales.

—Oye, tampoco exageres. Apuesto a que esos cuentos que le escribes le dan mil vueltas a todo lo que yo pueda inventarme.

No me di cuenta hasta haber terminado la frase de que había metido la pata. De repente, Nash dejó de andar y me miró con el ceño fruncido.

Tragué saliva.

Mierda, mierda, mierda.

—¿Cómo sabes que...? —empezó a decir, pero dejó la frase en el aire—. ¿Has leído mi cuaderno?

Sentí como todo mi cuerpo se paralizaba. Me quedé en blanco, intentando no responder con monosílabos sin sentido.

—¿Eleonor? —insistió.

Hasta el perro parecía mirarme mal.

—Yo...

—Lo has leído —repitió—. Lo has leído sin mi permiso.

—No, claro que... —Sacudí la cabeza. El corazón me latía cada vez más rápido—. Te prometo que solo fue el título. No vi nada más, de

verdad.

Tenía la esperanza de que siendo sincera conseguiría arreglar las cosas, pero me equivocaba.

—Entonces, es cierto. ¿Por qué lo hiciste? Te dije que no me gusta que la gente lea lo que escribo. Es privado.

Eso me hizo sentir todavía peor.

Aunque quería contestar, no dije nada. No había forma de justificar mi comportamiento, porque no existía ninguna razón para haber leído su diario. Lo hice por puro egoísmo. Ese era el motivo por el que me sentía tan mal conmigo misma, aunque todo esto pareciese una tontería.

Me quedé en silencio y Nash soltó un suspiro.

—¿Sabes qué? —repuso, negando con la cabeza—. No merece la pena. Olvídalo. Vamos.

Su tono era tan cortante que, por mucho que sus palabras me indicasen lo contrario, supe que él no iba a olvidarlo fácilmente. Aunque apenas lo conocía, había descubierto que Nash era una persona muy rencorosa. Seguía odiando a Agatha por lo que le había hecho, y no sabía hasta qué punto le había molestado mi estupidez.

Como no me moví, Nash, que iba delante, se volvió para mirarme por encima del hombro.

—Sigue andando, Eleonor.

En cuanto le escuché, corrí hasta alcanzarlo y empecé a caminar a su lado. Nash estuvo el resto del camino con las manos metidas en sus bolsillos y la mente en otra parte. No quiso mirarme a la cara en ningún momento, por lo que preferí ignorarlo y centrarme en llegar a casa cuanto antes. Todo parecía haberse vuelto repentinamente incómodo, por lo que nada pudo hacerme más feliz que ver, después de unos diez minutos de trayecto, mi casa a unos trescientos metros de distancia.

Nash debió de advertir el brillo en mis ojos —si es que por fin había comenzado a prestarme atención—, porque él también apuró el paso.

Cuando llegamos a las escaleras que conducían al porche, mi cerebro pensó: «Deberías disculparte.

Míralo, incluso te ha acompañado a casa».

—Lo siento.

—¿Vives aquí? —preguntó, alzando la vista para observar el edificio.

No sé qué me dolió más: el hecho de que me ignorara o haber perdido mi orgullo en vano.

—Sí —contesté—. ¿Quieres pasar?

Esperé que me rechazara amablemente, pero Nash ni siquiera respondió. Se limitó a observarme bajar las escaleras y, cuando estuve tan cerca de él que podría haber contado las pecas de su rostro sin dejarme ni una, dio un paso hacia atrás.

—Nash, lo siento —insistí—. No debería haberlo hecho. Entiendo que estés enfadado. Si alguien leyese mi diario sin mi permiso, yo me pondría hecha una furia. Lo siento.

Quería que dijese algo. Me daba igual el qué, pero necesitaba escuchar su voz. No me importaba si no aceptaba mis disculpas, si me mandaba a paseo o si se reía de mí en mi cara por ser tan ridícula. Pero no dijo nada, y eso fue lo peor. Se quedó observándome durante un buen rato.

—Nash...

Cuando creí que se me saldría el corazón del pecho y que acabaría soltándole algún que otro mamporro para que respondiese, tiró de Dash para recoger su correa. Soltó un suspiro y se marchó calle abajo sin ni siquiera despedirse.

## 8. Jayden Moore

Al mirar el reloj que colgaba sobre la puerta de la clase, sentí alivio. Gracias a Dios, había conseguido llegar a tiempo. Como todavía faltaban diez minutos para que sonase la campana, ningún profesor tendría una excusa válida para regañarme hoy.

Respiré profundamente, di un paso al frente y me adentré en el aula de francés, en la que la señora Jameson, una mujer mayor de sesenta años que seguía impartiendo clase a pesar de tener edad suficiente para jubilarse, iba a estar poco más de una hora explicándonos las distintas conjugaciones de los verbos en pasado.

Lo único bueno que había en todo esto era que Jayden, por alguna razón, adoraba a esa profesora, así que no se lo había pensado dos veces a la hora de apuntarse a su clase. Y por consiguiente, yo tampoco.

Pero la clase de francés podía volverse aburrida si te tocaba sentarte en primera fila, como a mí, mientras el chico que te morías por ver ocupaba uno de los últimos asientos de la clase. Solo podía mirarle detenidamente cuando salía a exponer algún trabajo, cosa que no ocurría muy a menudo. Jayden era un buen estudiante, así que no le hacía falta hacer ningún proyecto para subir nota y sacar sobresalientes.

Por si fuera poco, no solo era muy trabajador —se esforzaba en clase más que nadie—, sino que además era guapo, amable y divertido. Tenía tantas cualidades... Jayden era perfecto, por eso estaba enamorada de él.

—Vaya, vaya, vaya... —Al escuchar una voz a mis espaldas, me di la vuelta y me topé con la sonrisa burlona de Scott, que ya estaba sentado en nuestra mesa, esperándome—. Eleanor Taylor llegando temprano, quién lo

diría. He oído que no has tenido clase las dos primeras horas. Suertuda.

—El profesor de matemáticas está enfermo —respondí—, pero aun así he tenido que madrugar.

—Eso explica tu cara de muerta —añadió—. Estás horrible.

Nada más ver mi reacción, se echó a reír. Puse los ojos en blanco, me armé de paciencia y traté de ignorarlo mientras rodeaba la mesa para ocupar mi asiento. Seguramente tenía razón: debía de ofrecer una pinta horrible, con unas ojeras enormes, pero eso estaba lejos de preocuparme en ese momento.

Después de sacar los libros de la mochila, rebusqué un bolígrafo en el estuche y abrí mi diario que, como siempre, estaba escondido entre la libreta de biología y la de literatura. Al ver escrito en la primera página el nombre de la persona con la que tenía que quedar al día siguiente en la hora libre, me volví hacia Scott.

—Scott, ¿podrías hacerme un favor?

—Depende. ¿Cuántas chocolatinas me darás a cambio?

—Todas las que quieras. —Él asintió, de acuerdo con mi respuesta, y sonrió—. Necesito que vayas a hablar con Nash durante el almuerzo y le digas que no puedo quedar mañana.

—¿Y eso?

Suspiré.

—Tú solo díselo. Sé que no va a venir, así que prefiero cancelar nuestra reunión antes que quedarme esperando en el parque como la última vez. —Excepto que en esta ocasión no iba a ser en el parque, sino en la habitación que utilizábamos como sala de reuniones de UAG.

—¿Por qué estás tan segura de que va a faltar?

—Porque me odia. Lleva sin hablarme desde el viernes.

—No seas exagerada. —Se inclinó sobre la mesa para coger la tapa de mi diario y cerrarlo—. Solo han pasado dos días. La gente suele estar muy ocupada los fines de semana: fiestas, reuniones familiares... A lo mejor no ha tenido tiempo.

—Scott, me odia. Créeme —le puse punto final a la conversación. No quería seguir hablando de eso—. ¿Se lo dirás?

De pronto, la profesora Jameson cruzó la puerta del aula. Llevaba el



pelo recogido en un moño elegante y vestía una chaqueta morada, un pantalón oscuro y sus características gafas negras. Puso su sucio maletín de piel sobre la mesa y yo me senté bien en la silla. Luego, me incliné para susurrarle a Scott que seguiríamos hablando de eso más tarde.

Sin embargo, él no me prestaba atención. Empujada por la curiosidad, decidí seguir su mirada.

A tan solo unos metros de nosotros, Jayden Moore se despedía de su mejor amigo, Lucas. Ambos se reían, aunque yo solo estaba pendiente de uno de ellos. Esa mañana, el novio de Grace llevaba un bonito gorro de lana gris que le hacía parecer adorable. Por lo demás, era fiel a su estilo de siempre. Vestía con ropa sencilla: una camiseta, unos pantalones vaqueros y unas zapatillas de deporte.

Solo había una cosa que diferenciaba al Jayden de hoy del de otros días: en esta ocasión, no sujetaba la mano de Grace.

Casi por inercia, le seguí con la mirada hasta el final de la clase. Solían sentarse juntos al fondo del aula, pero esa vez Jayden ocupó su silla habitual y Grace prefirió acomodarse al lado de una de sus amigas, justo detrás de mí.

—Lo han dejado —me informó Scott en un susurro cuando se percató de que los observaba.

Después, moviendo los labios, sin emitir ningún sonido, me dijo: «acércate».

Faltó poco para que saltara de la silla al captar su mensaje. Sin poder evitarlo, empecé a toser mientras negaba con la cabeza. No, de ninguna manera. No podía ser.

Probablemente la razón de su ruptura había sido una discusión. Las cosas no debían de haber terminado bien, y yo no iba a ser tan rastrera como para aprovecharme de esa oportunidad. Si Jayden y Grace tenían problemas, era asunto suyo, no mío. No podía llegar allí, sentarme a su lado y hacer lo que Scott quería que hiciera.

No obstante, mi amigo no iba a darse por vencido tan fácilmente. De repente, levantó la mano para llamar la atención de la señora Jameson, que le miró por encima de sus gafas con cara de pocos amigos.

—Disculpe, profesora —dijo Scott. Yo me temí lo peor—. ¿Puedo

cambiarme de asiento? Eleonor es muy parlanchina y me distrae. Además, en unas horas voy a ir a hacerme unas pruebas médicas porque mi madre cree que tengo alergia al polvo y... —Fingió un estornudo—. Uf, la pizarra me viene fatal.

Abrí mucho los ojos y me apresuré a intervenir:

—No creo que sea necesario. —Forcé una sonrisa—. Puedo quedarme en silencio, de verdad. No hace falta que perdamos más tiempo.

—¡Pero la alergia...! —exclamó Scott. Un segundo más tarde, volvió a estornudar.

—Puedo taparte la nariz —propuse. Me incliné sobre la mesa para acortar la distancia que había entre nosotros—. Hasta que te asfixies —añadí en voz baja.

Él pasó por alto mi amenaza.

—Profesora, por favor —volvió a insistir—. Estoy seguro de que a ninguno de mis compañeros le molestaría cederme su silla. —Entonces, se puso en pie y empezó a girarse en el sitio, mirando a su alrededor—. A ver, necesito alejarme de la pizarra, así que la última fila estaría bien. Por ejemplo, tú: Jayden, ¿te importaría...?

Levanté la mano con brusquedad.

—¡Opino que deberíamos empezar con la clase!

—Estoy de acuerdo —intervino Grace.

Como si la voz de su exnovia lo hubiese incitado a hablar, Jayden afirmó:

—No hay problema.

—Venga, acabad de una vez. Me estáis haciendo perder el tiempo —finalizó la profesora.

Cuando Scott desapareció de mi campo de visión y un chico castaño —con gorro— ocupó su lugar, tuve que aguantarme las ganas de echar a correr. Mientras Jayden separaba la silla de la mesa para sentarse, intenté relajarme. Tenía que encontrar una manera de controlar mis nervios. La vida se basa en saber gestionar las emociones, ¿no?

Si entraba en pánico, lo asustaría.

«Vamos, di algo».

—Eh... hola —titubeé.

Se volvió hacia mí con una sonrisa.

—Me alegro de verte de nuevo, Eleonor.

Cerré los ojos con fuerza. Estaba a punto de ponerme a hiperventilar. Si el corazón me seguía latiendo tan rápido, me iba a explotar una arteria.

Gracias a Dios, Jayden estuvo pendiente de las explicaciones de la señora Jameson toda la hora. Aunque de vez en cuando se volvía hacia mí para sonreírme, ese gesto apenas duraba unos segundos. Después, honrando su reputación de *chico responsable*, continuaba escribiendo en su libreta.

En cambio, yo sí que le presté atención. Me pasé los cincuenta minutos que duraba la clase mirándole mientras pensaba en qué podría haberle pasado a su relación con Grace. Tenía muchísima curiosidad, aunque traté de disimular todo lo que pude. Estaba segura de que ella me lo contaría en nuestra próxima sesión, así que prefería que Jayden no se percatase de mi repentino interés por saber cómo había terminado su noviazgo.

Cuando sonó la campana, me apresuré a recoger mis cosas y salir del aula lo antes posible. No tenía pensado esperar a Scott —por su culpa, podría haber perdido la poca dignidad que me quedaba—, de modo que anduve rápidamente por los pasillos, abrazada a mis libros y encorvada para evitar ser vista.

Pero no contaba con que Jayden me siguiese y me alcanzase nada más llegar a la puerta del comedor.

—Eleonor —me saludó, parándose frente a mí. Lo único que hice fue soltar una risa nerviosa que me ridiculizó—. Quería decirte que me quedé con ganas de conocerte el otro día y..., bueno, he pensado que podríamos quedar para... Ya sabes, estudiar. Hay unas cosas que no entiendo y la profesora Jameson dice que se te da muy bien el francés, así que supongo que podrías explicármelas.

Pese a que aquello era mentira, asentí con la cabeza. Era pésima en esa asignatura y todo el mundo, excepto Jayden (y la propia profesora, al parecer), lo sabía.

—Claro, cuando quieras.

—Genial. —Esbozó una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Mañana en la biblioteca? Durante la hora libre. Si no tienes nada mejor que hacer, claro.

—Eh, sí... —balbuceé—. Por supuesto. ¿Mañana, entonces?

—Será un honor —bromeó, haciendo una reverencia—. ¿Sabes qué? Creo que me voy a aficionar a estudiar por tu culpa. Nos vemos.

Sin mover ni un solo músculo del cuerpo, lo seguí con la mirada hasta que entró en la cafetería. Cuando estuve segura de que no podía verme, me llevé las manos a la cara y cerré los ojos. Era incapaz de creerme lo que acababa de suceder.

¿Había quedado con Jayden para estudiar?

¿Con el chico del que llevaba enamorada desde que puse un pie en el instituto?

¿Con el exnovio de Grace?

¿Eso era bueno o malo?

Se me hizo un nudo en el estómago al pensar en los pros y contras de la situación, pero no fue nada comparado con la forma en que se me encogió el corazón cuando, pasados unos segundos, escuché una voz muy conocida a mis espaldas.

—¿Eleonor?

Respiré profundamente, me armé de valentía y me di la vuelta. Por mucho que me desagradase la idea, había llegado la hora de enfrentarme a él.

Nash.

## 9. Solo tienes una vida

—Tenemos que hablar.

Nash arqueó las cejas, lo que no me sorprendió en absoluto. Hasta a mí me había resultado extraña la desesperación que transmitían mis palabras. Pero era cierto: había estado dándole vueltas a lo ocurrido el viernes durante los tres últimos días. Ahora necesitaba arreglar las cosas; pedirle perdón, que él lo aceptase y que todo volviese a ser como antes.

No nos habíamos hecho muy amigos, ni confiábamos mucho el uno en el otro, pero, poco a poco, Nash y yo habíamos ido formando un vínculo que no podía permitirme perder.

—Creo que...

—Cállate —me ordenó, poniendo la mano frente a mi nariz—. Sé que tenemos que hablar, por eso he venido. Creo que te debo una disculpa.

—¿Qué? —Ni siquiera tuve tiempo de pensar antes de interrumpirle. Su reacción no había sido, en absoluto, la que me esperaba.

—He estado pensando...

—¿Pensando?

Frunció el ceño. A lo mejor creía que me estaba burlando de él.

—Sí, pensando. Ya sabes, pones en funcionamiento tu cerebro, le das vueltas a un tema... Por Dios, Eleanor. He estado pensando. He estado pensando mucho.

—¿En qué?

—En ti. Y me he dado cuenta de que lo que he hecho está mal. No debería haberte tratado así, lo sé.

Creo que exageré un poco las cosas. En realidad, el cuaderno está

vacío, no tengo nada que esconder; nunca tengo la inspiración suficiente como para escribir algo que me guste. Supongo que me molestó que lo abrieras sin mi permiso, pero me he dado cuenta de que es una tontería y...

Pestañeeé con incredulidad. Estaba asombrada, mientras que Nash parecía nervioso. Además, se estaba disculpando. Yo debería estar nerviosa, yo debería estar disculpándome. No él.

—No es una tontería —repuse—. Estabas en todo tu derecho de enfadarte, Nash.

Justo cuando iba a pegarme cabezazos contra la pared por no haber dejado que él asumiese toda la culpa, lo que habría sido una tarea mucho más sencilla, el chico entrecerró los ojos y me sonrió. Fue una sonrisa con los labios cerrados que me tomó por sorpresa.

—No estoy enfadado, tonta —repuso, negando con la cabeza—. Y tampoco estoy en mi derecho. Al menos, no después de haber faltado a todas nuestras quedadas. ¿Cuántas fueron? ¿Ocho, nueve, diez? Lo sé, soy un idiota. Debería haberme dado cuenta antes de lo importantes que son para ti.

Abrí la boca para hablar, pero no dije ni una sola palabra. No podía creerme lo que oía. Nash estaba pidiéndome disculpas por faltar a nuestras sesiones. Su arrepentimiento parecía sincero, y yo acababa de quedar con Jayden al día siguiente durante la hora libre, a pesar de que sabía que esos sesenta minutos estaban más que reservados para la asociación y el chico que tenía en frente.

Tragué saliva. De repente, empecé a sentirme muy mal conmigo misma.

—Lo siento mucho.

—Nash...

—Por favor, perdóname.

Pese a mi gran sentimiento de culpabilidad, una sonrisa se formó en mis labios. Nash la observó durante unos segundos, con las cejas juntas.

—¿Eso significa que me perdonas o que no lo haces? —me preguntó, rascándose el cuello—. Me confundes, Eleonor.

—Solo si tú me perdonas antes.

—Trato hecho. —Casi de inmediato, añadió—: Ahora que ya estamos en paz, ¿puedes dejar de hacer eso, por favor?

—¿De hacer qué?

—De sonreír. Me distraes. Sonríes todo el rato, y es molesto.

Enarqué las cejas.

—¿Disculpa?

—Por favor, para.

Pero no le hice caso. Al ver que no podía evitar ese gesto que tanto odiaba —y que incluso podría decir que se había enfatizado—, Nash puso los ojos en blanco y se dio la vuelta para entrar en la cafetería. Como todavía tenía muchas cosas que decirle, solté una leve carcajada antes de echar a correr tras él.

Una vez dentro, visualicé su cabello castaño al final de la fila de estudiantes que esperaban para pedir su comida.

Ese día había mucha más gente de lo habitual, ya que los lunes la cocinera se dignaba a dejar de lado la sopa mohosa y servía otro menú, que básicamente consistía en puré de patatas y un filete de carne requemado.

—Odio la comida de la cafetería —le susurré nada más llegar a su lado.

Nash se estremeció al notar mi presencia.

—No deberías decirlo aquí —me aconsejó, mirándome de reojo—. La señora Duncan es muy sensible. Ya sabes, podría ponerte gato para comer en vez de ternera.

—¿De verdad crees que eso es ternera?

Se encogió de hombros.

—Lo dudo. Lo probé una vez y me sentí como un caníbal. No sé a ti, pero a mí me sabe a carne humana.

—No seas exagerado...

—Estoy hablando en serio. Además, estaba podrida, y tenía un hueso. Fue como chupar el dedo de un muerto del cementerio. Apuesto a que va allí a por la carne.

—Vas a conseguir que vomite, para.

Tras soltar una carcajada, tiró de mí para que diera un paso hacia adelante y evitar que algún listo se nos colase en la fila.

—Eres una quejica.

—No es verdad.

Volvió a reírse.

—Sí, claro que lo es.

—No, tú eres el problema. —Dudé un momento antes de continuar—: ¿Sabes? No sabía que eras así.

Nash frunció el ceño.

—Así, ¿cómo?

—No sé, así.

—Bueno, supongo que al principio parezco aburrido.

—Yo no pienso que seas aburrido —le dije—. En absoluto.

De repente, me lo encontré sonriendo de nuevo. Abrí mucho los ojos. ¿Qué bicho le había picado?

—Vaya, gracias.

Estaba a punto de responder, pero entonces Nash me empujó suavemente por los hombros y me di cuenta de que era nuestro turno.

Como era habitual, la cocinera me miró con cara de pocos amigos nada más coger la bandeja y ponerla sobre el mostrador. Ni siquiera se molestó en preguntarme qué quería beber, sino que llenó un pequeño vasito de plástico con agua del grifo y me lo dio sin cuidado alguno, vertiendo casi todo su contenido. Al ver sus ojos brillantes (se divertía mucho maltratándome), quise reprochárselo, peroforcé una sonrisa; era mejor no enfadarla.

—No quiero puré —dije con cautela—. Soy alérgica.

Mentía, pero la señora Duncan no tenía por qué saberlo. A lo mejor me daba dos filetes en vez de uno.

—Qué pena —contestó con ironía y sonriente—. Es lo único que tenemos.

Y me echó en el plato una enorme cucharada de puré de patatas.

—¡Siguiente! —chilló.

—Perdone, pero...

—Ya le ha dicho que es alérgica —me interrumpió Nash. Había pegado su brazo al mío para quedar frente a la cocinera—. ¿No debería servirle otra cosa?



Me volví hacia él con los ojos muy abiertos. Que intentase convencer a la señora Duncan era muy considerado, pero no iba a conseguir nada. Es más, estaba segura de que incluso saldría perdiendo.

Tras unos segundos observándonos, la mujer susurró algo como «puf, adolescentes» y, con una velocidad supersónica, cambió los cubiertos metálicos de Nash por unos de plástico. El chico frunció el ceño cuando se percató de lo que ocurría, pero no tuvo tiempo de quejarse, ya que me apresuré a agarrarle del brazo para sacarle a rastras de allí antes de que siguiese metiendo la pata.

—¡Esa mujer te odia! —exclamó al llegar a nuestros asientos. Después, puso su bandeja de comida sobre la mesa—. ¡Por tu culpa me ha cambiado los cubiertos! ¿Sabes lo difícil que es comer con un tenedor de plástico?

Retuve una sonrisa. ¿Estaba enfadado de verdad?

—¿Lo siento?

Tras soltar un suspiro, se sentó sobre el banco.

—Recuérdame que no vuelva a pedir comida contigo cerca.

—Demasiado tarde. —Chasquéé la lengua mientras me sentaba junto a él—. Te ha fichado. La maldición de los tenedores de plástico ha recaído sobre ti y no hay ninguna forma de romperla. Lo siento.

Se rio con ganas.

—Dios mío, estás loca.

Y yo me uní a sus carcajadas.

Después de eso, nos quedamos en silencio. Nash hizo lo mismo de siempre: pasar del mundo. En cuanto se puso los auriculares y la música le inundó los oídos, dejó de prestarme atención.

Me tomé la libertad de observarlo mientras removía con asco el puré que la señora Duncan nos había servido.

Debía admitir que Nash era un chico muy guapo. Con sus ojos azules, el pelo oscuro y la piel pálida y llena de pecas, sospechaba que podría entrar perfectamente dentro de la lista de *posibles pretendientes* de cualquier alumna del instituto —al menos, de cualquiera que no tuviera las expectativas demasiado altas—. Aun así, no me costaba entender que siempre fuese solo a todos lados. Durante estos últimos meses, Nash había

adquirido la costumbre de cerrarse a todo el mundo. Incluso a mí, que tenía mano para estas cosas, me parecía difícil descubrir su personalidad.

La gente de nuestra edad no solía invertir su tiempo en tratar de conocer a una persona. Ese era el problema.

—¿Podrías dejar de mirarme?

Su voz me pilló por sorpresa. Delante de mí, apretó los labios, presa de la incomodidad. Se había quitado uno de los auriculares y le daba vueltas entre los dedos índice y pulgar.

—¿Perdona? —titubeé.

—Me pones nervioso.

Sin poder evitarlo, tragué saliva. Tenía sentimientos encontrados: aunque me gustaba saber que tenía ese efecto en él, odiaba que también ocurriese a la inversa. Me temblaban las manos. ¿Desde cuándo Eleonor Taylor era incapaz de gestionar sus emociones? Eso solo me pasaba con una persona, y esa persona era Jayden.

—Bueno, yo...

Pero no pude terminar la frase. De repente, algo consiguió captar toda mi atención: encima de la mesa, abierto por una página casi en blanco, estaba su cuaderno. Me pareció ver mi nombre caligrafiado en letras cursivas al principio de dos de los tres párrafos que Nash había escrito. Me dio un vuelco el corazón.

¿Estaba escribiendo sobre mí?

Antes de que me diese tiempo a asegurarme, cerró la libreta de golpe. Volví a tragar saliva mientras levantaba la cabeza, esperando toparme con los ojos de su dueño, pero no los encontré. Nash se había tapado la cara con las manos, muerto de vergüenza. Apenas era capaz de ver su rostro.

Mierda, mierda, mierda.

Solté un suspiro y me preparé mentalmente para lo que estaba a punto de hacer. Llevaba días pensando en ello, pero solo tenía planeado hacerlo si era completamente necesario. Ahora me daba cuenta de que no había otra forma de que empezase a confiar en mí. Si quería que lo hiciera, iba a tener que demostrarle que yo también confiaba en él.

Así que, sin pensármelo dos veces, cogí mi diario de la mochila y lo deslicé por la mesa hasta que él lo tuvo al lado de su plato de puré. Nash se

dedicó a observarlo con recelo durante unos segundos, hasta que por fin se atrevió a mirarme a los ojos.

—¿Qué es?

Tomé aire. No podía creer que hubiese renunciado a sentarme con Scott y Olivia para hacer esto.

—Mi diario —respondí con un hilo de voz—. En él escribo sobre todo: dinámicas, horarios, personas... Y quiero darte permiso para que lo leas.

A Nash pareció sorprenderle mi propuesta.

—Pero...

—Yo invadí tu privacidad y tú tienes derecho a invadir la mía. Es la mejor forma de hacer que todo vuelva a ser como antes. Adelante, hazlo.

Como todo esto no acabase pronto, iba a empezar a pegarme cabezazos contra la pared. Yo solo pude leer el título de su cuaderno, pero quién sabe qué más habría visto si no me hubieran interrumpido. Sin embargo, aunque tenía la certeza de que estaba haciendo lo correcto, no podía ignorar como me torturaban los nervios.

¡Había tantas cosas vergonzosas en mi diario!

Debería haberlo arrancado todo antes de dárselo. Si leía las entradas que hablaban sobre de Jayden, me daría un patatús.

—¿Nash? —insistí, al darme cuenta de que no había movido ni un solo músculo. Se limitaba a mirar la libreta, con los ojos entrecerrados, como si no terminase de creerse lo que le estaba diciendo.

De pronto, reaccionó. Arrugó la nariz y empujó el pequeño cuaderno con las manos hasta que cayó sobre mi regazo.

—No quiero hacerlo —soltó—. Yo no soy así.

El mundo se me vino abajo. Quizás lo había hecho para intentar hacerme sentir mejor, pero solo consiguió empeorar las cosas.

—Mira... —empecé a decir mientras tomaba el diario entre mis manos y se lo tendía otra vez—. Entiendo que mi vida no te resulte interesante, pero...

—No es por eso.

—¿Entonces?

Al oír mi tono de desesperación, se inclinó sobre la mesa para acercarse a mí.

—No se puede apagar el fuego con fuego, Eleonor.

—No te estoy pidiendo que apagues nada —insistí. A su vez, me eché hacia atrás para guardar las distancias—. Quiero que me perdones.

—Me basta con una disculpa sincera.

Entorné los ojos. Sí, claro. Será que las tres veces que le pedí perdón el viernes no le parecieron lo bastante *sinceras*.

—A mí no —perseveré, y volví a empujar el cuaderno—. Léelo.

Me lo devolvió con una media sonrisa en los labios.

—Léemelo tú.

—¿Qué?

—Lo que has oído. —A diferencia de mí, que estaba casi más histérica que esa mañana, cuando Jayden se había sentado a mi lado, Nash guardó la calma—. Léelo para mí, cuéntame todo lo que quieras contarme. Te escucharé. Dime solo lo que quieres que sepa, no más. —Por si la humillación que ya sentía no fuera suficiente, agregó—: Así es como se hacen las cosas.

Sus palabras me ofendieron. No podía creerme que hubiese tenido el valor de decirme eso. ¿Cómo se atrevía? Si quisiera, podría haberle hundido a base de reproches. No lo había hecho porque no lo consideraba adecuado, pero ahora estaba empezando a arrepentirme de ello.

Reacia a dejarme mangonear por alguien como él, alcé la barbilla y abrí el diario. No obstante, me desanimé a medida que pasaba las páginas. Levanté disimuladamente la cabeza para mirarle; Nash seguía esperando que empezase a leer. El problema era que no había nada que pudiese contarle. Todo era privado, todo me avergonzaba.

Consciente de que no me quedaba más remedio, detuve mis dedos en la penúltima página escrita. En ella, hablaba sobre él. Fue el día en el que nos encontramos antes de clase, después de que prácticamente saliese huyendo del aula. Recordaba a la perfección lo que había puesto.

—¿Has encontrado algo?

—Sí —respondí mientras observaba la hoja, dudosa—. Esto... Escribí sobre ti.

Mirándolo por el lado bueno, ahora teníamos algo más en común.

Mi confesión debió de sorprenderle, porque frunció el ceño.

—¿En serio? ¿Qué pusiste?

—Eh... —Me aclaré la garganta—. Bueno, que eres una persona muy tímida, ya sabes. Nada interesante.

«Que mereces la pena».

Cerré los ojos con fuerza. Además de cotilla, mentirosa.

—Oh.

—Lo que me falta por apuntar es por qué —añadí, al no encontrar ninguna otra forma de disimular esa mentira.

—¿Por qué, qué?

—Me falta apuntar por qué eres así —aclaré—. Tiene que haber una razón, ¿no? Es como si le tuvieses miedo a la gente.

Se mostró incómodo.

—Eso no es verdad.

—Vale, a lo mejor la palabra miedo es muy exagerada, pero sí que les tienes bastante respeto. Siempre te sientas solo en el comedor, ¿por qué?

—Bueno, ahora tú te sientas conmigo.

—Yo no cuento.

—¿Desde cuándo has dejado de ser una persona? ¿Qué eres ahora? ¿Un perro?

—Céntrate, Nash.

—¡Estoy centrado! —exclamó en un susurro. Después, añadió—: ¿De verdad quieres saber por qué? Dios, mírame: soy un simple... extra.

Fruncí el ceño, sin comprender a qué se refería, pero ni siquiera se paró a respirar.

—Empecé a salir con Agatha porque pensaba que era algo seguro —continuó—. Me dije a mí mismo que éramos amigos, que me quería y que no sería capaz de hacerme daño, pero todo se fue a la mierda mucho más rápido de lo que creía. Tardó tan solo dos meses en engañarme por primera vez. Me dolió como mil demonios, pero la perdoné. Unas semanas después, pasó de nuevo, esta vez con dos chicos distintos. ¿Sabes qué hizo cuando me enteré?

—Nash...

—Fue el día de nuestro estúpido sexto *merversario*. Agatha me dijo que creía que se merecía a alguien mejor que yo. Pensaba que no era bueno

para ella y que lo nuestro llevaba roto mucho tiempo, así que era mejor dejarlo definitivamente. —Tragó saliva antes de proseguir—: Fue ahí cuando me di cuenta de que no soy más que un extra.

—¿Qué?

Al escucharme, soltó un suspiro.

—Mira a tu alrededor y dime qué ves, vamos. —Como no sabía qué responder, dejé que continuase hablando. No quería equivocarme—: ¿Quieres saber lo que veo yo? Protagonistas. Protagonistas y personajes secundarios. Veo estereotipos por todos lados. —Fruncí el ceño—. Fíjate bien. A tu derecha, los del club de ajedrez; los raros, los empollones. ¿Alguien se toma la molestia de conocerlos antes de juzgarlos? No. Esa es la respuesta: no. Tan solo por estudiar ya tienen que ser aburridos, asociales y frikis. Detrás de ti, están ellas: las chicas populares. Todos piensan que son engreídas, egocéntricas e insensibles, pero no es verdad. Y a tu izquierda, los que son considerados «vagos» y «chicos malos» por no venir a clase. Todo el mundo dice que se meten en peleas, que son unos rompecorazones y que no tienen sentimientos, cuando en realidad es mentira.

Aguardó un momento en silencio y, como no dije nada, decidió continuar:

—Míralos, Eleonor. Todos ellos son protagonistas de sus propias vidas. Las aprovechan al máximo, a pesar de que la gente los juzgue. Algunos incluso son exactamente como los rumores dicen que son. Míralos, y ahora mírame a mí. ¿No te das cuenta? No formo parte de ninguno —volvió a inclinarse sobre la mesa, reduciendo la distancia entre nosotros—. Vivimos en un mundo lleno de estereotipos y yo no encajo en ninguno de ellos. Si la vida fuese una película, todos los demás serían protagonistas, mientras que yo tendría que conformarme con ser un extra. Y los extras no aparecen en la mejor parte de la peli. Solo desaparecen, viven por vivir, igual que yo. Y supongo que algún día desapareceré, sin tener nada que contar, porque mi vida es tan poco interesante que no puedo permitirme contar nada. —Se rio de forma irónica—. Por favor, mi película tiene un guión de mala muerte. Nunca pasa nada que merezca la pena. ¿Acaso no lo entiendes?

Me quedé de piedra. No podía creerme que Nash tuviese una forma de pensar tan deprimente.

—Lo entiendo —le dije, sacudiendo la cabeza—. Pero te equivocas, no vivimos en una película.

Por fin, se echó hacia atrás. Su aliento dejó de mezclarse con el mío y pude volver a respirar tranquila. Nuestra cercanía me había estado incomodando tanto que se me había olvidado pensar en qué debía decirle. Y eso era un problema: tenía que cuidar muy bien mis palabras si no quería que eso acabase mal.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó con sequedad—. Todo sigue siendo una mierda.

—Las películas pueden volver a reproducirse, pero la vida no —le puse uno de mil ejemplos—. Una vez termina, se terminó. ¿De verdad quieres pasar el resto de tus días actuando como un extra?

Se encogió de hombros.

—No me importaría.

Suspiré. No podía creerlo.

—Claro que sí —mi acusación provocó que alzara las cejas—. Solo tienes una vida, Nash. Protagonízala. Hazla interesante.

—Lo dices como si fuera fácil.

—Solo necesitas encontrar a alguien que te anime a hacerlo.

—¿Estás de coña? —Se rio con ironía, como si pensase que lo que acababa de decir era la cosa más absurda del mundo—. Vamos, Eleonor. No hay nadie en el mundo que esté dispuesto a perder el tiempo conmigo. Asúmelo.

Suspiré y me crucé de brazos, sin dejar de mirarlo en ningún momento.

«Tienes unos ojos tan bonitos, Nash, y no los usas».

—¿Sabes qué? Tienes razón. Seguramente no haya nadie en el mundo dispuesto a perder el tiempo contigo. A la gente no le gusta perder el tiempo, mucho menos con desconocidos. Pero yo te conozco, y creo que estar contigo no es una pérdida de tiempo. Así que lo haré. Te ayudaré a escribir el guión, y será tan interesante como quieras, pero con una condición: que tú lo protagonices. ¿Trato hecho?

Al ver su expresión de recelo, sonreí y le tendí la mano. Nash se lo

pensó durante unos segundos, pero finalmente decidió aceptarla. El roce de sus dedos con los míos me pareció muy agradable.

—Trato hecho.

Después, se echó hacia atrás y un pequeño silencio nos invadió. Aunque me mordí el labio para intentar retener aquello que llevaba callándome desde que había empezado esa conversación, al final tuve que decírselo.

—Hay otra cosa en la que creo que estás equivocado —empecé. Él me retó con los ojos—. Los estereotipos son muy aburridos. La gente más bonita es la que es capaz de romper con todos ellos. Deberías sentirte orgulloso, Nash. Tú eres así.



## 10. Un consejo infalible

Cuando dieron las siete, después de haber estudiado biología casi toda la tarde, convencí a Devon para que me dejara en el café Daiana antes de volver a la universidad.

Para mi sorpresa, él accedió sin rechistar, y pensé que quizá solo lo hacía para ver a Olivia. Desgraciadamente, confirme mi teoría cuando vi a mi mejor amiga saludarle con la mano a través de la ventana del local, batiendo las pestañas de forma exagerada mientras jugueteaba con un mechón de su pelo teñido de blanco.

Horrorizada, cerré la puerta del copiloto de golpe y le grité a mi hermano la hora a la que tendría que venir a recogerme. Olivia y yo íbamos a charlar toda la tarde, y no quería que su pálido careto apareciese por ahí antes de las nueve. Él asintió con una sonrisa antes de pisar el acelerador.

La situación me resultaba nauseabunda, y no quise tomarme la molestia de esperar a que el coche desapareciese al final de la calle; me adentré en el edificio directamente.

El olor a café que me invadió nada más abrir la puerta fue un punto a mi favor. Consiguió despejar mi mente, y la sensación de náuseas en mi estómago disminuyó, aunque no fui capaz de dejar de sentir asco al imaginarme a Olivia y mi hermano saliendo juntos. Es decir, ellos siempre habían sido buenos amigos y yo nunca había puesto pegasa a que se llevaran bien. Incluso toleraba que mi mejor amiga le tirase los tejos porque sabía que Devon jamás, y cuando decía jamás era jamás, iba a seguirle el rollo. Pero el comportamiento de ese día había sido demasiado.

Mientras me sentaba en una de las sillas oscuras de la mesa para dos que Olivia había elegido, decidí que, a partir de ese momento, iría andando a todas mis quedadas.

—¿A qué viene esa cara?

La miré con los ojos entornados.

—¿Estabas coqueteando con mi hermano?

—¿Qué? ¡No!

—¡Y encima a distancia! —exclamé—. Vamos, admítelo: estabas coqueteando con él. ¡Qué asco!

—Solo por curiosidad... —vaciló—. ¿Era Devon o Dylan?

Me aguanté las ganas de poner los ojos en blanco. Sabía perfectamente por qué lo preguntaba. Mientras que Devon llevaba toda la vida buscando a alguien que consiguiese aguantarle, Dylan ya no estaba disponible. Hacía más de un año que había empezado a salir con Megan.

—Devon —contesté.

—Genial.

—No, no es genial. ¡Es mi hermano!

—Pero está soltero —repuso con voz cauta—. Además, es bastante guapo.

—Menuda estupidez.

—¿Perdona?

—¡Es Devon! ¿Cómo puede parecerle guapo? Es feo y... amorfo.

—No digas eso.

Sus palabras me indignaron.

—¡Deja de defenderlo!

Nuestra conversación se vio interrumpida cuando la camarera, una mujer delgada que me sacaba más de media cabeza, llegó a nuestra mesa. En las manos sostenía una pequeña libretita donde apuntaba las comandas, y llevaba dos bolígrafos. Uno de ellos estaba sobre su oreja y el otro fue el que utilizó para escribir.

Olivia pidió un café y yo, un chocolate caliente. Nos lo nos trajo cinco minutos más tarde. Entonces, mi mejor amiga decidió retomar la conversación:

—Venga, piénsalo —sugirió mientras se llevaba la taza a los labios—.

Podríamos tener una cita doble. Yo con Devon y tú con Jayden. ¿No te parece una idea fantástica?

—Me parece una idea horrible. Y no hables de Jayden como si estuviésemos saliendo, por favor, sabes de sobra que no es verdad.

—Bueno, todavía no, pero quizá lo hagáis pronto. Scott me ha dicho que habéis quedado mañana para estudiar.

—Ya, pero no voy a ir.

—¿Qué?

—He quedado con Nash a esa hora. —Como no parecía acordarse de él, añadí—: Ya sabes, el chico al que asusté en la cafetería.

—Oh, ¿el pringado? No hay problema. Siempre puedes darle plantón.

—No voy a darle plantón —dije—. Y no es un pringado. No hables así de él.

—Te ha fallado miles de veces —me recordó con impaciencia—. Deberías darle de su propia medicina.

Sus palabras me hicieron dudar un segundo, pero finalmente decidí mantenerme fiel a mí misma y negué con la cabeza.

—Puedo quedar con Jayden otro día.

Olivia enarcó las cejas.

—No, no puedes —sentenció—. Dejarle plantado no hará que vuestra relación avance, precisamente.

—¿Qué relación? Apenas me hablaba hace unos días.

—¡Pero ahora te habla! —Bajó la voz—. Y ha roto con Grace. O, al menos, eso parece. ¡No puedes desaprovechar la oportunidad!

—Olivia...

El sonidito que hizo la puerta de la cafetería al abrirse hizo que me callase de golpe. En cuanto me di la vuelta, identifiqué al chico castaño que acababa de entrar en el local, y que parecía haber mentido sobre su poca vida social.

Nash esperó pacientemente a que su acompañante llegase antes de elegir una mesa donde sentarse. Podría haber pensado que era una chica, pero la verdad era que parecía bastante mayor. Se trataba de una mujer de unos treinta y cinco años, de piel amarillenta, que ojeaba su móvil con lo que parecía fingido interés mientras Nash le comunicaba a la camarera lo

que querían tomar. Iban solos, y no parecían estar esperando a nadie más. Debía de ser una cita.

Al escuchar la voz de Olivia, dejé de observarlos y me volví hacia ella.  
—Hablando del rey de Roma... —canturreó—. ¿Ese no es Nash?

Los miré por encima del hombro. Se reían. ¿Desde cuándo Nash hacía otra cosa que no fuera gruñir?

—Lo es.

—Vaya. ¿Crees que están saliendo?

Abrí mucho los ojos.

—Lo dudo. Mírala, podría ser su madre.

—Pero está nervioso...

—Nash siempre está nervioso.

—Le está dando un papel. ¿Crees que es la licencia matrimonial?

—No digas tonterías, tiene diecisiete años. —Puse los ojos en blanco. ¿Licencia matrimonial?—. Y esa mujer parece demasiado mayor, ya te lo he dicho.

Olivia asintió con la cabeza, como si entendiera a la perfección lo que estaba diciendo.

—Tienes razón —convino. Bebió un poco de café y añadió—: Ahora que lo pienso... ¿No se parece un poco a la bibliotecaria del instituto?

Me giré como un resorte e intenté observar todos sus rasgos detenidamente y memorizarlos. Gafas de mariposa oscuras, un moño mal hecho y un vestido *hippie*, largo y colorido.

Después, me volví hacia Olivia.

—No tenemos bibliotecaria.

—¡Lo sé! —exclamó—. Pero, si la tuviésemos, ¡seguro que sería exactamente así!

Su voz chillona hizo que me entrasen ganas de reír y, por un momento, ignoré el hecho de que ellos seguían a mis espaldas, hablando sobre quién sabe qué.

—Deberías verla. Está temblando como un flan. Debe de estar muy nerviosa. —Se quedó en silencio y volvió a mirarlos por encima de mi hombro. La curiosidad me mataba, pero no me giré porque habría sido demasiado evidente—. Creo que sí están saliendo. Hacen una bonita

pareja.

—¿Bromeas? —Arrugué la nariz—. Parece una vagabunda.

Olivia se encogió de hombros.

—A lo mejor le van las vagabundas. —Entonces, frunció el ceño—. ¿Crees que falta a las sesiones para estar con ella?

Sus palabras se me clavaron en el pecho. Por ridículo que parezca, mantenía la esperanza de que Nash tuviese una buena razón para no asistir. Alguien enfermo, problemas con el transporte, falta de tiempo... Cualquiera cosa. Pero no eso. No podía evitar sentirme mal al pensar que quizá faltase a sus compromisos conmigo para estar con otra persona.

—Puede ser —respondí, intentado parecer despreocupada.

Porque tampoco era para tanto, ¿verdad?

—¿Sabes qué? —continuó Olivia, captando mi atención—. Creo que deberías pedirle explicaciones. No puedes estar detrás de él, intentando ayudar, y que después te dé plantón. Tu dignidad, Eleonor. No olvides tu dignidad.

—Ya lo sé, pero...

Hizo un gesto con la mano para hacerme callar y se inclinó sobre la mesa.

—Mira, si yo estuviese en tu lugar, hablaría con él mañana y le pondría alguna excusa para ir con Jayden. O lo que es aún mejor: ve a la biblioteca directamente, sin poner excusas. Ten en cuenta mi consejo. Es un capullo y se está riendo de ti.

—Se está riendo de mí —repetí en voz baja, intentando autoconvencerme.

—Exacto. —Asintió con la cabeza. En cuanto terminó de recoger sus cosas, se puso el bolso en el hombro—. Anda, vámonos. Ahora este sitio queda tachado de nuestra lista.

Riéndome por su actitud, la seguí fuera del local.

\* \* \*

—Eleonor, relájate. No tienes por qué preocuparte.

Me giré hacia Olivia mientras me mordía el interior de la mejilla y negué con la cabeza. Por mucho que quisiera contener mis nervios, no podía. Jayden y yo habíamos quedado dentro de cinco minutos en la biblioteca y tenía la sensación de que en cualquier momento empezaría a hiperventilar.

Como si supiera que si seguía así terminaría asfixiándome, Olivia me dio una suave palmadita en la espalda para mostrarme su apoyo.

—Todo va a salir bien —me aseguró—. Solo tienes que leer la lección y contestar a las preguntas que te haga. Vamos, no es tan complicado. Quiero que vuelvas aquí con una sonrisa enorme, ¿vale? —Hizo una pequeña pausa y miró el reloj. Cuando se dio cuenta de qué hora era, abrió los ojos como platos y me empujó para que caminara—. Son las once en punto, tengo que irme. La profesora de geografía me matará si llego tarde a su clase. ¿Te veo luego?

Aunque insegura, asentí con la cabeza.

—Claro.

—Genial. —Esbozó una sonrisa divertida—. Suerte, Eleanor. Caza a una buena presa.

Antes de marcharse, me miró por encima del hombro. Supuse que, al igual que ella, yo también llegaba tarde, así que anduve por el pasillo todo lo rápido que mis cortas piernas me permitieron.

Ni siquiera miré la puerta azul de los baños al pasar por delante. Recordé haber entrado ahí hacía casi un mes, muriéndome de asco y vergüenza porque el amigo de Jayden me había escupido en la cara, y haberme encontrado con Nash. La excusa que le puse no se me olvidaría nunca. Apostaba a que, de haberlo escuchado más gente, habría salido en el periódico escolar. Incluso podía imaginarme el titular: «Fingir ser transexual: la mejor excusa cuando te equivocas de baño».

Acordarme de ese momento hizo que también me viniese a la mente Nash. No pude evitar preguntarme qué estaría haciendo en ese momento, si habría asistido a la sesión y, en caso de haberlo hecho, si se quedaría esperando a que yo llegara, cosa que no iba a pasar.

La culpabilidad se hizo más fuerte. Intenté evitarla; no tenía por qué sentirme así. Él me había fallado miles de veces. ¿Qué había de malo en

darle de su propia medicina?

«No se puede apagar el fuego con fuego, Eleonor».

«Sí cuando se trata de Jayden».

Como si el simple hecho de estar pensando en él hubiese alterado las leyes del destino, alguien me agarró del brazo. Giré sobre mis talones y tragué saliva, casi por inercia.

Oh, no.

Nash Anderson estaba frente a mí. Respiraba entrecortadamente y — para mi sorpresa— sonreía de una forma muy sincera, como nunca había visto sonreír a nadie. Supuse por su expresión que no tenía ni idea de adónde me dirigía, ni tampoco quién me esperaba en la biblioteca, a tan solo unos metros de nosotros.

Empezamos a hablar al mismo tiempo.

—¿Qué haces aquí?

—¿Sabes qué? —Cuando por fin me soltó, lo observé de arriba abajo. Parecía feliz—. No volveré a faltar a ninguna sesión. Ya sé que te prometí una vez que no lo haría y lo hice, pero en esta ocasión será diferente. Te lo digo de verdad. Ya tengo todas las tardes libres. Al menos, todas en las que tenemos que vernos. ¿Te he dicho ya que lo siento? No volveré a fallarte, en serio. He arreglado unos asuntos y...

—Nash —le interrumpí, mientras trataba de asimilar lo que acababa de decirme—. ¿Podemos seguir hablando luego?

—¿Qué?

Su mirada siguió la mía hasta posarse en el cartelito que había sobre nuestras cabezas, donde estaba escrito «biblioteca». Fue como si una jarra de agua fría nos cayera encima a los dos. A él se le borró la sonrisa despacio y a mí se me encogió el corazón.

Tragué saliva mientras me repetía una y otra vez que no tenía razones para sentirme culpable. No podía dejar plantado a Jayden. Nash lo entendería, él no.

Justo cuando estaba a punto de empezar a darle explicaciones —sin mencionar a la vagabunda, obviamente—, Nash vio a Jayden a lo lejos, lo que hizo que me sintiera peor conmigo misma. Dio un paso atrás mientras me decía:

—Oh, lo había olvidado. Lo siento. No volveré a faltar a ninguna sesión, excepto a esta, claro. —Continuó hablando deprisa, como si no quisiese dejarme responder—: Es decir..., me ha surgido algo. Tengo que... ¿estudiar? Sí, eso. La profesora de matemáticas nos ha puesto un examen terrible. Es dentro de una hora. Uf, mátame. —Entonces, fingió una sonrisa que me rompió el corazón. Casi prefería al Nash inexpresivo—. Una pena, ¿no? Supongo que tendrás que irte con Jayden a... hacer lo que sea que vayáis a hacer.

—Estudiar —me apresuré a decir—. Nash...

—Eh, no importa. Las matemáticas me apasionan y eso. Tranquila, sé que él es importante para ti.

Apreté mis cuadernos. ¿Por qué no podía, simplemente, ser una persona insensible y no culpabilizarme por esto? Tenía el presentimiento de que le había dejado la autoestima por los suelos y estaba bastante segura de que iba a resultarle muy difícil volver a sacarla a flote.

—¿Te doy un consejo? —agregó de repente, después de estar un par de minutos en silencio—. Es infalible. Si lo sigues, Jayden no podrá dejar de pensar en ti.

—Claro.

Me miró.

—Sonríele.

Antes de que pudiese replicar, me guiñó un ojo y se dio la vuelta. Yo me quedé inmóvil en medio del pasillo y le observé alejarse mientras esperaba a que mi cerebro —o mi corazón— me indicase cómo debía sentirme respecto a lo que acababa de ocurrir. No obstante, todo esto pasó a un segundo plano cuando el móvil me vibró en el bolsillo.

Lo saqué disimuladamente para ver la hora. Eran las once pasadas; como no me diese prisa, iba a llegar tarde a mi cita con Jayden. Así que, dejando de lado todos los pensamientos sobre Nash, me apresuré a abrir la puerta de la biblioteca. Entré siguiendo su consejo: con la sonrisa más grande que mis estrechos labios fueron capaces de esbozar.

Creo que fue ahí cuando empezó su cuenta atrás.



**PARTE DOS**  
**LA CUENTA ATRÁS**

# Cuentos para Sidney

## El puente roto

*Querida Sidney:*

*Hoy te contaré la historia del vigilante de un puente indefenso y vulnerable. El río bajo él era cada vez más caudaloso, y los barcos, dignos de llevar a la familia real. Eran majestuosos, increíbles, y estaban llenos de joyas, diamantes y oro. Eran perfectos.*

*Ya fueran pequeños, medianos o grandes, barcas de pesca, lanchas, veleros o barcos de mercancías, todos encajaban tan bien que creerlo resultaba imposible. En ese río, todo parecía perfecto.*

*Sin embargo, el vigilante se sentía muy débil, lo que provocaba que la estructura del puente levadizo estuviera cada vez menos cuidada y más destrozada. El puente parecía a punto de derrumbarse, como si nadie pudiera hacer nada para evitarlo.*

*Las personas que viajaban en los barcos tenían la responsabilidad de ayudar al vigilante a mantenerse fuerte y vivo, pero, como no lo conseguían, decidieron llamar a alguien que lo animara y reconstruyera el puente con él.*

*Y así fue. Al cabo de unos días, el ayudante apareció de la nada en un barco inmenso y, conforme pasaba el tiempo, el puente se volvió cada vez más estable. El vigilante llegó a confiar tanto en su compañero que dejó de lado su debilidad para convertirse en una persona más y más enérgica.*

*Pero aquel fue el peor error que podría haber cometido.*

*Cuando ya se había enamorado de su ayudante, una tormenta fortísima*

*destruyó el puente. El ayudante cayó y se hundió junto con su barco, y, aunque el vigilante estuvo a punto de ir tras él, los demás se lo impidieron. Al fin y al cabo, tenía que mantenerse en pie, aunque sintiera que se le caía el mundo encima. No podía fallarles, así que decidió luchar.*

*La historia parecía terminar con un barco hundido, un río desbordado y un puente roto cuyo vigilante intentaba reconstruir, a pesar de sentirse incapaz. Cada vez que pensaba en el futuro, le venía la imagen de su enamorado cayendo y hundiéndose con el barco. Daba la impresión de que no podía pensar en nada más, como si ese recuerdo lo derrumbara poco a poco y le hiciera creer que era imposible reparar el puente por sí mismo.*

*O eso parecía.*

*Hasta que llegó ella.*

## 11. Nueva voluntaria

En la biblioteca había un silencio ensordecedor. Solo se oían el pasar de las viejas páginas de los libros y la respiración de los pocos estudiantes que había en la sala.

Eché un vistazo rápido y me di cuenta de que Jayden todavía no había llegado.

Como mis pisadas hacían mucho ruido, intenté ser lo más silenciosa posible hasta llegar a una de las mesas, y me senté con cuidado. Dejé los libros y abrí el de francés. Lo utilicé, tal y como me había aconsejado Olivia, para fingir que estaba distraída y disimular mis nervios, porque me sentía incómoda y perdida.

De repente, oí la puerta abrirse y me volví justo a tiempo para ver como Jayden Moore venía y se sentaba a mi lado. Cuando nuestros ojos se encontraron, me sonrió, y a mí me temblaron los labios.

Dios mío, ¿por qué actuaba así cada vez que él estaba cerca?

—Hola, Eleonor.

—Hola —titubeé, medio atontada.

—¡Chist! —intervino uno de los alumnos. Era un chico rubio y regordete al que ni Jayden ni yo prestamos atención.

—¿Cómo estás?

—Genial, ¿y tú?

—Perfectamente.

No quería que nos quedásemos en silencio, por lo que pasé a la página siguiente del libro y le pregunté:

—¿Por dónde quieres empezar?

—Por donde quieras, la verdad es que no entiendo nada.

—¡Chist! —volvió a quejarse el chico.

Arrugué la nariz.

—En francés, no hay nada que tengas que entender. Es todo cuestión de empollar.

—Explícamelo, de todas formas.

Levanté la cabeza para mirarle. Sus ojos verdosos combinaban perfectamente con la camiseta blanca que llevaba ese día. A pesar de que parecía despeinado, estaba segura de que se había pasado varias horas ante el espejo para conseguir ese efecto «natural».

En realidad, Jayden tenía pinta de ser de ese tipo de chicos. No estirados, sino elegantes y casuales al mismo tiempo. Además, aunque fuese mal vestido, probablemente seguiría estando guapísimo. Era perfecto.

—Podríamos empezar por el tema siete —me sugirió—. Es el único que no he mirado.

Asentí con la cabeza. Al tenerlo cerca, advertí que sus ojos no eran del todo verdes, sino de un color turquesa parecido al del cielo, aunque no llegaban a ser tan azules como los de Nash.

Nash.

Me esforcé en sacarme su nombre de la cabeza lo más rápido posible. No era un buen momento para pensar en él.

De pronto, un teléfono empezó a sonar y salí de mi ensimismamiento. Me volví hacia Jayden y él se disculpó antes de descolgar y llevarse el móvil a la oreja.

—Sí, soy yo... —Fingí leer un apartado de mi libro mientras lo miraba de reojo. Parecía cansado—. No, no estoy en el patio. He venido a la biblioteca... Sí, con una amiga. Va a mi clase de francés, Grace. Estoy seguro de que la conoces, espera... —Me dirigió una mirada escéptica, y yo le respondí con una sonrisa dubitativa—. Se llama Eleonor... Sí, esa. Me está ayudando con unos temas que no entiendo, no vamos a tardar mucho, ¿vale? Ya te he dicho que es solo una amiga... Sí, yo también te quiero. Te veo luego. Adiós.

Volvió a guardarse el teléfono en la mochila nada más colgar. Acto

seguido, se giró hacia mí con una gran sonrisa. Me di cuenta de que, a diferencia de Nash, Jayden sonreía muy a menudo.

—¿Va todo bien? —le pregunté, con un falso tono de amabilidad.

—Supongo. Grace es algo celosa, pero no te preocupes. No es culpa tuya, sino suya. De verdad.

—Creía que lo habíais dejado.

Al momento, sentí cómo se me enrojecían las mejillas. Cómo no, ya estaba tardando mucho en meter la pata.

Abrí la boca para disculparme, pero Jayden se me adelantó:

—¿Eso dicen los rumores? Bueno, es normal. Si te digo la verdad, yo también lo creía —admitió, encogiéndose de hombros—. Supongo que al final seguimos juntos.

—Vaya.

Esbozó una sonrisa coqueta que hizo que se me cortase la respiración.

—¿Decepcionada?

Poco me faltó para atragantarme con mi propia lengua.

—En absoluto. Grace es mi amiga. Me... me alegro por ella.

—Sí, lo sé. Dice que eres la voluntaria que la ayuda en la asociación esa... *Un amigo dispuesto*, ¿no?

—*Un amigo gratis* —le corregí en voz baja—. Y sí, lo soy. La veo a menudo. Suele hablarme mucho de ti.

—Apuesto a que nada de lo que te dice es bueno.

—Eso no es verdad...

Mentía, y Jayden debió de notarlo. De repente, se reclinó sobre el respaldo de la silla y echó la cabeza hacia atrás. Escuché cómo suspiraba. En ese momento, no supe descifrar si estaba cansado, triste, enfadado o estresado. Quizás todo a la vez.

—Sé que piensa que la engaño —confesó de golpe. Yo abrí los ojos como platos e intenté que no notase que me había sorprendido.

—Bueno, ella...

—¡Chist! —insistió el chico, al que ambos ignoramos de nuevo.

—No lo hago. La quiero, Eleonor.

Mentiría si dijese que esas dos palabras no me rompieron por dentro. Para disimular, aparté mi mirada de la suya mientras me mordía el interior

de la mejilla.

No era un secreto que Jayden y Grace no congeniaban. Formaban ese tipo de pareja que te hace sentir pena por ellos, porque sabes que acabarán destruyéndose el uno al otro. Por eso me hubiera gustado armarme de valor, tener coraje y decirle a Jayden que, en mi opinión, todo les iría mejor si quedasen como amigos; pero su relación no era asunto mío, y yo no podía hacerle eso a Grace.

Así que, en cambio, le di el único consejo que podría serle útil:

—Demuéstraselo.

Jayden empezó a negar con la cabeza.

—Lo he intentado, pero no puedo. Quiero decir, es difícil y... Bueno, la verdad es que no sé por qué te estoy contando esto. Seguro que no te interesa. —Por si había sonado muy brusco, me sonrió y miró su reloj—. Vaya, el tiempo se me ha pasado volando. Debería irme. Tengo que hablar con Grace antes de que acabe la hora libre. ¿Te importa que sigamos esta tarde?

De nuevo, tuve que esforzarme en que no se notara que había vuelto a dejarme de piedra. A decir verdad, las expectativas que me había hecho de nuestra «cita de estudio» habían sido muy altas y ahora estaba un poco decepcionada. Pero Jayden acababa de arreglarlo todo. ¿Quería volver a quedar conmigo? ¿Por qué? Si ni siquiera se me daba bien el francés. ¿Qué tenía yo de especial?

Dios mío, ¿en qué estaba pensando? No podía hacer esto. Era el novio de Grace y, por muy mal que me cayera, era mi socia. Éramos amigas. Hacerle algo así sería igual que hacérselo a Nash y...

Entonces, lo vi todo claro. Nash. Esta tarde. No podía fallarle de nuevo.

—Imposible —le sonreí, intentando suavizar el golpe, aunque sabía que no le importaría. Era Jayden, tenía novia y yo solo era una compañera de francés que iba a ayudarle a estudiar—. UAG me tiene muy ocupada. Solo puedo quedar por la mañana y no creo que...

—Vale, no importa. Por la mañana será, entonces. ¿Qué día?

Me mordí el interior de la mejilla. ¿Por qué seguía insistiendo? Rechazarlo sería mucho más sencillo si no mostrase tanto interés.

—¿Qué tal el jueves? —sugirió.

Su propuesta era tan tentadora que la simple idea de declinarla me parecía descabellada. Era el novio de Grace, pero tampoco es que yo estuviese intentando nada con él. Solo quería que fuésemos amigos. Eso no estaba mal, ¿verdad?

—Sí... Quiero decir, por qué no.

Jayden sonrió.

—O podríamos quedar mañana, justo aquí, al salir de clase. Así no me harías esperar.

—Jayden...

—¿Eso es un sí?

Me sentía incómoda y parecía que eso lo atraía aún más. De repente, su móvil empezó a sonar de nuevo. El chico que nos había estado riñendo se giró hacia nosotros y nos miró como si tuviera ganas de tirarnos su libro de historia a la cabeza. Jayden maldijo en voz baja mientras sacaba el teléfono de su mochila.

—Es Grace, seguramente me está esperando —dijo, con la mirada fija en la pantalla. Después, me miró con unos ojos que se disculpaban—. Tengo que irme. Nos vemos mañana, Eleonor.

Dicho esto, se puso de pie y caminó hacia la puerta. Observé como se alejaba, hasta que su cuerpo desapareció de mi vista. Luego, aunque sabía que no debería perder el tiempo de esa manera, descansé un segundo. Me llevé las manos a la cara y suspiré.

Necesitaba asimilarlo todo.

\* \* \*

Dos horas más tarde, salí de clase de matemáticas con la mochila prácticamente vacía y me dirigí al comedor. Cuando tuve la gran puerta roja a mis espaldas, me apoyé en la pared y miré a la derecha. Luego, a la izquierda. Ni rastro de Olivia, mucho menos de Scott.

Si hubiese considerado a mis amigos puntuales, habría entrado en la cafetería con la esperanza de encontrarlos dentro, pero los conocía lo



bastante bien como para saber que siempre se retrasaban a la hora del almuerzo, así que me tocaba esperar.

Solté un bufido. Odiaba esperar.

De reojo, vi a Jayden y a Grace entrar en el comedor cogidos de la mano. Él me saludó con una sonrisa radiante, como la de hacía unas horas, y ella se limitó a mirarme como miras a una persona que no te cae bien pero que intenta ser amable contigo y a la que, por lo tanto, no puedes tratar mal.

A pesar de todo, preferí ignorarla. No tenía porqué sentirme culpable; Jayden y yo apenas hablábamos hacía unos días, solo éramos... ¿amigos? No, menos que eso: conocidos.

Si era verdad que él la engañaba, no era conmigo. Y eso era lo único importante.

—Hola.

Con el corazón en un puño, me di la vuelta y me llevé una mano al pecho, sobresaltada. Delante de mí había un chico castaño al que parecía haberle hecho mucha gracia mi reacción.

—Tienes que dejar de aparecer de esa forma —me quejé en voz baja—. Algún día vas a matarme de un susto.

Al escucharme, las comisuras de sus labios empezaron a temblar. Como solía hacer últimamente, Nash me sonrió.

—Eres una exagerada.

—Y tú un caminante de las sombras. Deberías hacerte espía. Pareces un ninja.

—Estás mezclando conceptos —contestó.

—¡Qué más da! —exclamé, y volví apoyarme en la pared—. ¿Qué haces aquí?

Él ladeó la cabeza y, sin darle importancia a mi pregunta, inquirió:

—¿Qué tal con el chico ese?

—Bien, supongo.

—¿Me dejarás ser el padrino de la boda? —bromeó.

Eso me sorprendió; hasta hacía unos días, no había recibido de Nash más que quejas y gruñidos, así que me alegraba de que las cosas entre nosotros fuesen cada vez mejor.

—Si nos casamos algún día, podría incluso dejar que Sidney fuese la dama de honor.

—Te tomo la palabra.

Nos estrechamos la mano para cerrar el pacto y, cuando sus dedos rozaron los míos, el corazón me dio un vuelco. Nash no debió de percatarse de nada —o, si lo hizo, supo ocultarlo muy bien—, pero yo me aparté de golpe.

Mis ojos se cerraron por acto reflejo. Cuando volví a abrirlos, él me estaba mirando.

—¿Qué pasa? —inquirí.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

Se aclaró la garganta.

—¿Qué ves en él?

—Dios mío, Nash. —Me reí—. Creo que la verdadera pregunta es: *¿qué no veo en él?*

—¿Inteligencia? ¿Cerebro? ¿Cortesía? Hemos hablado un par de veces y es un idiota.

Le di un pequeño golpe en el brazo.

—No le insultes —le increpé—. Jayden no es un idiota. Es buenísimo en matemáticas. —Y en ciencias, y en historia, y en música, y en biología...

¿Por qué no en francés?

—Una cosa no quita la otra —repuso, despreocupado—. Hay idiotas buenísimos en matemáticas.

—Jayden no es uno de ellos.

—¿Es peor?

Aguanté las ganas de darle golpes contra la pared. ¿A qué venía eso?

—¿Se puede saber por qué te cae tan mal? —demandé con brusquedad.

Al oír mi tono de voz, toda la seguridad con la que Nash había hablado desapareció de golpe. Su rostro cambió, y llegué a pensar que ya no tendría ganas de seguir hablando conmigo. Me arrepentí al instante de haberle hablado así.

—No es que me caiga mal —se apresuró a aclarar—. Pero hay algo en

él que no me gusta, ya sabes. Es una corazonada. Aunque supongo que no es asunto mío. Lo siento. —Se cogió el labio inferior con los dedos y tiró de él hacia afuera—. Uf, iba a contarte una cosa, pero mejor lo hago otro día. Vas a matarme.

Fruncí el ceño.

—¿Qué has hecho?

—¿Me prometes que voy a salir vivo de esta?

Eso me dio muy mala espina.

—Te lo prometo.

Cuando esbozó una sonrisa, me recorrió un escalofrío. Me encantaba que Nash sonriese, pero no las sensaciones que eso me provocaba; no había forma de explicar lo que sentía cuando Nash sonreía mirándome a los ojos.

—He hablado con Olivia.

Solté todo el aire de mis pulmones de golpe. No era tan malo como creía.

—Está bien.

—... Sobre lo de los carteles —agregó—. Le conté mi idea de ponerte a ti en todos y me dijo que llevaba bastante tiempo intentando convencerte. No te imaginas cómo se puso cuando le aseguré que yo te había convencido; creo que nunca había visto a alguien chillar tanto... El caso es que mañana va a pedirle a un tal Chris que haga los diseños o no sé qué, y recaudará dinero para imprimirlos. Ni ella ni Scott van a venir a comer hoy porque tienen que quedarse preparándolo todo. —Se quedó un instante en silencio, como si quisiera darme tiempo para asimilarlo, y luego añadió—: Así que, seguramente, en menos de dos semanas verás tu cara impresa en papel decorando las paredes del instituto. ¿Sorpresa?

Apreté los labios, intentando guardar la calma. Chris era el director del periódico mensual del instituto. Se encargaba de las portadas, editaba las fotos y ahora, por culpa de Nash, iba a convertirse en el diseñador de los nuevos carteles de propaganda de UAG.

—Dame una sola razón para no pegarte un librazo en la cabeza ahora mismo —susurré con los ojos cerrados.

—¿Por respeto al libro?

—Que te den.

Entonces, Nash empezó a reírse. A pesar de que su risa era el sonido más contagioso que había oído en mi vida, me mantuve seria y entré en la cafetería sin mirar atrás.

—Eleonor, no te enfades —me pidió, pero lo ignoré—. Eleonor...

Cuando quise darme cuenta, estaba delante de mí, mirándome a los ojos. Todo mi cuerpo se tensó, porque él seguía sonriendo. Me pregunté a qué se debía el cambio tan brusco que había experimentado en apenas unos días.

—Vamos, sé que en realidad no estás enfadada —continuó, juguetón—. Se nota que estás haciéndote la difícil. Tú y yo sabemos que te mueres de ganas de sonreír. Hazlo de una vez. Sonríe, por favor. Sonríe para mí.

Me dio un suave empujón, y yo respondí con un gruñido.

—Eres insoportable.

—En el fondo te alegras de que lo haya hecho. Admítelo.

—¿Alegrarme? —exclamé—. ¿Cómo diablos voy a alegrarme? ¡Los carteles serán horribles, y ridículos, y...!

—Y absolutamente maravillosos —me interrumpió, tirando de mí para hacerme avanzar en la cola de la cafetería—. Mira, no quiero que pienses que estoy intentando ligar contigo porque..., bueno, no lo estoy intentando, pero eres preciosa. Y tienes ese *algo*, ya te lo he dicho varias veces. Deberías empezar a confiar un poco más en ti misma, Eleonor. —Como si con eso no bastase, añadió—: Además, ten en cuenta que ahora Jayden te verá por todos lados. No tendrá más remedio que empezar a interesarse en ti. Son todo ventajas.

Intenté centrarme en esa última razón, porque necesitaba pasar por alto el cúmulo de sensaciones y sentimientos que el resto de sus palabras había provocado en mí.

—No me hables de Jayden —le pedí en un susurro.

—¿Por qué?

—No puedo estar enfadada si lo haces.

Nash frunció el ceño. Aunque estaba bastante segura de que mi comentario no le había gustado, no quise darle importancia.

—Entonces no hablaremos de Jayden, pero perdóname. Vamos.

—No.

Para ser sincera, solo contesté así para hacerle de rabiar. En realidad, no estaba enfadada, pero él no tenía por qué saberlo.

—¿Por favor? —siguió insistiendo.

—Que no.

—Eres imposible.

Justo cuando estaba a punto de replicar, una chica de ojos oscuros y tez pálida se abalanzó sobre mí para abrazarme. Le devolví el gesto, un poco confundida, con la mirada clavada en Nash. Él se había alejado de nosotras, cohibido por la presencia de la chica, y fingía mirar hacia otro lado para no tener que saludarla.

Maldije mentalmente mientras me separaba de Grace. ¿Por qué actuaba de esa manera?

A ella no pareció molestarle que él se apartara; seguía conservando la alegría cuando me gritó:

—¡He tomado una decisión! —Dio un pequeño saltito, seguido de varias palmadas—. Como sé que Olivia y tú necesitáis ayuda con la asociación, he pensado en unirme. Ya sabes, como voluntaria. ¡Ya he hecho todos los trámites! ¿No es fantástico? Olivia ha tenido que cambiar las listas, pero está muy contenta porque por fin va a poder quitarte un poco de trabajo. —Entonces, se volvió hacia Nash y, ampliando su sonrisa, le tendió una mano—. ¡Oh, tú debes de ser Nash! ¡Qué ilusión! He visto tu nombre apuntado en mi lista. Estaba deseando conocer a mi nuevo socio.

*Diez.*

## 12. Somos como equilibristas

—Entonces, ¿quieres que le diga a Grace que todo ha sido un error y que su nuevo socio no es Nash, sino Edward el Rarito?

Sujeté el móvil entre el hombro y la mejilla derecha. Aunque estaba pendiente de Olivia, mantuve la mirada fija en el cuaderno de deberes de Lizzie. Solía ayudarle a hacer las tareas del colegio en días como ese, en los que mamá trabajaba hasta tarde.

—No le pongas motes a Edward. Es un buen chico —me quejé. Di un golpe suave en la mesa para llamar la atención de mi hermana, que estaba muy concentrada buscando la solución de una suma de números de ocho dígitos—. Te has equivocado —le susurré.

Ambas suspiraron al mismo tiempo, aunque fue por motivos diferentes: Olivia porque no me entendía y Lizzie porque estaba empezando a aburrirse.

—No sé a qué viene esto —insistió mi mejor amiga—. Nunca antes te habías quejado por cosas así. Siempre que he intentado facilitarte el trabajo, me lo has agradecido. ¿Y ahora dices que no quieres librarte de Nash?

—Toma, si tanto sabes hazlo tú —se quejó Liz, empujando la libreta de matemáticas hasta que cayó sobre mi regazo.

Consciente de que no podía seguir prestando atención a las dos conversaciones a la vez, le hice un gesto a mi hermana para que esperase y ella se cruzó de brazos, enfurruñada.

—Con él es diferente —le respondí a Olivia.

—¿Se puede saber por qué?

—Porque somos amigos. Estos últimos días hemos estado hablando y..., bueno, congeniamos mucho. Además, es una persona bastante complicada. No creo que le guste la idea de tener que cambiar de voluntario.

Olivia emitió un sonidito extraño, como si por fin empezase a considerar mi propuesta.

—Me gustaría poder llevarte la contraria, pero sé que tienes razón. No veas la cara que puso, ayer por la tarde, cuando fui a decirle que las cosas habían cambiado y que ahora era socio de Grace. Parecía un gnomo gruñón.

Sonreí, aunque prefería no saber si era por la broma o por algo más.

—Ya te lo he dicho —repuse, orgullosa—. Nash suele...

—¿Nash? —Al oír su nombre, Lizzie se inclinó sobre la mesa, sorprendida—. ¿Así se llama tu novio?

—¿Qué? ¡No!

—Sí —me contradijo Olivia—, lo hizo. ¿Qué te pasa?

—Nada. —Empujé a mi hermana con un dedo para volver a sentarla—. Nash no es mi novio —le espeté entre dientes.

—¿Quién no es tu novio? ¿Estás hablando con Lizzie? ¿O con Devon? Espera un momento. ¿Tienes novio y no me has dicho nada? —Hizo una pequeña pausa, como si estuviera asimilando las cosas—. Espero que no, porque eso rompería muchos de nuestros códigos de amistad. Me sentiría muy ofendida.

Puse los ojos en blanco.

—No digas tonterías.

—Es Jayden, ¿verdad? —añadió con rapidez.

—Eleonor tiene novio, Eleonor tiene novio... —canturreó Lizzie, y yo le tapé la boca con una mano.

—¡Cállate!

—¡Oye, tampoco hace falta que seas tan agresiva! —se quejó mi mejor amiga—. ¿Qué bicho te ha picado?

Justo cuando estaba a punto de responder, mi hermana me mordió. Retuve un grito y me aparté de ella a toda prisa.

—¡Eleonor tiene novio! —La oí chillar.

Cogí aire lentamente por la nariz en un intento inútil por tranquilizarme. Como sabía que no podría seguir sobreviviendo a esta caótica situación, decidí huir de ella. Después de devolverle su cuaderno, que aún estaba sobre mi regazo, dejé a Lizzie a solas en la cocina y salí al pasillo.

—Te llamo luego —le dije a Olivia. Mientras tanto, empecé a buscar mi abrigo entre todos los que había en el perchero—. He quedado.

—¿Con quién? —me preguntó, tan cotilla como siempre.

—Con Nash.

—¿Dónde?

—En el instituto, aunque vamos a ir a su casa.

—¿En serio?

—Tiene que cuidar de su hermana —agregué rápidamente, porque intuía lo que estaba pensando—. No quería faltar a más sesiones, así que me preguntó si me parecía bien que quedáramos allí para ir juntos hasta su casa.

—Vaya, vaya...

Fruncí el ceño y no volví a abrir la boca hasta que terminé de ponerme mi chaqueta favorita.

—¿Qué pasa?

—Nada —yo sabía que estaba mintiendo—, Nash es muy mono, ¿no crees?

—Olivia, no empieces...

—¿Qué quieres que haga? Estoy diciendo la verdad.

—Eres muy pesada.

—¡Y él muy guapo!

—Creía que te caía mal.

—En absoluto —respondió con alegría—. De hecho, me parece un buen chico. ¿Te ha contado ya lo de los carteles?

—Sí. Es odioso.

—Mientes —me acusó. De haber estado frente a mí, seguro que habría entornado los ojos—. En el fondo te ha parecido un gesto bonito. Admítelo.

—¿Podemos hablar de Jayden? —le sugerí, tratando de evadir sus



palabras.

—No.

Aquello me sorprendió. A Olivia le encantaba ese tema de conversación, sobre todo desde que le comenté lo mucho que me incomodaba.

—¿Por qué? —inquirí.

—Bueno, digamos que he cambiado oficialmente de equipo.

—¿Cómo dices?

—Antes me sacaba de mis casillas, pero ahora que le conozco mejor, me he dado cuenta de que Nash es un amor de chico. Así que le prefiero a él, mucho antes que a Jayden. Estoy en su equipo.

—Pero ¿qué...? —Me quedé perpleja. Olivia había perdido la cabeza —. Estás loca. No hay ningún equipo, ni nadie a quién preferir. Nash es mi amigo y Jayden tiene novia. Fin de la historia.

—Deja de hablar de Jayden. Me aburres.

Enarqué las cejas. ¿Debería tomarme eso como una ofensa?

—¿De qué narices estás hablando? Hace dos días no dejabas de perseguirme para que le invitase a salir, y ahora...

—Ahora creo que Nash y tú haríais una buena pareja —me interrumpió —. Por eso voy a decirle a Grace ahora mismo que se quede con Edward el Rarito.

—Solo somos amigos, Olivia.

—Las cosas cambian.

—Es más: yo diría que somos menos que eso. Conocidos, si acaso.

—No vas a hacerme cambiar de opinión. Digas lo que digas, seguiré pensando lo mismo. Nash es un chico increíble y creo que deberías darle una oportunidad.

Resoplé con fastidio. Me costaba creer que insistiera en una tontería como esa.

—Jayden quiere que quedemos mañana en la biblioteca —comenté para que volviese a «ponerse de su parte».

—Doy por hecho que no vas a ir.

—¡Claro que voy a hacerlo! —Su comportamiento estaba sacándome de mis casillas—. Te recuerdo que, hasta hace menos de dos días, no

podías dejar de...

—Vale, lo pillo. Olvídalo. De todas formas, tú te lo pierdes. Si no quieres nada con Nash, podrías presentármelo.

Me dejó sin palabras, completamente aturdida.

—Dime que estás bromeando.

—En absoluto. Aunque ya nos conocemos, podrías presentármelo de nuevo —continuó como si nada—. Ya sabes, para llamar su atención. Dile algunas cosas sobre mí, como que soy guapa, atenta, amable, cariñosa, divertida... Ah, y no olvides mencionar que estoy disponible. Es un dato importante.

—Creía que te gustaba Devon —repuse con incredulidad.

—Ya, bueno...

Esta conversación estaba empezando a parecerme surrealista. Como no quería seguir discutiendo con ella, decidí ceder.

—Si se lo digo, tienes que prometerme que dejarás de meterte en mi vida amorosa. Y que hablarás con Grace.

—Puedo hacer lo segundo, pero no lo primero. Soy tu mejor amiga —respondió, como si fuera obvio—. Si te conformas con eso, el trato está cerrado. A partir de este momento, quiero que mantengas las manos lejos de *mi* Nash. Me lo he pedido.

Me reí. Olivia era muy infantil.

—Todo tuyo.

Nos quedamos en silencio. Me acerqué al espejo para comprobar mi apariencia y fui de nuevo a la cocina para avisar a Lizzie de que era hora de irnos. Ella se levantó de su silla, se acercó al perchero y se puso el abrigo. La dejé brincado en el pasillo y me acerqué a las escaleras.

—Tengo que irme, Olivia —dije. Debía de faltar poco para que diesen las seis, que era la hora a la que había quedado con Nash—. Hablamos luego.

Mi amiga murmuró algo que no llegué a escuchar, porque colgué la llamada de inmediato. Después, me incliné sobre la barandilla de la escalera y le grité a Devon que bajase de una vez.

Él tardó poco en responder. Descendió a toda prisa por las escaleras, agarró el brazo de mi hermana y prácticamente la arrastró al exterior. Yo

fui detrás de ellos. Como todos los días laborales, Devon tenía que ejercer de *hermano mayor responsable* y llevar a Lizzie a sus clases extraescolares de inglés, que se impartían al lado del instituto. Habría sido una estupidez no aprovechar uno de los asientos libres que quedaban en el coche.

Cuando llegamos a nuestro destino, Nash ya estaba esperándome. Llevaba sus típicos vaqueros sencillos y escuchaba música. Devon enarcó las cejas al verlo, aunque no dijo nada; se limitó a estacionar el vehículo frente a la puerta del edificio para que Lizzie y yo pudiéramos bajar. Después se marchó y nosotras cruzamos la calle para acercarnos a él.

—Hola —nos saludó Nash en cuanto llegamos a su lado. Se agachó para quedar a la altura de mi hermana—: Tú debes de ser Lizzie, ¿no?

Ella se quedó en silencio. Le di un suave golpe con la cadera para que contestara, lo que le hizo sacar sus armas de guerra.

—Mis amigos me llaman Lizzie, pero tú no eres mi amigo —le espetó—. Llámame señorita Lizbeth.

Nash se incorporó sorprendido.

—¿Cómo?

—Lizzie, compórtate —le increpé, hablando entre dientes. Dando por hecho que yo era la única que podía romper la tensión que reinaba en el ambiente, la agarré del brazo y le hice un gesto a Nash para que me siguiese—. Tengo que acercar a mi hermana a clase. ¿Tu casa está muy lejos de aquí?

Negó con la cabeza mientras nos acercábamos a la entrada del instituto.

—No mucho.

—Me dijiste que estaba cerca de la mía —comenté, porque nosotros habíamos tardado casi quince minutos en venir en coche hasta aquí.

Nash apartó la mirada.

—No me habrías dejado acompañarte el otro día de haber sabido que vivo en la otra punta de la ciudad.

Frené en seco.

—Tienes que estar de coña.

—¿Estás intentando ligar con mi hermana? —saltó Lizzie,

deteniéndose frente a él con los brazos cruzados—. Porque, por si te interesa saberlo, Eleonor no pude tener novio hasta que cumpla cincuenta y dos años.

—¡Lizzie! —volví a gritar, y me giré hacia Nash—. Olvídalo —casi le supliqué—. Mis hermanos dicen estupideces a todas horas. Debe de haber escuchado a alguno de ellos.

El corazón me latía muy rápido. No obstante, todo mi cuerpo se calmó cuando el sonido de su risa me llegó a los oídos. Se me destensaron los hombros, y no pude hacer más que alegrarme porque Nash se tomara a broma esos comentarios.

—Gracias por la información, señorita Lizbeth. Es... interesante.

Tardé apenas unos segundos en dejar a la bocazas de mi hermana en sus clases de inglés. Cuando nos quedamos a solas, la incomodidad que había sentido hasta ese momento desapareció como por arte de magia.

Aun así, me quedé en silencio durante los cinco minutos que tardamos en llegar a casa de Nash. Él se limitó a caminar a mi lado con las manos metidas en sus bolsillos, hasta que nos detuvimos delante de la tercera casa de una hilera de dúplex. Crucé la valla exterior detrás de él, observándolo todo. Para llegar a la puerta, había que cruzar una especie de jardín delantero cubierto de césped artificial hasta llegar a unas escaleras empinadas.

Me fijé en que, contigua a ellas, había una rampa. No pude evitar preguntarme para qué servía, y me distraje pensando que era un detalle muy coqueto que embellecía el porche. Entonces, me fijé en un colorido cartel colgado junto a la puerta donde ponía: normas del hogar.

—«Reírse mucho, pelear muy poco, darse muchos besos, apoyarse unos a otros...» —leí en voz alta. Nash subió conmigo las escaleras—. Qué original.

—A mamá le encantan ese tipo de cosas.

Sonreí. Después de forcejear unos segundos con la cerradura, Nash por fin consiguió abrirla y se hizo a un lado para dejarme pasar. Advertí que en su casa había fotografías por todos lados: colgadas en la pared, decorando los muebles y sobrepuestas en los espejos. En todas ellas, salía gente abrazada.

—Me recuerda a mi casa —divagué en voz alta—. Nosotros también... Pero no llegué a terminar la frase.

—Te he mentado.

Escuchar aquello me borró la sonrisa de la cara. Fruncí el ceño y me giré sobre mis talones para mirarle. Nash se había quedado junto a la puerta. Se mordía el labio y evitaba a toda costa mirarme a los ojos.

—¿Cómo dices?

Cogió una profunda bocanada de aire.

—Mi hermana ha llegado llorando del instituto y lleva toda la tarde encerrada en su habitación. He intentado hablar con ella, pero no quiere contarme lo que le pasa. Odio verla así y no poder hacer nada por ella. Estaba desesperado, te lo prometo. Soy malísimo en estas cosas. ¡No sé cómo ayudarla! —exclamó. Se pasó una mano por el pelo y bajó el volumen—: Por eso te he llamado. Siempre que tengo problemas, tú sabes cómo ayudarme, y pensé que conseguirías, no sé, hacerla sentir mejor...

Nash dejó la frase en el aire. Cuando levantó la cabeza y vio mi cara, algo cambió. Su mirada se entristeció y enterró el rostro en las manos. Oí como suspiraba.

—Lo siento —me dijo, y se destapó la cara—. Estoy poniéndote en un aprieto. No debería haberte llamado. Si quieres irte, lo entenderé. Me puse nervioso y no pensé que esto pudiera molestarte. Pero lo hace, y es normal. Soy un idiota. Perdóname.

Me mordí el interior de la mejilla. Nash tenía razón en todo: invitarme a venir solo con ese propósito había sido una mala idea. Las cosas no eran como él se imaginaba. Yo no tenía ningún superpoder; no siempre sabía cómo animar a la gente, y tampoco era capaz de ayudar a todo el mundo, mucho menos a alguien a quien ni siquiera conocía. ¿Cómo diablos se le había ocurrido pedirme algo así?

Tenía ganas de irme a casa, pero algo me decía que no podría hacerlo sin sentirme culpable.

—¿Qué quieres que haga? —le pregunté, aunque sabía que acabaría arrepintiéndome de ello.

Al escucharme, levantó la cabeza. Sus ojos azules se clavaron en los míos.

—No tienes por qué...

—Nash —le interrumpí. No tenía sentido seguir lamentándose.

Tragó saliva.

—Quiero que hables con ella.

—No creo que eso sea de ayuda.

—Inténtalo, por favor.

—Pero...

—Conmigo funciona. Siempre funciona.

La intensidad de sus palabras me hizo cerrar los ojos. Rebusqué en mi interior algo de valentía, traté de aferrarme a ella y, consciente de que estaba enfrentándome a unas expectativas que quizás eran demasiado altas, le dije:

—No puedo prometerte nada.

Él esbozó una sonrisa. Parecía aliviado.

—No hace falta. Sé que, si alguien puede conseguirlo, eres tú. —Entonces, me hizo un gesto para que fuera hacia las escaleras—. Vamos, es por aquí.

Mientras subíamos al segundo piso, mi cabeza me repitió cientos de veces que era una mala idea. No quise hacerle caso, porque ya no podía echarme atrás, y seguí a Nash hasta la habitación de su hermana pequeña. El cuarto de Sidney estaba al fondo del pasillo; había dejado la puerta entreabierta, lo que me puso aún más nerviosa.

Nash la golpeó un par de veces.

—¿Sid?

—Nash, déjame en paz. —Oí al otro lado.

—Quiero saber si estás bien. —Entonces, empujó la puerta con ambas manos y entró en la habitación. Después, me hizo una señal para que le siguiera.

Como sabía que no podía quedarme en el pasillo eternamente, cogí aire y entré al cuarto, que tenía las paredes pintadas de blanco. Algo nerviosa, paseé la mirada por toda la habitación y, cuando vi a Sidney, sentí un nudo en el pecho.

Era una niña de doce años, con los ojos de un color azul muy intenso. Tenía el pelo recogido en una coleta y un montón de pecas salpicaba su

rostro, pálido como la nieve. Físicamente, eran casi idénticos.

La pequeña nos devolvió la mirada desde una silla de ruedas.

Me quedé helada.

—¿Quién es ella? —preguntó, dirigiéndose a Nash.

—Es... una amiga. Se llama Eleonor.

—¿Qué hace aquí?

—Ya te he dicho que es mi amiga.

—Nunca traes amigas a casa.

—Bueno, pero hoy sí —se volvió hacia mí—. Voy a por algo de beber. Dame un minuto.

No sabría decir qué me asustó más: sus palabras o la forma en que me miró, como si creyese que, en lo que él tardaba en bajar al primer piso, yo podría poner en marcha mi magia y arreglar todos los problemas de su hermana. Estaba deseando pedirle que no se marchara, pero no lo hice, y Nash acabó saliendo del dormitorio y cerrando la puerta a sus espaldas.

Hubo un silencio tremendamente incómodo y molesto. Fue entonces cuando empecé a sentir pánico de verdad.

Cerré los ojos. Seguía sintiendo la mirada de la niña sobre mí y maldije a Nash mentalmente por haber tenido la poca decencia de dejar que me enfrentase sola a una situación así. También me odié a mí misma por haber accedido a hacer eso en lugar de salir corriendo cuando todavía tenía la oportunidad. Aun así, intenté recordar los pasos que solía seguir cuando hablaba con un socio por primera vez, en busca de una solución.

Y conseguí dar con ella.

Como si esto no fuese más que una de mis sesiones de UAG, decidí empezar la conversación.

—Tenía ganas de conocerte, ¿sabes? —comenté. Sidney, que no se esperaba algo así por mi parte, frunció el ceño—. Tu hermano habla de ti a todas horas y..., no sé, supongo que tenía curiosidad. Siempre dice que eres genial.

Traté de parecer desinteresada para ocultarle el miedo que me daba su respuesta, paseé los ojos por el dormitorio y caminé hacia la cómoda, que también estaba llena de fotografías.

—¿Por eso te ha traído?

—No exactamente —repuse, mirándola de reojo. Me entretuve mirando una de las fotos instantáneas—. Está preocupado por ti.

Ella puso los ojos en blanco. Tenía un libro gigantesco sobre las rodillas, y llegué a sospechar que estaba deseando lanzármelo a la cabeza.

—Nash siempre se preocupa por mí. Es un pesado.

—¿Ah, sí?

—¿De qué te ríes?

—De nada. Solo me recuerdas a mí.

—¿Por qué? —inquirió. Me di cuenta de que había despertado su curiosidad.

—Solía quejarme por lo mismo que tú. Cuando era pequeña, mis dos hermanos mayores (son gemelos) siempre se ponían de acuerdo para gastarme bromas. Una vez, pusieron colorante rojo en mi cepillo de dientes. Deberías haber visto la cara que puso mi madre cuando me vio aparecer con la boca *ensangrentada*.

Con esto, conseguí hacerla sonreír.

—Debió de ser horrible.

—Solo para ella. Yo me sentía como una vampiresa. Lloré mucho cuando mamá me obligó a quitármelo.

Dejé la fotografía de nuevo sobre la cómoda antes de volverme hacia ella. El recelo había ido desapareciendo, poco a poco, de los ojos de Sidney. Ahora la sorna llenaba su mirada.

—Si Nash me hiciera algo así, no se lo perdonaría nunca.

—Bueno, yo ya estaba acostumbrada. —Sonreí—. Se meten muchísimo conmigo, aunque eso no significa que no se preocupen por lo que me pasa. Son los primeros a los que acudo cuando tengo un problema, y siempre intentan hacer lo mejor para mí. —Consciente de que había llegado al punto clave de la conversación, arqueé las cejas y le dije—: Nash hace lo mismo contigo.

Ella asintió con la cabeza.

—Lo sé.

—No puedes enfadarte con él por estar preocupado. —Aunque sabía que estaba metiéndome en terreno peligroso, continué—: Me ha contado que hoy has llegado algo... disgustada, ya sabes, del instituto.



Sidney se cogió el labio inferior entre sus dedos índice y pulgar, justo como hacía su hermano.

—Bueno...

—¿Va todo bien? —Ambas nos volvimos hacia la puerta al oír la voz de Nash a nuestras espaldas.

La niña dijo que sí en voz alta, pero su hermano no le hizo caso, porque su mirada estaba clavada en la mía. De hecho, no entró en la habitación hasta que yo asentí con la cabeza y le sonreí tímidamente.

Por lo menos, Nash no mintió cuando dijo que iba a por bebidas. Tratando de no verter el contenido de ninguno, puso una bandeja con tres vasos llenos de un líquido oscuro sobre la mesa y empezó a repartirlos. A Sidney le dio el más grande. Después, se sentó en el suelo con el suyo y el que sobraba (que esperaba que fuese para mí), y me hizo un gesto para que me sentara a su lado.

—Seiscientas catorce calorías —leyó en voz alta—. Todos los invitados de mamá me lo preguntan antes de comer cualquier cosa. Supuse que te gustaría saberlo.

—Nunca miro las calorías —respondí, sentándome junto a él—. Prefiero ser una bola gordita y feliz antes que un espagueti triste.

Empezó a reírse.

—Eres genial.

—Lo sé.

—Y sorprendentemente humilde.

Me llevé una mano al pecho con fingida molestia.

—¿Eso ha sido sarcasmo? —demandé—. Porque, de ser así, te aseguro que te arrepentirás.

Nash enarcó las cejas con diversión.

—¿Eso es una amenaza?

—De muerte.

—Qué miedo.

—No vayas de chulito, Anderson. Seré bajita, pero también peleona.

—Me espantas.

—Además, tengo a Lizzie. Mi hermana pequeña es una asesina de muñecas. Le arrancó la cabeza a una en Halloween porque le dio la gana, y

estoy bastante segura de que podría hacer lo mismo contigo si se lo pido —añadí medio en broma, recordando el trágico destino al que Umbar tuvo que enfrentarse hacía unos años—. Ándate con cuidado, Anderson.

Sidney no tardó mucho en reírse con nosotros. Nash puso los ojos en blanco y me tendió por fin el vaso con una pequeña sonrisa. Fue inevitable que nuestros dedos se tocaran cuando lo cogí, y tuve que resistir el impulso de apartarme con rapidez. Su piel estaba caliente.

Me aclaré la garganta mientras volvía a mirar hacia adelante. Distinguí algo en la mirada de la pequeña que no me gustó.

¿Habría notado que me había puesto nerviosa?

Ella abrió la boca. Temía que fuera a preguntarme por qué me sentía de esa manera, pero lo que dijo fue algo totalmente distinto:

—¿Has venido para contarme uno de tus cuentos?

No sabía cómo contestar a eso. En busca de ayuda, miré de reojo a Nash, que había flexionado las piernas y se rodeaba las rodillas con los brazos. Esperaba que se le ocurriese una buena forma de salir de ese apuro, porque no podía sacarme una dinámica de la manga y contársela sin más.

—Bueno, Sid...

—Por favor —insistió ella, con sus grandes ojos clavados en los míos—. Mi hermano siempre dice que son increíbles. Quiero escuchar uno.

Ahora sí que no me molesté en disimular; aunque ya sabía que Sidney había oído hablar de mí en varias ocasiones, la admiración que noté en su voz me pilló desprevenida. Cuando me volví hacia Nash, sentí un cosquilleo en el estómago. Tenía las mejillas tan rojas como el día que le pillé escribiendo mi nombre en la cafetería. Evitaba mi mirada a toda costa.

Mientras tanto, su hermana seguía observándonos. De pronto, Nash dijo:

—Antes de eso, vas a tener que contarnos lo que te pasa.

No me había excluido de la frase. Con las piernas cruzadas, entrelacé las manos y las apreté con fuerza para que no me temblaran. La mirada de la niña no se apartó de la mía.

Al notar el recelo en sus ojos, Nash añadió:

—Puedes confiar en ella, Sidney.

¿Podía confiar en mí?

¿Podía hacerlo?

¿Iba a hacerlo?

Ella se quedó en silencio unos segundos, como si dudara de sus palabras. No obstante, acabó cediendo y soltó un suspiro.

—Siempre me ha gustado el teatro. La semana pasada hice una audición para la obra que dirige todos los años la profesora de lengua, y hoy por la mañana me he enterado de que me han dado el papel. —Esbozó una sonrisita triste—. Llevaba tanto tiempo preparándome para esto que creía que, cuando lo consiguiera, me alegraría. Pero no ha sido así. En realidad, ha sido todo lo contrario. Hoy tenemos el primer ensayo, pero creo que no voy a ir. La idea de tener que conocer a mis compañeros me asusta; allí todos son amigos, llevan años participando juntos en obras de teatro. Yo seré nueva en el grupo y supongo que me da miedo lo que puedan pensar de mí. —Se le empezaban a aguar los ojos. Antes de continuar, Sidney cogió una profunda bocanada de aire—: Todo el mundo cree que esto —añadió, señalando su silla de ruedas— me hace diferente a los demás. Cuando estoy fuera de casa, me siento como si fuera una muñeca de cristal. Escucho como la gente susurra que hay que tener cuidado conmigo, porque soy frágil. Los que me rodean me han subestimado toda la vida y ahora..., ahora que por fin tengo la oportunidad de demostrarles de lo que soy capaz, tengo miedo a fallar. ¿Qué pasa si no consigo interpretar mi papel? ¿Y si olvido mis líneas del guión? No quiero...

—Si eso ocurriese, no pasaría nada —le interrumpió Nash—. No tienes que preocuparte por algo así. En las películas, los actores repiten escenas todo el rato.

La niña se mordió el labio y negó con la cabeza. Yo me tragué las ganas de decir algo al respecto porque intuía lo que ella iba a responder.

—El problema no es ese. Lo malo es que siento que, si fallo, demostraría que todo lo que piensan de mí es cierto, que no estaban subestimándome. Que, en realidad, *no soy capaz*. No quiero hacerles creer eso, Nash. No quiero. De verdad que no.

Una lágrima rebelde resbaló por su mejilla, aunque se la limpió de

inmediato. Verla así, con ansiedad y los ojos llorosos, me rompió el corazón. La habitación se sumió entonces en un agobiante silencio, y me dio la sensación de que ella estaba a punto de disculparse, pero yo se lo impedí.

Improvisé y me dejé llevar por un impulso; me levanté del suelo, me acerqué a ella y me agaché frente a la silla de ruedas. Sentía la mirada de Nash taladrarme la espalda.

—Así que te gusta el teatro —dije.

Sidney sonrió como si le hiciese gracia que, con todo lo que nos había dicho, yo solo me hubiese quedado con eso.

—Desde que era niña.

—¿Cómo puedes tener miedo a hacer algo que te gusta?

—No es a hacer teatro, sino...

—A la gente —la interrumpí—. Le tienes miedo a la gente. A no encajar.

Ella dudó durante un segundo, como si le diese vergüenza admitirlo, pero acabó asintiendo con la cabeza.

—Creo que sí.

Era igual que su hermano.

—Es como si fueras... una equilibrista —agregué, y ella soltó una risita, porque nada de lo que estaba diciendo tenía sentido—. Vamos, piénsalo. No es una comparación tan descabellada.

—Todas tus comparaciones son descabelladas —comentó Nash a mis espaldas. Me giré, le miré por encima del hombro y me fijé en su sonrisa antes de volver a mirar a Sidney.

Después, se lo solté todo.

—En realidad, somos como equilibristas en una cuerda floja y, además, llevamos una balanza entre las manos. En un lado está todo lo bueno que los demás piensan y dicen de nosotros: cumplidos, halagos, felicitaciones... En el otro, todo lo malo que nos pueden llegar a decir: insultos, malas críticas... Y, quizás por el dolor que nos provoca, siempre nos pesa mucho más lo negativo que lo positivo, por lo que nos desequilibramos.

»Para solucionar este desequilibrio, optamos por la salida que creemos

que es más fácil: poner cosas en el otro lado de la balanza. Nos esforzamos por encajar, por agradar a los demás, porque tenemos miedo de caer en el mar que hay debajo. Pero, si lo piensas bien, lo más fácil es soltar la balanza.

»Si sueltas la balanza y dejas de lado lo que dicen los demás de ti, sea bueno o malo, te liberas de un peso que te desequilibra constantemente y pasas a recorrer la cuerda floja sin nada más que tu cuerpo y, por lo tanto, tu ser, con todo aquello que forma parte de tu verdadera personalidad. Como tienes un equilibrio total gracias a esto, ya no te da miedo caer, y descubres que la manera más fácil de llegar al otro lado, a tus sueños, es dejarte caer y nadar. Es evidente que dar este paso es complicado, e ignorar todo lo que los demás piensan de ti no es tarea fácil, pero ¿de verdad quieres cargar toda la vida con ese peso, cuando podrías saltar y hacer lo que sientes de verdad? ¿Por qué deberías renunciar al teatro, que es lo que te apasiona, por miedo a lo que los demás piensen de ti? —Me incliné para darle un golpe suave en el hombro y sonrió—. Vamos, Sidney. Tu hermano siempre dice que eres increíble, y la gente increíble es más que capaz de dar ese paso. No necesitas demostrarle a nadie lo mucho que vales, porque ya lo sabemos.

En cuanto terminé de hablar, me sentí como un globo que se desinfla. No sabía de dónde había sacado el coraje para decirle todo eso: en realidad, la dinámica que acababa de contarle no era más que un boceto de una que tenía pensado llevar a cabo con Nash. Era curioso que, llevándose tantos años, el problema de su hermana fuese tan parecido a los que él solía tener.

La cuestión estaba en si a ella también podría abrirle los ojos.

El silencio se alargó durante unos tortuosos segundos, en los que me limité a observar a la niña y a preguntarme si habría sabido expresarme bien, si no había dicho nada inadecuado y, sobre todo, cómo podría tomarse lo que acababa de decirle. Sin embargo, todas estas cuestiones desaparecieron de mi mente cuando escuché como Nash se movía a mis espaldas.

—Bueno, Sidney —empezó mientras se incorporaba. Se acercó a la niña y le puso una mano en el hombro. Después, me señaló con la otra—:

Te presento a Eleonor Taylor. Tienes suerte de que no te haya obligado a sentarte en mitad del pasillo, que ella considera «su despacho improvisado».

La niña se echó a reír. Yo me uní a sus carcajadas y me sentí muy aliviada.

—Tenías razón —le dijo a Nash, y me gustaría haber entendido a qué se refería exactamente—. Gracias —añadió, volviéndose hacia mí.

Negué con la cabeza.

—No es nada, Sidney.

—Venga, iros de aquí —nos espetó entonces. Luego, se volvió hacia su hermano—. Voy a repasar mis frases antes de ir a ensayar. ¿Puedes decirle a Sarah que venga a recogerme a las seis?

Nash asintió mientras se sacaba el teléfono móvil del bolsillo trasero de los pantalones. Todavía sin desbloquearlo, me hizo un gesto para que saliésemos juntos del dormitorio. No sabía cómo debía despedirme de Sidney después del rollo que le había soltado, por lo que me limité a dedicarle una pequeña sonrisa, que ella correspondió con ganas.

De repente, empecé a sentirme mejor conmigo misma.

Me alegré de no haber huido. De haber sido valiente.

Mantuve la sonrisa hasta que Nash cerró la puerta a nuestras espaldas y nos quedamos a solas en el pasillo. Habíamos dejado los batidos dentro, pero ninguno de los dos le dio importancia. Mi cerebro me pedía a gritos que corriese escaleras abajo y me fuese a casa, porque ya no tenía nada más que hacer allí. Sin embargo, me quedé quieta y en silencio, con la mirada de Nash clavada en la mía.

—Sidney tuvo un accidente hace algunos años —dijo. No creía que fuese un buen momento para hablar de esto, pero él siguió—: No puede andar desde entonces.

—Lo siento.

Nash negó con la cabeza.

—No, yo lo siento. Debería habértelo contado.

—No digas tonterías —le respondí.

Él esbozó una pequeña sonrisa, como si cualquier preocupación hubiera desaparecido de sus ojos azules.

—Gracias por todo lo que le has dicho. Sabía que serías de ayuda.

—Nash...

—Siempre lo eres.

Volví a sonreír con timidez mientras aquel cosquilleo se adueñaba de mi estómago de nuevo. No sabía cómo seguir con la conversación, así que dije lo primero que se me pasó por la cabeza:

—Tu hermana es una niña adorable.

Pero él parecía estar pensando en otra cosa.

—¿Puedo darte un abrazo?

No sabría decir qué me pareció más sorprendente, si su propuesta o el hecho de que ni siquiera me dejase contestar. Antes de poder abrir la boca, Nash me envolvió con sus brazos. Su calor me penetró en la piel y sentí como temblaba cuando entrelazó las manos en la parte baja de mi espalda, como si tuviese miedo de que, en cualquier momento, yo me apartase de un salto.

Pero no lo hice. En su lugar, le rodeé el cuello con los brazos. Aunque pareciera incongruente, sus músculos se destensaron al entrar en contacto con los míos. No pude hacer más que estrecharlo con fuerza y limitarme a respirar.

Fue uno de los abrazos más bonitos que me habían dado nunca: uno de esos en los que se te cierran los ojos sin querer y te entran ganas de congelar el tiempo para no volver a abrirlos nunca.

Ahí fue cuando me di cuenta de que, después de todo, ninguno de mis esfuerzos había sido en vano. Porque las cosas, y Nash, estaban cambiando.

*Nueve.*

## 13. Vas a acabar volviéndome loco

Al día siguiente, después de una aburrida clase de biología de más de dos horas, salí al pasillo rodeando los libros con los brazos y tarareando una canción muy pegadiza que había escuchado cantar a Devon la noche anterior. Había quedado con Nash frente al aula de tecnología para ir juntos al comedor, ya que, tras mucho insistir, por fin había accedido a volver a sentarse conmigo para almorzar.

Por muy deprimente que resultase, el instituto no consiguió desanimarme. Era miércoles, mitad de semana. Ya quedaba poco para el viernes y nada podía hacerme más feliz. Además, en cuestión de horas, Jayden y yo nos reuniríamos de nuevo. Todo esto, sumado al hecho de que, ahora que Grace era voluntaria en UAG, no iba a tener que volver a quedar con ella, me hacía sentir que no había nada que pudiese arruinar un día tan bonito.

Sin embargo, todo se fue al traste en cuanto llegué al final del pasillo. De repente, escuché como dos personas se reían. Una tenía una voz mucho más aguda que la otra, y ambas provenían del pasillo contiguo.

Luego, distinguí la voz de Nash.

—Largaos de una puñetera vez —dijo.

A mí se me borró la sonrisa de la cara.

—Vaya, Anderson —escuché entonces—. Qué mal humor tienes por las mañanas. ¿También era así cuando salías con él, cielo?

—Era peor —respondió una voz femenina que me puso los pelos de punta—. Menos mal que me di cuenta de mi error a tiempo.

—¿Habéis terminado ya? —les preguntó Nash—. Tengo que irme.



—Nash, corazón, pero si solo acabamos de empezar...

—¿Qué haces aquí, bicho raro? ¿No tienes ningún puente del que tirarte?

—Estoy esperando a alguien.

Apenas podía moverme. A mí, me estaba esperando a mí.

Escuché esas risas de nuevo.

—Hablas como si alguien quisiera pasar tiempo contigo.

—Los bichos raros no tienen amigos, Nash.

—Dejadlo ya.

Y se rieron. Otra vez.

—Apuesto a que te da asco mirarte al espejo.

—Deberías haberlo visto antes, cuando salíamos —añadió ella—. ¿Cuánto medías? ¿Un metro? ¿Medio, tal vez?

—¡No te pases! —exclamó el chico—. No más de quince centímetros.

—Ajá, y mírate ahora. Has crecido y estás en los huesos. Tu cuerpo es deforme.

—No me gustaría verte en bañador, seguro que se te notan las costillas. Qué asco.

—Raro, feo y delgaducho. Dime, ¿quién va a quererte así? Morirás solo.

Más risas.

—Bueno, siempre tendrá a la estúpida de su hermana para acompañarle. Apuesto a que ni siquiera puede salir de casa.

—¡Es verdad! —La chica tenía un timbre chillón e insoportable—. Dime, ¿has conseguido ya que esa inútil se levante?

—Menudo futuro le espera.

—No la querrán ni para limpiar.

—Es una fracasada, igual que tú. Cómo se nota que sois hermanos, eh.

De repente, las carcajadas se volvieron más sonoras y escuché un golpe sordo que me paró el corazón. No pude aguantarlo más: salí de mi escondite a toda prisa y corrí por el pasillo, buscándolos, pero ya era demasiado tarde.

Cuando llegué, solo quedaba una persona.

Nash tenía la frente apoyada en la puerta del aula de tecnología y los

puños cerrados a ambos lados de la cabeza. Le temblaba el cuerpo porque estaba respirando muy rápido. Cuando comprendí que el ruido que había escuchado había sido el de sus manos golpeando la pared, sentí alivio.

No obstante, no me sentía bien del todo. Aunque las cosas no hubiesen llegado a lo físico, no podía evitar sentirme culpable por haber sido una cobarde y no haber sabido reaccionar.

Por no haber salido a dar la cara.

—¿Cuánto has oído?

Su voz me hizo dar un respingo. Atacada, aparté todos esos pensamientos de mi mente y crucé el pasillo para acercarme a él.

—Todo.

—No me mires así —empezó a erguirse, evitando mi mirada a toda costa—. Estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí.

Antes de que nos quedáramos en silencio, me apresuré a preguntar:

—¿Quiénes eran?

—No voy a decírtelo.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

Al escucharme, Nash se volvió hacia mí y pude ver su rostro. Sus ojos estaban tristes, demacrados; sentí ganas de abrazarlo, pero me contuve porque prefería no arriesgarme a ser rechazada.

—Te conozco, Eleonor —dijo con cuidado—. No quiero que te metas en esto.

—No iba a hacerlo.

—No digas mentiras.

Al oír sus palabras, dejé de guardar la compostura y estallé.

—¡Es que no lo entiendo!

—No hay nada que entender.

Cuando quise darme cuenta, estaba yendo de un lado a otro del pasillo, fuera de mis casillas.

—Son sucios, crueles, ruines... —Me detuve frente a él—. ¡Dios, Nash! ¡Tú eres mucho mejor que ellos! ¡Plántales cara!

—¿Cómo? —demandó con brusquedad.

—Señálamelos —dije sin pensar—. Tú solo señálamelos y te prometo que acabaré con ellos. Esto no puede quedarse así. ¿Por qué nunca me has dicho nada? Me cuesta creer que exista gente así en el mundo. Son tan... ¡Agh!

—Eleonor...

—¡Defiéndete, pedazo de imbécil! ¡No puedes tolerar que te hagan eso!

—No es tan fácil como parece, ¿sabes?

—¡Utiliza la violencia! ¿Para qué diablos tienes los brazos?

Cerró los ojos durante un segundo y cogió aire, como si se estuviera conteniendo. Después, volvió a abrirlos.

—No voy a pegar a nadie.

—Pues haces mal.

—Yo no soy así.

—Pero yo sí —rugí—. Vamos, dime quiénes son. ¡Los dejaré calvos a los dos!

—Ella es la más baja, y te saca media cabeza. Estás loca.

Estaba decidida a seguir insistiendo. De hecho, no tenía pensado parar hasta que consiguiese hacerle cambiar de opinión. No obstante, en el momento en el que su mirada conectó con la mía, vi algo en sus ojos que me dejó claro que lo que menos necesitaba Nash ahora mismo era oírme despotricar, porque él ya estaba bastante enfadado de por sí.

De modo que me tragué todos los insultos que aún me quedaban por pronunciar y, tras tomar una profunda bocanada de aire, me propuse un nuevo objetivo: hacerle sonreír.

—Me subestimas. Traeré a Lizzie para que les arranque la cabeza, como hizo con sus muñecas.

Pero se me veía venir desde lejos.

—¿Estás intentando hacerme reír? —inquirió.

—¿Tanto se nota?

—No va a funcionar.

—Eso es porque estás amargado.

—No estoy...

—Claro que sí.

Creí distinguir un deje de sonrisa en su rostro. Por desgracia, Nash acabó reprimiéndola, como cuando apenas nos conocíamos. Se quedó serio y puso los ojos en blanco. Me dio rabia que, por culpa de esos dos idiotas, hubiésemos retrocedido en nuestra relación, pero no dije nada al respecto.

Me incomodaba la tensión de ese momento y, como sabía que no podía hacer otra cosa, lo agarré del brazo y prácticamente lo arrastré hasta la cafetería. Ambos nos quedamos en silencio mientras esperábamos la comida; esos minutos se me hicieron eternos. Cuando llegó el momento de escoger mesa, corrí detrás de Nash para evitar que se sentase a solas, como siempre hacía, en una de las del fondo.

—Vamos —le imploré, tirando de su brazo e intentando mantener mi bandeja en equilibrio al mismo tiempo—. Me prometiste que te sentarías con nosotros.

—No estoy de humor, Eleonor.

Antes de que pudiese replicar, ya se había acomodado en una de las esquinas de la mesa.

No tardé ni dos segundos en sentarme a su lado.

—¿No prefieres ir con tus amigos? —me preguntó con sequedad—. No me importa estar solo.

Me daba la sensación de que, en el fondo, él quería que me fuera. Sin embargo, aunque me habría marchado sin rechistar —ya me había visto en la misma situación varias veces y estaba empezando a cansarme—, no me moví del sitio y negué con la cabeza.

—Quiero estar aquí —le dije en voz baja.

Nash enarcó las cejas.

—¿Segura? Todavía estás a tiempo.

—Segurísima.

Asintió con la cabeza y nos quedamos callados.

La situación me resultaba tremendamente incómoda, así que, para distraerme, empecé a remover la sopa que me había servido la señora Duncan con uno de mis cubiertos de plástico. Me molestaba pensar que mamá estaba perdiendo dinero pagando el servicio del comedor, porque no me servían nada saludable ni comible; las tripas me rugían, pero no

pensaba ingerir ni una pizca de ese mejunje asqueroso.

Mientras tanto, Nash trataba de desenredar el cable de sus auriculares. Me entretuve observándolo de reojo durante unos segundos, poniendo atención en todos sus gestos; tenía el ceño fruncido y sus ojos azules estaban mucho más apagados y tristes.

Verle así me hizo reflexionar sobre lo que acababa de pasar. De pronto, noté que me dolía el pecho; me quemaba pensar en la cantidad de insultos que Nash había tenido que escuchar, prácticamente delante de mis narices. ¿Era algo normal en su día a día? ¿Qué razones tenía para ocultármelo? Y lo que más me carcomía: ¿por qué diablos no lo había denunciado ya?

Sorprendentemente, dejó los cascos sobre la mesa, todavía enredados, y me preguntó:

—Estás muy callada. ¿Te pasa algo? Estoy acostumbrado a que seas ruidosa.

Desvié la mirada. ¿Que si me pasaba algo? ¿Cómo podía preguntarme eso? Definitivamente, Nash era un idiota.

O fingía ser un idiota.

—No, nada.

—Sigues pensando en lo de antes, ¿verdad? —Puso los brazos cruzados sobre la mesa y apoyó su cabeza en ellos—. No le des tantas vueltas al asunto. No tienes la culpa.

—Ya, pero...

«Podría haber intervenido. Y podría haberlo evitado, pero no lo hice».

—No hay «peros». Estoy bien.

Ladeé la cabeza.

—Entonces, ¿sabes que lo que han dicho sobre tu hermana no...?

—Sé que no es cierto —me interrumpió—. Sidney es increíble.

—Y sabes que lo que han dicho sobre ti tampoco lo es, ¿verdad? —añadí—. Tú también eres increíble. No dejes que te hagan pensar lo contrario.

Al escucharme, intentó sonreír, pero terminó siendo solo eso: un intento. Nash se encogió de hombros y agachó la cabeza, abrumado por la intensidad de mis palabras.

Como sabía que eso significaba que nuestra conversación había

acabado, suspiré y volví a fijar la mirada en mi plato.

Al cabo de unos minutos, me di cuenta de que Nash seguía mirándome. Entonces, él abrió mucho los ojos y se tapó la cara con las manos, como si quisiera evitar que yo viera que se había sonrojado. Y a mí, sin darme cuenta, se me escapó una sonrisa estúpida.

Nash entreabrió los dedos y me observó con el ceño fruncido durante unos segundos.

—¿Por qué haces eso?

Parecía dudar incluso de por qué me lo estaba preguntando. Además, era incongruente que se refiriera a mi sonrisa cuando a él se le escapaba la suya.

—Estás sonriendo como una idiota —soltó sin pensarlo. Luego, miró por encima de su hombro, como si buscase a alguien—. ¿Has visto a Jayden?

Me quedé helada. No había visto a Jayden, ese era el problema.

—No, no. —Sacudí la cabeza—. Olvídalo.

—Vale.

Nos quedamos en completo silencio otra vez, mirándonos el uno al otro, y eso me incomodó aún más. Tenía ganas de hablar y muchas cosas que decirle, pero era incapaz de formular una frase coherente. Me quedé en blanco, como si mi cerebro hubiera dejado de funcionar.

¿Por qué actuaba así? Yo no era de esa manera. No solía ponerme nerviosa —a menos que Jayden estuviese cerca— y siempre sabía qué decir. Pero, en ese momento, no. Era diferente. ¿Qué me estaba pasando?

Nash se inclinó sobre la mesa y, gracias a Dios, desvió la vista, lo que me permitió volver a respirar tranquila. Entonces, me dijo:

—No es verdad.

Fruncí el ceño.

—¿El qué?

—Lo que has dicho antes, no es verdad. Lo de que soy increíble. Es mentira.

—Nash. —Reaccioné de inmediato—: No tienes que hacerles caso, ¿vale? Ellos son el problema. Lo que buscan es hundirte. Tú no tienes nada de malo. Ignora todo lo que te digan.

—Tienen razón, Eleonor —insistió, con la frente enterrada en los brazos—. Mírame, soy patético. Ni siquiera tengo amigos.

—¿Cómo que no? Tienes a Mike.

Negó.

—Mike está en la universidad, nos vemos muy poco.

—... Y a Sidney —agregué.

—Sidney es mi hermana, ella no vale.

—Me tienes a mí.

Mi frase iba cargada de una intensidad que Nash no llegó a notar, porque hacía rato que había dejado de prestarme atención.

Tenía la mirada clavada en algo o alguien que estaba a mis espaldas. Con disimulo, miré rápidamente por encima del hombro y me topé con los grandes ojos de una chica pelirroja que llevaba el pelo recogido en una trenza demasiado larga para mi gusto. Llevaba unas gafas grandes y negras en la punta de la nariz que le daban un aire ridículo a su aspecto, y su brazo estaba entrelazado con el de un fornido chico pelinegro al que reconocí inmediatamente: Lucas, el mejor amigo de Jayden.

Cuando se dio cuenta de que la estábamos observando, levantó un poco la mano y saludó a Nash, que se limitó a agachar la cabeza para no mirarla.

—Tú tampoco cuentas —murmuró, tratando de seguir con la conversación como si nada hubiese pasado. Pero ya era demasiado tarde.

—Es ella —di por hecho—. Es ella, ¿no? Es Agatha.

Sus ojos azules se abrieron de par en par.

—Eleonor, no...

—Y el chico con el que va... —continué sin inmutarme—. Están saliendo. Oh, Dios mío. Son ellos. Ellos son los que se meten contigo, ¿verdad? El amigo de Jayden... y esa chica, Agatha.

—De verdad, creo que...

Sin pensármelo dos veces, me puse de pie y examiné el comedor con la mirada. Localicé a mi objetivo en la fila que se había formado frente a la cocinera. Agatha jugueteaba con los dedos de su novio y se reía mientras le susurraba algo al oído.

Estaba allí: a tan solo unos metros de distancia.

—Tengo que irme —le dije a Nash.

—¿A dónde?

Me volví hacia él. Después, mientras me inclinaba para coger mi cuenco de sopa, y con nuestras caras muy cerca, le dije:

—A demostrarte que yo sí que cuento.

Nash tardó unos segundos en asimilar mis palabras y yo me acerqué a su exnovia a toda prisa. No me arriesgué a mirar atrás hasta que me hube alejado varios metros de él: fue entonces cuando me percaté de que no tenía nada de lo que preocuparme. Nash no me seguía, no iba a intentar detenerme. Había decidido quedarse sentado y limitarse a observar.

Seguramente le daba vergüenza montar una escena.

Por suerte, a mí no.

Hacia rato que Agatha y su novio habían recogido su comida, y, en ese momento, esperaban a que otro de sus amigos terminase de pedir, por lo que estaban lo bastante alejados de la multitud para ejecutar mi plan con éxito. Además, ella llevaba un vestido blanco, cuya tela era casi transparente.

Nada podía salir mal.

Con esto en mente, avancé cada vez más rápido, hasta que me quedé a dos metros de distancia. Entonces, aumenté la fuerza de mis pisadas, fingí mirar hacia otro lado y caminé hasta que los brazos de Agatha chocaron contra los míos. Después, dejé caer mi cuenco de sopa, y todo el contenido fue a parar a su vestido.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —Me puse a chillar de inmediato mientras me tapaba la boca con las manos—. ¡Lo siento, lo siento, lo siento!

Intenté que mi actuación resultase creíble, pero nadie estaba haciéndome caso. Repugnada, Agatha se tiraba de los bordes de su vestido, ahora de color verdoso, para evitar que se le pegase a la piel. Juraría que estaba reteniendo las ganas de ponerse a gritar.

Mientras tanto, su novio parecía no saber cómo reaccionar.

—Oh, Dios. ¿Estás bien? —insistí.

—¡No! —estalló la chica—. ¡¿Cómo es que tú no te has manchado?!

Me miré la camiseta, que estaba casi limpia (pues, a pesar de haber



intentado evitarlo, me habían salpicado un par de gotas) y abrí la boca, simulando sorpresa.

—¡Jesús, ahora me siento aún peor!

Finalmente, Lucas reaccionó e hizo un gesto para restarle importancia al asunto.

—Eleonor, ¿verdad? —Asentí repetidas veces—. No te preocupes, no ha sido a propósito. No pasa nada.

—¡Claro que pasa! —exclamó Agatha, furiosa—. ¡Ha sido adrede!

Me llevé una mano al pecho y negué con la cabeza.

—Os juro que no.

—Cálmate, cariño. Venga, te acompaño a limpiarte...

—¡No me digas que me calme! —Se volvió hacia mí con los ojos entornados—. Tú...

Di un paso atrás con las manos en alto, sin dejar de mirar a Lucas.

—Creo que debería irme —me mordí el labio, apurada—. Lo siento.

—Adiós, Eleonor —se despidió el chico—. No te preocupes por nada.

—¡Lucas!

Antes de que las cosas se pusieran feas, me di la vuelta y corrí hacia la mesa. Oía los gritos de Agatha de fondo, sumados a los intentos de su novio por tranquilizarla, pero yo solo era capaz de pensar en una cosa. Nash seguía sentado en nuestra mesa y buscaba algo en su mochila. Tardé lo mismo en llegar que él en encontrar lo que fuese que necesitaba.

—¿Lo has visto? —le pregunté, mientras me acomodaba a su lado.

Asintió suavemente con la cabeza. Acto seguido, me lanzó un pequeño paquete de color azul. Lo intercepté al vuelo, aún sin saber de qué se trataba.

—Son mis galletas favoritas —me explicó—. Acabas de quedarte sin comida.

Se me escapó una sonrisa.

—Eso no es lo importante —respondí. Necesitaba volver al tema que me interesaba—. ¿Qué te ha parecido?

—¿Lo has hecho a propósito?

Me encogí de hombros.

—Bueno, digamos que ha sido un accidente.

Él se tapó la cara con las manos.

—Como sigas así, vas a acabar volviéndome loco.

Mi corazón empezó a bombear muy rápido. Quise creer que se debía a la adrenalina del momento, a lo bien que me sentía después de lo que acababa de hacer, pero sabía que había algo más que me provocaba esa sensación. Por mucho que quisiese engañarme, en el fondo sabía que existía ese algo que aceleraba mis latidos cuando Nash hablaba conmigo.

—Espero que eso sea bueno —comenté. Me temblaba la voz.

Él no respondió, sino que se limitó a encogerse de hombros. Por el rabillo del ojo, mientras se llevaba una mano a la boca para ocultármelo, podría jurar que le vi sonreír.

*Ocho.*

## 14. Las cosas se tuercen

El primero en dimitir de su cargo de voluntario y abandonar UAG fue William, un chico de último curso con gafas y acné que decía ser muy buen amigo de Scott.

Ocurrió una semana después de que Grace debutara en la asociación, mientras Olivia y yo estábamos juntas en la biblioteca del instituto. Vino y, sin más, nos dijo que había decidido abandonar la organización debido a su falta de tiempo. No nos dio más explicaciones, ni tampoco nos aseguró volver, antes de marcharse.

Tres días después, se fue el segundo. Rayo —así era como se hacía llamar— era un adolescente pelinegro de diecisiete años que sentía un amor profundo hacia su moto. Nunca tuve la oportunidad de hablar con él en persona. De hecho, la única razón por la que consideré admitirlo como voluntario fue que Scott en su día me dijo que, debajo de toda esa fachada de chico malo, había un joven con un noble corazoncito que tenía afán de ayudar en la asociación.

Después de que Rayo nos abandonase, nuestro proyecto y yo quedamos completamente destrozados, así que le dije a Scott que, si era verdad eso de que tenía corazón, debía de estar podrido.

Olivia y yo empezamos a pensar que algo raro estaba pasando cuando se fue la tercera voluntaria, que estaba cursando su primer año en el instituto. Ni siquiera sabía cuál era su nombre. Según mi mejor amiga, hacía menos de cuarenta y ocho horas que había ingresado en la asociación. No se había preocupado ni de terminar de rellenar su inscripción antes de dejarnos.

También había una chica castaña y delgada llamada Laura que se marchó una semana más tarde y que decidió llevarse a todos sus socios consigo. Todos me pusieron como excusa los exámenes finales del mes siguiente, pero yo no creí a ninguno.

Poco a poco, UAG fue perdiendo voluntarios, hasta que solo quedamos cinco —de los doce que éramos antes—: Scott, Olivia, Grace, una chica morena llamada Julie y yo. Tal fue la fuerza del rumor que corría sobre que UAG se estaba yendo al traste, que empezó a competir a muerte con la reciente ruptura de Jayden y Grace para convertirse en la noticia más importante del mes.

Todo esto me ponía de mal humor y, aunque mis amigos se esforzaban al máximo por animarme, nunca conseguían su objetivo. Para hacerme feliz, primero era necesario que ellos estuviesen bien, y no lo estaban. La pérdida de voluntarios de UAG había generado un caos total a mi alrededor, y a ellos también les había afectado.

Hasta Scott, que pocas veces se enfadaba, parecía estar cabreado con el mundo. Olivia apenas levantaba cabeza, porque, entre los estudios y la asociación, no tenía tiempo para nada y, aunque nos veíamos poco, suponía que a Julie tampoco debía de irle muy bien. La única que aparentemente se había librado de los efectos secundarios de los problemas en UAG había sido Grace, que no podía estar más contenta ejerciendo su nuevo cargo de voluntaria.

Nash fue un gran apoyo para mí durante esas semanas de crisis. De vez en cuando, durante nuestras sesiones, me entraban ganas de pedirle perdón. Hacía bastante tiempo que los roles se habían invertido; ahora era él quien intentaba hacerme sonreír a toda costa, quien me aconsejaba y quien me animaba a desahogarme cuando estábamos juntos, en vez de ser al revés.

Yo le decía continuamente que me arrepentía de no haber dejado que Grace fuese su amiga gratis, pues estaba segura de que ella lo habría hecho mucho mejor que yo, y él siempre me contestaba que me prefería a mí antes que a cualquier otro voluntario.

Lo único que se libraba del desastre en mi vida, junto a mi amistad con Nash, era la relación que poco a poco iba floreciendo entre Jayden y yo.

Desde que terminó su noviazgo con Grace de forma oficial (por segunda vez en apenas unos meses), empezamos a vernos más a menudo. Teníamos «citas de estudio» cada dos días en las que hablábamos de cualquier cosa que se nos ocurriese. Cuando estaba con él, lejos de ponerme nerviosa, me sentía a gusto. Era un gran chico, tenía muchas cualidades e incluso me atrevería a decir que yo le caía tan bien como él a mí.

Sin embargo, por muy feliz que me hiciera esto último, nada pudo evitar que me entrasen ganas de llorar cuando Julie me llamó el jueves por la tarde, unos días después de que los nuevos carteles de UAG con mi cara impresa en ellos salieran a la luz, para citarme en el café Daiana a las seis en punto.

Como ya me figuraba lo que iba a pasar, no dudé en llamar a Olivia para que me acompañase. Ella se presentó en mi casa media hora después. Cuando se hubo despedido de Devon con un beso en la mejilla, que me dejó tan sorprendida como asqueada, ambas salimos de mi casa y emprendimos nuestro camino a la cafetería.

Como la buena amiga que era, se propuso amenizarme los veinte minutos que tardamos en llegar al local. Yo no estaba muy por la labor, pero no nos faltó conversación en ningún momento. Hablamos de todo tipo de cosas: desde temas absurdos, como el color de los calcetines de la señora Duncan —que siempre eran amarillos—, hasta otros que Olivia sí que consideraba serios, como, por ejemplo, el plan que estaba ingeniando para emparejar a Scott.

Todo fue bien hasta que, como era de esperar, decidió que era el momento de hacerme sentir incómoda y cambió completamente el rumbo de la charla:

—Bueno, hablemos de otra cosa —dijo, mientras sonreía de forma juguetona—. ¿Has visto los carteles que Scott y yo hemos colgado por el instituto? Son muy bonitos, ¿verdad?

Sellé los labios para evitar decir algo sin sentido. Al final, los folletos no habían quedado tan mal. La foto que mis amigos habían elegido no era de las peores, así que los carteles habían terminado siendo mucho más bonitos de lo que me imaginaba. Esa fue la única razón por la que no me quejé cuando Nash vino a enseñármelos, emocionado como un niño de

cinco años, el lunes por la mañana. Incluso le sonreí.

Pero eso no significaba que me alegrase de haberme convertido en la imagen publicitaria de UAG. Seguía pensando que Olivia tenía muchas más aptitudes que yo para serlo.

—Ni me lo recuerdes —acabé diciendo—. No puedo creer que hayáis puesto mi cara. Estáis locos si creéis que así lograremos atraer a más socios.

—No fue idea nuestra, sino de Nash —aclaró, aunque yo ya lo sabía—. Nash es un cliente, y los clientes siempre tienen la razón. Además, no puedes negarme que ha sido un gesto muy bonito por su parte.

Suspiré.

—Olivia, no empieces otra vez con lo mismo, por favor.

—Solo digo que es un amor de chico. Además, congenia bastante bien contigo, ¿no crees?

Solté un gruñido.

—No, no lo creo —respondí. Acto seguido, la agarré del brazo para cruzar juntas la carretera y puse todos mis esfuerzos en cambiar el tema de conversación—. ¿Sabes que mañana he vuelto a quedar con Jayden?

—Me da igual. Sigamos hablando de Nash. ¿Qué tal vas con él?

—No quiero hablar de Nash —repuse con impaciencia—. Quiero hablar de Jayden.

—¿Por qué?

—Porque me gusta.

—Tus gustos son erróneos.

—¿Estás insinuando que no debería gustarme? —demandé entornando los ojos—. Porque, por si lo habías olvidado, te recuerdo que eres tú la que está intentando ligar con mi hermano. ¿Cuántos códigos de la amistad rompe eso?

—Ninguno. Esos códigos no se aplican si el chico es guapo, y tu hermano está muy bueno.

Intenté hacer desaparecer esas palabras tan nauseabundas de mi memoria, y luego proseguí con la discusión:

—Bueno, Jayden también...

—No te pases, Jayden es normalito.

—¡Jayden no es «normalito»! Es muy guapo. Y me gusta. ¿Qué hay de malo en eso?

—No es malo, en absoluto —dijo por fin—. Pero ambas sabemos que no va a llevarte a nada. Al menos, no si sigues actuando como una idiota cuando él está cerca.

—No actúo como una...

De repente, oímos un grito. Me volví hacia Olivia, totalmente confundida, cuando ella me rodeó la muñeca con los dedos. Con la vista fija en algo que estaba mis espaldas, tiró de mí para hacerme retroceder. Supuse que debía de haber algo horrible detrás de mí, porque parecía verdaderamente aterrada.

Me entró curiosidad, así que seguí su mirada tan rápido como pude, y me topé con un viejo dalmata que se aproximaba a nosotras corriendo. La lengua le ondeaba al viento y los dos chicos que lo perseguían gritaban su nombre a todo volumen. Uno de ellos me resultaba bastante familiar. Era castaño, alto y delgado. Lo conocía lo suficiente como para saber que tenía pecas por toda la cara y que achinaba los ojos cuando sonreía.

Dash fue el primero en llegar hasta nosotras. Pese a que no había olvidado aquella ocasión en la que me confundió con una farola, me agaché para acariciarlo. No podía guardarle rencor a un perro, por muchos asuntos sin resolver que tuviese con él.

—Hola, Dash —le susurré, intentando esquivar sus lametazos.

—¡No lo toques! —chilló Olivia a mi lado, presa del pánico—. ¡Dios mío, qué clase de bicho es este! ¡Parece una vaca! ¡Es demasiado grande!

—Es un perro.

Supe que tenía ganas de pegarme un puñetazo en cuanto se volvió a mirarme con los ojos entornados. Si de verdad tenía pensado cargar contra mí, le faltó tiempo para hacerlo, ya que Nash Anderson y su acompañante, un adolescente de tez pálida y camisa a cuadros a quien no conocía, llegaron junto a nosotras en ese momento. Respiraban entrecortadamente, como si estuviesen a punto de quedarse sin aire.

Nash fue el primero en hablar:

—Dios mío, ¿Eleonor? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y por qué siempre que nos encontramos por la calle está Dash de por medio?

Con una media sonrisa, me encogí de hombros y levanté la cabeza para mirarlo. Se rascaba la nuca con una mano, mientras que con la otra sostenía la correa del perro que todavía parecía aterrorizar a Olivia. Al darse cuenta de que estaba a punto de sufrir un ataque de pánico, abrió mucho los ojos y se apresuró a sujetar a Dash para alejarlo de ella.

—Oh, Dios. Lo siento, lo siento, lo siento... Ha sido culpa mía. Siempre me confío y acabo llevándolo sin correa. Espero que no te haya asustado, Olivia.

Una vez que el perro estuvo controlado, mi mirada se centró en el chico que apoyaba las manos en sus rodillas en un intento de recuperar el aire perdido durante la carrera, al lado de Nash. Era rubio, delgado y extremadamente pálido.

—Eh... —Nash se aclaró la garganta cuando se percató de que las dos mirábamos a su compañero—. Chicas, él es Mike. Y Mike, ellas...

Mike lo interrumpió con un gesto brusco.

—Deja las presentaciones para luego, Ashu. Estoy intentando no morirme de un ataque de...

En cuanto alzó la vista y nos vio, dio un respingo. Entonces se irguió, se colocó las gafas y nos lanzó una sonrisa coqueta que hizo que Nash se llevase las manos a la cara, como si se avergonzara de su amigo.

—Pero quién es esta preciosidad... —canturreó mirándome de reojo.

—Mike... —Gruñó Nash.

—Ten cuidado con ese mal humor, Ashu. No querrás asustar a estas lindas, apasionadas e inteligentes mujeres.

Enarqué las cejas. ¿Cómo había dicho?

—Déjalas en paz, Mike.

—No hables en plural. Soy hombre de una sola mujer, y escogeré a la más preciosa de entre las preciosas. —Con disimulo, me guiñó un ojo y se volvió hacia Olivia, le cogió la mano y se la besó—. ¿Alguien puede decirme cómo se llama este bello ángel y por qué ha tardado tanto en aparecer en mi vida?

Nash soltó un suspiro y volvió a llevarse las manos a la cara, desesperado. No podía dejar de mirarle mientras me preguntaba cómo debía sentirme con respecto al comportamiento de su amigo. ¿Tenía que



ofenderme por lo que acababa de decir o alegrarme de que se hubiese fijado en Olivia y no en mí?

Quizás las dos cosas.

—Me llamo Olivia —susurró ella, soltando una risita.

Mike se inclinó y volvió a besar su mano.

—¿Me dejarías invitarte a tomar un café?

—No me gusta el café —contestó.

—Mmm... —Él se aclaró la garganta—. ¿Un refresco, tal vez?

—Detesto las bebidas artificiales.

—Una chica difícil... —murmuró entre dientes—. Dime, ¿qué te parece un trozo de tarta? Conozco al dueño de la mejor pastelería de la ciudad.

—Paso. Son demasiadas calorías.

—¿Un perrito caliente?

—No me gusta comer carne.

—¿Un batido?

—No, gracias.

—¿Un vaso de agua? Puede ser del grifo, si gustas.

Las orejas de Mike adquirieron un tono rosado cuando Nash empezó a reírse en voz baja. Olivia lo contempló con un brillo particular en los ojos. A mí me entraron ganas de sonreír y soltar algún comentario ingenioso, pero me contuve. No era mi turno de hablar, sino el de ella, que se colocó un mechón detrás de la oreja antes de contestar:

—Un helado estaría bien. —Acto seguido, se giró hacia mí apretando los labios, suplicándome con la mirada que dejase que se fuera—. ¿Eleonor?

—Sí, claro —respondí inmediatamente—. Ve tranquila. No hay problema.

Olivia se mordió el labio inferior y negó con la cabeza.

—No, no creo que sea una buena idea. No quiero que vayas sola a hablar con Julie. —Entonces, se volvió hacia Mike—. ¿Qué te parece si quedamos otro día?

—Yo puedo ir con ella —intervino Nash. Todos lo miramos y él se apresuró a agregar—: Es decir, solo si te parece bien, claro. No tengo nada

mejor que hacer y... O sea, en realidad tengo muchas cosas que hacer. Ya sabes, soy un adolescente ocupado y eso, pero no sería ninguna molestia... A ver, es que tú... Bueno, ¿quieres que te acompañe o no?

Sentí un extraño cosquilleo en el estómago.

—Vale.

—Genial —susurró él, relajando los hombros. Aunque volvió a tensarse al momento—: Eh, quiero decir, de acuerdo. Me vendrá bien caminar un poco para hacer deporte y... Mira, mejor vámonos ya.

Sin decir ni una palabra más, empezó a andar con Dash pisándole los talones. Yo me despedí de Olivia antes de seguirlo, y di por hecho que después tendría que llamarla para ponernos al día.

—Julie es una de las voluntarias, ¿no? —me preguntó Nash en cuanto llegué a su lado.

—Lo es. Lleva con nosotros desde el año pasado.

Frunció el ceño.

—¿Crees que...?

—No, no lo creo; estoy segura —lo interrumpí—. Sé que va a abandonar la asociación, y no me sorprendería si decidiese llevarse a todos los socios que la conocen. No es la primera vez que me pasa, ya me he acostumbrado.

Su cara se tiñó de preocupación. Se me puso la piel de gallina cuando sentí el calor de sus dedos acariciándome el brazo. Que actuara así me sorprendió, pero, cuando lo miré, ya había apartado la mano.

—Bueno... —titubeó, presa del nerviosismo—, no te preocupes por eso. En las grandes empresas se contrata y despide a gente cada dos por tres. Todo saldrá bien, ya lo verás.

—Ambos sabemos que no es así. UAG no es una gran empresa. Somos muy pocos y, si Julie se va, solo quedaremos cuatro. Las cosas van muy mal, Nash. La asociación se está hundiendo.

—Por favor, no digas eso. Puedes estar tranquila, ¿vale? Lo solucionaremos. Te lo prometo.

Que hablara en plural me dejó atónita.

—¿«Solucionaremos»?

—Claro que sí —respondió con decisión—. Lo haremos juntos. Yo te

ayudaré, igual que tú me has ayudado a mí. La falta de voluntarios no es un problema. Podremos con ello. Confía en mí.

Me quedé sin palabras. Nash me sonrió tímidamente mientras aceleraba el paso, con las mejillas sonrosadas, y se limitó a quedarse en silencio el resto del camino.

Llegamos al café Daiana unos minutos después. Nada más entrar, el aroma a café que desprendían las paredes del local invadió mis fosas nasales. Estábamos bastante cerca de la universidad de Neville, así que el noventa por ciento de los clientes eran estudiantes. Entre la multitud, distinguí a algunos amigos de mis hermanos, acompañados por sus parejas, y a muchos otros profesores.

Si hubiera sido por mí, me habría quedado parada en la puerta viendo la vida pasar e intentando retrasar lo inevitable. Sin embargo, cuando Nash volvió al interior del local después de haber dejado a Dash atado fuera, me tocó suavemente el hombro y señaló con la cabeza a Julie.

Estaba sentada en una de las mesas situadas en el centro. Llevaba su larga melena recogida en una coleta, de modo que sus ojos negros destacaban en un rostro sin maquillaje. En cuanto nos vio, levantó la mano y nos hizo una señal para que nos acercásemos a ella.

La ansiedad me oprimía el estómago. Me centré en los ojos de Nash, que me miró con una media sonrisa en los labios.

—Vamos, todo saldrá bien —me dijo.

Asentí con la cabeza antes de dirigirme a la mesa.

En cuanto llegué, tomé asiento frente a ella. Nash se acomodó a mi lado y actuó como si el hecho de estar con Julie —que era una completa desconocida para él— le intimidase mucho más que a mí. Entonces, sentí como me apretaba el brazo por debajo de la mesa y supe que me estaba animando a hablar. Así que lo hice.

—Hola, Julie.

—Yo... —farfulló la chica, sin molestarse siquiera en devolverme el saludo. Como no sabía qué decir, cerró los ojos. Cuando los abrió, estaban rojos y llorosos—. Sé que lo más seguro es que ahora mismo estés preguntándote por qué narices te he pedido que vengas aquí, pero... Oh, Dios, Eleonor, lo siento tanto...

Sus palabras me sentaron como una patada en el estómago. No hacía falta que dijese nada más; tanto ella como Nash y yo sabíamos perfectamente a qué se refería.

—¿Vas a dejar la asociación? —demandé bruscamente, aguantándome las ganas de llorar. Ella asintió con la cabeza—. ¿Por qué? ¿Por qué ahora? Sabes que no es nuestro mejor momento y...

—Lo siento.

—Julie, escucha...

—Tengo que guardarme las espaldas. Lo siento, Eleonor.

—¿Qué?

Ella apretó los labios, como si no supiera qué contestar; de todas formas, no podría haberla escuchado, pues mi corazón latía tan fuerte que era incapaz de oír nada que no fuera «bum, bum». Me estaba quedando sin aire y temía que no pudiera aguantar mucho más mis ganas de llorar.

Estaba presenciando en vivo y en directo cómo se hundía todo lo que llevaba meses intentando sacar a flote.

—Escucha, Eleonor —se me hizo un nudo en la garganta cuando Julie se inclinó sobre la mesa con la intención de hacer la conversación más privada—. No debería decirte esto, pero me caes bien y aprecio demasiado UAG como para dejar que se arruine ahora. Todo lo que está pasando no es una coincidencia. No tiene nada que ver con los exámenes, ni con la falta de tiempo... Estoy segura de que tú sabes a qué me refiero.

Sentía que me asfixiaba. Julie acababa de confirmar lo que llevaba días sospechando: alguien quería arruinar mi asociación.

Empezó a dolerme el pecho. Necesitaba salir a tomar el aire, huir de todo eso. Estaba a punto de levantarme y salir del local cuando, de repente, Nash puso su mano sobre la mía. Mientras mantenía mis ojos fijos en Julie, noté sus dedos entrelazándose con los míos por debajo de la mesa.

Inevitablemente, le miré de reojo, y él me regaló media sonrisa antes de apretar mi mano con fuerza. No me lo tomé como un acto romántico; era una muestra de apoyo. Una forma de decirme «no te preocupes, estoy contigo» sin necesidad de palabras.

Solo una caricia y una mirada. Solo necesitaba eso para sentir que todo iba a ir bien.

—Aquí hay cosas que no cuadran, Eleonor —continuó Julie, que no se había dado cuenta de lo que acababa de pasar—. Hay mucha desorganización, cambios en las listas de socios que Olivia desconoce y... cosas horribles. Incluso amenazas. ¿Sabes que William se fue por eso? No sé quién, ni cuando, ni por qué, pero lo amenazaron. Y ahora no quiere hablar con nadie, ni siquiera conmigo... Y éramos amigos.

Hizo una pequeña pausa. Yo, sin embargo, no podía dejar de observar nuestras manos. Seguían entrelazadas. Cada vez que él creía que algo de lo que Julie estaba explicando me iba a doler, apretaba más, como si eso pudiera ayudarme.

—Alguien está actuando en contra de UAG, Eleonor. Me gustaría ayudarte a averiguar quién es, pero no puedo arriesgarme. Soy delgada y pequeña. Podrían partirme en dos con la misma facilidad que a una galleta. No te pido que me entiendas, pero...

—No te preocupes —respondió Nash de inmediato. Debía de haber notado que tenía ganas de irme de allí cuanto antes—. Lo entiende, supongo. Es normal que no quieras meterte en esto. Todo lo que has hecho por la asociación... es genial y... Bueno, no sé. Muchas gracias, Julie.

La chica nos sonrió agradecida y se despidió con un susurro antes de levantarse de un salto y prácticamente salir corriendo de allí. Nash la siguió con la mirada hasta que se marchó del café, pero yo no me molesté en hacerlo. Estaba demasiado aturdida intentando asimilar lo que había pasado como para fijarme en otra cosa. ¿Alguien quería arruinar UAG? ¿Por qué?

Nash me soltó suavemente la mano y, cuando levanté la cabeza para mirarlo, él se quedó en silencio, como si esperara que yo dijese la primera palabra.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté.

Pero no me contestó. En su lugar, suspiró y me hizo una señal para me pusiera de pie.

—Vamos, te acompaño a casa.

*Siete.*

## 15. Mi canción favorita

Olivia me llamó por la noche para hablarme sobre su «cita» con Mike. Durante un par de horas, no dejó de repetirme lo guapo y divertido que le parecía su nuevo pretendiente y, cuando dieron las dos de la mañana, decidió cambiar el tema de conversación y me preguntó por Julie y por todo lo que nos había dicho a Nash y a mí esa tarde.

Por muchas ganas que tuviese de irme a dormir —al día siguiente tenía que levantarme temprano y no quería ir a clase con ojeras—, no pude evitar contarle lo sucedido. Aunque me fui a la cama cuarenta y cinco minutos más tarde, con la cara de un zombi sacado de una película de terror, Olivia no se acordó de preguntarme nada acerca de Nash, por lo que me libré de contarle lo que había pasado entre nosotros.

Si es que de verdad había pasado algo.

Dado que no había podido dormir más de cuatro horas seguidas, fui incapaz de prestar atención a las explicaciones de la señora Jameson el viernes por la mañana. Tener clase de francés los viernes a primera hora ya era una auténtica tortura, pero si, además, esa clase la impartía la señora Jameson, se convertía en un pase directo al infierno. Suerte que, por lo menos, tenía unas vistas estupendas. Después de haber dejado a Grace hacía unas semanas, Jayden solía sentarse en frente de la mesa del profesor, de modo que podía pasarme la hora entera mirándolo sin ser descubierta desde mi nuevo asiento en la tercera fila.

Dejar de pensar en él y en nuestra cita de estudio —que íbamos a tener unos minutos más tarde— me resultó imposible durante la clase de matemáticas. Me pasé toda la hora haciendo garabatos en mi cuaderno y

decorando su nombre con corazones, hasta que por fin sonó la campana y pude ir a la biblioteca.

Nada más llegar, corrí a sentarme en una de las mesas más cercanas a la puerta. Jayden entró unos segundos después; vestía unos pantalones negros, una camisa blanca y una chaqueta fina a cuadros que le quedaba muy bien. A partir de ahí, todo fue como la seda. Le sonreí de oreja a oreja y me esforcé por que no se nos acabasen los temas de conversación.

El problema llegó más tarde, cuando, después de estallar en carcajadas por una broma íntima que teníamos entre nosotros —¡una broma íntima!—, hubo un silencio muy incómodo. Me vi en la obligación de decir algo, así que cogí mi libro de francés, que había estado apartado en una esquina de la mesa durante todo ese tiempo, y lo abrí por una página al azar.

—Mmm —mascullé—. ¿Quieres que empecemos por aquí?

Jayden se inclinó sobre la mesa para ver qué estaba señalando. Tenerlo cerca me puso tan nerviosa que, por un momento, pensé que iba a hiperventilar.

—Eso ya me lo sé.

Me sorprendió, pero intenté que no se notara.

—¿Has estado estudiando?

—Por supuesto. Quiero que la señora Jameson se dé cuenta de lo mucho que me has ayudado. Te mereces que te ponga un diez en el boletín.

—Jayden...

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me interrumpió, con sus ojos clavados en los míos.

—Claro.

—¿Qué haces esta noche?

Tragué saliva. ¿Qué significaba eso?

—Nada importante. ¿Por qué lo...?

—Me gustaría ir a cenar contigo.

Casi me atraganto con mi propia saliva al escucharlo. ¿Jayden estaba invitándome a salir?

Oh. Dios. Mío.

—Eh...

—¿Eso es un sí?

Tenía una sonrisa increíblemente bonita, y eso me provocó un cosquilleo en el estómago.

—Es un sí —contesté, sin poder resistirme.

—Genial. ¿Paso a buscarte a las ocho y media?

—No, no hace falta que vengas —le dije, consciente de que no iba a ser una buena idea que conociera a los monstruos de mis hermanos—. Podemos vernos allí. A las ocho y media.

—¿Estás segura? Vas a arruinar mi prototipo de cita perfecta.

Algo avergonzada, bajé la cabeza para que el pelo me tapase las mejillas.

—Completamente segura.

—Sabes que aun así será perfecta, ¿verdad?

No podía creerme que aquello estuviese pasando de verdad.

—No me cabe duda.

\* \* \*

Nunca había tenido una cita con un chico, razón por la que no pude dejar de darle vueltas al tema durante la clase de biología. Además, el chico que me había invitado a salir era nada más y nada menos que Jayden Moore, lo que resultaba bastante... impactante, teniendo en cuenta que hacía unas semanas apenas podía intercambiar más de dos palabras con él sin atragantarme con mi propia saliva.

Tampoco fui capaz de sacarme su nombre de la cabeza durante la hora de tecnología. Entre escuchar las explicaciones del profesor y pensar en un plan para organizar el poco tiempo del que disponía antes de la cita, mi cerebro se decantaba por la segunda opción. Apenas quedaban siete horas para vernos en la puerta del restaurante y tenía que pasar otras tres en el instituto, lo que me dejaba con mucho menos tiempo del que necesitaba para prepararme tanto física como mentalmente.

También necesitaba un hueco para UAG. Ahora que estábamos tan escasos de personal, no podía permitirme faltar a ninguna sesión, menos aún por ese tipo de compromisos. A fin de cuentas, era la fundadora de la



asociación y tenía que actuar como tal para dar ejemplo al resto de voluntarios.

O al menos eso fue lo que me dijo Olivia cuando le conté lo sucedido mientras almorzábamos en el comedor, después de que, sorprendentemente, Nash llegase con su bandeja llena de comida y nos preguntase si había sitio para él. Ninguno de nosotros se lo pensó dos veces antes de decirle que era bienvenido en nuestra mesa siempre que quisiera, y menos tardó él en sentarse a mi lado, muy pegado a mí, como si mis amigos le intimidaran.

En el fondo, me gustó que se sentara con nosotros. Era un gran avance. Parecía que, poco a poco, Nash empezaba a abrirse al mundo. Además, fue el único que se dignó a escucharme despotricar durante toda la comida, mientras Olivia y Scott pasaban de mí. E incluso me sonrió al enterarse de que, pese a que se me acumulaban las cosas que hacer, no había olvidado la sesión que teníamos pendiente esa tarde a las seis.

Por suerte, conseguí organizar bien mi tiempo. Exactamente a las cinco y cincuenta y dos minutos, eché a Olivia de mi casa, después de que me hubiese ayudado a elegir un vestido para la cita de esa noche. Ella se limitó a desearme suerte antes de llamar a Devon a gritos y marcharse con él en su coche, y yo me apresuré a salir de casa con mi diario en una mano y, en la otra, una bolsa donde tenía todo lo necesario para la dinámica de ese día.

Cuando llegué al parque, Nash ya estaba allí. Me esperaba sentado en uno de los bancos, a la sombra de un viejo árbol. Tenía los auriculares puestos, como el noventa por ciento de las veces que lo veía, e iba vestido con un conjunto diferente al de esa mañana. Había cambiado los pantalones negros por unos vaqueros sencillos y llevaba una camiseta blanca que le hacía parecer sobrio y aburrido.

Respiré profundamente mientras me acercaba a él. Al verme, se levantó y se quitó uno de los cascos.

—Es mi canción favorita —me dijo en voz baja, secándose las manos en los pantalones—. No suelo interrumpirla por nadie. Deberías sentirte afortunada.

Puse los ojos en blanco.

—Gracias, Nash. Sé que soy genial. Deberían darme un premio Nobel.

—El premio Nobel... —dudó antes de continuar—: a la única chica por la que Nash Anderson dejaría de escuchar su canción favorita, porque prefiere prestarle atención a ella.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Intenté ignorar sus palabras, que me habían hecho sentir incómoda, y me apresuré a adentrarme en la zona de las mesas de pícnic. Él me siguió.

—No creo que exista un premio Nobel para eso.

—Bueno, lo haré yo mismo —me aseguró—. Y después te lo daré como regalo de cumpleaños. ¿Qué te parece?

Resoplé, tratando de disimular mis nervios.

—Ni siquiera sabes cuándo es mi cumpleaños.

Entornó los ojos, como si aceptase el reto.

—Dieciséis de abril —soltó, completamente convencido.

—No.

—¿No? Está bien. Si no es el dieciséis, será el diecisiete.

—No.

—¿El dieciocho? Estoy seguro de que es en abril.

Solté una risita. Ambos tomamos asiento en una de las mesas de pícnic, frente a frente.

—Es en enero.

—Oh. —Cerró los ojos, como si quisiera concentrarse—. Déjame adivinar... ¿Tu cumpleaños es el día uno de enero?

—No.

—¿El tres?

—No.

—¿Cuatro? ¿Cinco? ¿Seis...?

—No, no y no —respondí—. Creo que no vamos a terminar nunca, así que...

—¡No me lo digas! Seguro que es el... ¿siete?

Volví a reírme. Idiota.

—Dos de enero —contesté por fin—. Sí, sorpresa: un día después de año nuevo.

Nash soltó un suspiro y apoyó la frente contra la superficie de la mesa.

—¡Es el único día que no he dicho! —exclamó con desagrado. Cuando escuchó mis carcajadas, levantó la cabeza para mirarme—. Deja de reírte de mí.

No podía permitirme perder el tiempo, por lo que empecé a sacar las cosas que había traído de mi bolsa y fui poniéndolas sobre la mesa.

—No puedo. Es culpa tuya. Eres...

—¿Patético?

—Divertido —le corregí, con algo de sorna.

—¿De verdad lo crees?

Su sorpresa me pareció extraña y, cuando advirtió que estaba observándole, Nash se removió incómodo en su asiento.

—Quiero decir... Yo no... —Se aclaró la garganta—. Yo no soy divertido. No entiendo por qué piensas algo así.

—Pero lo hago. Creo que eres divertido. ¿Qué hay de malo en eso?

—Nada —se apresuró a responder—. No hay nada de malo. Solo... Gracias, Eleanor.

Fruncí el ceño. ¿Por qué me daba las gracias?

Justo cuando le iba a contestar, sus ojos se centraron en todo lo que acababa de sacar de la bolsa y me preguntó:

—¿Qué es eso?

No pude evitar sonreír. Me encogí de hombros y cogí los dos recipientes de plástico para empezar a preparar la dinámica. Uno de ellos era una botella de dos litros de agua, llena hasta la mitad. El otro, un bote con difusor que mamá me había ayudado a lavar el día anterior. No queríamos que tuviese ninguna sustancia tóxica que pudiese resultar dañina.

Desenrosqué el tapón de la botella y vertí parte de su contenido en el interior del otro recipiente. Nash arrugó la frente con desconfianza cuando puse el *spray* sobre la mesa, apuntándole a la cara.

Sonreí con malicia. Esto iba a ser entretenido.

—¿Para qué narices piensas utilizar esa cosa?

En cuanto apreté el gatillo, las gotas de agua salieron a presión e impactaron en su cara, salpicando el cuello de su camiseta, y le hicieron dar un salto. En cuanto se hubo recuperado del susto, se llevó una mano a

la mejilla y chilló:

—¡Eh! ¿A qué ha venido eso?

—Tu pregunta ha sido estúpida.

—Pero...

Volví a mojarle.

—No hables —le advertí, viendo como se restregaba los ojos—. No podemos perder más tiempo.

—Lo había olvidado —refunfuñó—. Debería sentirme afortunado por que la majestuosa y excesivamente ocupada Eleonor Taylor haya retrasado su cita con Jayden para prestarme algo de atención.

Enarqué las cejas.

—¿Te estás quejando?

—¿Yo?

—Sabes que si vuelves a hacerlo te dispararé, ¿verdad?

—Sabes que me estás tratando como un perro y que no tienes derecho alguno a hacerlo, ¿verdad?

Sentí mariposas en el estómago cuando vi que se le escapaba una sonrisa. Por mucho que lo intentara, no podía engañarme; tanto él como yo sabíamos que, en realidad, nuestra pequeña broma, lejos de molestarle, le parecía divertida.

Así que apreté el gatillo. Otra vez.

—¡Eleonor!

—No me obligues a volver a hacerlo.

Entornó los ojos. En esta ocasión, sí que me reí.

—Atrévete.

Cuando el agua salpicó su cara por décima vez, Nash soltó un gruñido y apoyó la frente sobre la mesa. Me tomé su gesto como una bandera blanca. Decidida a empezar con la dinámica, dejé el *spray* sobre el banco y abrí mi cuaderno por la última página.

Al ver que me movía, levantó la cabeza.

—Dime, ¿de qué forma vas a iluminarme hoy?

Estiré la mano hasta coger el bote lleno de agua.

—No me provoques —le dije, medio en broma.

—Empecemos de una vez.

Al principio, su tono me pareció tan brusco que no pude evitar enarcar las cejas. Pero después Nash volvió a sonreír, arrugando tanto la frente que varias de sus pecas quedaron ocultas, y me di cuenta de que solo me estaba tomando el pelo.

—La dinámica es sencilla —procedí a explicarle—. Yo pregunto y tú respondes. Si fallas, te mojo con el *spray*. Si aciertas, te salvas. ¿Entendido?

—¿De qué adiestrador de perros has sacado esta idea?

—No me hagas enfadar, Nash —le advertí. Él puso los ojos en blanco y asintió con la cabeza—. Vale, empecemos: ¿crees que UAG te está sirviendo para algo?

Solo le llevó dos segundos contestar.

—Sí.

Y lo mismo tardé yo en mojarle, mientras escribía su respuesta en el cuaderno. Cuando terminé, me di cuenta de que él seguía refunfuñando.

—¡¿A qué ha venido eso?! —exclamó.

—Tienes que contestar con sinceridad.

—¡Estoy contestando con sinceridad!

Volví a disparar.

—¡No grites!

Se llevó el dedo índice a la sien y cerró los ojos, tratando de tranquilizarse. Pasados unos segundos, repitió sus palabras con lentitud.

—Estoy contestando con sinceridad.

—Mentira.

—Agh, está bien —gruñó—. Lo que tú digas. No, no me están sirviendo de nada.

—Respuesta equivocada. —Volví a apretar el gatillo, indignada—. ¿Cómo te atreves a decir que todo lo que estoy haciendo es inútil?

—¡Yo no he dicho que...!

Lo mojé.

—¡Claro que lo has hecho!

—Oh, Dios mío —farfulló con incredulidad—. Mujeres. Quién os entiende.

Volví a disparar.

—¡Lo estás haciendo a propósito! —me acusó.

Fui incapaz de reprimir una sonrisa.

—¿Yo?

—Serás...

Otra vez.

—Ten cuidado con lo que dices.

—¡Joder!

Más.

—¡No digas palabrotas!

De repente, Nash dio un golpe brusco en la mesa que hizo que la botella tambalease. Me temía lo que estaba a punto de pasar, así que extendí la mano para cogerla, pero ya era demasiado tarde. Antes de que ninguno de nosotros pudiese hacer nada para evitarlo, el recipiente se vertió y toda el agua que contenía cayó encima de él.

—¡Mierda!

Reaccioné tan rápido como pude y me puse de pie para verle bien. El hecho de que estuviese temblando me preocupó; aunque el clima de Neville se caracterizaba por sus altas temperaturas, estábamos en invierno y podría coger un resfriado. Sería una mala voluntaria si hiciese enfermar a mis socios.

Era mejor no continuar con el juego, así que dejé caer el *spray* y me subí sobre la mesa. Nash levantó la cabeza para mirarme. Estaba empapado de pies a cabeza, tanto que la camiseta blanca que llevaba se le pegaba al cuerpo, y tuve que esforzarme por mantener la compostura y no mirarle.

—Vaya —comenté con diversión, solo para hacerle rabiar—, parece que esto se me ha ido un poco de las manos.

Su paciencia llegó al límite.

—Se acabó. Estoy cansado de esto. Te doy tres segundos de ventaja.

—¿De qué narices estás hablando?

Sonrió antes de empezar a contar.

—Tres...

—¿Nash?

—Dos...

La tensión me hizo retroceder hasta llegar al borde de la mesa. Nash miró hacia la puerta del parque, como si me indicara qué era lo que tenía que hacer.

«Lárgate».

Oh, mierda.

—Escucha, no creo que sea una buena...

—Uno.

Como si se tratase de una bomba a punto de explotar, bajé de la mesa de un salto y eché a correr con todas mis fuerzas. Pero no sirvió de nada. Había tardado mucho en salir y Nash era bastante más rápido que yo, de modo que solo tardó cinco segundos en atraparme y rodear mi cuerpo con sus brazos.

El frío se traspasó de su ropa mojada a la mía. Empecé a patalear, pero Nash no me soltó, sino que me abrazó con más fuerza, y lo único que hice fue gritar y reírme como nunca antes me había reído. Sentía su corazón palpitando, su risa en mi cuello y sus manos arropando las mías, evitando que pudiese ejercer cualquier tipo de movimiento.

Su respiración agitada no dejaba de producirme escalofríos.

Entonces, me giró. Fue un segundo lo que tardó en darme la vuelta para que quedásemos cara a cara.

Al ver sus profundos ojos azules, dejé de resistirme. Abandoné mis ganas de luchar e incluso se me cortó la respiración. Solo era capaz de observarle, consciente de que estábamos a una distancia muy corta. Pero no me importó. Totalmente empapados, mirándonos el uno al otro, respirando el mismo aire, con ese cosquilleo en el estómago que me ponía el corazón a mil por hora... me apetecía hacer algo que iba mucho más allá de un simple abrazo o caricia.

Pero todo acabó mucho más rápido de lo que esperaba.

De repente, la alarma de mi teléfono móvil comenzó a sonar. La había programado esa mañana, antes de salir del instituto, para que sonase a las seis y media. Exactamente dos horas antes de mi cita con Jayden.

Jayden.

Nash fue el primero en reaccionar. Me soltó los brazos y se separó de mí hasta que la distancia que había entre nosotros volvió a ser normal. Mi

corazón seguía latiendo con mucha fuerza. Tratando de disimularlo, me di la vuelta y cerré los ojos.

¿Qué diablos acababa de pasar?

Él se aclaró la garganta.

—Eh... —balbuceó—. Creo que deberíamos..., no sé, seguir con la sesión.

—Tengo que irme —me limité a decir, sin volverme.

—¿Ya?

Parecía decepcionado. ¿Por qué parecía decepcionado? Dios mío, ¿qué estaba pasando?

—Jayden y yo hemos quedado dentro de unas horas.

—Oh.

Giré sobre mis talones y cogí fuerzas para mirarle a los ojos. Cuando notó que lo observaba, esbozó una media sonrisa que me dejó hecha polvo.

—¿Tienes que irte ya?

—Sí —contesté de forma automática—. Quiero decir... Sí, debería hacerlo. Me queda poco tiempo y todavía tengo que peinarme, maquillarme, escoger un bolso que vaya a juego con mi vestido... Ya sabes, todas esas cosas que hace una chica para estar guapa antes de una... cita.

Nash me miró fijamente. Pasados unos segundos, negó con la cabeza.

—A ti no te hace falta nada de eso.

Cuando asimilé esa frase, me tensé. Apreté los puños con fuerza, clavándome las uñas en las palmas de las manos, y evité su mirada a toda costa. Mientras tanto, él me observaba en silencio, a la espera de alguna respuesta.

Pero no podía decirle todo lo que sentía en el pecho. En lugar de contestarle, repetí:

—De verdad que tengo que irme.

—¿Me dejas que te acompañe a casa?

Se me cortó la respiración. ¿Por qué no podía, sencillamente, entender que lo único que necesitaba era estar sola? Ambos sabíamos lo que había estado a punto de pasar... y qué era lo único que lo había evitado. Por muy bien que me sintiera cada vez que Nash y yo estábamos juntos, me gustaba



Jayden. Desde hacía años. Y eso no iba a cambiar ahora.

—No hace falta. Está a diez minutos y... Dios, estoy empapada. Voy a ir llamando la atención, no hace falta que quedes en ridículo tú también.

—Hagamos un trato —propuso—. Siempre es bueno llegar tarde a las citas, ya sabes, para generar más interés. Así que te quedas, pasamos un rato juntos y después te acompaño a casa, porque no voy a dejar que te vayas sola... y porque es bueno hacer ejercicio, claro. Incluso estaría dispuesto a ponerme delante de ti para aislar las burlas —bromeó, aunque le temblaba la voz—. ¿Qué me dices?

No sabría decir qué me convenció: si la forma en la que me sonrió o el brillo que iluminaba sus iris.

—Está bien —puse los ojos en blanco—. Todo sea por el ejercicio, eh. La sonrisa que me regaló fue todavía más grande que la anterior.

—Por supuesto.

*Seis.*

## 16. Cuestión de maquillaje

Aunque procuré evitarlo, acabé llegando tarde a mi cita con Jayden. Fueron veinte minutos de retraso que me salieron muy caros, pues, cuando entré en el restaurante sobre las nueve de la noche, cargada de ilusión y con una sonrisa enorme, descubrí que mi supuesto acompañante se había ido.

Al principio no quise aceptarlo. Me repetí mil veces a mí misma que quizás le había surgido algún contratiempo y que debía esperarlo. Pero después dieron las nueve y media y, como Jayden seguía sin aparecer, pagué el batido que había consumido y salí del restaurante rápidamente, con mi dignidad por los suelos.

Lo primero que hice al llegar a casa fue tirarme en la cama y mirar mi móvil, que hacía rato que no dejaba de sonar. La mayoría de los mensajes eran de Olivia, que me pedía detalles sobre la cita e insistía en que salir con Jayden no era una buena idea; el resto, de Nash, que me preguntaba si había llegado bien a casa, después de que lo obligara a marcharse dos calles antes de la mía, solo por si a Devon y Dylan se les ocurría mirar por la ventana.

Estuve muy desanimada durante ese fin de semana. A pesar de eso, tuve que reunirme con dos socios el sábado, y Olivia insistió en que fuésemos de compras el domingo. De modo que el lunes, después de haberme pasado la tarde anterior yendo de tienda en tienda y explicándole todos mis problemas amorosos —que se resumían en que no había amor en mi vida—, volví a despertarme de mal humor.

Ni siquiera Lizzie se atrevió a acercarse a mí durante el desayuno, y

mamá no dejó de mirarme de esa forma sobreprotectora que irritaría a cualquier adolescente. Ella también tenía ojeras, pero por un motivo muy diferente al mío: como cada domingo por la noche, había salido con sus amigas a un club nocturno para echarse unas risas y olvidarse de sus problemas, que se basaban en el trabajo, Lizzie, la comida y esos kilos de más que yo consideraba inexistentes, pero que ella insistía en quitarse.

Me pasé las tres primeras horas del día haciendo garabatos en mi cuaderno, subrayando las cosas que creía importantes y mirando a la profesora solamente cuando mencionaba mi nombre. Scott insistió en esperarme al final de todas mis clases, así que no hubo ningún momento en el que me quedase sola en el pasillo. No dejaba de decirme que lo hacía porque quería pasar más tiempo conmigo, pero ambos sabíamos que su objetivo era estar ahí para apoyarme cuando Grace abandonase UAG, cosa que, para mi sorpresa, estaba tardando mucho en hacer.

Finalmente, tras salir del aula de biología con un trillón de deberes por hacer, llegó la hora de francés. Lo primero que hice nada más entrar en el aula, con Scott pisándome los talones, fue buscar a Jayden para aclarar las cosas. Pero no lo encontré por ningún lado.

Pregunté por él a todos mis compañeros y, al no obtener respuesta por parte de ninguno, llegué a la conclusión de que no había ido al instituto.

Scott trató de consolarme diciendo que lo más seguro era que Jayden estuviese enfermo y que por eso no había asistido a la cita. Pero, aunque él intentara que yo no pensase en ello, estuve los cincuenta minutos de clase dándole vueltas al asunto y terminé llegando a la conclusión de que, si alguien tenía la culpa de lo sucedido, era yo.

Cuando sonó la campana, le pedí que se adelantase para ir cogiendo sitio en el comedor. Él accedió de mala gana, y me despedí con una sonrisa antes de marcharme por el pasillo.

Me dirigí al baño de chicas y, como estaba totalmente vacío —algo extraño teniendo en cuenta que eran los únicos aseos femeninos de todo el instituto—, no quise perder la oportunidad. Me acerqué al lavabo, apoyé las manos sobre el mármol, me miré al espejo y lo único que vi fue la imagen de una chica rubia y pálida de ojos marrones —color caca pasión— completamente deprimida.

«Patética. Eres patética».

Estaba hecha un auténtico asco. Tenía ojeras, mi tono de piel me hacía parecer enferma y tenía el pelo lleno de nudos. Quise arreglar un poco ese desastre, así que abrí el grifo, me lavé la cara y cogí el papel necesario para secarme. No solía llevar maquillaje al instituto, pero unas tres toneladas de corrector no me habrían venido mal.

Me pasé los dedos por el pelo para intentar desenredarlo, pero terminé haciéndome una coleta alta. Arrugué la frente cuando me volví para mirarme al espejo; no había cambiado mucho, pero por lo menos ya no tenía ese aspecto de muerta viviente con el que me había despertado por la mañana.

De repente, oí un grito al otro lado de la pared.

—Tres contra uno —farfulló una voz—. Qué cobardes.

No tardé en reconocerla: era Nash. Fui corriendo hacia la puerta del baño y, cuando iba a salir, escuché que una voz muy aguda y chillona le respondía.

Grace.

—Somos cinco, estúpido —le corrigió con desprecio—. ¿Acaso no nos ves?

Nash chasqueó la lengua.

—Vaya, lo siento. No sabía que los animales de compañía también cuentan. Qué tonto por mi parte.

Me tapé la boca con una mano para que no se me oyera reír. A lo mejor Nash era capaz de plantarles cara de una vez por todas. Quizás no fuera necesario que interviniera.

De repente, oí un golpe que resonó por todo el pasillo, como si alguien hubiese caído al suelo. Entonces me di cuenta de lo equivocada que estaba.

—¡Joder, tío! ¡Estás loco! —chilló Nash—. ¡Dime de una vez qué diablos he hecho para que me tratéis así!

Contuve la respiración. ¿Debía quedarme al margen?

—La mierda tiene que ser tratada como se merece —se mofó Lucas—. ¿Algo que añadir, cielo?

—Solo que no me arrepiento de haberlo dejado —respondió Agatha.

—Exacto —añadió Grace—, te mereces algo mejor.

—Parad de una vez.

—¿Vas a llorar, Anderson?

¿Debía intervenir? ¿Tenía que hacerlo?

—Además de debilucho, eres una nenaza.

—No me merezco esto. Dejadme en paz.

—Nos das asco.

Entonces, oí la voz de otro chico. A pesar de que no podía verlo, no tardé en saber quién era. Reconocería su voz en cualquier parte; había soñado tantas veces con ella, diciéndome cosas bonitas al oído... Y ahora me entraban arcadas de solo pensarlo.

Jayden.

—¿Quieres saber por qué, Anderson? —dijo—. Por existir.

Entonces, hice lo que debería haber hecho desde el principio.

Abrí la puerta.

No sabría decir quién se sorprendió más al verme: si Jayden, que pestañeó un par de veces para disimular su sorpresa; Agatha, que se quedó inexpresiva como si intentase averiguar por qué le sonaba mi cara, o Nash, que lo único que hizo fue suspirar de alivio cuando llegué a su lado y entrelacé mis dedos con los suyos.

—Vámonos —le pedí en voz baja.

Sabía que iba a seguirme sin rechistar, así que le tiré del brazo para salir del círculo de escoria humana —por no decir algo peor— que nos rodeaba. No obstante, justo cuando pensaba que podría librarme de ellos sin entrar en ningún tipo de conflicto, Grace Dunne se plantó delante de nosotros y nos cortó el paso.

Ella siempre había sido una chica bajita, inocente y amable. Yo solía admirar su sonrisa, pero, en ese momento, solo tenía ganas de borrarla de un puñetazo.

—¿Ya te vas, Eleonor? Pero si no te he presentado a mis amigos... —se quejó, haciendo un puchero.

Me volví hacia Agatha.

—Espero que hayas podido quitar la mancha —solté para fastidiar.

Entrecerró los ojos con rabia.

—He tenido que tirar el vestido.

—Qué pena.

—Eleonor, por favor, vámonos...

Escuchar a Nash me hizo reaccionar. Por inercia, los miré a todos antes de girarme y me di cuenta de que, después de «saludarme», Jayden no me había vuelto a mirar.

—Espera un momento, *cari* —dijo Grace—, Eleonor y yo tenemos que hablar. ¿Recuerdas cuando te dije que no te preocupases por mí, porque no pensaba dejar UAG? Ni siquiera por mis estudios. —Hizo una pequeña pausa—. Bueno..., pues mentí.

Todos se habían quedado en silencio. Solo había una persona, aparte de Nash, cuyos ojos me observaban sin rencor: Lucas.

—Grace —le susurró—, no tienes por qué hacer esto. Para.

—Oh, Luke. ¡Claro que tengo que hacerlo! —chilló. Acto seguido, se volvió hacia mí—. ¿Te he contado ya que Jayden y yo hemos vuelto? Uf, es que no pude resistirme. Se presentó el viernes por la noche con un ramo de flores en mi casa para pedirme perdón. ¿No es adorable? Quizás tuvo que dejar de lado otros... compromisos, pero es comprensible. Es una cuestión de prioridades, ¿no crees?

—Grace... —Volvió a advertirle Lucas.

Frunció el ceño, molesta.

—¿Qué pasa? ¿Acaso ahora estás de su parte? Bueno, me da igual. De todas formas, ya he ganado. Siento que tu asociación se haya ido al traste, Eleonor. Por si te interesa saberlo, yo también renuncio a mi puesto de voluntaria... Ya sabes, ahora que Jayden ha vuelto a mi vida, no tengo tiempo para esas cosas. Lina pena, ¿verdad? —Dicho esto, se dio la vuelta y les hizo un gesto a sus amigos—. Vámonos, chicos.

Me quedé sin aire. Observé cómo se marchaban uno tras otro. Agatha iba riéndose a carcajadas, pero Lucas no dejaba de mirarme con los labios apretados; parecía que no aprobaba el comportamiento de su amiga, pero tampoco había hecho nada al respecto.

Grace fue la que más me llamó la atención. Era incapaz de apartar los ojos de ella. Parecía orgullosa de sí misma, tanto que me dio asco. Al pasar a mi lado, antes de marcharse junto a su séquito, chocó su hombro con el mío y me susurró:

—No te lo tomes a mal, nena. No es nada personal. Una tiene que luchar por lo que es suyo. Lástima que te hayas cruzado en mi camino; podríamos haber sido buenas amigas.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Cuando corrió a reunirse con sus amigos, sentí como los brazos de Nash me rodeaban la cintura. Aunque al principio pensé que me estaba abrazando, me di cuenta de que solo lo hacía para contenerme. Cada vez me sentía más impotente.

Tenía ganas de gritar y llorar hasta quedarme sin lágrimas. Me sentía débil y vulnerable. Una perdedora.

—Suéltame —le ordené, cogiendo sus manos. Pero él no cedió—. Esto no puede quedar así. ¡Suéltame!

—Eleonor...

—¡He dicho que me sueltes! No pienso tolerar que se ría de mí. ¿Piensa que me ha ganado? ¡Bien, pues voy a darle su premio! Una buena patada en la cara. ¡E incluso me pondré tacones para dejar marca! Suéltame, Nash. ¡Suéltame ahora mismo o te prometo que voy a...!

Antes de terminar la frase, me llevé la mano a la boca para intentar ahogar toda la rabia que sentía en ese momento. Nash me abrazó con más fuerza y apoyó la cabeza en mi hombro. Tenerlo así de cerca me resultaba reconfortante, pero nada consiguió apaciguar mi ira. Forcejeé hasta que me soltó y di un paso adelante para alejarme de él.

Cuando me volví a mirarlo, vi la confusión y el dolor en sus ojos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

En seguida entendió a qué me refería.

—Eleonor... —repuso, intentando acercarse.

—Deberías habérmelo dicho. —Aparté la mirada, llena de rabia—. ¡Tenía derecho a saberlo! ¡Por el amor de Dios, Nash! Deberías haberme contado todo lo que Jayden te hacía. Es una mala persona, pero a mí me gustaba, y tú lo sabías y no me dijiste nada. Me siento tan mal ahora mismo. Si lo hubiera sabido...

—Si lo hubieras sabido, ¿qué?

—¡Me habría alejado de él! —exclamé. Me estaba quedando sin aire, con la adrenalina por las nubes y con tantas ganas de llorar que solo me salió un hilo de voz—. ¿Por qué no me lo contaste?

—No quería verte sufrir.

Parecía sincero. Eso era lo peor de todo.

—Estoy sufriendo ahora.

—Lo siento. Perdóname, por favor.

—¿Cómo lo soportabas? —insistí, porque me costaba hacerme a la idea—. ¿Cómo podías oírme hablar bien sobre él sin decirme nada?

—Lo siento —me repitió, subiendo un poco el tono de voz.

Sus ojos me decían que estaba desesperado; lo miré fijamente y esperé que me echase en cara el estar pagando con él todo lo que me había pasado, pero no lo hizo, sino que se limitó a quedarse en silencio. Cerré los ojos y cogí aire para intentar tranquilizarme.

—En realidad la culpa es mía. —Mentiría si dijese que no me costó admitirlo—. Yo debería pedirte perdón a ti.

Negó con la cabeza.

—Eleonor...

—Siento todo lo que ha pasado. No me refiero a hoy, sino a todo lo que no he hecho. Tendría que haber salido a defenderte el otro día, cuando os oí discutir en el pasillo. No lo hice porque soy una cobarde. Lo siento. Ni siquiera me preocupé por intentar descubrir si Agatha y Lucas eran los únicos que se metían contigo. Estaba tan centrada en Jayden y en mí misma que no me interesaba nada de lo que pasaba a mi alrededor. Ahora me doy cuenta del error que cometí al anteponerle a todo el mundo. Me siento tan... Dios mío, soy patética.

Esperaba que me diese la razón. Quería que me dijera que estaba de acuerdo conmigo, porque me había comportado como una auténtica egoísta.

—Anda, ven aquí.

Entonces, me acercó a él y nos fundimos en un abrazo. Su atrevimiento me sorprendió, pero me limité a cerrar los ojos y respirar. Entrelacé las manos detrás de su cuello. Aunque ya había dejado de llorar, seguía con la respiración entrecortada. Su cercanía provocaba que el corazón me latiese muy rápido.

—No eres una cobarde. Si lo fueras, no estarías aquí ahora.

—Lo sé, pero...



—Deja de decir eso, ¿vale? —Poco después, agregó—: Y no te preocupes por nada de lo que ha pasado.

Grace no podrá contigo. Encontraremos la forma de solucionarlo.

Sorbí por la nariz mientras asentía con la cabeza. Seguramente Nash no tenía ni la más remota idea de lo mucho que significaba para mí que me apoyara a pesar de todo. Se habían metido con él, y lo más probable era que la primera vez que lo presencié no fuera la primera que había ocurrido, sino que sufría acoso escolar a menudo. Aun así, me estaba consolando.

Él a mí, en vez de ser al revés.

Me separé para poder mirarle a la cara.

—Gracias.

—No las des —me dio un suave empujón en el hombro—. Ahora, hazme un favor y deja de llorar. No sé mucho sobre maquillaje, pero seguro que es muy caro como para malgastarlo en idiotas.

—No llevo maquillaje.

Esbozó una sonrisa.

—Lo sé, y aun así eres preciosa.

Cuando me dijo eso, sentí un cosquilleo en el estómago. Consiguió hacerme reír aún con lágrimas en los ojos.

«No lo dice en serio. Solo está bromeando. Quiere que dejes de llorar, eso es todo».

—Eres un idiota.

—Puede ser, pero no creo que debas llorar por nadie.

—No estoy llorando por Jayden —admití, dando un paso atrás—. Jamás lloraría por alguien como él.

Mi comentario pareció hacerle gracia.

—Vaya, veo que hemos vuelto a las hostilidades.

Sonrió. Me quedé en silencio, observándole, incapaz de resistir el deseo de memorizar hasta el más mínimo detalle de su rostro. La distancia que había entre nosotros no estaba fuera de lo normal; no obstante, estar cara a cara me hizo pensar en la sesión del viernes.

En lo que podría haber pasado y no pasó.

En lo que podría haber hecho y no hice.

En un tema que ninguno de los dos parecía dispuesto a mencionar.

¿Qué habría sido de nosotros si aquella alarma nunca hubiese sonado?

Tragué saliva. Una última lágrima rebelde se deslizó por mi mejilla. Cuando quise secarla, Nash me acarició la cara, hizo desaparecer la lágrima entre sus dedos y continuó perfilando mi rostro hasta llegar a mi barbilla.

Relajé los hombros lentamente.

—Quiero que dejes llorar —murmuró de forma casi inaudible, como para sí mismo.

—Ya lo he hecho —aclaré, en un tono de voz tan bajo como el suyo.

Puso sus dedos en mis labios y tiró de ellos para forzar una sonrisa, que terminó siendo verdadera cuando vi el empeño que estaba poniendo.

—Así mejor. Tienes una sonrisa muy bonita.

—Nash...

—Te mereces a alguien mejor que Jayden —añadió—. Es más, estoy seguro de que dentro de unos días se dará cuenta de lo que ha perdido y caerá rendido a tus pies.

Apreté los labios y negué con la cabeza.

—No se ha perdido nada.

Nash soltó un profundo suspiro y dio un paso atrás para alejarse de mí. Entonces sentí cómo el calor de sus manos desaparecía poco a poco.

—Créeme, lo ha hecho.

*Cinco.*

## 17. Que lo dejen en paz

Esa noche tuve insomnio; no conseguía asimilar del todo lo que había pasado. No podía dejar de pensar en Grace y su conspiración contra UAG. Tampoco en Jayden, mi primera desilusión amorosa, que seguramente había colaborado con la bruja de su novia para destruir mi asociación; ni en Lucas y Agatha, que quizás habían tenido algo que ver.

La verdadera cuestión era: ¿por qué? ¿Qué habíamos hecho mi proyecto y yo para merecernos esto? ¿Había realmente una razón que justificase todo lo que Grace y su terrorífico *squad* hacían?

¿Y por qué Nash se había convertido en el centro de sus burlas e insultos?

Esta última pregunta estuvo dando vueltas en mi cabeza hasta el amanecer, igual que el nombre de Nash. Él fue la última persona en la que pensé antes de acostarme y la primera que se me vino a la mente cuando abrí los ojos el martes por la mañana. Si me concentraba, incluso podía recrear su rostro a la perfección; esos pómulos ligeramente sonrosados, sus ojos azules y la cantidad de pecas que invadían sus mejillas y llamaban mi atención de una forma inexplicable.

Cuando me monté en el asiento trasero del coche para ir al instituto, me dije que tenía que dejar de pensar en él. En cuanto Dylan pisó el acelerador, saqué mi diario de la mochila para apuntar el desarrollo de una nueva dinámica que se me había ocurrido. Pero no conseguí concentrarme.

No podía sacármelo de la cabeza. Su imagen parecía haberse quedado grabada en mi cerebro, como si se tratase de un tatuaje: Nash sonriendo, Nash abrazándome, Nash frunciendo el ceño e incluso arrugando la nariz.

Nash apoyándome, aunque estuviese pasándolo peor que yo.

Había intentado no darle muchas vueltas al tema, pero no podía evitar que me surgieran dudas acerca de su *nueva* forma de actuar. Cuando lo conocí, era la persona más fría con la que me había cruzado. No obstante, ahora no había un día en el que no me recordase que iba a estar ahí para mí. Que iba a apoyarme.

Ocurriese lo que ocurriese.

Ante todo, contra todo. Siempre.

—Suerte con tu examen, hermanita.

Escuchar la voz de Devon me hizo volver a la realidad. Sobresaltada, me giré para mirar por la ventanilla y me di cuenta de que ya habíamos llegado.

—Tráenos un buen suspenso a casa —añadió Dylan.

Puse los ojos en blanco y bajé la mirada hacia mi cuaderno. No pude evitar carraspear al ver que, en lugar de redactar la dinámica, había estado caligrafiando la misma palabra repetidas veces. Con mayúsculas, en distintos tamaños y posiciones, había escrito un nombre. El suyo. El de Nash.

Cerré el cuaderno de golpe, intentando disimular mi nerviosismo. Luego, lo metí en la mochila con rapidez y me prometí que no lo abriría hasta que llegase a casa y dispusiese de tiempo a solas para arrancar esa hoja y quemarla con el fuego de un mechero.

—Pero un suspenso de los buenos —insistió Devon—. Ya sabes, un cuatro no nos vale. Eso está casi rozando el aprobado, no es de profesionales.

—Un tres estaría bien, ¿no crees, hermanito?

—Lo creo. Un bonito tres en historia que enmarcaremos y recordaremos por los siglos de los siglos.

—Amén.

—Que os den —gruñí mientras salía del coche.

Como no coincidí ni con Scott ni Olivia en el pasillo, tuve que ir sola hasta el aula de matemáticas. Me pasé toda la hora copiando las ecuaciones de la pizarra mientras estudiaba a escondidas. El temido examen final de historia había llegado. Tenía que aprenderme demasiadas

cosas y solo me quedaba poco más de una hora para sabérmelo todo de memoria.

Cuando sonó el timbre, salí disparada hacia la siguiente clase. No quería perder ni un segundo. Normalmente, el profesor solía tardar unos minutos en llegar, tiempo que podría aprovechar muy bien para repasar algunos apartados del temario.

Los estudiantes caminaban rápidamente a mi lado, riendo y bromeando entre ellos. Después de pasar cerca de una pareja acaramelada que me provocó ganas de vomitar, por fin vi la puerta del aula de historia y me dirigí hacia allí a toda prisa. Sin embargo, todo lo relacionado con el examen pasó a un segundo plano cuando le vi al final del pasillo.

Anduve los metros que nos separaban sin pensarlo dos veces. Cuando se dio cuenta de que estaba allí, Nash levantó la cabeza para mirarme, aunque volvió a bajarla en seguida. Tenía unas ojeras muy oscuras, la tez más pálida de lo normal y algunos remolinos en el pelo. Pensé que necesitaba que alguien le regalase un cepillo.

—Madre mía —farfullé sorprendida—. ¿Qué te ha pasado? Parece que te ha arrollado un camión.

Me miró de reojo.

—Oye, gracias. Tú también tienes muy buen aspecto.

—¿Estás bien?

—Del uno al diez, ¿cómo de destrozado parezco?

—Once.

Bostezó mientras asentía con la cabeza.

—Lo sé. Mamá estuvo ayer por la tarde pintando mi habitación —me explicó—. Terminó pronto, pero me ha prohibido entrar hasta que se vaya el olor a pintura porque dice que es tóxico y eso. Así que he tenido que dormir en el sofá.

—Vaya.

—Además, tengo insomnio. No pegué ojo hasta las cuatro de la mañana. Apenas he dormido tres horas y, cuando me he despertado, faltaban diez minutos para ir a clase —añadió, rascándose el cuello—. Ni siquiera he tenido tiempo de mirarme al espejo.

—Ya veo.

Sonrió. Después, se llevó una mano al flequillo para tratar de arreglarlo.

—Espera, déjame a mí.

Mis manos se movieron por sí solas; enredé los dedos en su cabello, deshaciendo pequeños nudos e intentando peinarlo hacia atrás. Debido a nuestra diferencia de altura, Nash se vio obligado a agacharse un poco, y hubo un momento en el que estuvimos tan cerca que podría haber contado todas sus pecas y dar un resultado sin margen de error.

—Eleonor...

Hice ver que no le había escuchado. En cuanto terminé, continué acariciando su cuero cabelludo, después su frente y sus cejas. Justo cuando estaba a punto de llegar a las comisuras de sus labios, me detuve. Me di cuenta de que eso estaba fuera de lugar, así que carraspeé con nerviosismo y me aparté inmediatamente.

—¿Listo? —me preguntó Nash con una sonrisa. Asentí con la cabeza—. Gracias.

—No es nada —respondí. Luego, me aclaré la garganta—. De pequeña quería ser peluquera. Solía peinar a Devon y Dylan mientras dormían. Una vez cogí unas tijeras y me faltó poco para cortarles las orejas. Deberías haberme visto.

Me temblaban las manos. Las metí en los bolsillos traseros de mis pantalones para ocultarlas disimuladamente.

—¿Qué te gustaría ser ahora?

—Psicóloga.

Agrandó la sonrisa.

—Serás la mejor psicóloga del mundo.

—No seas exagerado.

—Estoy hablando en serio. Serás la mejor.

—Pero...

—En el mundo hacen falta más personas como tú, Eleonor. Te lo aseguro.

Apreté los labios con fuerza; no sabía a qué había venido eso, ni si lo decía en serio, pero la verdad es que parecía sincero.

—Quiero decir... —dijo, y agregó rápidamente—: Tienes diecisiete

años... y mira todo lo que has conseguido ya. Es increíble.

—Dieciocho en unas semanas —rebatí, tratando de desviar el tema.

Me entraron ganas de hablar sobre la asociación, pero preferí no hacerlo. Sabía que solo iba a deprimirme.

—No dejas de recordármelo —repuso con burla—. No te preocupes. Te llamaré el día de tu cumpleaños. Prometido.

—¿No pasarás aquí las Navidades?

Negó con la cabeza.

—A mamá y a papá les gusta ir a casa de los abuelos durante las vacaciones. Antes tenían un hostel, así que dormiremos allí.

—¿Vacaciones en familia? Vaya, es muy bonito que os juntéis todos por Navidad.

Se encogió de hombros.

—Supongo.

De repente, el silencio nos consumió por completo. Con la cadera apoyada en la pared, me limité a mirarlo fijamente, observando cada uno de los detalles de su rostro.

Nash tenía decenas de pecas en la nariz y centenares repartidas por sus mejillas. Sus ojos no eran del todo azules; hacía tiempo que me había percatado de que tenía unas aureolas oscuras alrededor de las pupilas. Además, tenía unos labios carnosos que se volvían delgados siempre que sonreía. Con todo esto, pese a que ahora tuviera ese aspecto de muerto viviente tan poco favorecedor, estaba segura de que atraería a cualquier chica.

Me daba vergüenza admitirlo, pero a lo mejor yo no era la excepción.

Quizás estaba empezando a caer.

Aunque era consciente de que iba a llegar tarde a mi examen de historia, no tenía prisa por marcharme. Me apetecía quedarme hablando con él en el pasillo durante el resto del día.

—¿Por qué me miras tanto?

Escuchar su voz me hizo volver a la realidad. Me sobresalté y no pude hacer nada más que soltar una risita nerviosa.

—Sigues mirándome —comentó en voz baja, cuando el silencio volvió a invadirnos.

—Eh...

—Para, Eleonor. Me estás poniendo nervioso.

Me tapé la cara con las manos.

—¿Así mejor?

—No —contestó al momento—. Ahora me siento estúpido hablando contigo. Prefiero que abras los ojos y me mires... Es decir, no es que me guste que me mires. Lo detesto, de hecho. Bueno, en realidad no. Ya sabes, mirar a la gente es algo normal. Tú me miras, yo te miro... —Separé un poquito los dedos para ver entre ellos. Cuando me di cuenta de que Nash tenía las mejillas rojas, se me escapó una sonrisa—. O sea, solo te miro cuando no me queda más remedio. Claro. Por supuesto. ¿Por qué si no iba a mirarte? Es una tontería. Yo... Agh, me odio. Olvídalo.

Volví a reírme.

—No te preocupes. Está olvidado.

—Vale, y... ¿Eleonor?

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro.

Cogió una profunda bocanada de aire, como si necesitase reponer fuerzas antes de hablar.

—Bueno, he estado pensando y hace tiempo que me pregunto si nosotros... Ya sabes, tal vez podríamos...

Nunca llegué a escuchar aquello que Nash quería decir. De repente, dejó de hablar. Su mirada estaba clavada en algún punto a mis espaldas, y lo conocía lo suficientemente bien como para saber que no había retrocedido sin razón. Se le habían tensado los hombros, pero no por mi culpa.

—¿Eleonor? ¿Podemos hablar?

Me giré con lentitud. Un chico de pelo oscuro me devolvió la mirada mientras sujetaba las correas de su mochila con ambas manos. Sus grandes ojos verdes dejaron de prestarme atención para clavarse en Nash, que farfulló algo entre dientes y dio otro paso atrás. Entonces, se recostó en la pared.

La presencia de Jayden no era bien recibida por ninguno de los dos.



—Por favor —volví a escuchar.

No me lo pensé dos veces antes de dar una respuesta.

—No.

Detrás de mí, Nash soltó una risita.

—Solo será un momento —insistió Jayden.

Me crucé de brazos.

—Lo siento, pero estoy ocupada. Ya sabes, tu noviecita me ha complicado un poco las cosas.

—Eleonor...

—Tengo que irme.

Antes de que él pudiese decir algo más, me di la vuelta y me fui. Nash tardó poco en llegar a mi lado. Tenía una pequeña sonrisa en los labios, como si estuviese orgulloso de mí por haber sabido enfrentarme a la situación. Sin embargo, me sentí mal, pues no pude resistir el impulso de frenar en seco cuando oí de nuevo la voz de Jayden a mis espaldas:

—¡He venido a disculparme!

Apreté los puños de forma inconsciente. A mi lado, Nash también había dejado de caminar. Estaba serio y miraba a Jayden con el ceño fruncido.

Esperé a que se volviese hacia mí.

—¿Vamos?

Negué con la cabeza.

—Lo siento...

—Faltaría más —repuso con amargura. Empezó a negar con la cabeza y llevó la vista al techo. Cuando quise darme cuenta, ya estaba alejándose de mí—. Te veo luego.

Su tono de voz me dio a entender que, en realidad, no tenía intenciones de volver a cruzarse conmigo en todo el día. Me prometí que me encargaría de eso más tarde, cogí aire y me giré hacia Jayden.

Al ver que sus intentos habían dado resultado, esbozó una media sonrisa y cruzó la distancia que nos separaba con un par de zancadas.

—El idiota de tu amigo parecía molesto —comentó para romper el hielo, pero no me hizo ninguna gracia. Me aseguré de que lo notase—. Oye, Eleonor...

—Si estás aquí para insultar a Nash, creo que ya tuve suficiente ayer —le interrumpí—. Ve al grano, por favor. No me gusta perder el tiempo.

Enarcó las cejas.

—Hace unas semanas estar conmigo no era perder el tiempo.

—Ahora que sé lo mala persona que eres, lo es.

—Relájate, ¿vale? No tienes por qué tratarme así.

—Me das asco, Jayden —le espeté. Estaba empezando a sacarme de mis casillas—. ¿Quieres saber por qué? Dime, ¿cómo era? Ah, sí: por existir. Me das asco por existir.

—¿Has terminado ya de echarme cosas en cara?

—Ni siquiera voy por el principio.

—He venido a disculparme, joder. Se supone que esto tendría que arreglar las cosas. ¡Lo siento!

—No vas a conseguir arreglar nada.

—Podrías poner algo de tu parte.

—Jayden...

No terminé la frase. No sabía cómo hacerlo. Estuve a punto de llorar, pero me contuve. No lo iba a hacer delante de él.

Tampoco quería continuar con la conversación, de modo que sorbí por la nariz y me di la vuelta, decidida a marcharme de una vez, pero Jayden me agarró del brazo para impedirlo. Me dio asco pensar que hace unos días eso habría provocado que mi corazón saltara de alegría, pero las cosas eran tan diferentes...

—Sé que lo que hizo Grace estuvo mal —dijo en voz baja—, pero te prometo que yo no tuve nada que ver. De hecho, no me enteré de lo que planeaba hasta que te lo contó. Lo siento. También sé que estuvo mal lo de invitarte a salir... Solo te pido que me entiendas. Grace puede tener sus defectos, pero la quiero. No pude evitarlo. Siento haberte dejado plantada, sabía que esa era mi última oportunidad con ella y que, si se enteraba de que había salido contigo, bueno... Ya sabes, habría sido peor.

Podría haber aceptado sus disculpas, pero no lo hice, porque el problema no era ese. Aunque me había dolido, lo malo no había sido que no acudiese a nuestra cita, sino todo lo que él, Grace y su horrible *squad* le habían hecho a Nash. Ese era el verdadero motivo de mi enfado.

—No intentes disculparte —respondí con sequedad—. No va a servir de nada.

Traté de huir de nuevo, pero me detuvo de la misma forma: su mano rodeó mi muñeca y volvió a acercarme a él.

—Sé que estás dolida y lo entiendo, de verdad. Es normal. Quiero a Grace, Eleanor, pero te he cogido cariño. Eres una gran chica y me gustaría que fuésemos..., no sé, amigos.

Me reí por no llorar.

—No.

—Por favor —me imploró—. No quiero llevarme mal contigo, me caes bien. Si hay algo que pueda hacer para que me perdones, lo que sea, de verdad que yo...

Cuando me dijo eso, se me ocurrió una gran idea. Aparté a Jayden de un manotazo para que dejase de sujetar mi brazo de esa forma tan autoritaria. Era un idiota, lo detestaba y me daba asco, pero quizá podía ayudarme.

—¿Lo que sea?

Sus ojos me respondieron antes que sus labios.

—Lo que sea.

—Diles que lo dejen en paz —solté del tirón.

—¿Qué?

—Diles que lo dejen en paz —repetí—. A Nash. Quiero que lo dejéis en paz. Díselo a tus amigos, a tu novia, a quién sea. No quiero volver a veros cerca de él.

—Eleanor...

—Hazlo —volví a insistir.

Si tenía intención de replicar, nunca consiguió hacerlo, porque me fui rápidamente por el pasillo sin darle esa oportunidad.

## 18. Feliz cumpleaños

Cuando llegaron las vacaciones, mamá me intentó convencer de que aprovechara ese tiempo para olvidar mis problemas y me dedicara a estar con la familia. Fue tan insistente que lo consiguió, e incluso accedí a dejar mi móvil apagado durante la mayor parte de las navidades; según ella, necesitaba *desconectar*.

Solo lo utilizaba por las noches, escondida bajo las sábanas de mi cama, para hablar con Olivia y preguntarle acerca de sus vacaciones en Francia. Siempre me decía que una de las ventajas de tener familia en el extranjero era que todos los años viajaba con sus padres, aunque fuera para visitar a sus abuelos, que vivían en una pequeña casa a las afueras de París.

La envidiaba. Yo hacía años que no salía del país durante las navidades; desde que se fue papá, las cosas habían ido de mal en peor y no nos lo podíamos permitir, por lo que mis vacaciones se basaban en ir al cine con Scott y hablar por Skype con Olivia.

El dos de enero, mientras chateaba con ella, recibí una llamada. Inevitablemente, cuando vi ese nombre en la pantalla, sonreí; no nos habíamos visto desde el final de las clases y llevaba semanas deseando saber algo de él.

Nash.

Lo primero que hizo cuando descolgué el teléfono fue gritarme «feliz cumpleaños» con tanta fuerza que tuve que apartar la oreja para no quedarme sorda. Me reí, se lo agradecí, y estuvimos hablando el resto de la tarde.

A partir de ese día, Nash me llamó todas las noches a la misma hora.

Me encantaba escuchar anécdotas que le ocurrían en la casa de sus abuelos, situada en un pequeño pueblo perdido de la mano de Dios al que apenas llegaba la cobertura. Me explicó que tenía seis primos por parte de madre y ocho por parte de padre, y que todos irían para celebrar el cumpleaños de su hermana Sidney en febrero.

Charlar con él sobre eso me deprimía. Mamá era hija única y, desde lo ocurrido con mi padre, ni mis hermanos ni yo teníamos relación con su familia; estábamos solos. Aun así, nunca le dije nada porque prefería escucharle bromear acerca de cualquier otra cosa antes que amargarle con mis problemas.

La única persona a la que no me importaba contárselos era Olivia. Como llevaba un par de semanas sin verla, cuando empezó el instituto le propuse que viniera a casa después de clase para ponernos al día. Esa tarde, cuando Devon se enteró, se puso nervioso y se encerró en baño del piso de arriba para acicalarse.

Dylan, por su parte, se echó a reír y se acercó al sofá para darme un beso en la frente antes de marcharse con su novia.

—¡Eleonor! —gritó mi hermano desde la segunda planta—. ¡¿Sabes cómo se dice «princesa» en francés?!

—¡Con que le digas «hola» será suficiente!

—¡¿Y cómo se dice «hola»?!

—*Salut!*

—¿Qué? —Oí como chirrió el grifo cuando lo cerró—. Deja de tomarme el pelo, no estoy resfriado.

De repente, alguien llamó al timbre. Mientras refunfuñaba en voz baja y pensaba lo estúpido que era su sentido del humor, me dirigí a la puerta y la abrí.

Una chica con el pelo teñido de blanco y los labios pintados de rojo soltó las bolsas que traía y se abalanzó sobre mí para darme un abrazo; me hizo muy feliz verla después de haber estado separadas tanto tiempo.

—¡Adivina quién ha traído regalos para la cumpleañera!

—¡Adivina quién olvidó llamarme por mi cumpleaños!

—*Idivini quiñi ilvidí llimirmi pir mi cimpliiñis* —repitió burlona y molesta. Después, volvió a coger las bolsas y tiró de mi brazo para entrar

en casa—. Cállate. Tengo muchas cosas que contarte. Venga, vamos a tu habitación.

Aunque al principio intenté hacerme de rogar, la seguí y subimos las escaleras hasta llegar a mi cuarto; había venido a mi casa tantas veces que ya la conocía como la palma de su mano.

De pronto, me choqué con ella. Intenté recuperar el equilibrio mientras levantaba la cabeza para ver por qué se había parado tan repentinamente. Entonces vi que estaba quieta, apretando los labios y con los ojos abiertos como platos.

—Oh, madre santa. Creo que me voy a desmayar.

Antes de que pudiera responder, se oyó el golpe seco que dio Devon al cerrar la puerta del baño. Había salido al pasillo con unos vaqueros holgados, el pecho al descubierto y una toalla en la cabeza, que zarandeaba bruscamente para terminar de secarse el pelo. Estaba de espaldas, y vi como se le tensaban los músculos de los hombros.

Aparté la mirada rápidamente, traumatizada de por vida.

—Eleonor... —musitó Olivia con voz aguda—, ¿te acuerdas de la Biblia que te compró tu madre cuando estábamos en primaria y teníamos clase de religión?

—Ajá.

—¿La sigues teniendo?

Fruncí el ceño.

—Sí, está en el salón. ¿Por qué lo...?

—Creo que necesito confesarme.

Corrió escaleras abajo y desapareció por la puerta de la sala de estar.

Puse los ojos en blanco. Por muy atractivo que le pareciera Devon, tampoco podía ser para tanto. Le faltaba masa muscular y debería depilarse el entrecejo. Para encontrar guapo a mi hermano, Olivia tenía que tener las hormonas más revolucionadas que yo el pelo los domingos por la mañana.

Justo cuando estaba bajando las escaleras para ir a buscar a Olivia, el timbre volvió a sonar. Mientras me acercaba al recibidor, vi que Devon se inclinaba sobre la barandilla, seguramente pensando que se trataba de Olivia —iluso—, y empecé a reírme cuando echó a correr hacia su

habitación para encerrarse en ella.

Cuando abrí la puerta, y aunque no lo esperaba, vi como Nash extendía los brazos para abrazarme, con una gran sonrisa en los labios. Las ojeras que había tenido la última semana de clases habían desaparecido, por lo que ofrecía un aspecto mucho más saludable.

—Feliz cumpleaños —dijo tímidamente—. Quiero decir... Feliz cumpleaños atrasado, Eleonor.

A medida que se le coloreaban las mejillas, sentía como aumentaba el cosquilleo de mi estómago, igual que las ganas de abrazarlo. Pero Mike se interpuso entre nosotros antes de que me diese tiempo a hacerlo.

—Hola, Eleonor. Estás tan rubia como siempre y todo eso. Feliz cumpleaños, feliz Navidad y próspero año nuevo. ¿Puedo usar tu baño?

Me aparté de la puerta y asentí con la cabeza, algo confundida.

—Claro. Ve al segundo piso, es la primera puerta a la derecha.

—Gracias.

Dicho esto, entró y subió las escaleras de tres en tres. Me volví hacia Nash en cuanto lo escuché suspirar. Tenía una mano en la nuca y parecía muy incómodo.

—Supongo que ya no querrás...

No le dejé decir nada más. Antes de que pudiese finalizar la frase, me abalancé sobre él y entrelacé las manos detrás de su cintura. Contuve la respiración hasta que sus brazos acabaron en la parte baja de mi cuello, y lo estreché con tanta fuerza que temí asfixiarlo sin querer.

—Actúas como si no me hubieses visto en meses —susurró con un tono de burla—. Solo han sido tres semanas.

—He pasado de ver tu horrible cara todos los días a no verla nunca —le respondí, y me separé de él—. Tú y Olivia me habéis abandonado por completo.

—Pero si te he llamado todos los días.

—No es suficiente.

—¿Eso significa que me has echado de menos?

—Y a Olivia —murmuré, intentando esquivar la respuesta.

—Y a mí.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, a ti también.

Se me revolvió el estómago cuando lo vi sonreír.

—Yo también te he echado de menos, Eleanor —confesó. Luego miró por encima de mi hombro, en busca de su amigo, que todavía no había vuelto del baño—. ¿No vas a invitarme a pasar? Debería vigilar a Mike.

—Claro. Adelante. —Tiré de él para hacerlo entrar en el vestíbulo. En cuanto cerré la puerta, me giré para mirarlo de nuevo—. ¿Vigilar a Mike? ¿Por qué?

—¿Está Olivia contigo?

—Sí.

—Pues por eso mismo.

Empecé a reírme y asentí con la cabeza. Salimos juntos del recibidor y cruzamos el pasillo hasta llegar al salón, donde Olivia nos esperaba sentada en un sofá enorme de color crema. No dejaba de jugar con su móvil y morderse el labio.

En cuanto advirtió nuestra presencia, levantó la cabeza para mirarnos.

—Hola, Olivia —la saludó Nash, sonriente—. ¿Tienes lo que te pedí?

Ella asintió con decisión y rebuscó algo en una de sus bolsas, que había apilado junto al sillón. Cuando lo encontró, lo lanzó sin ningún cuidado sobre la mesita de café y nos sonrió. Era una montaña de papeles recién impresos, grapados en grupos de cuatro y organizados con pegatinas de colores.

—También está el premio —dijo—. Bonito título, por cierto. Cualquiera pillaría la indirecta. Yo lo apruebo, por si te lo preguntabas.

Cuando Nash quiso contestar, mi hermano apareció por la puerta de la sala de estar. Ni siquiera se dignó a saludar antes de sentarse en el sofá junto a Olivia y estirar los brazos sobre el respaldo.

—¿Tú quién eres? —preguntó, metiéndose una patata frita en la boca. Segundos después, cogió otra de la bolsa y apuntó a Nash con ella—. ¿Y por qué estás tan cerca de mi hermana?

Intimidado, Nash dio un paso atrás para separarse de mí, pese a que no estábamos tan juntos como decía mi hermano.

—Yo...

—Tú... —se burló Devon, mientras se comía otra patata—. Aléjate,



vamos.

Nash le obedeció.

—Devon —le advertí.

—Uh, sigue sin convencerme. Atrás.

—¡Devon!

—Cierra la boca, hermanita, esto es cosa de hombres —impuso burlón, y volvió a mirar a Nash, que retrocedió por tercera vez—. Creo que sigues estando demasiado cerca. Mejor lárgate.

Antes de que le hiciese caso y saliese huyendo de mi casa, le agarré del brazo y tiré de él. Devon enarcó las cejas, pero le ignoré. No pensaba tolerar que siguiese riéndose de Nash.

—Devon, este es Nash. Nash, te presento al idiota de mi hermano. No le hagas mucho caso, suele...

—¿Nash?

Fruncí el ceño.

—Sí, Nash. ¿Hay algún problema?

Devon dejó la bolsa de patatas sobre el sofá y esbozó una gran sonrisa.

—¡Deberías haber empezado por ahí! —exclamó—. Creía que habías traído a Jayden. Ya decía yo que le veía cara de bueno... ¿Qué? Los rumores corren muy rápido. He oído que ese chaval ya está saliendo con una chica, y no iba permitir que se liase con mi hermana teniendo novia. El honor es lo primero. Pero como tú no eres Jayden... Bueno, tienes mi aprobación. Ven, tío, siéntate. —Nash abrió mucho los ojos, tanto que temí que se le salieran de las órbitas, y me miró antes de sentarse al lado de mi hermano, manteniendo las distancias—. Dime, ¿qué intenciones tienes con mi hermanita?

Oh. Dios. Mío.

Nash iba a odiarme después de esto.

—Yo...

—Eleonor, creo que vas a tener que ir al supermercado. He gastado toda tu colonia. —Mike asomó la cabeza por la puerta y sonrió mientras se restregaba las manos en los vaqueros desgastados—. No me odies. Prefieres ir a comprar una nueva antes que oler eso, créeme. —Empezó a reírse solo—. ¿Sabes qué? Había pensado en hacer un chiste, ya sabes: «Te

he dejado un regalo de cumpleaños en tu váter, de nada». Pero he pensado que quedaría muy descortés y no es apropiado tratarte así después de que te ocupes de vigilar a mi Ashu cuando yo no puedo hacerlo, ¿verdad?

—Mike... —se quejó Nash.

Cuando le oyó, entró al salón.

—Vaya, no sabía que mi dulce ángel estaba aquí. Hola, preciosa —canturreó cuando vio a Olivia. Acto seguido, miró a mi hermano—. Oh, hola, rubito. Veo que tengo un compi de pelaje. ¿A que no hay un color más bonito que el rubio ceniza?

Devon enarcó las cejas.

—¿«Dulce ángel»? —preguntó.

Olivia se puso de pie y empezó a levantar sus bolsas del suelo.

—¿Sabéis qué? Se me ha hecho tarde. Creo que ya es hora de que...

Mi hermano tiró de ella para que se sentara en el sillón, casi encima de él.

—Pero si acabas de llegar.

—Eh...

—Yo también debería irme —coincidió Mike—. Creo que ya he abusado de tu hospitalidad soltando esa bomba en tu baño, no quiero que termines echándome a patadas. —Se volvió hacia Olivia—. Si quieres, puedo acompañarte a casa, preciosa. Podemos ir a tomar algo y... lo que surja, ya sabes.

—«Lo que surja» —repitió Devon, con los ojos fijos en Olivia, a quien se le escapó una risita nerviosa—. ¿Me estás jodiendo?

Para intentar huir de ese momento tan tenso, Nash se puso en pie, cogió la montaña de papeles que Olivia había traído y se aclaró la garganta antes de decirme:

—Eleonor, ¿podemos hablar?

Mi mejor amiga se levantó de golpe.

—Voy con vosotros.

—A solas —especificó, clavando sus ojos en los míos.

Aunque nerviosa, asentí con la cabeza y le indiqué que me acompañase a la cocina. Devon hizo ademanes de querer levantarse para seguirnos, pero cuando miró a Mike y se dio cuenta de que, si venía con nosotros, iba

a dejarlo solo con Olivia, se sentó cómodamente en el sofá y no se movió.

Al principio, me molestó que Devon prefiriese a Olivia antes que a mí, pero poco después, cuando cerré la puerta y vi la sonrisa de Nash, todos los pensamientos se esfumaron.

—Olivia me dijo que no hacía falta que te lo contase, pero iba a sentirme muy mal si me llevaba yo todo el mérito cuando no es solo mío, así que quiero que sepas que me ha estado ayudando mucho en esto —dijo atropelladamente—. Y, bueno...

Fruncí el ceño.

—¿Ayudándote en qué?

—Descúbrela —contestó, dándome la montaña de papeles.

Al ver que todo ese montón de folios me pesaban demasiado, Nash soltó una carcajada, los cogió de nuevo y los soltó sobre la mesa de la cocina. Estar a solas con él me ponía nerviosa, de modo que metí las manos en los bolsillos traseros de mis pantalones para evitar que notase como temblaba.

Tardé menos de medio minuto en reconocer de qué se trataba: eran inscripciones.

Las inscripciones de UAG.

—No habrás sido capaz...

Miré a Nash de reojo mientras acariciaba el folio con los dedos. Era la inscripción de Ariadna Park, una chica a la que seguramente iba a conocer pronto, que había rellenado todos los apartados: edad, localidad, nota media, gustos y datos curiosos.

—Nash...

—No lo has visto todo —intervino—. Hemos conseguido seis.

Perpleja, observé como levantaba el montón de papeles grapados de Ariadna y los colocaba en la esquina de la mesa para enseñarme otra ficha de inscripción. Esta vez, en la fotografía de la parte derecha de la página, aparecía un chico con rizos y ojos de color miel.

—Este es Chris, el director del periódico escolar —dijo—, Olivia se encargó de persuadirlo (ya te he dicho que me ha estado ayudando mucho) y finalmente acabó aceptando ser voluntario en la asociación. No a tiempo completo, claro. Tiene otras obligaciones y eso. —Entonces, bajó un poco

la voz y soltó una risita—. No revises esto demasiado en detalle. Creyó que la categoría de «gustos» se refería a otra cosa y..., bueno, puso que le gustan los chicos. Ha sido una sorpresa para todos. Ahora entiendo por qué insistía tanto en que necesitaba mi número por si le surgía alguna duda.

Pasó a la siguiente.

—Aquí está Julie. Estuve hablando con ella por teléfono y le expliqué que ya estaba todo solucionado y que Grace había dejado de hacer de las suyas. Está muy arrepentida. Creo que quiere hablar contigo mañana en clase. No tardes mucho en perdonarla, es maja.

Fruncí el ceño. ¿Maja?

—¿Qué?

—También está la de William, creo que Julie habló con él... Oh, y Mike. Sí, lo sé. Es algo raro, pero conseguirá ayudar. Supongo, no sé —continuó, llevándose una mano a la nuca e ignorando mi comentario. Entonces, justo cuando le iba a dar las gracias, apartó una inscripción del resto y me la tendió—. Esta es la mía.

Abrí los ojos como platos. No podía creerlo.

—Tiene que ser una broma.

—No lo es.

—¿De verdad vas unirme a UAG?

—Bueno, te dije que te ayudaría, ¿no?

Sus palabras me dejaron sin aire.

—Pero toda esa gente... Dios mío, has tenido que tardar años en convencer a Mike. No quiero imaginarme al resto.

—En realidad —repuso, encogiéndose de hombros—, Julie fue fácil de convencer.

—¿Qué?

—¿Qué?

Sacudí la cabeza, ceñuda.

—¿Qué has dicho?

—Julie —repitió en voz baja—, he dicho que Julie fue fácil de convencer. Estaba muy arrepentida y fue muy fácil hablar con ella. ¿Estás bien?

A pesar de que, lejos de estar enfadado, Nash parecía confundido, me

tomé su pregunta como una advertencia y dejé a Julie a un lado para centrarme en lo importante. Me sentía feliz y agradecida. No entendía a qué había venido ese cambio de humor cuando había pronunciado su nombre.

—Sí, claro. Nash, yo... Dios mío, no sé cómo darte las gracias. De verdad que...

—Todavía no he terminado —me interrumpió, rebuscando algo en sus bolsillos—. Cierra los ojos.

Lo miré con desconfianza.

—No creo que...

—Vamos, voy a darte tu regalo de cumpleaños.

Le hice caso; todos mis sentidos se pusieron alerta cuando noté como se acercaba a mí y, de forma lenta y tímida, me sujetaba la mano y me ponía una especie de correa de cuero alrededor de la muñeca. Era una pulsera.

—Mi abuela es artesana —me explicó mientras la abrochaba—. Bueno, antes lo era. Le dije que era tu cumpleaños y me ayudó a hacerte esto. Se emocionó mucho, ¿sabes? Creo que hice que recordase su juventud o algo así... En fin, ya puedes abrir los ojos.

Pestañeeé varias veces para poder enfocar correctamente. En efecto, su regalo era una bonita pulsera de cuero marrón algo estrecha de la que colgaba una figurita metálica, pintada de plateado.

—Es un barco —dijo—. Ya sabes, por la historia que me contaste. La abuela suele decir que un regalo con significado, aunque pequeño, es lo que más se valora. Por eso lo elegí. En tu dinámica había barcos pequeños, medianos y grandes. Me gusta imaginarme que este es un transatlántico. Sería genial que llevases la pulsera, aunque si no te gusta puedes quitártela, claro. No te sientas presionada. Yo..., no sé.

Sentí un gran cosquilleo en el estómago.

—No voy a quitármela —le aseguré.

—¿De verdad? No quiero que lo hagas por mí.

—Nash...

—Es tu brazo —titubeó—. Tú decides sobre él y...

—Nash, me encanta.

—¿Seguro?

Asentí con la cabeza.

—Te lo prometo.

Una sonrisa le iluminó la cara. Los hombros se le destensaron. Ahí fue cuando volví a sentir que por fin ambos nos sentíamos cómodos estando cerca del otro.

—Vale. —Se revolvió con nerviosismo, como si no supiera cómo continuar la conversación—. En fin, creo que debería irme. Mike tiene que estar muriéndose ahí fuera. Me da la sensación de que a tu hermano no le cae muy bien. Por cierto, hay algo en mi inscripción que quiero que veas. No hace falta que vengas conmigo, sé dónde está la salida. Míralo cuando me haya ido, ¿vale?

—¿Por qué no ahora? —inquirí.

Se le colorearon las mejillas.

—Es bastante... estúpido.

—¿Por qué me lo das, entonces?

—Porque te lo prometí.

Sorprendida por su respuesta, fui incapaz de moverme durante cinco segundos y, antes de desaparecer por la puerta de la cocina, me dio un beso en la mejilla que duró más tiempo de lo normal.

En cuanto lo perdí de vista, debatí interiormente si debía seguirlo o no. Al final, la curiosidad me pudo y me acerqué corriendo a la mesa para coger su inscripción, que constaba tan solo de cuatro folios. Pasé las páginas a toda prisa, en busca de aquello que él quería que viese, hasta que me topé con una hoja de papel que no estaba grapada a las demás y que alguien había doblado en cuatro partes.

Aunque ya me imaginaba qué podía ser, me sorprendí al leer el título, escrito en una caligrafía muy elegante. A medida que leía el resto del documento, no podía evitar sonreír.

Nash era increíble.

En cuanto terminé de leerlo, me entraron ganas de correr a abrazarlo y darle las gracias, pero se escuchó un portazo que retumbó por toda la casa. Me apresuré a ir al salón, donde solo quedaba mi hermano, tirado en el sofá y gruñendo como un perro rabioso.

Los demás se habían ido.

Nash se había ido.

Maldito idiota.

—Dime que no os habéis enrollado ahí detrás —escuché suplicar a Devon—. Porque, por mucho que me conmueva su cara de niño bueno, te recuerdo que todavía estoy a tiempo de coger unas tijeras y salir tras él.

—No seas tonto.

Aunque me iba a responder, no quise escuchar nada más. Consciente de que nuestra conversación era inútil, subí las escaleras de dos en dos y me encerré en la habitación. Una vez allí, me desplomé sobre la cama y suspiré.

Luego, como si todavía no me lo creyese, volví a leer el diploma.

*Premio Nobel a la única chica por la que Nash Anderson dejaría de escuchar su canción favorita, porque prefiere prestarle atención a ella.*

*Cuatro.*

## 19. Los koalas no comen humanos

Moví la cabeza al ritmo de la canción de *rock* de los ochenta que estaba sonando. A mis hermanos les gustaba mucho este tipo de grupos y, de tanto escucharlos, habían terminado gustándome a mí también; me resultaba complicado no tararear las canciones cuando íbamos juntos en el coche, mientras ellos acompañaban mis canturreos con gritos y solos de batería imaginarios.

Devon bajó el volumen hasta apagarlo y, cuando me quise quejar, dio un fuerte golpe al volante y alzó uno de sus dedos sin apartar la vista de la carretera.

—Di una sola palabra y te echo del coche a patadas.

Puse los ojos en blanco. Aunque a menudo me quejaba por ser el centro de sus burlas, la verdad es que prefería eso a soportarlos cuando estaban de mal humor, tal y como mi hermano se había levantado esa mañana.

Devon estaba enfadado con el mundo. Ni siquiera Lizzie, que era su punto débil, había conseguido sacarle una sonrisa, y, además, yo no me había quedado corta riéndome a carcajadas cuando se le había caído el cuenco de cereales encima por la mañana. Le había faltado poco para romper la puerta del armario cuando fue a cambiarse la camisa, pero había sido divertido.

El único que podía controlar a Devon en sus momentos de furia era Dylan. Por eso, cuando mamá y yo nos dimos cuenta de que no había vuelto a casa después de pasar la tarde —y la noche— con su novia Megan, supimos que Devon iba a terminar destrozando todo el mobiliario



si no salía de allí rápidamente.

Mamá le dio las llaves del coche y le pidió que me llevase al instituto. Por lo general, tenía que ir andado cuando Dylan no estaba en casa, así que la llené de besos y abrazos para agradecerse, pensando que lo hacía por mí. Luego comprendí que había sido una ilusa y que mi madre le había dado las llaves a Devon para que saliera de casa sin romper nada.

—Una sola palabra —dije en broma, tratando de hacerlo de rabiar.

Devon volvió a gruñir.

—Es mi última advertencia. Cállate.

—No.

—Eleonor... —Cuando tuvo que pisar el freno por tercera vez consecutiva, golpeó el volante con ambas manos e hizo sonar la bocina del coche—. ¡Joder, este tío no sabe conducir! ¡Ve más rápido, maldito imbécil! Se acabó, voy a adelantarlo.

Saltándose todas las normativas de circulación, Devon apretó el acelerador, cambió de carril —a pesar de que estaba prohibido— y se puso delante del coche rojo que llevaba atormentándolo todo el camino. Yo me volví hacia él, con el corazón latiéndome a mil por hora, pero él ni siquiera me miró, porque estaba demasiado ocupado observando al conductor del otro vehículo.

—¡Cómo no! Tía tenía que ser.

Entonces no pude evitar golpearle el brazo con fuerza.

—¡Eso ha sido muy machista!

—No digas tonterías.

—¡Machista!

—Y encima no tiene pinta de tener más de veinte años —añadió molesto, ignorándome por completo—. Genial, otra maldita adolescente con las hormonas alborotadas para arruinarme la vida. Niñatas. Son todas iguales.

—No digas palabrotas —lo reprendí— o le diré a Olivia que eres un vulgar.

—Ni me la menciones.

Enarqué las cejas. Justo cuando estaba a punto de responderle, Devon estacionó el coche en uno de los aparcamientos más alejados del instituto.

El reloj marcaba las ocho y cinco, pero no quise bajarme del vehículo aún. Tenía una conversación pendiente con el idiota de mi hermano mayor.

—Suéltalo ya —le dije.

Confundido, se recostó sobre el asiento, frunció el ceño y me miró.

—¿Que suelte qué?

—Sabes a lo que me refiero —insistí—. Vamos, dilo de una vez.

—¿Quién es?

Dirigió su mirada hacia ellos; Nash y Olivia estaban charlando a la sombra de un árbol gigantesco y, a su lado, estaba Mike. Le respondí tratando de parecer desinteresada.

—Se llama Nash.

Devon gruñó de una forma muy desagradable.

—Sabes que no me refiero a él —refunfuñó—. El otro, el rubito, dime quién es.

—Mike.

—Eso ya lo sabía. Necesito más información.

Me pareció muy raro ver que, cuando Olivia y Mike se despidieron de Nash, ella le sacó el dedo del medio. Cuando se fue, una chica delgada y bajita le saludó con un beso en la mejilla antes de empezar a hablar con él como si fuesen amigos de toda la vida.

Julie.

Retiré la mirada rápidamente y me volví hacia mi hermano. Me sentía algo incómoda después de haber visto cómo se habían saludado.

—¿Qué quieres saber? —pregunté.

—¿Están saliendo?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Crees que Olivia siente algo..., ya sabes, por él?

—Lo dudo.

Los volví a observar con detenimiento. ¿Por qué Julie le tocaba el pelo de esa forma? ¿Y por qué Nash dejaba que lo hiciera?

—Ese «lo dudo» no me da buena espina —respondió Devon, inclinándose para apoyar la barbilla sobre el volante del coche—. Espero

no tener que marcar territorio.

Ladeé la cabeza para mirarlo, sin poder aguantarme la risa.

—¿«Marcar territorio»?

—Quiero que se aleje de Olivia. Como no lo haga, lo mandaré a Madagascar para que se lo coman los koalas.

—Australia está más lejos, y los koalas no comen humanos.

—Entonces, lo meteré en una caja y lo mandaré a Australia. En ropa interior... No, mejor desnudo. Y le pondré un cartel en la frente que diga: «Soy estúpido por pensar que podía robarle la chica a Devon Taylor». Y no te atrevas a corregirme: los koalas comen lo que yo diga, joder. —Por mucho que me esforcé en prestarle atención, no fui capaz de dejar de observarlos. Julie le había hecho reír—. ¿Quieres que la incluyamos en el envío? Puedo comprar una caja grande y mandarlos a los dos, celosilla.

En cuanto me di cuenta de que llevaba más de dos minutos observándolos fijamente, me sobresalté y me giré hacia mi hermano, que enarcó las cejas, esperando una respuesta.

—¿Qué? —Solté una risita nerviosa. Qué tonta era. Tenía ganas de empezar a darme cabezazos contra el parabrisas—. Tú eres el único celoso aquí. De Mike. Quien, por cierto, apuesto a que te lleva ventaja.

—Cállate —gruñó. Acto seguido, inspeccionó a Julie con la mirada—. ¿Quién es? Aparte de tu próxima víctima, claro. Guarda las garras, gatita. Como alguien te vea mirándola de esa forma, va a pensar seriamente en llamar a la policía... No, en serio, ¿cómo se llama? Es guapa —fruncí el ceño y lo miré—. Tú más, por supuesto. No lo dudes ni por un segundo, hermanita.

—Cierra la boca —le respondí bruscamente—. No es mi próxima víctima, ni tampoco he sacado las garras. Déjalo de una vez.

Esbozó una sonrisa juguetona.

—Espero que ese tipo no sea tu novio, porque vas a tener problemas si lo es y no me has dicho nada.

—No es mi novio.

—Entonces tienes otro problema, y este es aún peor.

—¿Cuál?

Olfateó el aire a mi alrededor.

—Que por aquí, cerca de ti, huele a celos —dijo, mientras se echaba a reír. Enfadada, salí del coche y cerré la puerta de un portazo que hizo temblar todo el vehículo. Devon se apresuró a bajar la ventanilla, todavía sin borrar la sonrisa—. Puedes dar los golpes que quieras, nada hará que dejes de estar celosa. A no ser que se los des a ella, claro —agregó mientras volvía a poner en marcha el motor—. Oh, y para tu información, ese rubio estúpido no me lleva ninguna ventaja. Apuesto a que él no la ha besado. Yo sí.

Antes de que me diese tiempo a asimilar lo que acababa de decirme, Devon pisó el acelerador y salió del aparcamiento. Sentí náuseas invadiendo mi estómago en cuanto lo perdí de vista. Sus palabras me habían dejado muy asqueada. ¿Olivia había besado a mi hermano? ¿Por qué? Había monos en el mundo más guapos que él. ¿Qué diablos se le había pasado por la cabeza para cometer tal estupidez?

Y lo que era aún peor, ¿por qué no me lo había contado?

Me tapé la cara con las manos. Tenía ganas de gritar; no podía soportar lo repugnante que me parecía que mi hermano estuviese saliendo con Olivia, y tenía una sensación horrible después de ver a Nash y Julie delante de mí, conversando con tranquilidad.

Por alguna razón que desconocía, me dieron ganas de llegar allí e interrumpir su conversación. Nash era mi amigo... y todavía le guardaba un poco de rencor a Julie por lo que nos había hecho a mi asociación y a mí. No podía fiarme de ella después de que nos abandonase en un momento tan crítico. Mi comportamiento estaba totalmente justificado.

—Hola, Eleonor.

Como era de esperar, él fue el primero en saludarme. Julie intervino rápidamente y, mientras fingía escuchar lo que me decía, vi como Nash se quitaba uno de sus auriculares. Sorprendida, seguí el cable blanco y vi que todavía llevaba el del oído izquierdo puesto.

Me pregunté si estaría escuchando su canción favorita.

—... Y lo siento, Eleonor. Espero que de verdad puedas perdonarme, porque...

Entonces reaccioné y me percaté de que llevaba más de medio minuto hablando sin parar. Respiré profundamente antes de volverme hacia ella.

—Julie —la interrumpí con voz suave—, no te preocupes. Lo entiendo. Me alegro mucho de que hayas querido volver a ayudarnos.

—¿De verdad? Oh, Dios mío, gracias. Creía que me odiarías de por vida.

Negué con la cabeza.

—No te odio.

De momento.

—Genial —soltó un suspiro de alivio. Unos segundos después, sonrió—. Por cierto, es increíble que hayáis conseguido reunir tantos voluntarios. Nash y yo estábamos hablando de eso hace un momento, ¿verdad?

—Así es —respondió, orgulloso—. Hemos conseguido seis y..., bueno, yo soy uno de ellos.

Los ojos de Julie se abrieron como platos.

—¿En serio? —exclamó—. Vaya, Nash. No conocía esa faceta tuya. Que quieras ayudar es genial. —Acto seguido, se volvió hacia mí—. Supongo que eso significa que ya no es tu socio, ni el de nadie, ¿no? Qué pena, y yo que llevaba un par de días discutiendo con Olivia porque quería incluirlo en mi lista... Parece que ya no podré robártelo.

Sus palabras me sentaron como una patada en el estómago. Para intentar disimularlo, solté una risita nerviosa. Estaba bromeando, ¿verdad?

—Ya veo que no.

Nash se volvió hacia mí.

—¿A qué se refiere con que ya no seré tu socio?

Julie frunció el ceño.

—Bueno, hay una regla no escrita de UAG que dice que no se puede ser voluntario y socio a la vez. Sería una locura, ¿no crees?

Quise explicárselo, pero las palabras se me atascaron en la garganta. Por suerte, Julie me ahorró el tener que decírselo. Miró su reloj y exclamó:

—¡Madre mía, voy a llegar tarde! Tengo examen de matemáticas. Lo siento, chicos, pero tengo que irme. —Sonriente, se inclinó sobre Nash para revolverle el pelo—. ¿Te veo en el almuerzo?

Nash gruñó.

—Si vas a estropearme el peinado cada vez que me veas, creo que voy

a dejar de hablarte.

Julie se echó a reír.

—En el fondo me adoras.

En lugar de contestar, Nash se limitó a seguirla con los ojos hasta que desapareció de nuestro campo de visión. Estaba tensa, y toda la confianza que solía sentir cuando estaba con él había desaparecido.

—No sabía que erais *tan* amigos —comenté.

—No somos tan amigos.

—¿Por qué sonríes?

Contestó a mi pregunta con otra pregunta:

—¿Te cae mal?

—No.

—Pero si parecías estar a punto de matarla. Creo que ha huido para salvar su vida.

—No digas tonterías.

—¿Te molesta que seamos amigos?

Enarqué las cejas.

—¿Cómo? —articulé sorprendida—. No, claro que no.

—Entonces, ¿te da igual?

—No... A ver, no me da igual, pero...

—Entonces te molesta —dijo por sentado.

Me crucé de brazos. ¿A qué diablos estábamos jugando?

—No, es solo que... creo que le sigo guardando rencor —me apresuré a explicarle—. Ya sabes, por lo de la asociación.

—Será eso.

No pude evitar notar el deje de sarcasmo en su voz, acompañado de una sonrisa burlona.

—¿Qué?

Sacudió la cabeza.

—Olvidalo.

Poco a poco, el silencio nos invadió de nuevo. Mientras tanto, yo no podía dejar de observarlo. Ambos sabíamos que teníamos muchas cosas que decir y que éramos incapaces de hacerlo.

—Nash...

—No me dijiste nada.

Su tono de voz me sentó como una patada en el estómago. No transmitía enfado, sino decepción.

—Supuse que lo sabías.

—Aunque ya no sea tu socio, seguiremos siendo amigos, ¿verdad?

—¿Por qué me preguntas eso?

—No lo sé. —Entonces, bajó la mirada hacia mi brazo y, cuando levantó la cabeza, vi que estaba sonriendo—. La llevas puesta.

Efectivamente, la pulsera de cuero seguía ahí. El pequeño barco que colgaba de ella brillaba con los rayos de sol.

—Ni siquiera me acordaba de que la tenía.

—Qué descuidada —bromeó—. En el fondo te gusta. Admítelo.

—Me encanta.

Me miró con recelo.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—A veces siento que solo lo dices para hacerme sentir bien —me confesó—. Sé que es un regalo muy cutre. No tienes por qué mentir.

—No digas tonterías —le advertí—. Me encanta, es el mejor regalo que me han hecho nunca y estoy completamente segura de que me la verás puesta todos los días.

Dudó de mis palabras durante un momento, pero al final confió en mí. Esbozó una media sonrisa que le formó arrugas en la frente.

—Gracias, Eleonor.

Me mordí el labio inferior.

—No, gracias a ti.

Me abalancé sobre él y rodeé su cintura con los brazos. Nash tardó unos segundos en reaccionar; sentí toda la tensión que acumulaba en su cuerpo hasta que por fin me devolvió el abrazo. Reconfortada, apoyé la cabeza en su pecho y solté un suspiro. Sentía su respiración en mi nuca y escuchaba su corazón bombeando. Sus latidos eran tan rápidos y desenfrenados como los míos.

—¿A qué viene esto? —preguntó en voz queda.

«Últimamente lo único que quiero hacer es pasar tiempo contigo. Solo

quiero estar cerca de ti».

—El día de tu cumpleaños —respondí—, haré un maldito diploma y te lo entregaré en una carta. Todavía no he pensado el título, pero ten por seguro que será increíble. Y, cuando termines de leerlo, yo estaré ahí para que me abracés. Te lo digo de verdad.

Sentí como le invadían los nervios. Se revolvió entre mis brazos y se le agitó la respiración.

—Veo..., veo que encontraste el diploma.

Asentí con la cabeza; aunque no podía verme, sabía que iba a sentir mi movimiento.

—Eres genial.

—No... No soy genial.

—Absolutamente genial —insistí.

—Para.

Me aparté un poco de él, lo justo para ver como trataba de mantener la mirada fija en cualquier otro sitio que no fueran mis ojos. Tenía las mejillas sonrojadas.

No pude evitar sonreír.

—¿A Nash Anderson no le gusta que le digan la verdad?

—Por favor, para.

Fui separándome con lentitud. Los brazos empezaron a temblarme en el momento en que dejaron de tocar su piel, y me pasé los dedos por encima mientras Nash se tapaba la cara con las manos. Inmediatamente, me entraron ganas de abrazarlo otra vez.

—Está bien —me rendí—. No más cumplidos por hoy.

Suspiró, como si estuviese agradeciéndole al cielo mi compasión.

—Menos mal. —Estuvo en silencio unos segundos y luego añadió—: Ahora que no soy tu socio, ¿la sesión de esta Larde queda oficialmente suspendida?

Negué con la cabeza.

—No.

—¿No?

—No.

Todo el aire contenido escapó de sus pulmones, aliviado.



—Genial. Quiero decir... No me vendrá mal. Me gustaría salir de casa y... A ver, yo salgo normalmente de casa, pero... Bueno, es que no tenía planes y... No, en realidad sí que tenía planes. Eso es. Tenía planes y es... genial no tener que cambiarlos. Por eso digo que es genial y... es genial.  
—Ladeó un poco la cabeza. Tenía los labios apretados—. ¿Eso significa que esta será nuestra última sesión?

No me lo pensé dos veces antes de responder.

—Y la mejor de todas.

Lo prometido era deuda.

## 20. La locura es bonita

—No quiero ser aguafiestas, ni poco profundo, ni nada de eso, pero...  
Mmm, ¿qué estamos mirando?

El suave cantar de los pájaros que sonaba en el parque pasó a un segundo plano cuando le escuché hablar. Le miré de reojo; Nash estaba a mi lado, con la cabeza inclinada hacia atrás y la vista perdida en un cielo azul que parecía aburrirle. Llevábamos más de cinco minutos en silencio y ninguno de los dos se había atrevido a romperlo hasta ahora.

—¿Eleonor?

—Cierra los ojos —le dije—. Cierra los ojos y escucha.

Lo hizo. Se oían risas de niños, el sonido del viento removiendo las hojas de los árboles y nuestras respiraciones iban al compás. Ahora que no podía verme, observé su rostro con detenimiento. Tenía muchas más pecas en el lado izquierdo de la cara que en el derecho, y no dejaba de pasarse la lengua por los labios para humedecérselos.

—Escucho... —dijo de repente, tras abrir los ojos, con el ceño fruncido—. Uh, nada importante.

Me reí.

—Ignorante.

—Loca.

—La locura es bonita.

—Tú también.

Dejé de observar el cielo y fijé mis ojos en los suyos. Sentí un cúmulo de emociones dentro de mí cuando me percaté de que Nash tenía las mejillas sonrojadas. Empecé a sentir un cosquilleo en el estómago. ¿A qué

diablos había venido eso?

Entonces, soltó una risita que acabó con la tensión que estaba sintiendo en ese momento.

—Preciosa —canturreó con burla—. Sobre todo con esas ramitas en el pelo. ¿Qué? ¿Acaso has estado viviendo en un arbusto?

—Muy gracioso —me quejé antes de llevarme las manos a la cabeza para deshacerme de lo que fuera que le hacía reír.

En cuanto terminé, empujé suavemente a Nash con el hombro para hacerle caminar. Tardamos más de medio minuto en llegar a la zona de pícnic que había junto a la gran explanada. Como era de esperar, estaba vacía. Eran las cinco menos veinte de la tarde, demasiado temprano para tres cuartas partes de la población mundial, de modo que teníamos todo el parque para nosotros, a excepción de los columpios, donde jugaban un par de niños.

Reacia a perder más tiempo, me acerqué a una de las mesas, me senté y le hice una señal a Nash para que se sentara a mi lado.

—Bienvenido a nuestra última sesión —comencé—: la sesión de la confianza.

Observó con el ceño fruncido como me descolgaba la mochila y me la ponía sobre los muslos. Lo puse todo patas arriba hasta que encontré un pañuelo de color negro que quería usar como venda para los ojos.

—¿Estás listo para empezar? —le pregunté, tendiéndole la tela.

Nash se levantó de un salto y empezó a retroceder de inmediato.

—No. —Negó con la cabeza por lo menos cinco veces seguidas—. No, de ninguna manera. No pienso taparme los ojos con eso.

Enarqué las cejas.

—¿Acaso no te fías de mí?

Parecía tenso.

—No juegues con mis sentimientos de esa manera —me reprochó—. Sabes de sobra que me fío de ti.

—Entonces, cierra la boca y pónstela.

Le tendí la venda pensando que la cogería, pero volvió a rechazarla.

—Que no.

—¿Por qué?

—Voy a hacer el ridículo.

—No seas tonto —miré a mi alrededor para asegurarme de que lo que estaba a punto de decir era cierto—. No hay nadie en todo el parque. Estamos solos.

—Haré el ridículo delante de ti.

—¿Acaso importa?

—Mucho.

Le sonreí de forma burlona.

—Bueno, tampoco es que vaya a ser la primera vez.

Nash volvió a resoplar. Sin embargo, no se apartó en el momento en que me acerqué a él y le ofrecí el pañuelo por cuarta vez. Lo cogió con las manos temblorosas y, de mala gana, se lo puso sobre los ojos y lo ató en la parte trasera de su cabeza. Esperé pacientemente a que terminase de hacerlo.

—Te odio —refunfuñó.

Puse los ojos en blanco.

—Empecemos de una vez.

Entrelacé mi mano con la suya y tiré de ella para llevarlo a la explanada. Nash no dijo nada; el hecho de estar a ciegas —y de que yo fuese la única de los dos que podía andar más de tres metros sin comerse el suelo— hizo que se aferrara a mí hasta que llegamos.

De repente, me preguntó:

—¿Cómo...? —La frase murió en su garganta. Tosió adrede para aclararse la voz y continuó—: ¿Cómo sé que no vas a dejarme solo?

—No dejarás de escuchar mi voz.

Negó con la cabeza.

—No me estaba refiriendo a hoy.

Fruncí el ceño. No entendía a dónde quería llegar.

—¿Cómo dices?

—Estoy hablando de mañana —aclaró—, de la semana que viene, del resto de año... Ahora que no estás obligada a pasar tiempo conmigo, ¿cómo sé que seguiremos siendo amigos?

Suspiré antes de apartar mi mano de la suya y dar un paso atrás. Se sentía solo y, todavía a ciegas, Nash se cruzó de brazos.

—Ya hemos hablado de esto antes —le dije.

—Pero sigues sin contestar a mi pregunta: ¿seguiremos siendo amigos después de esto?

Volví a exhalar profundamente.

—Sí, claro que sí.

—¿Me lo prometes? —añadió.

Le observé antes de responder. Él también tenía ramitas en el pelo que habían caído de los árboles del parque, frondosos a pesar de que ya había pasado el otoño.

—Te lo prometo.

Frunció el ceño, hinchó una mejilla y asintió con la cabeza.

—Vale. —Volvió a quedarse en silencio. Acto seguido, mientras se rascaba el cuello con una mano, añadió—: Esto... Creo que deberíamos empezar ya. Esta cosa es bastante incómoda.

—Está bien. —Esbocé una sonrisa y di unos cuantos pasos hacia atrás. En cuanto notó que me había alejado, empezó a mover la cabeza en todas las direcciones—. Encuéntrame, Nash.

Su rostro mostró incredulidad.

—¿Estás loca? Voy a caerme...

—Bueno, se supone que yo estoy aquí para evitar eso.

—... Y ni siquiera sé en qué zona del parque estamos —prosiguió, ignorando completamente lo que acababa de decirle—. ¿Primero me tratas como a un perro y ahora planeas que me dé de bruces contra el suelo? ¿Quién quiere enemigos teniéndote a ti cerca, Eleonor?

—No seas exagerado.

Suspiró con cansancio.

—Dime por lo menos dónde estoy.

—En el parque, rodeado de árboles. Hay muchas farolas, mesas y piedras gigantes con las que puedes chocarte... —Vi que estaba horrorizado y me eché a reír—. ¡Es broma! Vamos, deja de perder el tiempo y ven de una vez. Solo tienes que confiar en mí.

Lo escuché refunfuñar algo parecido a «eres insoportable» por lo bajo, pero acabó haciéndome caso. Me tapé la boca para ahogar una carcajada cuando dio el primer paso con los brazos levantados, perpendiculares a su

tronco, y la frente llena de arrugas. Entonces empezó a avanzar hacia mí poco a poco.

En realidad, no estábamos muy lejos. De hecho, podría haber llegado hasta donde me encontraba en poco tiempo si yo no me hubiese recreado tanto riéndome de él y dándole falsas indicaciones que le dificultaban el camino; de vez en cuando le gritaba que girase a la derecha para no chocarse, y él lo hacía. Después lo mismo, pero a la izquierda. E incluso le pedí en una ocasión que diese un pequeño saltito, y la escena me pareció tan divertida que tuve que esforzarme por no reír.

Como era de esperar, Nash no tardó mucho en darse cuenta de lo que estaba pasando. En cuanto sintió que me estaba riendo, se paró a mitad de camino y se cruzó de brazos. Se indignó y no quiso pronunciar palabra hasta que, con pasos vacilantes —y algo temerosos, porque no quería que se enfadase conmigo— me acerqué hasta que los metros que nos separaban se redujeron a uno.

—¿Qué pasa? —inquirí, incapaz de disimular.

Resopló con desgana. No quiso contestar directamente a mi pregunta.

—Dime que no lo has grabado, por favor.

—¡Claro que sí! —bromeé—. Para la posteridad, Ashu. Aunque déjame decirte... —Hice una pequeña pausa, como si estuviese revisando el supuesto vídeo—... que deberías haberte peinado un poco. Has salido horroroso.

Se echó a reír.

—¿Tanto como tú o más?

—¡Oye!

Indignada, di un paso hacia él y lo golpeé en el pecho. Nash rio aún más fuerte y, cuando quise darle otra vez, sus manos atraparon las mías, tiró de mí para impedirlo y me acercó a él.

Contuve el aire. Tenía los antebrazos pegados a su pecho y la boca entreabierta por la sorpresa. Entonces volví a notar ese cosquilleo que sentía cada vez que estábamos juntos, aunque esta vez parecía más fuerte que nunca; el estómago se me revolvió y mi corazón empezó a bombear muy rápido.

Con los nervios a flor de piel, alcé la vista para mirarlo. Nash ya no se

reía. Estaba completamente serio. Podía sentir la tensión de su cuerpo junto al mío y la fuerza con la que sus manos cogían mi cintura. No tenía ni idea de cómo habían llegado ahí. Solo era capaz de fijarme en sus labios que, ahora que no pasaban desapercibidos por la intensidad de sus ojos azules, habían conseguido captar toda mi atención.

Después, todo fluyó.

Me eché hacia delante y de inmediato noté la calidez de sus labios. Sentí que mi corazón bombeaba cada vez más rápido, como si fuera a salirse del pecho, y el cosquilleo de mi estómago no dejaba de intensificarse.

Le estaba besando.

Sentir sus labios me erizaba la piel. Nunca había experimentado algo tan maravilloso. Sentía chispas cargadas de energía por todo el cuerpo. Enredé los dedos en su camiseta para acercarlo más a mí, cerré los ojos y dejé que todos mis sentidos se desconectarán.

Esperaba alguna reacción, pero esta nunca llegó.

En lugar de corresponderme, Nash se quedó quieto. Seguía sujetándome de la cintura, pero ya no ejercía tanta fuerza como antes, y parecía estar completamente paralizado.

Me di cuenta de lo que ocurría y me separé de él. Empecé a sentir como me faltaba el aire. Inspeccioné lentamente su rostro con la mirada; tenía los labios entreabiertos y los ojos todavía tapados con la venda, cosa que agradecí. No era lo suficientemente valiente como para volver a mirarle a la cara después de esto.

—Eleonor, yo... —balbuceó—. Oh, Dios mío, dame un momento. Creo que se me ha olvidado cómo respirar.

Mis labios se torcieron en una sonrisa, pero, cuando vi que daba un paso atrás para alejarse de mí, sentí miedo y apreté los labios con fuerza.

—¿Qué...? ¿Qué acabas de hacer?

Me esforcé por no entrar en pánico.

—Besarte.

Incluso a mí me causó un pequeño escalofrío escuchar esa palabra. Nash se tapó la cara con las manos y resopló. Me sentía cada vez peor. Apenas era capaz de creerme lo que acababa de pasar.

Había besado a Nash, al mismo chico con el que había tenido un desafortunado encuentro a principios de curso en los baños del instituto y que no se había separado de mí desde entonces. Aquel que me había tomado por loca —y que había pensado que era rara— nada más conocernos. Ese chico que no había dejado de apoyarme en ningún momento, que me había ofrecido ayuda cada vez que la había necesitado.

Y no había reaccionado. No me había correspondido.

Volví a sentir muchos nervios e, incapaz de contenerme, le pregunté:

—¿Vas a rechazarme?

El simple hecho de decirlo en voz alta provocó que se me aguasen los ojos. Me mordí con fuerza el labio inferior mientras me secaba las lágrimas con la manga de la camisa. No iba a permitirme llorar. No ahora.

Nash frunció el ceño y negó repetidamente con la cabeza.

—¿Qué? No, no voy a rechazarte. Yo solo... estoy un poco aturdido. Ni siquiera sé si lo he asimilado del todo —volvió a suspirar—. Mira, sé que estás esperando una respuesta, pero no puedo. No tengo ni la más remota idea de si estoy haciendo lo correcto o de cómo manejar la situación, pero... Por favor, no te vayas. Necesito..., necesito mirarte a los ojos. Quiero quitarme esta cosa. Ayúdame, por favor.

Estaba pidiéndome que volviese a acercarme a él, que acortase la distancia entre nosotros tanto como hacía unos minutos, pero yo no me moví.

Soltó un suspiro y se inclinó para intentar deshacer el nudo. Con el corazón en la garganta, le observé mientras se peleaba consigo mismo hasta que, finalmente, se sacó la venda por la cabeza.

Se me heló la sangre en el momento en que alzó la vista y me miró. Aunque intenté que no se notara que había llorado, él se dio cuenta igualmente; mis ojos me delataban.

—Eh... —susurró—. Eleanor, no llores, yo...

Di un paso atrás cuando intentó acercarse. Nash pilló la indirecta y permaneció en su sitio. Sus increíbles ojos azules no dejaban de observarme.

—Ve al grano, por favor —le imploré—. Sea lo que sea lo que vayas a decir, hazlo ya. Terminemos con esto de una vez.



Debí de sonar muy borde, porque se tensó mucho. Sin embargo, siguió con la conversación. Tomó una profunda bocanada de aire y me dijo:

—Creo que estás muy confundida —enarqué las cejas. Eso sí que no me lo esperaba—. Es decir, tú... Bueno, ya lo sabes, me gustas. Y si no lo sabes, te lo digo ahora: me gustas mucho, me gustas prácticamente desde el día que te conocí. Además, eres genial, pero... Es que de verdad eres genial, e increíble, y el beso ha sido tan... guau que me encantaría volver a repetirlo cientos de veces, pero no puedes venirme con esto ahora. No puedes. Sé que soy muy obvio, Olivia me lo dijo. He hecho demasiadas cosas por ti y eso ha podido confundirte, lo sé. Supongo que necesitas tiempo para pensar y...

—¿Qué?

Levantó la mirada y sus ojos se clavaron en los míos. A pesar de que, lejos de tratar de intimidarme, Nash estaba intentando darme apoyo, me crucé de brazos para sentirme más protegida.

—No te gusto, Eleonor —finalizó—. Solo estás confundida y lo entiendo. Ahora que Jayden...

—No metas a Jayden en esto —respondí, tratando de sonar mucho más fuerte y segura de lo que en realidad era—. Él no tiene nada que ver.

—¿Cuánto tiempo llevabas detrás de él? ¿Dos, tres años? No puedes decir que ya lo has superado y venir a por mí ahora. Siento que me estás usando para olvidarle, ¿entiendes? Y no sé si voy a poder soportarlo. Esto ya me ha pasado tantas veces... y en todas ha sido horrible. No quiero volver a repetir la experiencia.

Sus palabras me sentaron como un tiro. No podía hablar en serio. Seguramente me habría dolido menos que me dijese que prefería que solo fuésemos amigos.

—Tienes que estar bromeando —no podía creerme lo que oía—. Yo no soy como ella, Nash.

Cerró los ojos para evitar mirarme.

—No, pero eso no quita que estés confusa y necesites tiempo para pensar. —Respiró profundamente—. Por eso creo que deberíamos distanciarnos durante unos días, ¿vale? Quiero que te des cuenta de que, en realidad, no sientes nada por mí. Tienes que aclarar tus ideas, pensar en

ello y...

—Ya he pensado en ello —le interrumpí porque, ¿cómo iba a contenerme?—. Me gustas y tengo las ideas claras. Me gustas.

Volvió a negar con la cabeza.

—Tienes demasiadas cosas en las que pensar.

—Y tú una autoestima de mierda.

—Eleonor, escucha...

—Escúchame tú a mí. Tienes problemas, Nash. Estás haciendo las cosas mal. No puedes empezar diciéndome que te gusto y venirme con esto ahora. Es... —Cerré los ojos y, con mucho coraje, proseguí—: Es la forma más cruel que existe de rechazar a alguien.

Apretó los labios.

—No estoy rechazándote.

—No, estás rechazándote a ti mismo. Lo haces desde el día en que te conocí. Pero supongo que me lo tendría que haber imaginado, ¿verdad? Tendría que haber sabido que esto iba a pasar. ¿Cómo diablos vas a creer que le gustas a alguien si ni siquiera te gustas tú?

Supe por la forma en que me miraba que había dado en el clavo. Abrió la boca para hablar, pero no dijo nada. Aparté la mirada. Ya había tenido suficiente.

—Me voy de aquí —le dije y, aunque me habría gustado que intentase detenerme, sabía que no lo iba a hacer.

Luego, me di la vuelta y me encaminé hacia la salida del parque. Efectivamente, Nash no me siguió.

*Tres.*

## 21. Once y once

—Grace a las dos en punto. No mires.

Algo aturdida, levanté la vista de mi cuaderno y observé a Olivia. Hoy llevaba el pelo recogido en una coleta alta, con una cinta negra y los labios pintados de rojo. Además, las gafas de pasta que se ponía de vez en cuando se le habían resbalado hasta la punta de la nariz.

Las empujó con su dedo índice y se aclaró la garganta.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí.

—¿Seguro? —me preguntó Scott cuando se sentó junto a mí en la mesa. Tenía mi tazón de sopa justo enfrente, y probablemente planeaba comérselo—. Sabes que puedes contar con nosotros para lo que sea. Si te sientes amenazada...

—No me siento amenazada. Estoy bien, de verdad.

Inconscientemente, desvié la mirada hacia Nash, que llevaba más de quince minutos almorzando junto a nosotros sin pronunciar palabra alguna.

Al advertir que lo estaba observando, bajó la mirada hacia su plato y apretó los labios hasta que se volvieron blancos. Aquello era muy incómodo. Llevábamos una semana ignorándonos el uno al otro; siete malditos días en los que nuestra relación se había basado en un «hola y adiós», que eran las únicas palabras que nos habíamos atrevido a intercambiar desde lo que había ocurrido el anterior fin de semana.

Solté un suspiro. Esa situación estaba acabando conmigo.

Reacia a perder la poca dignidad que me quedaba, aparté la vista y

comencé a jugar con la pequeña galleta de avena que tenía en las manos. Mi diario estaba abierto frente a mí, justo por la página en la que en una ocasión había escrito su nombre más de mil veces, con una bonita caligrafía que variaba según el tamaño de cada letra. Sentí tanta impotencia que lo cerré de golpe.

—De hecho, estoy mejor que nunca —agregué, aunque mentir de esa forma me quemaba por dentro. Tenía la esperanza de que, si me lo repetía a menudo, acabaría sirviendo de algo.

Olivia me miró con desconfianza, hizo un gesto para restarle importancia al asunto y se inclinó sobre la mesa.

—Hablemos de otra cosa —propuso—. ¿Os habéis enterado de la fiesta de esta noche? Al parecer, es el cumpleaños de un tal Noah y sus amigos han invitado a todo el instituto. Es en una nave a las afueras de la ciudad. Podríamos ir.

—No sé quién es —comenté despreocupadamente mientras me llevaba un trozo de galleta a la boca. De nuevo, tuve que hacer esfuerzos por no mirar a Nash.

—Yo tampoco, pero me da igual. ¡Va a ser un fiestón! —exclamó Olivia. Acto seguido, se volvió hacia mí—. Es la ocasión perfecta para celebrar tu cumpleaños como es debido. Ya tienes dieciocho años, ¿eres consciente de lo que significa eso? ¡Tienes libertad total para hacer lo que quieras! Vas a venir, ¿verdad?

Cogí el tenedor y la apunté con él.

—Ya sabes la respuesta a eso.

—«Tengo que estudiar». —Puso los ojos en blanco—. No me jodas. ¿Qué clase de adolescente amargada se queda en casa estudiando un viernes por la noche?

—Una que tiene pensado sacarse una buena carrera, trabajar y no vivir debajo de un puente durante el resto de su vida.

—¡Tonterías! Bueno, por lo menos sé que cuento contigo, Scott. —Como él no discrepó, Olivia se giró hacia Nash y le tiró de la oreja para llamar su atención—. ¿Te apuntas, Ashu?

Me tapé la boca para esconder la sonrisa que me había provocado escuchar cómo lo había llamado y cerré los ojos con mucha fuerza.

Cuando los abrí, él me estaba mirando. Seguramente, se dio cuenta de que eso me había divertido, porque sus labios imitaron a los míos y se me aceleró el corazón.

Pero no duró mucho. Tan rápido como pude, me puse seria y aparté la vista. Nash hizo lo mismo, se volvió hacia Olivia y sacudió la cabeza.

—No me gustan las fiestas —contestó.

Olivia arrugó la nariz.

—*Ni mi guistin lis fiistis.*

Entonces sonó la campana que indicaba que se retomaban las clases. Todos mis amigos parecieron reaccionar al mismo tiempo que yo; Olivia cogió una servilleta para quitarse el pintalabios, Scott se echó la mochila al hombro y Nash recogió sus cosas a toda prisa y salió de la cafetería antes que todos los demás.

Después de otras tres horas encerrada en el instituto y un viaje en coche bastante aburrido, llegué a casa. Subí a mi habitación, me descalcé y me tiré en la cama con los brazos estirados. Exhalé profundamente y continué respirando de forma lenta y tranquila hasta que me relajé por completo y, poco a poco, mis ojos comenzaron a cerrarse.

Parecía que tan solo habían pasado unos minutos cuando me desperté, con las sábanas enredadas en las piernas y varios mechones de pelo cayéndome sobre los ojos. Entonces me incliné para mirar el reloj digital que había sobre la mesilla de noche y vi que ya eran las once y siete de la noche.

Vaya mierda.

Volví a estirarme en el colchón, soltando un suspiro. No podía creérmelo; no había estudiado nada. Había renunciado a salir con Scott y Olivia para hacerlo y, al final, había acabado desperdiciando toda la tarde. ¿Acaso podía ser más tonta?

Me entraron ganas de empezar a darme cabezazos contra la pared. Era un auténtico desastre. Ni siquiera me había cambiado de ropa; seguía con el mismo vestido con el que había ido al instituto, que ahora estaba mucho más arrugado que antes. Y debía de tener un aspecto horrible.

Decidida a aprovechar hasta el último segundo que me quedase, me levanté de la cama y cogí el cepillo que había sobre el escritorio. Me

dediqué a dar vueltas por la habitación mientras intentaba hacerme una coleta decente que me facilitase las cosas a la hora de estudiar. Porque eso era exactamente lo que iba a hacer, por muy tarde que fuese: estudiar.

Pero, de repente, sonó mi móvil.

Sobresaltada, dejé caer el cepillo y crucé el dormitorio de una zancada. Tenía que cambiar ese tono de llamada tan estridente.

—Once y once. Se ha cumplido mi deseo. Pedí que no me colgaras.

Me faltó poco para soltar el teléfono cuando reconocí la voz de la persona que estaba al otro lado de la línea.

—¿Nash? —inquirí, frunciendo el ceño—. ¿Qué diablos estás haciendo?

—Hoy hay luna nueva —comentó, ignorando el desdén en mi voz—. Mira por la ventana.

Había una pequeña vocecita en mi cabeza que no dejaba de repetirme que seguir hablando con él era una mala idea, que lo más inteligente sería colgar e ignorarle. Sin embargo, no fui capaz. Cuando el frío de enero me golpeó en la cara, me crucé de brazos para conservar el calor y apoyé la cadera contra el alféizar.

—No necesito mirar por la ventana para saber que hoy hay luna nueva.

—Quería que vieses las estrellas —aclaró—. Era un chiste, porque si miras más abajo vas a verme a mí y yo soy tan brillante como una.

Sentí como se me aceleraba el corazón. Con los nervios a flor de piel, examiné rápidamente el jardín delantero de la casa, pero estaba vacío.

—Eso no tiene sentido. —En cierto modo, pronunciar esas palabras me resultó satisfactorio—. Aquí no hay nadie.

—Eso es porque la valla que rodea tu casa es muy alta y yo soy una lenteja con piernas, pero te prometo que estoy aquí.

Sin poder evitarlo, esboqué una sonrisa y me apoyé en la pared. Algo me decía que Nash estaba hablando en serio, pero no me fiaba. Si terminaba siendo una broma, iba a llevarme una gran desilusión.

—Demuéstramelo.

Él no se hizo de rogar. De pronto, el sonido de su voz fue sustituido por el estruendoso ruido que hacían las ramas y hojas secas al crujir bajo sus pies.

—¿Qué haces?

—Intento conservar mi dignidad. Dame un momento para mentalizarme de lo que estoy a punto de hacer y cierra los ojos.

Fruncí el ceño, todavía sin dejar de sonreír. Nash estaba como una cabra.

—¿Por qué quieres que cierre los ojos?

—Porque, si me caigo, será menos vergonzoso que tú no lo hayas visto —contestó—. Ahora hazme el favor y ciérralos ya.

Lo hice. Entonces se quedó en silencio y, de pronto, escuché un suspiro, golpes y palabrotas. Luego, todas esas palabras se convirtieron en un grito de alegría. Temiéndome que fuese a hacer una locura, abrí un ojo y miré el jardín por segunda vez.

No sé qué corazón bombeó más rápido; si el suyo, que debía de estar completamente desbocado por lo que acababa de hacer, o el mío, cuyos latidos se habían intensificado nada más verlo.

Nash estaba parado en mitad de mi jardín, con el teléfono en una mano y los ojos brillándole por la luz de la lámpara de mi habitación.

Oh. Dios. Mío.

—Baja. —Me quedé medio atontada—. Ven conmigo. Quiero llevarte a un sitio. Está cerca de aquí.

Me mordí el interior de la mejilla y lo miré. A diferencia de mí, él sí que se había cambiado de ropa. Ahora llevaba unos pantalones vaqueros sencillos, una camiseta blanca en la que destacaba el logo de un grupo de *rock* que yo no conocía pero cuyas canciones seguramente entraban dentro del repertorio de «buena música» de mis hermanos y un abrigo negro.

Mis hermanos. Suspiré al imaginarme cómo habrían reaccionado si estuvieran aquí. Lo más probable era que Dylan me pusiese rejas en la puerta para evitar que saliese de casa a esas horas y que Devon robase la llave y me ayudase a ingeniar un plan para escapar.

Al fin y al cabo, él siempre había sido el más inmaduro de los tres. Y, por tanto, el menos consecuente.

—No debería.

—Por favor. Te prometo que estarás de vuelta antes de que nadie note que te has ido.

Miré la puerta de mi cuarto por encima del hombro. No había escuchado ni un solo ruido desde que me había despertado.

—Creo que mi madre no está en casa.

—¿Entonces? Venga, deja de hacerte de rogar y baja de una vez.

Apreté los labios.

—Pero mis hermanos...

—Ellos me pidieron que viniera. —Su confesión me sorprendió—. Me los encontré en la fiesta, les pregunté por ti y uno de ellos (creo que fue Devon) me dijo que tirase piedras a tu ventana para despertarte. Según él, te encanta leer, y eso es muy de libro, pero he decidido no hacerlo porque soy muy torpe y probablemente iba a destrozar a toda la casa antes de averiguar cuál es tu habitación.

Intenté mantenerme neutra. Era adorable.

—¿Fuiste a la fiesta?

—Solo para saber si estabas allí. —Acto seguido, bajó la voz y susurró—: ¿Te espero abajo en tres minutos?

—Nash...

—Tres minutos —repitió antes de cortar la llamada.

Después, se metió el móvil en el bolsillo trasero del pantalón. Cuando alzó la vista y se dio cuenta de que lo estaba mirando, sonrió. Aunque estaba nerviosa y atacada, me di la vuelta y me apresuré a correr la cortina.

Necesitaba un momento para pensar.

El problema era que no tenía tiempo para hacerlo. No sabía de qué iba todo eso, qué tenía planeado Nash o por qué se encontraba ahí, pero estaba segura de que iba a arrepentirme si rechazaba su plan; de modo que me apresuré a recoger el cepillo del pelo para arreglarme la coleta y me acerqué rápidamente al armario.

Aunque era consciente de que eso de «te espero en tres minutos» no iba del todo en serio, paseé la mirada por encima de la ropa a toda velocidad. Una parte de mí se moría de ganas por bajar al jardín y marcharme con él donde quisiera llevarme.

Pasados unos segundos, opté por vestirme muy sencilla. Me puse unos vaqueros ajustados con un jersey de color rojo, fui a lavarme los dientes y



corrí escaleras abajo. Llevaba el móvil en una mano y el abrigo en la otra. Antes de salir de casa, me pasé por la cocina para ver si mamá y Lizzie habían dejado una nota en el frigorífico, porque no las encontraba por ningún lado.

Efectivamente, así era. Colgando de un imán en forma de gnomo que Devon había comprado en un bazar hacía semanas, había un pequeño trozo de papel.

Habían salido a cenar.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que el universo estaba conspirando a mi favor. De modo que no me lo pensé dos veces antes de echar a correr hasta el pasillo y abrir la puerta de un tirón.

*Dos.*

## 22. Una estrella fuga

El frío me golpeó en cuanto puse un pie en el umbral. Cerré la casa con llave y me puse el abrigo mientras bajaba las escaleras del porche. Nash seguía esperándome abajo, en el mismo sitio que antes. Tenía las manos en los bolsillos y, al verme, volvió a sonreír.

De repente, una corriente de aire helado hizo silbar los árboles y me caló los huesos.

—Voy a matarte —refunfuñé mientras me acercaba a él—. ¿No podrías haber esperado a que hiciese un poco más de calor para hacer esto?

Enarcó las cejas con diversión.

—Es viernes por la noche, hay luna nueva y ni una sola nube en el cielo. He venido a sacarte de casa. Deberías estar agradeciéndomelo.

Puse los ojos en blanco.

—Cállate.

—Vámonos, anda.

Abrió la puerta de la verja y me dejó pasar primero. Desvié la mirada y me encogí de frío antes de cruzar a regañadientes. Nash hizo lo mismo y, tras dejarla bien cerrada, se puso a mi lado.

Nos quedamos en silencio. Nash iba varios pasos por delante de mí, con las manos en los bolsillos y la mirada perdida. Seguramente estaba dándole vueltas a algo, porque no pronunció ni una sola palabra durante todo el trayecto. Y yo tampoco.

Cuando llegamos a una pequeña plaza que había cerca de mi casa, junto al parque donde solía reunirme con mis socios de UAG, me di cuenta de que prácticamente tenía un pie en la carretera —lo que era bastante

peligroso, a pesar de que apenas hubiese tráfico en esa zona—, de modo que me moví hacia la derecha para adentrarme más en la acera hasta que la distancia entre la mano de Nash y la mía fue casi nula.

Tragué saliva en el momento en que nuestros dedos se tocaron. Él debió de notarlo, porque levantó la vista con rapidez y me miró a los ojos. Después de haber estado tanto tiempo sin escucharle, su voz me resultó extraña.

—¿Puedo?

Con el corazón en la garganta, asentí con la cabeza, y Nash me dedicó una media sonrisa antes de hacerlo. Entonces, sus dedos rozaron los míos lentamente hasta que nuestras manos se entrelazaron.

Cogí aire. Iba a darme un patatús.

—Lo siento —murmuró al cabo de un rato. Me volví hacia él con el ceño fruncido y añadió—: Lo que pasó el otro día... Dios, me comporté como un auténtico idiota. No debería haber reaccionado así. Tenías razón en todo. La culpa es mía y...

—No importa, Nash. No te preocupes por eso —le interrumpí—. De todas formas, yo tampoco hice bien las cosas.

Negó con la cabeza.

—¿Qué? No, no digas eso. Siempre que intento disculparme dices eso. Para de una vez y escucha lo que tengo que decirte.

—Pero es cierto. —Entonces soltó un gruñido—. Llevo casi una semana sin hablarte.

—Seguro que estabas ocupada.

—Han sido siete días, Nash.

—Tendrías muchas cosas que hacer. Además, yo también podría haberte hablado y no lo hice. Estaba esperando a que lo hicieras tú.

Su comentario me sentó como una patada en el estómago.

—Pensé en hacerlo.

—Pero no lo hiciste.

—Ya, pero fue por...

—Por orgullo —me cortó—. Lo sé.

—¿Qué? —Enarqué las cejas. No podía creer lo que me estaba diciendo—. ¿Orgullo? ¿De qué diablos estás hablando? Tú me dijiste que

querías distancia, y distancia te he dado. Eso no es orgullo.

—Eleonor, estoy intentando disculparme. Te he dicho que no quería...

—De repente, se calló. Sus ojos azules miraron por encima de mi hombro y volvió a suspirar—. Olvídalo, es aquí.

Al seguir su mirada, vi una gran puerta metálica pintada de azul que estaba a tan solo unos metros de nosotros. Debía de ser la entrada a una enorme nave industrial, como aquella en la que se había celebrado la fiesta a la que Scott y Olivia habían asistido esa noche. La única diferencia era que, mientras que la otra seguro que estaba abarrotada de gente y ruido, la que tenía frente a mí se encontraba en completo silencio.

Estaba vacía, al igual que el resto de la calle. Cada uno de los edificios de cemento que nos rodeaban estaban completamente desérticos. Nash y yo éramos los únicos en aquel lugar, bastante alejado del centro de la ciudad.

De pronto, todas las ganas que tenía de pasar tiempo con él se desvanecieron. Me sentí muy incómoda, así que solté su mano y dejé caer mi brazo.

—Creo..., creo que debería irme.

—No. —Me miró rápidamente. Pude distinguir la necesidad en su voz cuando volvió a hablar—. Por favor, no te vayas.

—Nash...

—¿Te acuerdas de cuando me dijiste que habías escrito en tu diario acerca de mí? Bueno, pues yo también lo he hecho. Pero no en mi diario, porque por supuesto que no tengo diario... Pero lo he hecho. En mis cuentos. Todo el rato. No puedo dejar de escribir sobre ti.

Abrí la boca para responder, pero no tenía nada que decir. Su declaración me había dejado asombrada.

Como me quedé en silencio, Nash continuó.

—¿Y recuerdas el día en que Grace te dijo todo lo que había hecho? Es decir, estoy seguro de que te acuerdas, pero estoy hablando de antes de eso. De cuando me defendí... Bueno, más o menos, porque terminaron ganándome, pero eso no importa. El caso es que sabía que estabas allí, por eso lo hice. Sabía que estabas al otro lado de la pared, escuchando toda la conversación, y fue como si me dieras fuerza, Eleonor.

Parpadeé atónita. ¿A qué diablos venía todo eso? Si lo que Nash estaba intentando era que me quedara, no hacía falta que siguiera. Ya lo había conseguido.

—Nash, yo...

—¿Acaso no lo entiendes? —me interrumpió, acercándose—. Me hiciste fuerte, Eleanor. Me diste la valentía que me faltaba. Hay algo en ti, en tu forma de ser, que hace que cuando estoy contigo me sienta invencible. Y no quiero perderlo ahora. Estoy trabajando en todo lo que me dijiste. Sé que soy un idiota pero, por favor, no te vayas.

Dio un paso hacia adelante. Hasta que las puntas de nuestros zapatos chocaron entre sí.

—Por favor —me imploró.

Me quedé sin respiración. Nash fijó sus ojos en los míos, y entonces supe que no era necesario que respondiese. Estiró una de sus manos, pidiéndome en silencio que la aceptase, y yo lo hice.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro. Después de eso, ya no hicieron falta palabras.

\* \* \*

—¿Dónde se supone que...?

De repente, su mano tiró con fuerza de mi brazo. Caí sobre un sofá que alguien había colocado de forma estratégica en el jardín de aquella nave industrial para que quedase aislado del aire, pero no lo suficientemente resguardado como para impedirnos ver el cielo que, lleno de estrellas, se cernía sobre nosotros.

Me esforcé por no soltar un grito de emoción en cuanto terminé de colocarme. Nunca había tenido la oportunidad de observar el firmamento desde un lugar tan alejado de la ciudad. Como estábamos en las afueras, la contaminación lumínica era considerablemente menor, de modo que muchas estrellas que yo consideraba invisibles —e inexistentes— brillaban ahora con fuerza, como si supieran que era la primera vez que las veía. Como si quisieran presumir y regalarme su belleza.

—Es alucinante, ¿verdad?

Escuchar su voz, perdida en la oscuridad, me dio un escalofrío. Cuando quise contestar, me quedé en blanco; noté que el sofá se hundía a mi lado. Nash se había tumbado junto a mí.

Los asientos eran demasiado pequeños como para que cupiéramos los dos, de modo que, para evitar caernos, teníamos que estar prácticamente el uno encima del otro. Intentamos encontrar una posición cómoda de todas las maneras posibles, pero al final me rendí, me senté, me hundi contra el respaldo y tiré de Nash para que apoyase la cabeza en mi regazo.

Ver las estrellas me resultaba difícil ahora que estaba colocada de esta manera, pero no me quejé. No pensaba hacerlo.

—Mi familia lleva utilizando esta nave para celebrar eventos importantes toda la vida. Cuando hay algo que festejar, se reúnen todos mis primos. Y son muchos. A Sidney y a mí nunca nos han gustado las multitudes, así que solemos escondernos aquí hasta que la gente se va y solo quedan mis padres y mis abuelos. —Hizo una pequeña pausa—. Sé que es un patio algo descuidado, pero supongo que eso no significa que no sea acogedor.

Asentí con la cabeza, a pesar de que sabía que no podía verme. La tensión fue disminuyendo poco a poco gracias a él.

—Lo es —respondí con la mirada perdida en el manto de estrellas que se extendía sobre nosotros.

Más que acogedor, yo lo definiría como algo inefable. Un fenómeno tan increíble, que no podía describirse con palabras. La inmensidad del cielo me hacía sentir pequeñita, carente de importancia; y, aunque sonase sorprendente, eso era lo que más me gustaba.

Nash inspiró profundamente por la nariz y empezó a jugar con una de mis manos. No sabía si lo estaba haciendo a conciencia o si era un acto involuntario, ni tampoco cómo se suponía que iba a afectar eso a nuestra relación, o si después de esta noche debía dejar en el pasado lo que había ocurrido el viernes; pero era un momento demasiado bonito como para estropearlo con preguntas estúpidas. Así que preferí quedarme callada y me limité a respirar.

—¿Sabes una cosa? —me preguntó de pronto.

—Mmm.

Casi de forma inconsciente, empecé a acariciarle la frente con las yemas de los dedos.

—A veces me gusta venir aquí. Solo, por la noche. Y... no sé, pensar. El silencio me ayuda a aclarar mis ideas. Y a inspirarme. Sí, definitivamente me inspira mucho estar aquí. Sobre todo a la hora de escribir. Me gusta cerrar los ojos e imaginarme que estoy en cualquier otro sitio, dentro de mis historias. Es como estar sin estar. Estoy despierto, pero a la vez no.

No pude evitar sonreír al escucharlo.

—¿Como poseído?

Él soltó una risita.

—Más o menos.

—Eso es muy extraño —comenté. Mi tono de voz dejaba claro que estaba bromeando—. Dices que te gusta pasarte noches enteras aquí, medio poseído... ¿y luego la rara soy yo?

Nash echó la cabeza hacia atrás para mirarme y frunció el ceño. No me había dado cuenta hasta ahora, pero llevaba varios minutos jugueteando con su flequillo.

—Yo nunca he dicho que seas rara —replicó.

—Lo dijiste el día que nos conocimos. Me contaste que creías que las chicas como yo llamaban mucho la atención... porque éramos raras. Porque yo era rara.

—Eleonor —repuso con burla—, prácticamente acababas de abordarme para obligarme a que «fuésemos amigos» después de haberte colado en el baño de chicos y haber fingido ser transexual. No es lo que se dice una buena primera impresión.

Sentí como se me coloreaban las mejillas. Dejándome llevar por un impulso, le di un golpe en la frente con la palma de la mano.

Idiota.

—Cierra el pico.

—Creía que estabas pirada.

—He dicho que te calles.

—Incluso me daba miedo estar en la asociación —añadió. Odiaba que

disfrutase tanto riéndose de mí—. Es decir, eras guapa y todo eso, pero tenías unas ocurrencias muy... extrañas.

Mis oídos desconectaron a mitad de la frase.

—¿Creías que era guapa?

Nash se revolvió incómodo en el sillón. Casi pude imaginármelo rojo de la vergüenza, tapándose la cara con las manos, como era habitual en él; no obstante, en esta ocasión decidió afrontar las consecuencias de lo que acababa de decirme y asintió con la cabeza.

—Creía que eras preciosa, aunque estuvieses loca.

—¿En serio?

Puso los ojos en blanco.

—Pero si te lo dije un montón de veces.

—Creía que solo estabas siendo amable.

—Estaba intentando ligar contigo, pero no te dabas cuenta.

Me reí.

—Es que ligas fatal.

—Dime algo que no sepa —respondió. Luego, tragó saliva—: Supongo que, en el fondo, no te arrepientes de haberme incluido en tu lista de socios.

Negué con la cabeza. Yo seguía entrelazando mis manos en los suaves mechones de su cabello.

—¿Te arrepientes tú de haber entrado en la asociación?

Sabía que era una pregunta estúpida, pero no pude evitar formularla. Por suerte, lejos de tomársela a broma, Nash contestó con seriedad.

—Claro que no. De no haber sido por UAG, nunca te habría conocido. Y mi vida seguiría siendo aburrida.

Sonreí.

—Así que podríamos decir que ya es todo lo interesante que querías que fuera, ¿no?

—Te has currado mucho el guión. —Dejó de jugar con mi mano y la dejó caer en su costado. Acto seguido, agregó—: ¿Sabes una cosa? Si me descuido un momento, podría quedarme dormido ahora mismo. Estoy que me muero de sueño. Llevo días sin pegar ojo.

—¿Y eso?



Delineé el borde de su oreja con los dedos.

—No podía dejar de pensar en ti... y en todo. Ya sé que te lo he dicho antes, pero lo siento.

Sacudí la cabeza, incapaz de dejar de sonreír.

—No te preocupes. Está olvidado —le aseguré.

—¿De verdad?

—De verdad.

Después de eso, todo perdió importancia: las estrellas que brillaban en el cielo, el viento que ululaba entre los muebles del jardín y las decenas de personas que, a tan solo unos kilómetros de nosotros, ya habían empezado con su fiestera y poco sana rutina de fin de semana.

Por un momento, dejé de preocuparme y olvidé a Grace y la asociación, a Devon, a Olivia, a Dylan y a Jayden. No quise prestar atención a nada que no fueran Nash y el silencio tan reconfortante en el que nos habíamos sumido. No quise pensar en nada que no fuera todo lo que había hecho por mí.

Continué enredando los dedos en su cabello y jugueteando con su flequillo. Perfilé todas y cada una de las facciones de su rostro mientras sentía cómo, poco a poco, su respiración iba ralentizándose. Con el paso de los minutos, sus ojos fueron cerrándose por completo.

Luego, silencio.

Nash se había quedado dormido.

Sonreí y levanté la mirada. No dejé de acariciarle el pelo mientras observaba las estrellas que llevaban acompañándonos toda la noche. Había cientos, miles, millones; muchas más de las que me imaginaba, porque mis ojos eran demasiado pequeños e insignificantes como para verlas todas.

De pronto, un destello surcó el cielo de izquierda a derecha, dejando un haz de luz a que llenó el firmamento de magia. Conmovida por la escena, meneé suavemente a Nash para despertarlo.

—Eh, mira.

«Corre, pide un deseo».

Pero él no me hizo caso. En vez de abrir los ojos y girarse para contemplarlo, negó con la cabeza y se acomodó mejor en el sillón. Estaba

a punto de recriminárselo cuando, con un deje de voz, me susurró:

—¿Eleonor?

—¿Sí?

—Por favor, no te vayas nunca.

No sabía si me lo estaba pidiendo a mí o si ese era su deseo, pero me dio un vuelco el corazón.

Le acaricié suavemente los párpados con la yema de los dedos.

—No lo haré.

*Uno.*

**PARTE TRES**  
**LA ESPERA**

# Cuentos para Sidney

## Brillar

*Querida Sidney:*

*Cuando tenía seis años, mamá me explicó su teoría sobre las estrellas. Me dijo que creía que el cielo es como un espejo y que las estrellas son los reflejos de las personas que habitan en la tierra. Consideraba que esas luces que iluminan, el firmamento por las noches no provienen del espacio, sino de nosotros. Que son nuestras. Que las tenemos dentro.*

*Al principio pensé que estaba loca. Yo era muy pequeño, y todas esas cosas me parecían muy cursis y me daban asco. Pero después, con el paso de los años, me di cuenta de que tal vez mamá no estaba del todo equivocada.*

*Aunque la gente las considere insignificantes, ella decía que tienen magia y poder. Son como nosotros: seres pequeños que parecen uno más hasta que alguien los mira con los ojos adecuados.*

*Supongo que eso es lo que quería enseñarme: la importancia de encontrar a alguien que sepa mirar, que sea capaz de ver todo lo bueno que tienes dentro. Alguien que te mire y sienta que brillas.*

## 23. Problemas familiares

—¿Te importaría darte prisa? Voy a llegar tarde al instituto.

—Cállate.

La brusquedad con la que Devon me respondió me descolocó. Me tragué las ganas de contestarle de malas maneras, separé la cara del colchón y lo miré mal. Estaba terminando de abotonarse una sofisticada camisa blanca y llevaba diez minutos dando vueltas frente al espejo para verse desde distintos ángulos.

Solté un suspiro y volví a dejar caer la cabeza en la cama. Colgado en la pared, sobre la puerta, el reloj digital marcaba las siete y cuarenta y cinco. Quedaba un cuarto de hora para que empezasen las clases.

—¿Qué te parece esta? —preguntó Devon a su hermano, que estaba sentado en el brazo del sofá.

Dylan ni siquiera se dignó a levantar la vista del móvil.

—Te queda bien —dijo.

—¿Seguro? ¿No me hace parecer muy gordo? A lo mejor esta tarde salgo con Olivia, tengo que estar presentable —apretó los labios y se volvió a mirar en el espejo—. No, no me gusta. Este color no me favorece.

Dylan y yo nos miramos y reímos disimuladamente. Él se levantó de golpe y, en cuanto llegó a su lado, le dio unas suaves palmaditas en la espalda.

—Estás precioso, corazón —bromeó.

Nada más escuchar esas palabras, dejé de intentar permanecer serio y me reí a carcajadas.

Devon, por su parte, soltó un suspiro de fastidio antes de sacarse la

camisa por la cabeza.

—Eres insoportable.

—¿Acaso no me quieres? —Dramatizó Dylan, llevándose una mano al pecho—. Oh, creo que acabas de quebrantar mi alma.

—Dios mío, tuvo que tocarme un hermano gemelo con pocas neuronas.

Como veía venir que iban a tener otra de sus estúpidas discusiones, intenté tranquilizarlos. Sin embargo, Devon me frenó con un gesto antes de que me diese tiempo a decir nada, se sacó las llaves del coche del bolsillo trasero de los vaqueros y me las lanzó.

Dylan fue mucho más rápido que yo y las atrapó al vuelo. Después, me hizo un gesto para que me pusiese de pie.

—Vamos, mejor te llevo yo.

Como por fin me habían hecho caso, me levanté de un salto, le di un beso en la mejilla a Devon, me colgué la mochila en el hombro y Dylan y yo salimos de la habitación.

Tardamos poco más de dos minutos en salir y montarnos en el coche. Tras poner el motor en marcha, Dylan me sonrió con picardía y puso al máximo el volumen de la música, pero yo me limité a apoyar la cabeza contra la ventanilla, cerrar los ojos y suspirar con molestia.

Como cualquier persona un lunes, estaba muerta de sueño.

—Te lo dije —me fastidió escuchar ese tono de voz recriminatorio—. No deberías haberte quedado despierta hasta tan tarde. Tienes que dormir más.

Puse los ojos en blanco.

—Es la única parte del día en la que puedo leer y hacer los deberes sin que se escuchen gritos por todos lados. No es culpa mía.

Lo escuché refunfuñar, pero no quise hacerle caso. Indignado, Dylan se inclinó para bajar el volumen de la música hasta que el coche entero se quedó en silencio. Supuse que pretendía hacerme de rabiar, así que me volví hacia él para quejarme.

Entonces me di cuenta de que tenía los nudillos blancos de tanto apretar el volante.

Tragué saliva. Después de tomar una profunda bocanada de aire, le pregunté:

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada.

—Lo de antes solo era una broma. No te enfades por eso. Te prometo que dormiré más.

Sacudió la cabeza.

—No ha sido por lo de antes.

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué? Ya te he dicho que no me pasa nada.

—Vamos, Dylan. Suéltalo de una vez.

Suspiró y me miró de reojo antes de volver a dirigir la mirada hacia la carretera, justo a tiempo para tomar una curva cerrada que daba a la calle del instituto.

—Es solo que... —dudó—. Vas a pensar que soy un idiota, pero lo que ocurre es que no quiero que te hagas mayor, Eleonor. Es decir, ya tienes dieciocho años. Has crecido muchísimo. El año que viene ya estarás en la universidad y... no sé. A veces pienso en lo mucho que me hubiese gustado poder congelaros a todos cuando erais pequeños. Y que os quedaseis así para siempre, siendo unos renacuajos. —Sonrió débilmente—. Incluso a Devon, aunque eso significase convertirme en el responsable de la familia.

Me mordí el interior de la mejilla. No sabía cómo tomarme eso. Me había pillado totalmente desprevenida.

—Siempre has sido el responsable de la familia —respondí, tratando de salvar la situación—. Y no te preocupes por lo demás. Si saco buenas notas este curso, conseguiré que me acepten en la universidad de psicología. No está lejos de aquí. Podré venir de vez en cuando.

—¿Y qué pasará el resto de los días? Irse a vivir sola es una gran responsabilidad. Y va mucho más allá de tener que estudiar y asistir a clase. Viviendo sola, no habrá nadie que te controle.

Dylan estacionó el coche en el aparcamiento del instituto. En lugar de despedirme de él y salir del vehículo, preferí quedarme sentada y terminar la conversación que habíamos empezado.

—Bueno, no creo que necesite a nadie que me controle.

Apartó la mirada y soltó un suspiro.

—Ya sabes a qué me refiero. En la universidad uno tiende a volverse loco, salir mucho de fiesta, enamorarse y... ya sabes. No me gustaría que hicieras algo de lo que pudieras arrepentirte después. No quiero que te descontroles y...

—¿Termine como mamá?

Noté un sabor amargo en la boca cuando pronuncié esas palabras. Había hablado sin pensar, como un acto reflejo. Dylan debió de notarlo, porque parecía muy sorprendido cuando me miró.

Aunque enfrentarme a él era muy mala idea, mantuve mis ojos fijos en los suyos. Nos quedamos en silencio hasta que, por fin, se atrevió a murmurar:

—Eleonor...

—¿Así que es verdad? —exclamé—. ¿Ese es el problema? ¿En serio? ¿Tienes miedo de que termine como mamá? —Resoplé con incredulidad—. Dios mío, Dylan. ¿Qué narices pasa contigo?

Apretó los dientes.

—Tengo razones de sobra para pensar así.

—No, claro que no —negué con la cabeza—. Consiguió criar a cuatro hijos sin ayuda de nadie. ¿Y tú me estás diciendo que tienes miedo de que sea como ella?

—Esos hijos se criaron solos.

Intenté mantener la calma a la hora de contestar. El ambiente era cada vez más tenso.

—No digas tonterías. Ambos sabemos que la razón por la que pasaba poco tiempo en casa era porque estaba trabajando para darnos de comer, Dylan. Entiéndelo de una maldita vez.

—Y para el alcohol.

Dejé ir todo el aire que retenían mis pulmones. Odiaba ese tema de conversación.

—Pero lo dejó —repliqué—. Lo dejó cuando Lizzie cumplió seis meses.

—Sí, después de pasarse más de medio año bebiendo. Nunca lo has vivido, Eleonor; eras muy pequeña. Pero te aseguro que no es bonito ver a tu madre llegar a casa sin poder mantenerse en pie, y tener que llevarla a



rastras a la cama. Y es más horrible aún pensar en todo lo que suponía para Devon y para mí cada vez que la veíamos entrar por la puerta en ese estado. Éramos los mayores, y Lizzie y tú erais nuestra responsabilidad. Todo dependía de nosotros.

Se me quedó la boca seca.

—Pero lo hicisteis bien. Seguimos adelante.

—Fue pura suerte.

Apreté los labios con fuerza y miré por la ventanilla para no mirarle. A tan solo unos metros de donde estábamos, un chico castaño de ojos azules llamó mi atención. Nash estaba apoyado en la pared del instituto, llevando el ritmo de la canción que escuchaba con el pie. Tenía la cabeza gacha y el pelo le caía sobre la frente, ocultando su rostro casi por completo.

Como siempre, sentí ese cosquilleo en el estómago. Volver a verlo después de lo ocurrido el viernes resultaba mucho más emocionante de lo que me esperaba.

Dylan soltó un suspiro.

—Es él, ¿no? —me preguntó, siguiendo mi mirada—. Devon me dijo que habías conocido a un chico, pero no pensé que estuviese hablando en serio. ¿Sabes? Tienes la misma edad que mamá cuando conoció a papá. Dieciocho años. Y ellos también iban al mismo instituto.

Apreté los puños con fuerza y, entonces, por fin me di cuenta de lo que mi hermano pretendía conseguir con esa conversación.

—Así que es por él —dije. Dylan se volvió hacia mí, sorprendido, pero no me contradijo—. Todo esto es por Nash y por lo que sea que Devon te ha contado, ¿verdad?

—Eleonor...

—Dios mío, Dylan. ¿Qué pasa? ¿Piensas controlar todo lo que hago? Dime, ¿también te asusta que salga con chicos? ¿Por eso me has soltado toda esta charla absurda? —Sacudí la cabeza con incredulidad. No sabía si tenía más ganas de gritar o de echar a correr—. Bien, pues entonces supongo que te alegrará saber que no estamos saliendo. Solo somos amigos. Bueno, espera... ¿Acaso tengo permiso para tener amigos? ¿O tienes pensado soltarme uno de tus discursos cada vez que me veas con alguien nuevo?

Una sensación de ansiedad me oprimía el estómago; me sudaban las manos, así que me las sequé para tener algo con lo que entretenerme y evitar mirar a Dylan, que se había vuelto hacia mí, atónito.

Entonces, después de unos segundos en silencio, negó con la cabeza.

—No, no es por ti. Es por mamá —aclaró. Eso me puso todavía más nerviosa—. Ha conocido a otro hombre. Por eso estoy así. La escuché hablar ayer por teléfono con una amiga sobre un tal Christian. Ayer tuvieron una cita. No sé cuánto tiempo llevan viéndose, aunque...

No quise dejarlo terminar.

—Lo siento, Dylan, pero ya he tenido suficiente. Me voy.

Abrí la puerta del coche y bajé de un salto. Con los pies sobre la carretera, miré a mi hermano por encima del hombro. Había terminado harta de esa conversación.

## 24. Amor propio

Diez minutos después del inicio de las clases, los pasillos siempre estaban vacíos, así que no tuve que esquivar a nadie mientras zigzagueaba con velocidad por el edificio. Corrí con todas mis fuerzas, sin un rumbo fijo, porque ni siquiera sabía a dónde quería ir.

Mientras tanto, me atormentaban miles de pensamientos. Lo que había empezado siendo una charla mañanera sin mucho sentido había acabado convirtiéndose en una discusión. Una discusión fuera de lugar, con argumentos estúpidos y con la que me habían surgido miles de preguntas todavía más estúpidas.

¿A qué diablos venía la actitud de Dylan? Es decir, entendía que se preocupase por mí, pero de ahí a insinuar que era una irresponsable y que necesitaba a alguien que me controlase había un gran paso. ¿Por qué quería sobreprotegerme? ¿Acaso pensaba que no podía cuidar de mí misma?

Y lo que era aún peor: ¿desde cuándo sabía lo de mamá? ¿Era cierto eso de que estaba saliendo con otro hombre? Y, si así era, ¿por qué no me lo había contado? Éramos como uña y carne, y se suponía que entre nosotras nunca había secretos.

¿Por qué ahora sí?

«Tranquilízate», me dije. «No pasa nada. No tiene importancia. No es un buen momento para esto. Estás en el instituto».

Pero sentía que la ansiedad seguía creciendo, así que me tapé la boca con ambas manos para sofocar mi respiración agitada.

Detestaba la actitud de Dylan, su comportamiento, su forma de ser y

toda la razón que ambos sabíamos que tenía. Detestaba tener que admitir que siempre había sido el pilar de la familia y que, mientras yo siempre había sido un cero a la izquierda para ayudar, él se había encargado de todo.

De pronto, escuché pasos detrás de mí, ruidosos y constantes. Me dio un vuelco el corazón cuando comprendí que alguien me perseguía.

Mierda.

Me escondí detrás de una columna e intenté arrinconarme contra la pared, tratando de volverme invisible. Los alumnos que hacían pellas eran tremendamente castigados y, teniendo en cuenta que muchas de las personas con autoridad allí me odiaban (como la señora Duncan o la profesora Jameson), yo no iba a ser la excepción.

Los pasos se aproximaban cada vez más. Intenté aguantar la respiración, apreté los labios hasta volverlos blancos y cerré los ojos con mucha fuerza.

Ni siquiera me hizo falta abrirlos para reconocerle. El timbre de su voz lo delató en seguida.

—Eh, hola. ¿Tenías mucha prisa? Has entrado como una bala. No me ha dado tiempo a saludarte.

Por un momento, pensé seriamente si debía abrir o no los ojos. Quizás, si no le miraba, Nash se aburriría y se marcharía. Pero, como sabía que no iba a funcionar, me armé de valor y le miré.

El azul de sus ojos fue lo primero que vi. Me sentí intimidada, y, aunque quise contestarle, tenía un nudo en la garganta y sabía que no podría hablar sin echarme a llorar. El corazón me latía rápidamente y sentía que me estaba quedando sin aire.

—¿Eleonor?

Se acercó a mí, me cogió de la barbilla y me miró a los ojos. Entonces se dio cuenta de que algo iba mal.

—Eh, ¿qué ocurre? —me preguntó con preocupación—. ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

Más silencio.

—¿Eleonor? Por favor, contesta de una vez. Me estás poniendo nervioso.

Por mucho que lo deseara, no podía quedarme callada eternamente, así que, para ganar algo de tiempo, me aclaré la garganta y aparté su mano de mi barbilla.

—No pasa nada —le aseguré—. Estoy bien.

Frunció el ceño. Después, negó con la cabeza.

—No, qué va. Estás nerviosa.

—¿Y qué?

—Que tú nunca estás nerviosa. De hecho, siempre suele ser al revés: soy yo el que se pone nervioso cada vez que estamos juntos. —De pronto, cerró los ojos—. ¿Sabes? Mejor olvida lo que acabo de decir y cuéntame lo que ocurre.

Me sentía muy incómoda y dudaba que decirle la verdad fuese una buena idea.

—Ya te he dicho que estoy bien, Nash —insistí.

—Pero nunca llegas tarde a clase —replicó rápidamente—, y hoy seguramente ni siquiera te dejarán entrar. La campana ha sonado hace diez minutos.

—Me da igual.

Se extrañó todavía más.

—No, no te da igual. ¿Qué narices te pasa?

Solté un suspiro. No tenía ganas de seguir con la conversación, así que me puse la mochila al hombro y me fui caminando por el pasillo. Ya que no iba a poder asistir a la primera hora de clase, quizás podría encontrar un buen sitio en el recreo para leer.

Nash me siguió.

—¿Sabes qué? Ayer por la noche, mientras dormía, Sidney me pintó los labios de rojo, me puso una peluca y me hizo una foto. Creo que va a utilizarla para las invitaciones de su cumpleaños.

—¿Qué?

Me volví hacia él y me aguanté las ganas de reír. Su comentario había estado totalmente fuera de lugar.

—Como oyes. Rojo pasión, además. —Ladeó los labios en una media sonrisa—. ¿Quieres que te cuente un chiste? Me sé muchos.

—Nash...

—Son muy malos —añadió—, aunque por ti puedo seleccionar los mejores. Espero que seas de carcajada fácil.

—De verdad que...

No dejó que terminara la frase.

—¿Qué es un pescado cayendo de un sexto piso?

—Por favor, no...

—¡Un aaaaatún! —Al ver que no me reía, soltó todo el aire por la nariz y se rascó la barbilla—. Hum, te dije que eran muy malos. Pero está bien; si esto no sirve, probaremos con otra cosa. —Hizo una pequeña pausa, como si estuviese pensando qué decir—. ¿Sabes que Sidney suele contar mis pecas para dormir? Siempre dice que soy amorfo porque tengo más en el lado izquierdo que en el derecho. Es curioso, ¿a que sí?

—Amorfo —repetí en voz baja, y no pude evitar sonreír.

Cuando me vio, Nash se paró en seco delante de mí y me observó como si fuese un inspector de policía y quisiese que pusiera las manos en alto.

—¿Eso ha sido una sonrisa o me lo ha parecido a mí?

Sus esfuerzos por hacerme sentir mejor habían funcionado, pero no iba ceder tan fácilmente.

Resoplé con fastidio.

—Lo segundo.

—Mejor —respondió distraídamente—. En realidad detesto que sonrías. Podrías hacerlo ahora, ya sabes, para molestarme y eso. Vamos, Eleanor. Sonríe hasta sacarme de quicio.

Intenté permanecer serio. Al ver que su estrategia no funcionaba, Nash me puso el dedo índice en la frente y me empujó suavemente hacia atrás.

—Está bien, pasemos al plan C. ¿Qué te parece un cumplido?

—De verdad que no...

—Me gustas. Me gustas mucho.

De nuevo, sentí mariposas en el estómago cuando escuché esas palabras. Era la segunda vez que me las decía a la cara, y él lo sabía. Pese a sus intentos de parecer seguro, en su voz distinguí que estaba un poco nervioso.

—Nash —le advertí—, deja de jugar sucio.

No me hizo caso.

—Repetiría la noche del viernes una y otra vez, aunque eso significase tener que volver a saltar la valla de tu casa y comerme el suelo.

—Cierra el pico.

—Cuac. —Puse los ojos en blanco. Era un chiste muy malo—. ¿Sabes una cosa? Cuando te conocí en el baño de chicos y te vi por primera vez, pensé que eras preciosa. Aunque, claro, después me dijiste eso de que eras transexual y ya no supe si debía llamarte preciosa o precioso.

Aunque su comentario me hizo gracia, no dije nada; me limité a apretar los labios y desviar la vista para evitar mirarle a los ojos.

Al ver que todos sus esfuerzos eran en vano, el humor de Nash cambió. Su sonrisa desapareció y la potente energía que hacía segundos reflejaban sus ojos se convirtió en preocupación.

—Estoy intentando ayudarte —me dijo—, pero no puedo hacerlo si no me cuentas lo que te pasa. No quiero presionarte, Eleonor, pero tampoco que te sientas mal. Dime qué puedo hacer para arreglarlo, y de verdad que...

En ese momento, lo supe. Me daba igual lo que Dylan dijese o pensase sobre él. Nash era un buen chico, alguien en quien podía confiar, alguien que me había contado todos sus secretos, y ya iba siendo hora de que yo hiciese lo mismo.

—Prométeme que no se lo dirás a nadie —le pedí en voz baja.

Sus ojos azules brillaron de la emoción, pero se contuvo y mantuvo su rostro neutro.

—Lo prometo.

Suspiré, apoyé la espalda contra la pared y me deslicé hasta acabar sentada en el suelo. Nash me imitó y se sentó a mi lado, muy pegado a mí. Estábamos tan cerca que a nuestras rodillas les faltaba poco para tocarse.

—¿Es por tu padre?

Fue tan rápido y directo que me fue imposible no girarme de golpe y mirarle, sorprendida.

—¿Cómo lo...?

—Cuando le pedí a Olivia que me ayudase a acercarme a ti, me aconsejó que no lo mencionara. De modo que... —se interrumpió a sí

mismo al momento—. Oh, Dios. La próxima vez que diga algo tan absurdo, por favor, pégame.

Me reí sin ganas.

—Eres un idiota.

—Es por él, ¿verdad?

Dudé un segundo, pero al final asentí.

—Sí.

—¿Quieres contarme lo que pasó? Ya sabes que voy a escucharte, pero si no quieres, no pasa nada. Podemos hablar de otra cosa, en serio.

—No hay mucho que contar —sacudí la cabeza. Siendo sincera, tenía ganas de soltarlo todo de una vez—. Se fue cuando yo tenía nueve años, poco después de que naciese Lizzie. Nos dejó solos a los cinco.

—Lo siento.

Con un gesto, le pedí que se limitase a escucharme, porque si intentaba consolarme, iba a echarme a llorar.

—Mi hermano Dylan asumió su papel —continué—, así que no fue tan malo. Siempre ha sido el cabeza de familia. Él tiraba del carro y los demás lo seguíamos. El problema es que, cuando se le cruzan los cables, todo se vuelve un caos. Por eso estoy así. Esta mañana, mientras me traía al instituto, hemos discutido. Me ha echado en cara lo mal que lo pasó cuando papá se fue. Ha ido a hacer daño, y él lo sabe, porque no fue el único que sufrió cuando las cosas se pusieron feas. Mamá empezó a beber, Devon tuvo que dedicar menos tiempo a los estudios para ayudar más en casa y yo..., bueno, yo me hice mierda a mí misma.

Nash frunció el ceño al oír esto último, pero no dijo nada. Mientras sopesaba interiormente si debía hacer o no hincapié en el tema, me di cuenta de que tenía unas ganas inmensas de seguir hablando, así que lo hice.

—Las cosas empezaron a ir mal cuando cumplí trece años —dije. Él alzó la vista, intrigado—. Yo siempre había sido una niña coqueta y delgada... Ya sabes, la típica cría perfecta a la que todo el mundo quiere. Pero cuando se fue papá, las cosas empeoraron; ni mis hermanos ni yo sabíamos cocinar, así que, como mamá trabajaba por las noches, solíamos pedir comida basura para cenar. Yo estaba algo deprimida por todo lo que



había pasado y comencé a descuidarme mucho. Entonces..., bueno, digamos que subí un poco de peso. Un poco bastante, pero no tanto, ¿entiendes? Es decir, el suelo no se hundía bajo mis pies, pero...

—Eleonor, no pasa nada —me interrumpió, seco—. Sigue.

Me temblaban las manos y, para intentar disimularlo, las metí en los bolsillos antes de proseguir.

—La cuestión es que me hice mierda a mí misma —confesé—. Entré en el instituto, los niños allí eran muy crueles y... Bueno, ya puedes imaginarte el resto. Siempre he sido de esas personas que ignoran las críticas, pero al final todo te gana. Al principio piensas que los que tienen el problema son ellos, pero luego pasa el tiempo y empiezas a hacerles caso; entonces, la que tiene el problema eres tú. Empiezas a odiarte y ves defectos donde no los hay. Procuras dejar de comer, haces las cosas sin ganas, no sales, no duermes, no vives. Y es una mierda, porque te hundes tú solita y no eres capaz de salir a flote por mucho que lo intentes.

»Pero, por suerte, las cosas cambiaron. Y por eso creé UAG. —Nash tragó saliva al escucharme decir eso—. Una mañana, nada más levantarme, abrí los ojos. Me puse frente al espejo y me miré, pero no de pasada, sino bien. Me fijé en mis curvas, en mi pelo, en mi piel. Me centré en mi físico, y llegué a la conclusión de que no debía cambiarlo solo porque a alguien no le gustara. Me dije que me gustaban mis ojos; que sí, que eran marrones, pero también especiales. Me toqué el pelo y pensé que, si no me agradaba, podía alisarlo, cortarlo o rizarlo a mi antojo. Observé mi cuerpo y pensé que todo era parte de mí. Que si pesaba..., yo que sé, trescientos kilos, estaba bien. Un número no iba a definir mi valor, ni mucho menos. Y si quería perder peso, entonces lo haría, pero siempre para sentirme cómoda conmigo misma, no por lo que dijeran los demás.

»Me di cuenta de que vivimos en una sociedad que nos martiriza, que nos crea muchísimos complejos. Entonces, me dije que ya no quería seguir estando dentro de ella. Estaba cansada de que todo el mundo me juzgara y me dijera cómo tenía que ser. Solo tenemos una vida y debemos vivirla, no desperdiciarla tratando de agradar a los demás. No tengo que esforzarme para gustarle a alguien que no sea yo.

»Eso le hice saber a mamá, a Devon, a Dylan y a mis amigos. Incluso a

Lizzie, que lo estuvo aprendiendo desde muy pequeña. Decidí crear UAG como un acto revolucionario para mandarle a todo el mundo el mismo mensaje: sin amor propio, la vida no se vive; se pasa. Y ya es hora de que abramos los ojos y empecemos a querernos más.

En cuanto terminé, me volví hacia Nash, esperando alguna respuesta. Era consciente de que me había ido por las ramas; había empezado hablándole sobre mi padre y había acabado soltándole un rollo tremendo sobre la importancia de la autoestima. No me extrañaría que hubiese desconectado a mitad del discurso.

Sin embargo, lejos de quejarse —y rompiendo todos mis esquemas—, me miró y sonrió. Me había escuchado de principio a fin. Entonces, dijo:

—Eres increíble, ¿sabes?

Buscó mi mano para entrelazarla con la suya, y solo con el roce de sus dedos, sentí que se me aceleraba el corazón.

—No, no lo soy.

—Oh, claro que sí. Créeme, sé de lo que hablo. —Entonces, soltó una pequeña risita y le susurró al aire—: Señoras y señores, han tenido el honor de presenciar una dinámica improvisada de Eleonor Taylor. Quedan advertidos de que, ahora que la conocen, no podrán sacarse a esta chica de sus cabezas. Se lo digo basándome en mi propia experiencia.

Al final, Nash consiguió hacerme sonreír.

## 25. Me pones nervioso

Mientras escuchábamos a todo volumen una canción *country* muy pegadiza, yo seguía el ritmo con el pie y no paraba de reír; Lizzie cantaba, intentando entonar las partes más agudas de una forma muy cómica. A mi lado, Dylan apartó la mirada de su teléfono para observarnos, sonrió y luego volvió a bajar la cabeza hacia la pantalla del móvil.

Cuando se dio cuenta de que no le estaba prestando atención, Lizzie se puso las manos en las caderas y empezó a hacer mohines. Luego cruzó la habitación dando saltitos, apoyó la cabeza en la almohada de mi hermano y leyó lo que Dylan estaba escribiendo.

—¡Ay, Dios! —chilló, apartándose de un salto—. ¡Qué asco! Creo que no debería haber leído eso. ¡Voy a vomitar!

Dylan levantó de nuevo la mirada del teléfono y puso los ojos en blanco.

—No seas exagerada, solo estoy hablando con Megan —dijo—. Quiere saber si te gustó el jersey que te regaló el otro día. No le dijiste nada.

La pequeña negó con la cabeza.

—Uf. Dile que era horrible y que tenía pinta de ser de segunda mano. Dale las gracias de mi parte, pero no voy a ponérmelo nunca.

Intenté aguantarme la risa; a mi hermano no le importó en absoluto el desdén con el que había respondido y, sin dejar de sonreír, contestó a Megan y luego miró a Lizzie con alegría.

—¡Ya está! —exclamó—. Le he dicho que te ha gustado tanto que no te lo quitas ni para dormir... ¿Qué pasa? No me mires así. No quería herir sus sentimientos.

Lizzie se tiró en la cama de Devon, que llevaba más de quince minutos tumbado, mirando al techo en completo silencio, y levantó las piernas en el aire. Observé con diversión cómo bailoteaba al ritmo de la música.

—No tiene sentimientos —repuso—. Tu novia es una bruja.

—Lizzie...

—El amor es una mierda —gimió Devon.

Dylan resopló y lo miró con desgana.

—Dices eso porque estás solo y amargado.

—Cállate, Dylan —lo regañó la pequeña de la familia—. Devon no tiene la culpa de que nadie lo quiera.

—Para vuestra información —se defendió—, hay mucha gente en el mundo que me quiere.

—Mamá no cuenta —lo interrumpió Dylan.

—Cierra el pico, copia barata.

—¿Tengo que recordarte quién nació primero?

—¿Y qué diablos importa eso? Yo no tengo la culpa de que mamá no pudiese soportar llevarte en el útero ni un solo segundo más. ¡No te parió, te echó a patadas! Te expulsó del paraíso de un empujón, amigo mío. Conmigo fue mucho más cuidadosa.

Definitivamente, mi familia era muy rara.

Dylan prefirió dar por terminada la discusión y volver a intercambiar mensajes con Megan. Devon, por su parte, soltó un suspiro antes de girar la cabeza para mirarme.

—¿Sabes si Olivia tiene algo que hacer esta tarde?

—No tengo ni idea. —Me encogí de hombros—. Olivia está ocupada el noventa y nueve por ciento del tiempo, así que seguramente ya tendrá planes. Llámala de todos modos. Si se trata de ti, estoy segura de que se las arreglará para hacer un hueco en su agenda.

Tomó una profunda bocanada de aire y maniobró para tumbarse a lo ancho en la cama, arrinconando a Lizzie en una esquina.

—No sé, no quiero parecer desesperado.

—No seas idiota y llámala de una vez —respondí.

Devon me ignoró. Todavía dudoso, colocó los codos sobre el colchón para poder mirarme a los ojos.

—¿Crees que habrá quedado con el rubito ese?

—Lo dudo. Mike va a venir conmigo a casa de Nash. Tenemos que solucionar algunos problemas, así que probablemente no pisará la calle en toda la tarde. —Eché un vistazo al reloj de pared que colgaba sobre la puerta—. De hecho, ya debería estar...

—¿Vas a casa de Nash?

La pregunta de Dylan me pilló por sorpresa. Había dejado de prestarle atención a su móvil, aunque seguían llegando mensajes sin parar.

Desvié la vista y asentí con la cabeza.

—Sí.

Quería parecer distraída para disimular los nervios, de modo que me levanté de la cama y me acerqué al espejo para recogerme el pelo en una coleta. Todos se habían quedado en silencio.

—¿Algún problema? —inquirí.

Dylan no dijo nada, sino que se limitó a negar con la cabeza y volvió a centrarse en sus asuntos.

Solté un suspiro de alivio. Nuestra discusión ya había quedado en el olvido, y no me habría gustado tener que retomarla por culpa de una de sus estúpidas escenas de «hermano sobreprotector».

La noche anterior, Dylan había venido a mi habitación para pedirme perdón. Culpó de su comportamiento a los exámenes de la universidad y al estrés que le provocaban, y me dijo que quería que las cosas entre nosotros siguiesen como siempre. Yo le di una colleja en la nuca y le aseguré que estaba todo olvidado; era consciente de que guardarle rencor por algo tan insignificante como una discusión no iba a servir para nada.

No quiso sacar el tema de mamá y Christian, y me di cuenta de que él tampoco se sentía preparado para hablar de ello.

—En ese caso, me voy. Seguro que Mike me está esperando.

Justo en ese momento, se escuchó un claxon delante de la casa. Dos segundos más tarde, mi teléfono comenzó a vibrar; cuando vi quién era, rechacé la llamada entrante, me despedí de mis hermanos y salí corriendo escaleras abajo.

Mike había aparcado su coche, un trasto viejo de color rojo que parecía estar a punto de caerse a pedazos, en frente del garaje, y se miraba las

uñas, aburrido. En cuanto me vio, esbozó una sonrisa y se inclinó para abrir la puerta del copiloto desde dentro.

—Buenas, Leona.

No pude evitar mostrarme algo extrañada por el apodo que acababa de ponerme, pero no dije nada.

—Hola, Mike.

Cerré la puerta de golpe, me abroché el cinturón de seguridad y me froté las manos para calentarlas.

Dentro de ese vehículo hacía un frío de muerte.

—Bienvenida a Micaela, la protagonista de tus viajes de ensueño. Ten cuidado, por favor; no vayas a ensuciar nada. Trata a Micaela como si fuera hija tuya. Espero que te hayas lavado las manos antes de entrar.

Sorprendida, lo miré pensando que me estaba gastando una broma. Ese coche no era ni por asomo algo que yo describiría con la palabra «ensueño». Otros términos, como «viejo», «ártico» y «maloliente», encajaban mejor dentro de la definición de ese trasto.

Sin embargo, Mike parecía estar hablando más en serio que nunca.

—Te las has lavado, ¿verdad? —insistió.

Como no sabía qué contestar, me limité a asentir con la cabeza y hundirme en el asiento. Contento con mi respuesta, puso ambas manos en el volante, hizo rugir el motor y apretó el acelerador.

Estuvimos en silencio todo el camino, escuchando una canción *pop* bastante pegadiza que no dejaba de repetirse. Mike la tarareaba en voz baja, mientras yo debatía internamente si debía tirarme del coche en marcha o callarme y aguantar. Aquel cacharro era tan lento que estaba segura de que, de haber ido andando, habría llegado mucho antes.

Veinte minutos después, cuando la paciencia ya se me empezaba a agotar, Mike detuvo el coche en frente de la casa de Nash. Entonces solté un suspiro de alivio, agradeciéndole al cielo que mi tortura por fin hubiese terminado.

Solo con ver la verja que rodeaba la casa, empecé a ponerme nerviosa.

—¿No vas a bajar?

Lo miré y vi que me observaba con las cejas arqueadas. Me sentí presionada, así que procuré darme prisa en quitarme el cinturón y abrir la

puerta para salir. Sin embargo, advertí que Mike no se había movido de su sitio.

—Creía que ibas a entrar conmigo —comenté, señalando la casa de Nash con la cabeza.

Al escucharme, apretó los labios y se encogió de hombros.

—¿Nunca te han dicho que tres son multitud?

—¿Qué? Vamos, no digas tonterías.

—Además, echo de menos a Olivia. ¿Qué crees que dirá si la invito a salir hoy?

Enarqué las cejas. «Vaya, amiga mía, pues sí que estás solicitada».

—Mike...

—¿Le molestará que la llame?

Me mordí con fuerza el labio inferior. ¿Qué se suponía que tenía que responder a eso? Si le decía que sí, Olivia tendría que rechazar a Devon. Y si mi hermano le pedía salir, a Mike iban a darle calabazas. Necesitaba un manual personalizado para sobrevivir a este tipo de situaciones.

—Llámalas mañana —dije finalmente. Me sentí la persona más falsa del mundo, porque a Devon le había dicho todo lo contrario—. Hoy está ocupada.

—¿Estás segura?

—Si lo haces hoy, se estresará y...

—Lo entiendo —me interrumpió sonriente—. No es bueno presionaros, lo sé. Muchas gracias, Eleonor.

—No es nada.

Entonces, dio una palmada que me sobresaltó y se inclinó sobre mí para abrir la puerta del copiloto, prácticamente echándome del vehículo.

—Vamos, lárgate de una vez —me espetó con burla—. Me estás haciendo perder el tiempo. Tengo que pasarme por la universidad para recoger unas cosas.

Indignada, le di un golpe en el hombro que lo hizo reír. Después, me bajé del coche y le dirigí una última mirada a Mike por encima del hombro.

Definitivamente, iba a tener que hablar con Olivia sobre su relación con los dos. Necesitaba que me contase qué estaba pasando y qué pensaba

hacer para solucionarlo, porque las cosas no podían seguir así.

—Adiós, Mike —me despedí, y cerré la puerta.

Él hizo rugir el motor, sacó la mano por la ventanilla del vehículo y me gritó:

—¡Hasta otra, Leona!

Entonces, apretó el acelerador y condujo hasta que el coche desapareció por el final de la calle. Sonreí, me di la vuelta y pulsé el telefonillo.

Nash contestó un par de minutos después con voz somnolienta. Escucharlo así hizo que lo imaginara confundido y restregándose los ojos; con esa imagen tan tierna, no pude evitar sonreír.

—¿Sí?

Me acerqué al micrófono de la pared para responder.

—Nash, abre. Soy yo.

—¿Tú, quién?

—Pues yo.

Gimió al otro lado de la línea, como si se estuviera impacientando.

—Conozco a muchos «yo». Tienes que especificar más.

Me reí.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Mike?

No supe si debía tomarme eso como una ofensa.

—¿Acaso tengo voz de tío?

—No, pero la voz de Mike es más aguda que la de la mitad de chicas que conozco —bromeó—. ¿Ahora puedes decirme quién eres?

Suspiré con cansancio.

—Eleonor.

Escuché como tomaba aire profundamente, que al momento soltó en una carcajada.

—Lo sabía desde el principio —me confesó, burlándose—. Solo quería hacerte de rabiar. Ahora mismo abro, dame un minuto.

Puse los ojos en blanco, aunque estaba sonriendo.

Dicho y hecho. Sesenta segundos más tarde, la puerta de la verja chirrió y se abrió. Eché un vistazo antes de adentrarme en el jardín



delantero de la casa y caminar hacia las escaleras del porche. Allí, colgado junto a la puerta, estaba el cartel lleno de colores que me enamoró la primera vez.

Lo leí de nuevo cuando me detuve frente al umbral: Normas del hogar: dar muchos besos, respetarse unos a otros...

Cuando Nash abrió la puerta, me recibió con una sonrisa. Iba vestido de forma sencilla, con unos vaqueros y una camiseta blanca con estampado. Además, estaba despeinado; apostaba a que se había limitado a mojarse el pelo con agua y colocárselo hacia la derecha poco antes de que yo llegara.

—Eh —saludó tímidamente.

—Hola, Nash.

Silencio.

En lugar de invitarme a pasar, asomó la cabeza por la puerta, miró en todas las direcciones y frunció el ceño.

—Pensaba que Mike iba a venir contigo.

—Me ha dicho que cree que tres son multitud.

No lo entendió a la primera. De hecho, le costó bastante procesar mis palabras; pero, cuando lo hizo, su reacción fue digna de ser fotografiada. Abrió mucho los ojos, las mejillas se le tiñeron de rojo y se tapó la cara con las manos tan rápido como pudo.

Me mordí el interior de la mejilla. Era adorable.

Como estaba muriéndome de frío, entré en su casa. Nash murmuró algo a mis espaldas y cerró la puerta con suavidad. Cuando me volví a mirarlo, se estaba rascando la nuca.

—Acabas de llegar —susurró. Yo incliné la cabeza; no entendía a qué se refería—. Tienes toda la tarde para avergonzarme. No tienes por qué empezar ahora.

Esbocé una sonrisa burlona y me acerqué a él para darle un beso en la mejilla. No sabía si eso le había dejado atónito, confundido o encantado, pero fue incapaz de moverse durante unos segundos. Cuando por fin reaccionó, se llevó una mano a la cara, justo donde mis labios la habían tocado, y me dijo:

—Para. Deberías dejar de hacerme esto.

Enarqué las cejas.

—¿Hacerte el qué?

—Me pones nervioso —admitió—. Mucho. Cuando estoy nervioso no dejo de tartamudear, me invento palabras nuevas y hablo en setenta idiomas distintos. Es insoportable. Deberías dejar de hacerlo, porque me confundes. O sea, sé que debería molestarme, pero creo que me gustas. Es decir, me gusta. Me gusta ponerme nervioso, no tú. Aunque, bueno, tú también. La verdad es que tú mucho, y yo...

—Nash —me reí porque se estaba yendo por las ramas.

—¿Sabes qué? —me interrumpió, y me acalló con un gesto—. Olvida lo que acabo de decir. Tenemos que ir al grano. Has venido para hablar de mi nuevo socio, así que deja de avergonzarme. Por favor.

No tenía una bandera blanca a mano, así que levanté los brazos en son de paz y lo seguí a la cocina, sin poder evitar sonreír.

## 26. Sin palabras

Nada más llegar a la cocina, Nash metió la cabeza en el frigorífico para buscar algo de beber. Mientras tanto, yo observé detenidamente la estancia. Las baldosas moradas del suelo estaban tan relucientes como la última vez, y había una montaña de papeles sobre la mesa, entre los que destacaba la fotografía de un chico adolescente.

Me acerqué para verla. A pesar de que con esa pose de «chico malo» parecía mayor, Frank (así era como se llamaba) no tenía más de catorce años. Su pelo era de color oscuro y sus ojos, marrones y brillantes. Era un chaval guapo, y seguramente arrasaba entre las chicas de su edad, aunque yo solo era capaz de describirlo con una palabra: problemático.

Por eso el director había insistido tanto en registrarlo en UAG nada más comenzar el trimestre. Decía que, con perseverancia, nosotros podríamos convertir a ese niño rebelde en un buen estudiante. Por supuesto, no eran más que tonterías; por mucho que lo intentásemos, Frank era un rebelde sin causa. Y todavía no habíamos aprendido a hacer milagros.

—Ayer no vino a nuestra tercera sesión. Deberías verle: no es más que un crío que no se separa de su gorra ni para comer. No tiene respeto. Es tan... insoportable.

Fruncí el ceño y me volví hacia Nash, que me tendió uno de los dos vasos llenos de batido de chocolate que tenía en las manos; me conocía lo bastante bien como para saber qué era lo que me apetecía beber sin necesidad de preguntarme.

—¿Ha faltado a todas las anteriores? —pregunté. Él asintió, fastidiado —. Me recuerda muchísimo a alguien que conocí hace unos meses, ¿te lo

puedes creer?

—Ja, ja. Muy graciosa. Yo tenía mis razones, tonta. Y no hablaba contigo a base de insultos y gritos.

—¿Hablar? Claro que no. Tú no hablabas, gruñías.

Me dio un golpecito en el hombro a modo de queja, y yo se lo devolví dándole una colleja en la frente. Antes de me diera tiempo a reaccionar, Nash me puso la mano en la cabeza y me revolvió el pelo.

Dejé el vaso sobre la mesa y me aparté de él de golpe.

—¡No me toques el pelo! —exclamé, colocándome la coleta.

Nash se echó a reír.

—Vaya, ¿así que ahora no te gusta que te despeinen? Qué delicada.

—Cállate.

—Te has vuelto toda una señorita.

Soltó una carcajada y, cuando se llevó el vaso a los labios, no pude resistir la tentación de poner los dedos debajo para inclinárselo hacia arriba. Todo el batido le llegó de golpe a la boca, así que dejó el recipiente sobre la mesa y empezó a toser como un descosido.

Me eché a reír. Varias gotas de batido le resbalaron por la mandíbula y le ensuciaron el cuello de la camisa, mientras él trataba de recuperar el aliento.

—Voy a matarte.

Enarqué las cejas.

—¿Tú y cuántos más?

—Oh, Dios mío, ven aquí.

En seguida supe cuáles eran sus intenciones, de modo que rodeé la isla de la cocina y corrí con todas mis fuerzas por el pasillo, pero no sirvió de nada. Como Nash era mucho más rápido que yo, no tardó en alcanzarme. Con la respiración a mil por hora, me acorraló contra la pared y se acercó hasta anular la distancia que separaba nuestros cuerpos.

Entonces, empezó a hacerme cosquillas.

—No, eso sí que no... ¡Nash!

Suplicarle no sirvió de nada; en lugar de parar, Nash movió los dedos más deprisa y yo me retorcí contra la pared sin poder dejar de reír. Apoyé la cabeza en su hombro y escuché como él también se reía a carcajadas. A

pesar de lo terriblemente insoportables que eran las cosquillas, no podía negar que me estaba divirtiendo. Me alegraba saber que él también.

—Pídeme perdón y pararé.

Ja. Ni loca.

—¡No!

Era como si miles de hormiguitas me recorrieran el estómago. Separé la cara de su cuello para mirarlo a los ojos e intenté recuperar el aire. No podía dejar de reír.

—¡Dilo! —insistió.

—¡Está bien! ¡Lo siento!

Me ignoró.

—¡Déjalo de una vez! —volví a suplicar—. ¡Nash!

Para mi sorpresa, esta vez sí me hizo caso. Sus manos se quedaron en mis caderas y yo apoyé las mías sobre sus hombros. El corazón me latía a doscientos por hora y cogí una profunda bocanada de aire. Estábamos tan cerca que podría jurar que estaba robándole el oxígeno.

Tragué saliva. Lentamente, su mirada subió desde mi cuello hasta mis labios. La dejó ahí, sin disimular, hasta que nuestros ojos se encontraron. El color azulado de los suyos cautivó los míos.

—Vale —respondió en un susurro.

Entonces, me besó.

Resollé, perpleja, pero cerré los ojos y me dejé llevar. Su boca sabía a chocolate, y el dulce roce de sus labios y los míos provocó que un extraño cosquilleo me recorriese todo el cuerpo. Sin embargo, fue un beso corto; por eso, cuando se separó de mí, todavía con la respiración agitada, sentí la necesidad de pedirle a gritos que lo hiciese de nuevo.

Nos quedamos en silencio, mirándonos a los ojos. Pese a que intenté decir algo coherente, las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. Entonces, Nash me preguntó en un susurro:

—Lo que dijiste el otro día, ¿iba en serio? —La distancia entre nosotros seguía siendo mínima—. ¿Te gusto de verdad?

No pude hacer más que asentir con la cabeza.

—Sí.

Miró mis labios.

Cerré los ojos, pero apenas pude respirar antes de que sus labios volviesen a rozar los míos. Al principio, pareció un beso tímido, pero luego nos dejamos llevar y nos limitamos a sentir.

Pude notar su corazón latiendo aceleradamente cuando enredé los dedos en su camiseta para impedir que se alejase. Él esbozó una sonrisa que me dejó sin respiración. Me encantaba que de repente tuviese tanta confianza en sí mismo, y me gustaba todavía más saber que, en cierto modo, yo era la responsable.

Dibujó un camino con sus dedos sobre mi piel, desde mi mejilla hasta la muñeca, donde llevaba la pulsera de cuero que me había regalado por mi cumpleaños. La agarró con sumo cuidado y, después de besarme, apoyó la frente sobre la mía.

—Este barco se te ha quedado pequeño —me susurró, casi rozándome los labios—. Ahora mi río es todo tuyo.

Esas palabras me erizaron el cuerpo entero. Aunque tenía ganas de besarle de nuevo, no lo hice. Su aliento cálido chocaba contra la parte superior de mi boca. Traté de no moverme para no romper la magia del momento.

Pensé que quizás él volvería a besarme, de modo que aguanté con los ojos cerrados, esperando que sus labios volviesen a encontrarse con los míos. Sin embargo, al ver que no se acercaba, abrí los ojos y lo miré para averiguar qué ocurría.

Nash estaba sonriendo, lo que rompía todas mis expectativas.

—Tienes algo... Eh, tu pintalabios... Espera, déjame a mí.

¿Quién había dicho nada de «no romper la magia del momento»?

Retuve el impulso de apartarme cuando me tocó la comisura derecha de la boca. El hecho de que las yemas de sus dedos no dejasen de rozarme los labios provocaba que mi corazón latiera muy fuerte, desbocado.

—Vaya. —Avergonzado, apartó la mano de mi rostro y se la llevó a la nuca—. Creo que lo he empeorado.

Reí por no llorar.

—El pintalabios no puede quitarse así.

—Bueno, no sé mucho de estas cosas. Sidney todavía no se maquilla.

—Eres un idiota.

Se le colorearon las mejillas.

—¿Quieres un pañuelo, una servilleta... o algo? No sé cómo ayudarte y..., bueno, es culpa mía.

«Sí, Nash, ya sé que tengo el pintalabios corrido por tu culpa. No hace falta que me lo recuerdes».

Negué con la cabeza. Qué situación más incómoda.

—No, no importa. Tranquilo. Puedo arreglármelas sola.

En un acto reflejo, clavé la mirada en su mano derecha, que seguía rodeándome la muñeca. No podía moverme y, cuando Nash se dio cuenta, me soltó la mano.

—Yo... tengo que contestar al teléfono —balbuceó—. Lleva sonando más de dos minutos y podría ser importante. Creo que debería...

—Sí, ve.

Tragó saliva, asintió y se fue a la cocina a toda prisa. Yo lo seguí con la cabeza gacha para que no se fijara en lo desastroso que se había vuelto mi maquillaje. Necesitaba encontrar una forma de quitármelo, pero no tenía ni idea de dónde estaba el baño y no creí que ponerme a investigar fuese una buena opción.

Nash estaba rebuscando algo en un armario cuando llegué a la cocina. Al verme, se ruborizó y se concentró en su tarea para evitar mirarme. Tenía el móvil metido en el bolsillo trasero de los vaqueros. No dejaba de vibrar y sonar.

—¿No ibas a responder?

Su cuerpo se tensó.

—Eh... no.

—¿Quién es?

Rodeé la mesa para sentarme en una de las sillas. Me temblaban las piernas.

—Julie —respondió—. Últimamente está muy rara conmigo. Lleva tres días diciéndome que quiere verme en persona para contarme algo muy importante, pero como siempre la evito en clase, no deja de enviarme mensajes para preguntarme cuándo podremos hablar.

La puerta del armario se cerró de golpe; resonó por toda la habitación. Nash se acercó a mí con un paquete de color verde en las manos.

—He pensado que las necesitarías.

Eran toallitas para bebés.

—Gracias.

Cogió una silla y se sentó frente a mí. Estábamos muy cerca y mi corazón latía cada vez más rápido. Nash rompió el plástico de protección del paquete, sacó una toallita y me la acercó al rostro. Al sentir como me frotaba los labios para quitar los restos de maquillaje, apreté los puños con fuerza. No quise abrir los ojos porque sabía que, si lo hacía, lo miraría y me pondría aún más nerviosa.

—No deberías ponerte pintalabios la próxima vez que vengas a verme —susurró, mucho más tranquilo. No obstante, cuando se dio cuenta de lo que había dicho, abrió los ojos como platos—. Oh, Dios mío, yo no... No quería decir eso. O sea, sí, sí que quería decirlo, pero me refería a que..., no sé. No creo que tengas que ponerte maquillaje para... ¿estar bien? Sí, exacto. Y menos cuando estás conmigo, porque para mí eres... Eh, el caso es que lo decía por eso, no por... Bueno, mejor olvídale.

Asentí con una sonrisa forzada.

Ambos nos quedamos en silencio hasta que me quitó todo el labial. Después de dejar la toallita sobre la mesa y pensarlo durante unos segundos, Nash se acercó y me pasó los pulgares por la comisura de la boca para secármela. Me puse muy tensa, y, en el momento en que sus caricias perfilaron mi mandíbula, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y, entonces, vi que sonreía tímidamente.

—Somos un par de idiotas, ¿no crees? —comentó—. Es decir, acabo..., acabo de limpiarte el pintalabios con una toallita para bebés. ¿No es la cosa más romántica que han hecho por ti en la vida?

Había utilizado la palabra «romántica» para describir ese momento, cosa que podría haber provocado una situación todavía más incómoda. Sin embargo, en el momento en que levanté la mirada y vi esas chispas de diversión en sus ojos, me fue imposible no echarme a reír.

Nash no tardó en reírse a carcajadas. Toda la tensión que había en el ambiente desapareció como por arte de magia.

—Sí, lo creo.



Él me sonrió. Parecía estar a punto de decir algo cuando su móvil volvió a vibrar de forma estruendosa.

Justo en ese momento, volví al mundo real. Julie seguía mandándole mensajes y, por alguna razón, me sentí mal cuando Nash se sacó el teléfono del bolsillo y lo dejó sobre la mesa.

Por eso no pude evitar preguntarle:

—¿De verdad la evitas en clase?

Se volvió hacia mí con el ceño fruncido, como si no entendiese a qué se debía mi repentino interés por su relación con ella. Luego, hizo un gesto para restarle importancia.

—Es muy pesada.

Me mordí el interior de la mejilla.

—Pobre chica. —Por mucho que me costara creerlo, estaba defendiendo a Julie—. Deberías contestarle.

—No.

—Oh, vamos. ¿No te da pena?

—No —repitió—, y a ti tampoco. Sé que te cae mal.

Le miré con suspicacia.

—No me cae mal —repliqué—. Es solo que...

—Los celos, ya.

Abrí los ojos como platos. ¿Cuándo se había vuelto tan egocéntrico?

—Yo no soy... —Iba a comenzar una discusión, pero el teléfono volvió a sonar. Julie acababa de mandarle otro mensaje—. No estamos hablando de mí, sino de ella —repuse—. Contéstale.

Negó con la cabeza.

—Si tanto te preocupa, hazlo tú.

Analiqué sus palabras durante unos segundos y miré el móvil detenidamente. Cuando por fin me atreví a cogerlo y lo encendí, vi que tenía una bonita fotografía de fondo de pantalla, que debía de haber sido tomada antes del accidente; Nash sacaba la lengua mirando a cámara mientras su hermana, subida sobre su espalda, mostraba una sonrisa a la que le faltaban dientes.

—Tienes que poner la contraseña.

Poco después, me di cuenta de que no hacía falta introducir ningún

código de desbloqueo para ver las últimas notificaciones. Rápidamente, pulsé el rectángulo que mostraba la conversación de Julie. Había más de veinte mensajes nuevos, así que deslicé el pulgar sobre la pantalla para leer los más recientes.

«No me gusta tener que hacer esto a través de un estúpido mensaje, pero dado que nunca coincidimos, he llegado a la conclusión de que esta es mi única opción».

—La contraseña es el dos de febrero: cero dos, cero dos. Sí, lo sé. Soy muy obvio, pero también tengo mala memoria, y algo que nunca se me va a olvidar es el cumpleaños de mi hermana pequeña... —Frunció el ceño—. ¿Los has leído ya? ¿Qué dicen?

«Sé que puede parecer una locura, pero creo que me gustas, Nash».

## 27. Serás una fracasada

El panorama que me encontré al llegar a casa no fue mucho mejor que el de Nash cuando me echó de la suya.

No me echó en sentido literal, sino que insistió en acompañarme hasta la puerta y se despidió con un beso en la mejilla, pero, incluso a miles de kilómetros de distancia, se notaba que quería que me fuera.

Después de que le leyese en voz alta el mensaje que Julie le había enviado, la situación se volvió muy incómoda. Sus ganas de pasar tiempo conmigo se convirtieron en un repentino deseo de soledad, y me preguntó dulcemente si había hecho planes para el resto de la tarde.

Nash necesitaba tiempo para asimilarlo, por eso decidí marcharme. Sabía que después de eso no íbamos a seguir como antes, e insistir solo lo agobiaría más, así que emprendí el camino de vuelta a casa e intenté pensar en cualquier cosa que no fuera el color de sus ojos o su sonrisa.

Treinta minutos después, justo cuando llegué a las escaleras del porche, empecé a oír muchos gritos. La voz de Dylan, que era mucho más grave y potente, destacaba entre la de mamá y la de Lizzie. Entonces supe que estaban discutiendo.

Pocas veces había peleas en casa. Mi madre siempre ponía orden cuando las cosas se pasaban de la raya, pero bastaba con agotar su paciencia para que todo se desmoronase y empezasen a volar cabezas. Por suerte, Devon tendía a quedarse al margen; él era el encargado de tranquilizarnos a todos para que no acabásemos tirándonos de los pelos.

Todavía recordaba aquella ocasión en la que se le ocurrió atar una sábana al palo de una fregona para hacernos reír. Su penoso intento de

bandera blanca acabó cumpliendo su objetivo y el asunto quedó zanjado.

De pronto, el eco de un portazo resonó por toda la calle. Sorprendida, volví a bajar las escaleras y miré hacia lo alto del porche.

—¿Dylan?

Al escucharme, se dio la vuelta y tragó saliva. Me impresionó ver que tenía el labio desgarrado de tanto mordérselo y los ojos llorosos. Además, se había puesto una camiseta arrugada, como si se hubiese vestido a toda prisa. Nunca antes lo había visto así.

Bajó los escalones del porche y cruzó el patio delantero a toda prisa. Yo seguí sus pasos con la mirada, atónita. No entendía por qué se comportaba así. ¿Se había peleado con Megan? ¿Había tenido una discusión con Devon o mamá? Fuese cual fuese el caso, ¿qué había sido tan fuerte como para querer marcharse?

Escuché el tintineo de unas llaves y, al momento, supe lo que ocurría: estaba intentando escaquearse. Corrí para acercarme a él y le puse una mano en el hombro.

—Dylan, ¿qué pasa? Me estás asustando.

Me ignoró y, como sabía que se marcharía sin responder, le rodeé y le quité las llaves de las manos.

Me miró fijamente con desdén y me sentí muy intimidada.

—Devuélvemelas.

—Solo si me dices qué ocurre.

—Lárgate, Eleonor —gruñó—. No deberías estar aquí fuera.

Enarqué las cejas.

—¿Y tú sí?

—Tengo veinte años, puedo ir donde quiera. Ahora cierra la boca y vete a casa. Mamá te está esperando.

—Dylan —insistí—, ¿qué te pasa?

Volvió a hacer oídos sordos y se llevó una mano al puente de la nariz, como si estuviese acabando con su paciencia.

—He dicho que te vayas a casa.

—Y yo he dicho que me digas qué te pasa. —Intentó arrebatarme las llaves, pero yo las cogí con más fuerza y puse la mano detrás de la espalda—. Contesta, Dylan.

—Mamá ha invitado a Christian a cenar —dijo—. Nos ha contado que hace cuatro meses que están saliendo y que ya es una relación oficial. Quería presentárnoslo, así que ha improvisado una cena esta noche. Van a venir Christian y su estúpido hijo. Tú, Devon y Lizzie os quedáis, pero yo me largo. Espero que causéis la peor impresión posible. —Se cubrió la cara con las manos—. Joder, esto es una mierda.

Sus palabras me sentaron como una patada en el estómago. Fue como si hubiese cogido mi corazón con las manos y lo hubiese retorcido y golpeado hasta romperlo en mil pedazos. Pero lo peor de todo fue lo que había detrás de esas palabras; lejos de que mamá tenía una pareja nueva y de que, si las cosas iban bien, tendría un nuevo hermanastro, lo que me partió el alma fue algo totalmente distinto.

—No vas a quedarte.

Eso era lo peor de todo. Dylan estaba huyendo. A pesar de saber lo mucho que iba a costarnos a Devon, Lizzie y a mí ver a mamá con otro hombre, Dylan estaba huyendo.

—No voy a poder soportarlo —contestó con sequedad e intentó quitarme las llaves de nuevo, pero se lo impedí—. Y tampoco quiero hacerlo. Verla engañando a papá va a producirme arcadas.

Me quedé atónita. Tenía que estar de broma.

—No lo está engañando. Nunca lo ha hecho. Fue él quien se marchó, ¿te acuerdas? Él la dejó sola. Es tu madre, Dylan. Deberías apoyarla en esto.

—Existen distintas versiones de la historia y no en todas papá es el malo.

—Que te creas la equivocada no es culpa mía.

—Mamá te ha comido la cabeza —me espetó—. Está claro que vas a defenderla. Tú no sabes nada. Solo eres... —Cerró los ojos con fuerza, tratando de contenerse, y no terminó la frase—. Sé qué hacer con mi vida y qué es lo mejor para mí, y he decidido que lo que más me conviene es irme de esta casa cuanto antes.

—¿Irte? —Resollé, perpleja—. ¿A dónde?

—Viviré debajo de un puente con tal de no ver a ese tal Christian alojándose en mi casa.

Lo miré con lástima.

—No digas eso —le pedí—. Todavía no sabemos si esto llegará a más. Y si fuera así, estaría bien. Mamá se merece ser...

—Feliz —me interrumpió—. Sí, ya lo sé. Se merece ser feliz, pero yo también. Y la única forma de que eso ocurra es estar lejos cuando la historia se repita.

—La historia no va a repetirse. Eres un egoísta.

—Y tú una inmadura —contestó—. Si la sigues teniendo de ejemplo, acabarás siguiendo sus pasos y terminando igual o peor que ella.

—No voy a...

—Serás una fracasada —agregó, apretando los puños.

—Mamá no es una fracasada. No te atrevas a decir eso.

Tensó la mandíbula.

—Lo es. Y si sigues así, tú acabarás igual, trabajando por un salario mínimo y pagando por tus errores del pasado.

—Cállate.

—Serás una infeliz.

Se me aguaron los ojos.

—Dylan...

—Y una inútil.

—Por favor, no...

—No servirás para nada —me susurró—, excepto para arruinar la infancia de tus hijos y romper su familia. Y cuando todos sus compañeros del colegio hagan manualidades para regalar a sus padres en su día especial y salgan de clase sonrientes, deseosos de llegar a casa, se darán cuenta de que, por muchas manualidades, dibujos y figuritas que ellos hagan, no tendrán a nadie a quien entregárselos. ¿Sabes lo que pensarán entonces? ¿Tienes idea de lo que se dirán a sí mismos? Cerrarán los ojos y desearán tener la suerte de esos niños, querrán ser ellos. Soplarán las velas el día de su cumpleaños con el mismo deseo siempre: que él vuelva. Pero no lo hará. Y ellos se preguntarán si su madre es la culpable de todo, si ella de verdad hizo algo... o si fueron ellos. A lo mejor él... A lo mejor ellos son el problema. Por su culpa se fue. Tal vez...

—Dylan...

Procuré acercarme a él para abrazarlo, pero retrocedió hasta que su espalda chocó contra la verja.

—¿Y si no es mamá? —murmuró. Su tono de voz ahogado me partió el alma—. ¿Y si la que tiene la culpa de todo no es ella? ¿Y si lo es Devon? ¿Y si...? —Tomó aire—. ¿Y si lo eres tú, Eleonor, o lo soy yo? ¿Qué pasa entonces?

Tenía tal nudo en la garganta que fui incapaz de contestar. Me temblaban las rodillas. Tuve que utilizar las mangas del jersey para secarme las lágrimas de los ojos.

En cuanto Dylan se dio cuenta de cómo me sentía, su mirada se llenó de culpabilidad y, sin decir nada más, me quitó las llaves y abrió la puerta de la verja.

Esta vez dejé que se marchase. Clavé la mirada en su espalda y lo seguí hasta que abrió la puerta del coche y se subió. Me miró antes de arrancar. Entonces hizo rugir el motor y, en menos de dos segundos, el vehículo desapareció al final de la calle.

Solté todo el aire que retenía en los pulmones en un sollozo. Luego, subí las escaleras del porche apresuradamente. Antes de llamar a la puerta, y con las manos temblorosas, me quité la coleta para rehacérmela. Después, intenté con todas mis fuerzas fingir una sonrisa.

Pero no pude.

«Está bien, no te vengas abajo. Segundo intento». Con ayuda de mis dedos, me tiré de las comisuras de los labios hasta que me dolió la boca. Cerré los ojos y cogí aire por la nariz. Justo cuando iba a entrar encasa, mi móvil vibró; lo saqué del bolsillo del pantalón y lo desbloqueé.

Era un mensaje de Nash. En él, me pedía disculpas por lo que había pasado hacía unas horas. Segundos después, llegó otro en el que me decía que no había reaccionado correctamente y que lo sentía, otra vez. Luego, un tercero: «Sé que te has ido porque piensas que tengo muchas cosas en las que pensar, pero no es así. Lo tengo todo claro. De verdad».

Otro más: «Espero que no estés enfadada conmigo».

Y el último: «No te sientas mal por mi culpa, por favor. Lo siento por meter tanto la pata. Cuando esto pase, solo acuérdate de que es la primera vez que siento algo así por alguien y que a menudo hablo sin pensar».

Tragué saliva e intenté relajarme antes de apagar la pantalla del teléfono. No estaba de humor para esas cosas. No quería hablar con nadie, ni siquiera con Nash. Mi único deseo en ese momento era subir a mi habitación, encerrarme en ella y dormir eternamente.

Sin embargo, el universo conspiró contra mí. Cuando llamé al timbre, como un mapache por culpa del rímel corrido y todavía con los ojos llorosos, no fue mi madre la que abrió la puerta.

Fue Christian.

—Oh —exclamó nada más verme, sorprendido—, tú debes de ser Eleanor.

Empezábamos bien.

Le examiné recelosa; su vestimenta resultaba elegante a pesar de que llevaba unos vaqueros sencillos azules y una camisa blanca remangada por los codos. Era de tez morena y tenía el pelo castaño oscuro, tirando a negro, y los ojos marrones. Una bonita sonrisa de dientes perfectísimamente colocados me deslumbró. Distinguí algo en su expresión que me resultó familiar.

Mamá llevaba un bonito vestido de color negro cuando llegó al recibidor. Sus labios rojizos se alinearon en cuanto vio cómo estaba yo, pero no dijo nada al respecto.

Como Christian no lo había notado,forcé una sonrisa y le dije:

—Sí, soy yo, pero es Eleonor, no Eleanor. —El hombre asintió, avergonzado por haberse confundido—. Usted debe ser Christian, mi madre ha mencionado su nombre en varias ocasiones.

Nada más terminar de hablar, me alisé las mangas del jersey y fruncí el ceño. ¿Desde cuándo era yo tan educada? Por primera vez en años, mi cerebro y mi corazón se habían puesto de acuerdo para causar una buena impresión.

Tenía que hacerlo. Por mamá.

—El mismo —respondió con una sonrisa. Acto seguido, se volvió hacia mi madre y canturreó—: Así que le has hablado de mí, Margareth.

Había cambiado de opinión. Si seguía allí un segundo más, iban a entrarme arcadas.

—Oh, por favor. No empieces, Chris.



Intentando pasar desapercibida, me hice sitio entre ellos y sonreí para disculparme, pues tenía pensado encerrarme en mi habitación y no salir hasta el día siguiente. Mi madre asintió con la cabeza y susurró un «baja en cinco minutos» que me dejó claro que no valía la pena intentar escapar de aquella cena del diablo. Carente de entusiasmo, arrastré los pies hasta la cocina y cogí un vaso del armario.

Mientras buscaba una botella de agua en el frigorífico, mi móvil volvió a vibrar. Cerré la puerta con la cadera y lo desbloqueé. Nash había vuelto a enviarme un par de mensajes.

«No sé si ya te has ido a dormir o si no me contestas porque me odias y estás enfadadísima conmigo, pero quiero que sepas que, si es lo segundo, está bien. Y si ya te has acostado es porque eres una floja. Pero a mí me gustas así».

«Te llamaré luego, ¿vale? O mañana, no lo sé. Solo espero que me cojas el teléfono».

Luego, me llegó otro más:

«Me gustaría hablar contigo, pero sé que si no has respondido es porque estás acostada. Buenas noches, Eleonor. Descansa».

Y el último:

«P. d.: puedes soñar conmigo si gustas. Te prometo que será mutuo».

No me di cuenta de que estaba sonriendo hasta que terminé de leer todos los mensajes. Me sentí mal conmigo misma; acababa de discutir con mi hermano, posiblemente Devon y Lizzie estuviesen muertos de miedo (o muy nerviosos) y todas y cada una de las cosas que Dylan me había dicho seguían rondando mi cabeza. No podía sonreír en un momento así.

Decidida a centrarme en la cena de esa noche, dejé el móvil sobre la encimera, salí de la cocina y me dirigí al salón. Necesitaba pensar en otra cosa.

Cuando entré, ambas familias estaban ya sentadas en la mesa. Me estaban esperando, así que me disculpé con un susurro bajo la mirada de reproche de mi madre y escogí una de las sillas más cercanas a Devon. A mi izquierda, Lizzie miraba su tenedor con deseo —no supe si era porque tenía mucha hambre o porque se moría de ganas de rayar el plato con él— mientras que, a mi derecha, mi hermano se limitaba a mirar hacia adelante

con el ceño fruncido. Frente a él, había un chico castaño que debía de tener más o menos mi edad, cuyo rostro me resultó muy familiar.

No fui capaz de apartar los ojos de los suyos mientras mamá llevaba a cabo las presentaciones. Primero fueron Devon, que se limitó a estrechar la mano de Christian de mala gana, y Lizzie, que tuvo que besarle en la mejilla. Cuando llegó mi turno, se me revolvió el estómago.

Sonreí al nuevo novio de mamá y él me devolvió el gesto. Después, me volví hacia el chico. Me surgieron miles de dudas cuando me di cuenta de quién era: ¿qué diablos hacía aquí? ¿Se habría enterado antes que yo de la relación de nuestros padres?

Y, sobre todo, ¿cómo diablos era capaz de mirarme a la cara después de lo mucho que había hecho sufrir a Nash?

Había demasiado silencio. Así que mamá dijo:

—Esta es mi hija, Eleonor. —Se volvió hacia él—. Seguro que os habéis visto alguna vez. Vais al mismo instituto y...

Entonces, él la interrumpió y decidió presentarse como si fuese la primera vez que escuchaba mi nombre:

—Encantado, Eleonor.

A lo que yo contesté:

—Hola, Lucas.

## 28.No me odies

Dylan no volvió a casa hasta el domingo por la noche, sobre las dos de la madrugada, cuando, a través de la ventana, se escuchaba cómo silbaba el viento y los árboles cantaban de forma terrorífica.

Mamá discutió con él en cuanto lo vio entrar por la puerta. Le reprochó miles de cosas con los ojos llenos de lágrimas. Dylan respondió a sus ataques con frases mucho más hirientes e irrespetuosas, hasta que se vieron sumidos en una dolorosa pelea. Los susurros pasaron a convertirse en gritos, y los gruñidos de mi hermano, en golpes a la pared y empujones a los muebles.

Todo terminó cuando Lizzie apareció en el salón arrastrando su bata de princesa y, al ver los ojos rojos de mi madre, también se echó a llorar. Dylan se sintió culpable y se encerró en la habitación inmediatamente, mientras que Devon y yo nos organizamos para intentar solucionarlo todo. Cuando él fue a consolar a mamá, yo me llevé a Lizzie a su cuarto y estuve intentando dormirla durante más de treinta minutos.

A la mañana siguiente, nada más levantarme, busqué a mi hermano para hablar con él; pero, en cuanto llamé a la puerta de su habitación, me gritó que me largase y no abrió el pestillo hasta que estuvo completamente seguro de que no iba a volver a molestarlo.

Devon, que estuvo presente en la escena, me dio un abrazo para animarme y me obligó a desayunar de forma exprés —casi me ahogo por su culpa— antes de ofrecerse a llevarme al instituto. Cuando llegamos, me aconsejó que me lo pensase dos veces antes de hacer pellas, porque tenía contactos en el instituto que se lo contarían en seguida. Yo le dije la

verdad: por muy mal que me sintiese, no tenía intenciones de faltar a clase.

Todo fue normal durante las tres primeras horas. Ese día, iba a tener literatura, matemáticas e inglés antes del almuerzo, y después había clase de varias asignaturas que me harían volver a casa pareciendo una muerta viviente.

A pesar de que mi ánimo no era el mejor, me esforcé para que nadie lo notase y estuve toda la mañana con una sonrisa en la cara. Parecía que tuviera la palabra «felicidad» tatuada en la frente. Hablé con todo el mundo, bromeé con mis conocidos e incluso me reí de alguno de los chistes que me contó Scott, a pesar de que fuesen todos malísimos.

Si me preguntaban cómo estaba, yo respondía con un «bien, gracias» porque era mucho más sencillo que decir la verdad. Prefería fingir que todo iba perfectamente y hacerles creer que mi vida era increíble antes que explicarles mis problemas.

Pero, cuando llegó la hora de comer, me quité la máscara, busqué una mesa lo más apartada posible de la de mis amigos, me senté y hundí la cabeza en mi diario. Quería volverme invisible y que todos me olvidasen. Nadie se dio cuenta excepto él, que, bandeja en mano, se sentó a mi lado unos segundos después.

Podría haber dicho que su presencia me molestaba, pero habría mentido.

—Hola —me saludó. En lugar de contestar, me limité mirarle de reojo y sonreírle—. Sé que no te llamé el otro día, pero puedo explicarlo, de veras.

—No importa, olvídalo.

Debí de sonar muy poco entusiasta, porque Nash frunció el ceño y me picó el hombro con un dedo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfadada?

—No.

—¿Seguro? —Ni siquiera me dejó responder—. ¿Me odias?

—¿Qué?

Se acercó todavía más, hasta que la distancia entre nuestros brazos fue nula, para darme un suave empujón.

—No me odies.

—Ya te he dicho que...

—No quiero que te enfades conmigo.

—No estoy enfadada, Nash, por el amor de Dios.

Se quedó aún más extrañado.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—¿A mí? Nada.

—Pero no estás bien —insistió, y volvió clavarme un dedo en el brazo

—. Dime qué te pasa.

—Oh, Dios mío, eres tan...

—¿Estresante? Lo sé —asumió—. Y tú eres tan...

—¿Rara? ¿Insoportable? ¿Inmadura?

Me miró en silencio durante unos segundos y esbozó una media sonrisa.

—Yo iba a decir preciosa, pero sí, eso también me vale.

Como un acto reflejo, cerré mi cuaderno de golpe y me volví hacia él. Entonces, cuando menos me lo esperaba, Nash acercó su rostro al mío y me dio un tímido beso en los labios que apenas duró unas milésimas de segundo. Ni siquiera me dio tiempo a corresponderle antes de que se separase.

Después de sonreír y, consecuentemente, hacerme sonreír a mí, me pidió:

—No estés triste, ¿vale?

Estaba a punto de responder cuando sentí como dos personas más ocupaban la mesa. Scott y Olivia se sentaron con nosotros. Ella tenía los labios pintados con su característico labial rojo pasión, mientras que él traía una bandeja llena de comida en las manos.

—Así que tienes competencia —comentó Olivia, despreocupada. Yo fruncí el ceño; no sabía a qué se refería—. Julie nunca me cayó bien, por si te sirve de consuelo.

Por poco me atraganto con mi propia saliva. ¿Cómo, cómo, cómo?

Me quedé un rato en silencio, mirándola mientras rebuscaba en su mochila hasta dar con un paquete de galletitas saladas para comérselas de dos en dos. Al darse cuenta de que ella no iba a decir nada más, Nash me

lo explicó.

—Se lo he contado esta mañana, durante la clase de historia. —Luego, frunció el ceño y se volvió hacia Olivia—. Pero Eleonor no tiene competencia. Deja de decir tonterías.

—El caso es que me lo ha detallado en la hora de historia —añadió Olivia, ignorándole. Luego, arrugó la nariz y se dirigió a él—: No he prestado atención al profesor por tu culpa. Si suspendo, el karma se pondrá de mi parte y tendrás remordimientos de conciencia durante el resto de tu vida.

—No vas a suspender —la cortó Scott, cansado—. Siempre dices lo mismo y terminas aprobando con buena nota.

—Hay dos razones para eso —contestó ella—. La primera es que soy fabulosa e inteligente. Y la segunda es que no ingiero ningún potingue venenoso que pueda afectar al rendimiento de mis neuronas —agregó, mirando con asco su plato de sopa.

Scott puso los ojos en blanco.

—La sopa de la señora Duncan es la mejor que he tomado en mi vida.

—Eres un idiota.

—Por lo menos mi color de pelo es natural.

—Sí, pero también horrible.

—Cállate.

—*Quílliti.*

—¿Por qué eres tan infantil?

—*¿Pir quí iris tin infintil?*

—Deja de burlarte de mí.

—*Diji di birlirti di mí.*

—¡Olivia!

—*¡Ilivii!*

—Eleonor... —Scott se dirigió a mí, agitado—. Dile que pare.

—Iiinir —lo remedió—, *dili qui...*

—Olivia —la interrumpí—, para.

Sintiéndose excluido de esa conversación, Nash se aclaró la garganta para llamar nuestra atención y nos preguntó:

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—Creo que será lo mejor —coincidí. Por lo general, Scott nunca discutía con nadie. El hecho de que se hubiese enfrentado a Olivia, aunque hubiese sido de forma leve, me dejó con la duda de si estaba enfadado o no. Ella era muy irritante; si seguía así, seguramente le acabaría sacando de sus casillas—. ¿Habéis estudiado para el examen de francés?

Scott puso cara de asco y negó con la cabeza.

—No pienso hablar más sobre los exámenes —espetó—. No quiero deprimirme.

—¿Tan mal te va? —se interesó Nash.

—¿Qué parte de «no pienso hablar más sobre los exámenes» no has entendido? —le respondió Scott, con una mirada petulante.

Olivia se echó a reír.

—El «no», supongo.

Scott la miró con cara de pocos amigos.

—No estaba hablando contigo —gruñó.

Ahí fue cuando decidí intervenir.

—Scott, ¿qué te pasa?

Olivia se rio a carcajadas.

—Que está avergonzado, eso le pasa —se mofó, mirándole de reojo—. Digamos que le he hecho pasar un mal rato.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Nash.

Olivia esbozó una sonrisa gatuna.

—Le he obligado a entrar al baño de chicas conmigo.

Me hubiese gustado escupirle mi refresco en la cara, tal y como pasa en las películas, pero no tenía refresco, y tampoco era tan valiente como para hacerlo, así que abrí los ojos como platos y puse cara de «qué me estás contando».

—No me miréis así —nos pidió—. Necesitaba que alguien me acompañase al baño y Scott era la única persona a la que podía pedirselo. Solo hice lo que tenía que hacer.

—Y tardaste veinte minutos —gruñó Scott—, solo para dejarme en ridículo.

—Eso no es verdad.

—¿Ah, no?

—Bueno, quizá sí —admitió finalmente—, pero tampoco es para tanto, enano. No te enfades.

Debido a la mirada furibunda que Scott le dirigió, ella volvió a echarse a reír. A mí también me hizo gracia, así que sonreí y miré a Nash, esperando ver su sonrisa. Sin embargo, su rostro estaba completamente serio y tenía los hombros tensos. En cuanto averigüé cuál era el motivo, me arrepentí de no haberme dado cuenta antes.

Una chica morena acababa de llegar a la mesa junto a Chris, uno de los voluntarios de UAG, que también era el director del periódico escolar. Era delgada y pequeña, tal y como yo soñaba ser cuando era niña, y tenía el pelo tan largo que le llegaba diez dedos por debajo de los hombros. Julie.

—Hola, chicos. ¿Puedo sentarme?

Estuve tentada a gritar «no» con todas mis fuerzas, pero me contuve y dejé que Olivia contestase. Al verse en un aprieto, se aclaró la garganta e hizo un dudoso asentimiento con la cabeza. Julie sonrió abiertamente antes de sentarse con nosotros, en concreto frente a Nash y a mí.

Chris se sentó junto a Scott. Ambos empezaron a conversar, y me pregunté si no les habría gustado estar sentados a solas en otra mesa ya que, cuando estaban juntos, era como si les sobrase el resto del mundo.

—¿De qué hablabais?

La pregunta de Julie había ido dirigida única y desvergonzadamente a Nash. A pesar de estar hablando de un «vosotros», sus ojos se centraron en él. Él debió de sentirse intimidado, porque balbuceó a la hora de contestar.

—De... uh, nada importante.

—¿Recibiste mi mensaje el otro día?

Directa al grano. Nash se revolvió en su asiento.

—Mi móvil está muerto —le informó. Acto seguido, se dirigió a mí—. Por eso no te llamé.

—No te preocupes, no...

—¿Qué le ha pasado? —me interrumpió Julie. No pude evitar sentir celos cuando él se giró para mirarla.

Me regañé mentalmente. Tenía que confiar en lo que Nash había dicho: no tenía competencia.

—Eric tuvo un arrebató y lo tiró al váter.



Olivia se echó a reír.

—¿Quién es ese chico y por qué yo no lo conozco?

—Es mi primo. No puedes ligar con él, Olivia. Tiene tres años —explicó, con la nariz arrugada—. El cumpleaños de mi hermana es mañana y suele venir toda la familia a celebrarlo. Esta vez habrá menos gente porque cae en martes y es un día laborable, pero organizaremos una fiesta de todos modos. —De nuevo, para hacerme sentir integrada en el grupo, Nash volvió a dirigirse a mí al hablar—: Sid me ha pedido que te invite.

—¿A mí? —articulé, sorprendida—. Hum... Gracias.

—¿Vendrás?

—Bueno...

—Por favor —me imploró—. Aquello será aburrido sin ti. Necesito que vaya alguien de mi edad. Estará mi prima Aroa, pero es bastante mayor. Y aunque Mike también va a ir, suele estar más con los niños que conmigo. Al fin y al cabo, tienen el mismo coeficiente intelectual.

Me reí.

—Está bien.

Su sonrisa me dejó sin palabras. Por desgracia, no duró tanto como me habría gustado; Julie volvió a entrometerse:

—Nash, ¿podemos hablar después? Tengo que decirte una cosa.

Fue un impulso. En cuanto le escuché decir eso, me levanté y empecé a recoger mis cosas. Quizás estaba siendo demasiado obvia —o tal vez eran solo imaginaciones mías—, pero no le di importancia hasta que me percaté de que todos los ojos de la mesa estaban clavados en mí. Olivia, por ejemplo, me observaba con diversión, mientras que los ojos de Nash estaban abiertos como platos.

Me eché la mochila al hombro y apreté con fuerza una de las correas.

—Os veo luego —dije para disimular—. Tengo examen de francés en un rato y me vendrá bien repasar.

Comparándola con la de mi otro yo transexual, aquella excusa estaba bastante bien.

—Voy contigo —me dijo Nash y, antes de que me diese tiempo a negarme, me sacó a rastras de la cafetería, sujetando su mochila con una mano y mi brazo con la otra. No opuse resistencia, de modo que dejé que

me llevase donde quisiera.

Al final, nos detuvimos en el pasillo nada más cruzar la puerta del comedor.

Cuando dejó de sujetarme fuerte, me solté y abrí mi mochila para rebuscar algo en ella; cualquier cosa me servía, porque solo quería mantenerme ocupada. Estaba a punto de sacar las llaves de casa para ponerme a contar cuántos dientes tenían —así de desesperada estaba— cuando él me preguntó:

—¿Estás enfadada?

Mi respuesta fue tan automática que Nash debió de pensar que la tenía preparada.

—¿Qué? No, claro que no.

—Oh, vamos. Sé que Julie no te cae bien. Lo que estaba intentando hacer...

Me hice la tonta.

—¿El qué?

Quizás lo era.

—Venga, Eleonor. Tú lo sabes de sobra.

—Mira, no tengo ni idea de lo que estás...

—No voy a hablar con ella, si te sirve de consuelo —me cortó—. Tengo pensado seguir evitándola de momento, hasta que sepa cómo decirle la verdad. No quiero que se sienta mal.

—Vale, me da igual.

—No, no te da igual.

—Mira, Nash...

No llegué a terminar la frase. Antes de que pudiera pronunciar palabra, vi a un chico de pelo negro como el azabache, alto y de cuerpo bien trabajado al fondo del pasillo. Se acercaba a nosotros a paso rápido y constante. Lo único que dijo cuando pasó a mi lado para entrar en la cafetería fue: «Nos vemos, Eleonor», y eso me hizo sonreír. Sus ojos color miel me miraron y, segundos más tarde, lo perdí de vista.

A mis espaldas, Nash se aclaró la garganta y me preguntó con desgana:

—¿Quién es?

—Es un viejo amigo, se llama Neisan —contesté, volviéndome hacia

él. Como estaba segura de que no era suficiente, me apresuré a darle más información—: Su hermano fue uno de los primeros socios que tuve en UAG.

Nash chasqueó la lengua con desgana.

—No me cae bien.

Puse los ojos en blanco.

—Pero si ni siquiera lo conoces.

—Lo sé. Solo estaba bromeando —confesó, esbozando una pequeña sonrisa. Luego preguntó—: ¿Qué le pasaba a su hermano?

—Problemas de autoestima, como la mayoría de los adolescentes. No se consideraba nadie especial.

Se llevó una mano a la nuca y asintió con la cabeza, como si comprendiese perfectamente su situación. Yo estaba segura de que lo hacía.

—Es normal —dijo—, yo antes también pensaba que no era nadie.

—¿De verdad?

—Sí, pero llegaste tú —admitió—. Tú, tu estúpida forma de ser y esa asociación que al principio me pareció absurda. Y cambiaste mi forma de ver el mundo, Eleanor. Lo revolucionaste como solo tú podrías hacerlo. —No sé si me sorprendió más la intensidad de sus palabras o la rapidez con la que pasó a hablar de algo distinto, como si quisiera pasar por alto lo que había dicho—: Escucha, sé que todo el tema de Julie te molesta bastante porque, sinceramente, a mí también me molestaría si estuviese en tu lugar. Por eso, quiero que sepas que...

—Julie no me molesta.

Soltó un suspiro.

—Pero mira que eres cabezota.

—¿Yo, cabezota? Eres tú el que no deja de insinuar que estoy celosa.

—No estoy insinuando que... —Se interrumpió a sí mismo cuando asimiló mis palabras—. Espera un momento, ¿estás celosa?

—He dicho que no —contesté, como si fuese obvio.

—¿Estás segura? —Sonrió aún más—. Porque podría ir ahora mismo con Julie y decirle que estoy listo para escuchar lo que sea que tiene que contarme.

—Adelante.

—Y quizás...

—¿Podrías estar con ella mientras yo aprovecho el tiempo para ir buscar a Neisan y pedirle su número de teléfono? —le interrumpí—. Porque, mira tú por dónde, nunca llegué a tenerlo.

De un momento a otro, el melifluo sonido de su risa envolvió el pasillo. Nash aprovechó ese instante en el que dejé de estar enfadada con él para acercarse a mí y rozar mi cuerpo. A esa distancia, podría haber contado todas las pequeñas pecas de su rostro.

—Hacerte enfadar es tan divertido.

Se me puso la piel de gallina. Sabía que solo estaba intentando sacarme de quicio, así que decidí hacerme la difícil.

—Para mí no es divertido.

Sonrió tímidamente.

—Bueno, pero para mí sí.

—Ajá. —Me puse las manos en las caderas—. ¿Y si yo no dejase de tomarte el pelo? Dime, ¿te gustaría?

Se quedó unos segundos en silencio, como si estuviese pensando en una respuesta. Después, dijo:

—Me gusta todo lo que haces.

Tanto su repentina confianza como el momento tan inadecuado que había elegido para soltar esa frasecita me sorprendieron. Se me escapó una sonrisa.

—Se supone que estamos discutiendo. Deja de salirte de tu papel.

Como ya no tenía sentido seguir discutiendo por esa estupidez, me acerqué a él y le di un beso en la mejilla. Después, me alejé para poder mirarle a los ojos. Podría haberme quedado así durante todo el día.

—Eres genial —me susurró. Entrelazó su mano con la mía y tiró de mí para hacerme caminar—. ¿Quieres que te acompañe a clase?

—Puedo ir sola —me limité a responder.

—Es más romántico si dejas que vaya contigo.

—Ya, pero sigue sin ser necesario.

—Voy a ir de todas formas.

—Bien.

—Bien.

Empecé a andar y me di cuenta de que, a pesar de todo, me había seguido y estaba a mi lado. Para parecer desinteresada, aproveché ese silencio y saqué mis libros de la mochila. Iba a tener más tiempo para el examen si no me entretenía buscándolos cuando llegase a la clase.

Me di cuenta de mi error cuando cuatro alumnos, dos chicos y dos chicas, pasaron por nuestro lado en dirección contraria. Agatha fue la primera a la que distinguí. Sus ojos, lejos de fijarse en mí, se centraron en Nash y lo inspeccionaron de arriba abajo, pero él no se molestó en mirarla.

Después, vinieron Grace y Lucas. No quise prestarle atención a ninguno de los dos. Ella se había ganado mi odio a base de palos y él llevaba evitándome desde la cena del otro día, así que preferí mantener la mirada fija hacia el frente.

De pronto, justo cuando aceleré el paso, alguien me dio un empujón que me desequilibró e hizo que todos los libros se me cayeren al suelo.

—Ten más cuidado, rubita. Se te ha caído la dignidad.

Me armé de paciencia para no soltarle a Grace un guantazo, porque eso solo me traería problemas. Tenía ganas de echar a patadas mi lado pacifista, pero era consciente de que no podía hacerlo. Así que me limité a sonreírle de forma irónica y me agaché a recoger las cosas.

Me llevé una sorpresa al advertir que alguien lo había hecho por mí. Justo cuando estaba a punto de darle las gracias a Nash por haber sido tan considerado, alcé la vista y vi unos ojos completamente distintos a los suyos.

—Lo siento —escuché.

Lucas me puso los libros sobre los brazos con cuidado. Se estaba mordiendo el labio con fuerza. En cuanto los tuve bien sujetos, me dedicó una última mirada antes de correr detrás de sus amigos, dejándonos a Nash y a mí solos en el pasillo.

## 29. Cuestión de nervios

—¿Qué te parece este? Morenazo, alto, guapo, labios apetecibles... Es un buen partido.

Olivia terminó la frase enseñándome a un modelo brasileño. Era un chico joven, de no más de veinticinco años, que salía sin camiseta en una fotografía que ocupaba toda la pantalla de su móvil.

Arrugué la nariz con desagrado y ella puso los ojos en blanco cuando me volví hacia el espejo sin contestar.

Me abroché la camisa y di varias vueltas para ver cómo me quedaba. A pesar de que era el tercer conjunto que me ponía, todavía no había dado con el más adecuado, y este tampoco parecía serlo; la parte de arriba era demasiado ajustada y la de abajo, muy simple.

Eran las cinco y diez. Suspiré con desgana; si no escogía algo, acabaría llegando tarde. Y entonces sí que iba a dar una mala impresión.

—¿Qué tal este? Rubio, ojazos, un cuerpo bien trabajado... Madre mía, y tan trabajado. Está como para...

—¿Te gusta? —La interrumpí, girándome para mirarla. Al verme, Olivia entrecerró los ojos, pensativa—. Estoy ridícula, ¿verdad? Este me queda peor que los anteriores.

Hizo la croqueta sobre mi cama hasta quedar en uno de los extremos y enterró la cara en el colchón.

—¿Por qué te importa tanto? Ponte cualquier cosa y listo.

—No puedo ponerme cualquier cosa. Es... es Nash.

Me giré hacia el espejo rápidamente, porque prefería que no notase que estaba más roja que un tomate.

—¿Y qué? Te ve todos los días con cara de muerta en el instituto y aun así le gustas. No tienes nada de qué preocuparte.

—Esto es diferente. Su familia estará allí. —Me mordí el labio cuando la vi sonreír a través del espejo—. Entonces, ¿este está bien?

Quiso tirarme un cojín a la cabeza, pero al final me ayudó a escoger.

—Irías mejor con un vestido. ¿Qué te parece el azul ese con el que fuiste a...?

—¿Estás de broma? No.

—Podrías llevar el negro, ese que tiene flores blancas abajo, ¿sabes cuál es? El mismo que te compré por tu cumpleaños y que todavía no te has puesto —recalcó, con una mirada furibunda. Puse los ojos en blanco y rebusqué en el armario; cuando lo encontré, Olivia lo miró y asintió con la cabeza. Luego volvió a mirar su móvil—. Es perfecto.

Me puse el vestido por encima y contemplé mi reflejo, todavía insegura.

—Entonces, ¿llevo este?

—¿Qué? Oh, yo me refería al chico. El chico es perfecto —me confesó—. Tiene unos labios tan... uhm, pero el vestido también está genial. Póntelo, sí. Y no te abrigues mucho, hoy hace calor y... Dios, tienes que ver a este pibón. Está buenísimo.

—Te odio.

Desistí. Dejé el vestido sobre el escritorio, me senté, escondí la cara entre mis manos y solté un profundo suspiro.

Olivia en seguida se dio cuenta de lo que me ocurría, por lo que vino a mi lado y se arrodilló.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó, apoyando la barbilla sobre mi pierna.

Me reí sin ganas.

—¿Tanto se nota?

—No te preocupes. Eres genial, les caerás bien a todos y...

—No lo entiendes —la interrumpí—. El problema no es ese. Se supone que cuando empiezas a salir con alguien, primero conoces a sus padres y luego, si les gustas, tal vez al resto de la familia, pero con Nash es todo distinto. Él no quiere salir contigo y llevarte a conocer a sus padres

después, sino que te comas la cabeza pensando en qué sois en realidad y que conozcas a toda la familia de golpe: primos, tíos, padres, abuelos y seguro que también al resto de sus mascotas. Y es tan...

—¿Difícil? Lo sé, pero lo harás bien.

—¿Tú crees?

—Lo creo. —Luego, me observó de arriba abajo y volvió a sonreír con diversión—. Definitivamente, irás mejor con ese vestido. Nash va a flipar cuando te vea.

Me llevé las manos a la cara, avergonzada.

—Cállate.

—Se le va a caer la baba. Tanto que podrás nadar en ella.

—Oh, Dios. Eres asquerosa.

—*Iris isquirisi.*

—No empecemos...

—*Ni impicimis...*

Agarré uno de los cojines de la cama y se lo estampé en la cara con todas mis fuerzas. Olivia se tumbó en el suelo y fingió asfixiarse mientras se reía. Nos reímos a carcajadas hasta que finalmente la dejé escapar y me dio una colleja en la nuca.

—No me mires así —se quejó—. Era solo para que espabilases.

Entonces, volvió a reírse. En ese momento, sonó el claxon de un coche que reconocí perfectamente; aun así, me asomé a la ventana para confirmar que era él: Mike.

—Estás chiflada —le dije.

No podía seguir con la discusión; tenía que marcharme.

Casi más ansiosa que antes, corrí al baño y me puse el vestido a toda prisa; ni siquiera tuve tiempo de peinarme antes de salir de la habitación. Olivia me siguió hasta el cuarto de mis padres, medio asfixiada.

—Sonríe mucho —me dijo mientras me ayudaba a rebuscar unas bailarinas negras en el zapatero de mamá—. Habla con todos y come lo justo: no mucho, porque no queremos que piensen que lo único que pretendes es atiborrarte a comida, pero tampoco te pases el día sin probar un bocado o te tacharán de desagradecida. Se tú misma, aunque tampoco te pases. A veces eres algo rarita. —Se mordió el labio y me dio una palmada



en el hombro que, lejos de relajarme, me revolvió el estómago—. Tú solo diviértete, ¿vale? Y luego, llévate a Nash a un sitio alejado y métele la paliza de su vida por habértelo hecho pasar tan mal. No tengas piedad. Dale un buen rodillazo en...

—Suficiente —la corté. Me calcé y respiré profundamente—. Tengo que salir ya.

Como si fuese un soldado a punto de ir a la guerra, Olivia se abalanzó sobre mí y nos abrazamos muy fuerte. Cuando nos separamos, me dirigió una bonita sonrisa.

—Estás increíble, ¿vale? Ve a por todas. Y mándale un saludo a Mike de mi parte; dile que siento no haber contestado a sus llamadas.

Justo cuando le iba a preguntar por qué no podía hacerlo ella, Olivia me miró y echó a correr hasta el fondo del pasillo, donde se encontraba la habitación de Devon. Escuché que llamaba a la puerta, pero no quise ver cómo mi hermano la invitaba a pasar.

Unos minutos después, me monté en el coche de Mike con las rodillas temblando, como si fuera un flan.

—Buenas, Leona.

Después de abrocharme el cinturón, levanté la cabeza y fruncí el ceño.

—No termino de entender por qué me llamas así.

—Por tu nombre —contestó—: Eleonor, *Leonor*, *Leono*, Leona. No me dirás que no es original.

—¿Original? Yo diría que es más bien... —vacilé—. Bueno, digamos que es un apodo curioso.

—E ingenioso.

—Sí, lo que tú digas.

—No me negarás que es mucho mejor que Ashu.

Apoyé la frente en la ventanilla y cerré los ojos.

—Cualquier apodo es mejor que Ashu —respondí al cabo de un rato.

—No cualquiera. A mí me llamaban ratón cuando era pequeño.

—¿Ratón?

—Por mi nombre. Mike es parecido a Mickey, ya sabes, el ratón que todo el mundo conoce.

Me habría gustado decirle que eso era absurdo, pero preferí cambiar de

tema.

—De todas formas, ¿alguien aparte de ti y Sidney lo llama así?

Mike asintió con la cabeza.

—Todos sus primos, y eso podría considerarse una tercera parte de la población mundial, porque Nash tiene más primos que yo prendas de ropa interior —puse cara de asco—. Aunque supongo que hoy dejarán de decírselo para no avergonzarle. Nos ha pedido a todos en general que no le dejemos en ridículo delante de ti.

Con una sonrisa tonta, le pregunté:

—¿Piensa que le vais a dejar en ridículo delante de mí?

—No, sabe que le vamos a dejar en ridículo delante de ti. Es un hecho del que tanto él como nosotros somos conscientes. Solo está intentando retrasarlo lo máximo posible.

—Nash no va a quedar en ridículo —le contradije, hundiéndome en el asiento—. Yo voy a hacerlo.

Mike ladeó la boca, pensativo.

—Sí, posiblemente.

—Se supone que tendrías que haberme dicho lo contrario. Ahora me siento aún peor.

—No me gusta mentir, Eleonor.

—Pero...

El coche se detuvo antes de que pudiera terminar la frase. Mi corazón empezó a acelerarse y me mordí el interior de la mejilla mientras miraba hacia fuera. Tal y como Nash me había contado, el cumpleaños de Sidney se celebraba en la nave industrial, a las afueras de la ciudad, donde me había llevado aquel viernes por la noche.

El edificio se apreciaba mejor con la luz del día. A diferencia de lo que me había parecido la primera vez, las paredes no eran todas del mismo color; la que había a la derecha de la puerta era de un verde más amarillento que la de la izquierda, y el marco de la puerta era blanco.

—Vamos, mueve el culo. ¿O es que piensas quedarte aquí todo el día?

Salió del coche rápidamente sin dejarme responder, y me apresuré a seguirlo a regañadientes.

En cuanto pisé el camino de tierra en el que había aparcado, un balón

de color rojo rodó hasta mis pies. Me agaché para recogerlo y se lo tendí a la pequeña que había venido a por él. En el momento en el que, sonriente, lo rodeó con sus bracitos y levantó la cabeza para darme las gracias, sus ojos azules me embelesaron.

Después, se marchó por donde había venido.

En definitiva, Nash y ella eran familia. No había visto otros iris iguales a lo largo de mi vida.

—Bienvenida al club de *fans* de los fantásticos genes de los Anderson —comentó Mike mientras me pasaba un brazo por los hombros—. Toda la familia tiene los ojos del mismo color, excepto los padres de Nash. Son como las ovejitas negras del linaje. Tómatelo como algo bueno, por lo menos así no te sentirás tan fuera de lugar.

—¿Por qué debería sentirme fuera de lugar? Tú también tienes los ojos marrones.

—No son marrones. Son dorados, ignorante. Voy a empezar a pensar que no sabes mirar, Leona.

—No me llames así, imbécil.

—Vas a causar una mala impresión si nada más llegar ya estás de mal humor —repuso con burla, pero yo me lo tomé en serio.

—Lo siento. Estoy nerviosa.

Me miró y se inclinó hacia mí.

—Lo sé, se ve a la legua —murmuró—. Tiemblas más que un flan.

—¿Y qué quieres que haga? No puedo controlarlo. Es como...

—Oh, mira, allí está Nash. Seguro que su prima está con él —me interrumpió. Entonces, con las manos alrededor de la boca, exclamó—: ¡Anderson, ven a recibir a tus invitados!

Tal vez Mike lo hizo a propósito —o quizás no pensó que tres cuartas partes de la familia se apellidaban de esa forma— porque, al escucharle, todos los niños que estaban jugando fuera nos miraron. Y qué decir de los adultos; tanto los que estaban vigilando a sus hijos como los que estaban terminando de inflar los globos y servir los aperitivos se giraron de golpe.

Todos clavaron sus ojos en nosotros como si viniéramos de otro planeta.

Empecé a maldecir en voz baja y me oculté detrás de Mike, como si

fuera un animal escondiéndose de su depredador. Pero él, en vez de intentar ayudarme, se echó a reír y se hizo a un lado para que todo el mundo me viera.

—Ratón asqueroso —farfullé.

Apenas moví los labios al hablar, pero Mike me escuchó de todas formas. Su risa llamó la atención de Nash, que dejó de hablar con la chica rubia que estaba a su lado y se giró hacia nosotros. Cuando me vio, o cuando vio a su mejor amigo, o cuando nos vio a los dos, o a saber, en los labios se le dibujó una sonrisa y caminó en nuestra dirección.

Mientras tanto, yo intentaba no hiperventilar.

—Ahí viene —comentó Mike, y quitó el brazo de mis hombros—. La que está con él es su despampanante prima, ¿a que es preciosa? No te lo tomes como una insinuación porque, créeme, no lo es, pero siempre me han gustado mucho las rubias. El problema es que no me acuerdo de su nombre. ¿Crees que quedaré muy mal si la llamo Verónica, a ver si cuelea?

Nash llegó a nuestro lado justo cuando iba a contestar, así que dejé a Mike con la duda. No era el momento de hablar de eso; no cuando el corazón se me iba a salir del pecho y ella estaba a menos de un metro de nosotros, observándome con las cejas arqueadas.

Antes de que mi mente empezara a divagar sobre por qué tenía esa expresión, Nash se acercó a mí, me miró de arriba abajo y, como si todavía no se lo creyera, me dijo:

—Has venido.

Su tono de voz reflejaba una mezcla de sorpresa y felicidad. Me pareció adorable que me hablase así.

—Te dije que lo haría —respondí, intentando no tartamudear.

—Lo sé. —Y sonrió aún más.

La chica rubia dio un paso al frente y se ganó toda nuestra atención. Me volví hacia ella con la esperanza de que no tuviese intenciones de empezar una conversación conmigo. No porque no quisiera conocerla, sino porque, nada más verla, mis nervios se habían intensificado y me sentía incapaz de hablar en condiciones, sin trabarme.

Para romper el hielo, Nash se puso a mi lado y nos presentó.

—Eleonor, ella es Aroa, mi prima segunda. Aroa, ella es Eleonor, mi...

—vaciló. Seguramente no sabía cómo continuar la frase, y lo entendía. Yo tampoco habría sabido cómo hacerlo si estuviese en su lugar—. Es la chica que fundó esa asociación de la que te estaba hablando antes —continuó, algo nervioso—. Iba a decir que es mi jefa, pero..., ya sabes, no es el caso.

La chica, por su parte, esbozó una gran sonrisa y se acercó para darme dos besos. Yo se los devolví, intranquila, y no pude evitar sentir envidia de ella cuando me di cuenta de que también tenía los iris de ese color tan azul que caracterizaba a toda la familia.

—Encantada, Eleonor —contestó alegremente—. Mi primo me ha hablado mucho de ti.

El corazón me dio un vuelco, pero intenté que no se notara.

—De mi asociación, supongo.

—No exactamente. De hecho, nunca me había mencionado nada acerca de esa asociación tuya hasta ahora. Cuando digo que me ha hablado de ti, me refiero a ti. Solo a ti.

Al terminar la frase, intercambió una mirada con Nash que me dejó claro que había dicho eso solo para fastidiarle. Se alejó de mí y yo me crucé de brazos, con mariposas en el estómago, mientras alternaba la mirada entre Nash, su prima y Mike.

De pronto, Mike, que debía de sentirse excluido, dio un paso al frente, cambió su característico tono de voz por uno mucho más ronco y seductor y ronroneó:

—Estoy encantado de volver a verte, Aroa.

Nash pareció agradecer la intervención de su mejor amigo. Estaba segura de que le relajaba haber dejado de ser el centro de atención. A pesar de que mis ojos le pedían a gritos que me sacase de allí, prefirió contemplar la escena.

—Mike. —Él le cogió suavemente la mano y le dio un pequeño beso. Era evidente que Aroa se sentía incómoda—. Por favor, no empieces otra vez. Te he dicho miles de veces que por ahora no quiero tener pareja. Deja de intentarlo.

—No puedo. Nunca podré —dramatizó él—. ¿Acaso no lo ves, Aroa?

—Mike, por favor...

—Tenemos una conexión. Yo lo siento, ¿sabes dónde? Aquí —se

señaló el corazón—. Dime que tú también puedes sentirlo, por favor.

—Dios mío, te estoy diciendo que...

—No pienso renunciar a ti.

—Pero...

—No puedo sacarme tu nombre de la cabeza: Veróni... Quiero decir: Aroa. Aroa, Aroa, Aroa... Así estoy desde la última vez que te vi.

—Eso fue hace más de seis meses. Mike, te lo estoy diciendo en serio, déjalo ya.

—No quiero. Por nada del mundo lo haría. —A continuación, le susurró—: Bésame, Aroa. Deja de resistirte a mí.

—¿Qué? —exclamó ella, ofendida—. Por el amor de Dios, estás loco. Me rindo. Eres desquiciante.

Tan rápido como pudo, Aroa se volvió hacia nosotros para disculparse y le dirigió una última mirada desdeñosa a Mike antes de marcharse. La seguí con la mirada hasta que la vi desaparecer en el interior de la nave. Después, me volví hacia Nash, impaciente por pedirle que nos moviésemos, porque estaba hecha un manojo de nervios, y vi que estaba mirando a Mike con una expresión divertida en la cara.

¿Por qué me tranquilizaba tanto verlo sonreír?

—Ya veo que no ha habido éxito —comentó con burla.

Mike se giró hacia él.

—Solo se está haciendo la difícil. Al final, conseguiré convencerla... Pero, tío, tengo tu aprobación, ¿verdad? —Nash se encogió de hombros, gesto que él debió de tomarse como una respuesta afirmativa, porque nos sonrió antes de echar a correr detrás de Aroa, con su orgullo por el suelo, gritando—: ¡No te escondas, preciosa! ¡Sabes de sobra que me conozco este sitio como la palma de mi mano!

No pudimos evitarlo: Nash y yo nos empezamos a reír a carcajadas. Intenté tranquilizarme para que solo se le escuchase a él; el sonido de su risa era una de las melodías más bonitas que había oído nunca, así que me quedé observándole hasta que se calmó.

Luego, esbozó una sonrisa tímida y se acercó para cogerme de la mano.

—Gracias por haber venido —me dijo, y yo le sonreí—. Vamos, hay

alguien que quiere verte.

Estaba tan nerviosa que incluso tenía ganas de vomitar, pero asentí con la cabeza y dejé que me guiase entre la multitud.

## 30. Dime que tú también puedes sentirlo

Nash tiró de mí hasta que entramos en la nave. Allí, más de quince personas clavaron la mirada en nosotros. Aunque la mayoría eran niños curiosos, los adultos tampoco nos ignoraron. Sus miradas estaban llenas de recelo, lo cual me puso todavía más nerviosa, así que le agarré la mano con fuerza.

Por suerte, las cosas cambiaron cuando llegamos al centro; en medio de un corro de aproximadamente ocho personas, distinguí un rostro conocido. De repente, fue como si me quitasen un peso —de casi veinte kilos— de encima. Se me relajaron los hombros e incluso esboqué una sonrisa verdadera. Pese a que apenas había hablado con Sidney, era consciente de que nuestra última —y única— conversación había estrechado lazos entre nosotras. La hermana de Nash era una niña adorable a la que le caía bien.

O, al menos, eso es lo que él me había dicho.

Y Nash no mentía. O eso esperaba.

Dejé de lado todos esos pensamientos y Nash y yo nos agachamos junto a ella.

—Hola, Eleonor. Bienvenida a mi fiesta. ¿Sabes que ya tengo oficialmente trece años? Estoy a uno menos de tener la edad requerida para empezar a salir con chicos, ¿no es genial?

El tono alegre de su voz me hizo sonreír. Fue como si todo a nuestro alrededor hubiera desaparecido; dejé de prestarles atención a las personas que nos rodeaban y me centré en hablar con ella.

—¿Cuál es la edad requerida, si se puede saber? —Curioseé, mirando a



Nash de reojo.

Él se encogió de hombros.

—Cuarenta y siete, más o menos. No tengo un número de años exacto, pero no menos de eso.

—¡Ayer me dijiste que eran cuarenta y seis! —exclamó Sidney, indignada.

Su hermano frunció el ceño.

—Lo eran, pero te noto muy entusiasmada. No te vendrá mal un año más para relajarte un poco.

—¡Nash, no puedes hacer eso! —replicó la niña. Entonces me miró—. ¿A que es estúpido?

Cuando quise contestar, escuché el sonido de su risa y me quedé en silencio. Me miró a los ojos de forma juguetona.

—A ella se lo vas a decir, Sid. Los suyos son más.

Arqueeé las cejas.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Lizzie me lo dijo una vez.

—Apuesto a que ni siquiera te acuerdas de cuántos eran.

—Por supuesto que sí. —Se relamió los labios antes de proseguir, como si estuviese pensando si la cantidad que iba a decir era la correcta o no—: Cincuenta y dos.

Me reí, intentando no parecer sorprendida.

—¿Te lo sabes de memoria?

Nash chasqueó la lengua. Me pareció ver que me guiñaba un ojo.

—Bueno, tengo que tenerlo en cuenta.

Que fuera tan atrevido me sorprendió, pero aun así, me hizo sonreír. Nash siempre había sido una persona reservada; no obstante, últimamente las cosas estaban cambiando. Me gustaba saber que confiaba lo suficiente en mí como para que, poco a poco, saliera del caparazón.

Era agradable escuchar ese tipo de comentarios.

Además, tenía que admitir que siempre escogía el mejor momento para soltarlos.

—Aunque, cuando los cumplas, si sigues sonriendo tanto, estarás más arrugada que una pasa —añadió.

Después, siempre les ponía su «toque especial».

Sidney se echó a reír. Una mujer de ojos oscuros que nos observaba a lo lejos sonrió con ternura mientras yo golpeaba a Nash en el brazo por segunda vez. Escuché que me llamaba infantil por lo bajo —creyendo que nadie más lo oiría—, justo la palabra que yo habría utilizado para describirle a él.

Para finalizar nuestra pequeña discusión, me puse seria, dejé en el suelo la mochila de cuero sintético que llevaba en la espalda —pesaba una barbaridad, pero entre los nervios y la adrenalina del momento apenas lo había notado— y saqué el regalo que había traído para la cumpleañera. Aunque no había recibido una invitación escrita, me parecía mal venir con las manos vacías. Además, pensé que sería algo que le haría ilusión tener.

Forcé una sonrisa y se lo di.

—Al principio pensé en regalarte una obra de teatro, pero no sabía cuál podría gustarte, así que acabé comprando esto —confesé cuando hubo roto el papel que cubría la portada del libro. Repasó con los dedos la parte oscura del lomo—. Es mi libro favorito. Me lleva gustando desde que era muy pequeña. Sé que pasas mucho tiempo leyendo, así que supuse que... Bueno, no lo sé. Espero que lo disfrutes.

El corazón me latía muy rápido. Solo esperaba que nadie más que ella se diese cuenta de la verdad. Cuando Sidney quiso darme las gracias, su hermano se entrometió; le arrebató el libro de las manos e inspeccionó la cubierta.

—No tiene título —comentó, mirándome a los ojos—. Me gustaría saber sobre qué trata.

—Dejaré que Sidney lo descubra. —Entonces, me giré hacia ella—. ¿Lo leerás?

Ella asintió con la cabeza y sonrió.

—Claro que sí. Seguro que me encanta y acabo releyéndolo varias veces. Gracias, Eleanor. Eres genial. Espero verte en mi cumpleaños del año que viene.

El cariño que transmitían sus palabras me conmovió. Aunque quizás me estaba precipitando, admitía que a mí también me gustaría volver para verla cumplir catorce años. De pronto, tuve ganas de darle un abrazo.

Pero Nash rompió la magia del momento.

—La pasta es dura de narices —se sorprendió, palpando el libro—. Con esta cosa podrías matar a alguien de un golpe.

Puse los ojos en blanco.

—No me des ideas.

Por un momento, temí haber dicho algo fuera de lugar. Me volví hacia Sidney de golpe, esperando alguna queja por su parte, pero se limitó a soltar una risita. Aliviada, sonreí y agarré la mano que Nash me ofrecía para ayudarme a levantarme.

Entonces, me percaté del bullicio y la cantidad de gente que había a nuestro alrededor.

A las afueras de la nave, un hombre fornido estaba terminando de desenrollar una manguera. Le hizo un gesto a Aroa para que abriera la llave del agua, que empezó a correr de inmediato.

Un grupo de niños pasó corriendo por nuestro lado y me di cuenta de que había más de veinte críos fuera bailando y corriendo bajo la lluvia artificial, empapados. Solo de verlos, me dio un escalofrío; hoy era un día caluroso, pero no lo suficiente como para hacer algo así.

Hacía demasiado frío para salir a jugar con el agua, pero quizás eso era lo que lo hacía divertido. Al rato, ya no solo eran niños los que correteaban alrededor de la manguera, sino que también había adolescentes, adultos e incluso personas mayores que se habían unido a la fiesta.

—Es algo que el tío Derek suele hacer en todos los cumpleaños —me susurró Nash al oído mientras trataba de esconderse detrás de mí—. Lo peor viene ahora, cuando empiezan a buscar víctimas.

Fue inmediato. Antes de que me diese tiempo a contestar, dos chicos de nuestra edad llegaron corriendo, agarraron a Nash por los brazos y lo arrastraron hasta la calle. Me reí al ver que, aunque intentó resistirse, terminó igual o más mojado que los demás. Luego, se convirtió en uno de los cazadores y estuvo colaborando para que todo el mundo, excepto unos pocos afortunados, acabase calado de pies a cabeza.

Las únicas personas que quedábamos dentro de la nave éramos una mujer rubia, Sidney y yo. La hermana de Nash parecía reacia a salir y la mujer, que tenía a un pequeño niño de poco más de dos años en los brazos,

había decidido hacerle compañía. Yo, por mi parte, era demasiado nueva allí como para participar en actividades de ese estilo, así que dudaba que pudiera salir a divertirme con los demás.

De repente, se oyó un grito. Me volví rápidamente hacia la señora, que había empezado a forcejear con Nash y Aroa, hasta que esta consiguió quitarle al crío de las manos. Entonces, corrió hacia mí y me lo puso en los brazos, como si fuese un muñeco de trapo.

—Uf, hazme un favor y sujétame esto —me pidió antes de marcharse. Al parecer, Nash necesitaba ayuda para llevarse a la mujer.

El pequeño debía de tener unos dos años, los bastantes como para ser consciente de que era una desconocida. Empezó a hacer pucheros y yo entré en pánico. ¿Qué impresión iba a darle a los Anderson si hacía llorar a los más pequeños de la familia?

Ay, por el amor de Dios.

Era un desastre.

—Eleonor. —Apenas podía escuchar la voz de Sidney con todo ese jaleo—. Ven, siéntate aquí. A Eric no le gustan las alturas.

Era una mala excusa, pero no me paré a pensar en ello. Tan rápido como pude, cogí una silla y la arrastré para sentarme a su lado. En cuanto vio a su prima, el niño se puso a chillar de la alegría. Solté un suspiro; se le habían quitado las ganas de llorar.

—Me alegro mucho de que hayas venido —dijo entonces.

Me volví hacia la hermana de Nash con una sonrisa.

—Yo me alegro aún más de que tú me hayas invitado.

Eso pareció sorprenderla.

—¿Nash te dijo que yo te había invitado? —me preguntó.

—Sí... O sea, eso creo.

—Pues no fue así. —Por si acaso había sonado muy brusca, me explicó —: Quiero decir, no me malinterpretes. Yo quería que vinieras. Se lo sugerí a mamá varias veces, pero él fue quien acabó consiguiendo que accediera. Se puso muy pesado —añadió, algo divertida.

Cuando seguí su mirada, me topé con la gran sonrisa que Nash tenía en los labios. Corría acompañado de Aroa y Mike. Los observé durante un rato hasta que Sidney se aclaró la garganta y me dijo:

—Oye, Eleonor, no sé si lo sabías, pero a mi hermano le gustas de verdad. Habla de ti a todas horas y..., bueno, me gustaría preguntarte una cosa.

Parpadeé.

—¿Ajá?

Me hizo un gesto para que me acercase a ella.

—Vas a cuidar de él, ¿verdad? —inquirió. Su mirada azulada me transmitía más seriedad que nunca—. Supongo que te lo ha contado, pero la última vez que estuvo con una chica las cosas no le fueron muy bien. No quiero que vuelva a pasar por lo mismo. Creo que se merece algo mejor que eso.

De reojo, vi como Nash se reía junto a Mike, que tenía la camiseta empapada.

—Yo también lo creo —redirigí mi vista hacia ella—. Cuidaré de él, Sid. Te lo prometo.

En cuanto terminé de pronunciar esas palabras, me sentí viva. Sidney me sonrió antes de inclinarse para besar a Eric en la mejilla.

—Sé que lo harás. —A continuación, se giró para echarle un vistazo a Nash y sonrió con picardía—. Vaya, me parece que alguien ha encontrado a su próxima víctima.

Nash, completamente calado, corría hacia mí con los brazos abiertos, como si quisiera abrazarme, así que me levanté de un salto y empecé a retroceder. Aún tenía al niño entre mis brazos, así que decidí aprovechar la oportunidad y utilizarlo como escudo.

Nash se echó a reír y continuó acercándose. Como sus intenciones eran evidentes, hablé antes de que le diese tiempo a decir nada.

—No —le advertí—. Ni se te ocurra.

Ladeó la cabeza.

—Vamos, Eleonor. ¿No vas a darme un abrazo?

—No.

Di un paso hacia atrás. Él, uno hacia adelante.

—¿Por favor?

—No.

—Venga —insistió, haciendo un puchero.

—He dicho que no.

—Vamos, pero si te lo estoy suplicando.

—Luego, cuando estés seco, te daré todos los que quieras.

—¿Por qué no ahora?

No me di cuenta de todo lo que había retrocedido hasta que mi espalda chocó contra la pared. Como estaba distraída, Nash se acercó todavía más, con una sonrisa enorme en los labios.

Entonces, con la lengua fuera, Eric balbuceó algo que ningún ser humano podría entender, y Nash aprovechó para arrebatarme al crío de las manos. En cuanto lo hubo dejado en el suelo, me susurró:

—Creo que ahora podemos continuar.

Esas palabras me bastaron para echar a correr. Pasé por su lado como una bala, odiándole por ser tan rápido y yo tan lenta, y detestando al hombre de la manguera por no haber esperado a que me fuera para empezar con su *show*; pero no sirvió de nada. Justo cuando estaba a punto de salir de la nave, Nash me atrapó.

Sus brazos rodearon mi cintura y sentí su respiración agitada en mi cuello. Me abrazaba por la espalda, por lo que su ropa mojada empapó la mía. Al final, no pude seguir resistiéndome y nos reímos a carcajadas. Justo cuando pensaba que el juego había terminado, tiró de mí para sacarme a la calle.

—Oh, no. Eso sí que no... ¡Vas a arrepentirte de esto! ¡Nash!

Mis amenazas no sirvieron de nada. Chillé, grité y pataleé, pero terminó saliéndose con la suya. En menos de lo que esperaba, lo único que fui capaz de ver fue la sonrisa del hombre de la manguera. Luego, un chorro de agua impactó en mi cara. Después, otro. Y otro, y otro más, hasta que mi ropa estuvo totalmente empapada.

Había empezado a temblar. En cuanto tuve oportunidad, me di la vuelta y nos quedamos cara a cara. Él arqueó las cejas, burlón.

—Te odio —le gruñí, aunque, en realidad, no estaba enfadada—. Quiero que me sueltes. Ahora.

—No puedo —me contestó—, nunca podré. ¿Acaso no lo ves, Eleonor? Pestañeé.

—¿Qué?

—Tenemos una conexión. Yo lo siento. ¿Sabes dónde? Aquí — continuó, llevándose una mano al corazón—. Dime que tú también puedes sentirlo, por favor.

Entendí lo que pasaba: esas eran las mismas palabras que Mike le había dicho a Aroa hacía unos minutos, y ahora Nash actuaba como si lo significaran todo para él.

—Eres un idiota —le dije, aguantándome las ganas de reír.

—Lo sé, pero no me importa. No pienso renunciar a ti. Por nada del mundo lo haría.

De repente, sentí que había perdido el hilo de la conversación. Al principio, supuse que se trataba solo de una imitación para hacerme reír; sin embargo, llegué a la conclusión de que era más que eso.

Nash estaba siendo sincero.

Tragué saliva.

—Yo tampoco —respondí—. Me gusta que estés en mi vida. No tienes ni idea de cuánto.

Me sonrió, cerró los ojos y se inclinó para besarme. Contuve la respiración; estaba deseando que lo hiciera, pero, justo en ese momento, el hombre de la manguera me apuntó y me dejó empapada.

—¡Un poco de respeto, niña! ¡Espera a la noche de bodas!

Por la forma en la que habló, supuse que había sido una broma, o eso esperaba.

Nash no se dio cuenta de la vergüenza que yo estaba pasando, así que se echó a reír y me pasó un brazo por los hombros. Me arrimé a él, sentí como vibraba su pecho y cerré los ojos hasta que estuve segura de que todo el mundo había dejado de mirarnos.

## 31. Interrogatorio improvisado

—¿Tienes frío?

—No.

—Mentirosa.

Íbamos de camino a casa y yo estaba titiritando, así que Nash se quitó la sudadera y me la puso sobre los hombros; la tela era gorda y suave, pero estaba empapada, así que no me sirvió de mucho. Aún así, metí las manos dentro de las mangas y me giré hacia él para darle las gracias. Entonces me di cuenta de que llevaba un rato mirándome fijamente, con una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Qué pasa?

—Eres adorable —me dijo. Lo miré de reojo, sonreí y me agarró de la mano—. Vamos, tengo que volver a casa en menos de veinte minutos o mis padres me van a matar.

Me reí.

—Qué responsable.

—Les prometí que les ayudaría a limpiar. Después de las fiestas, la nave siempre acaba hecha un asco.

—Entonces no hacía falta que vinieras —repuse. Me sentía culpable.

Nash se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No iba a dejar que volvieses sola a casa.

Aunque sabía que lo había dicho con buena intención, me indigné solo para hacerlo rabiar.

—Eso ha sido tan...

—¿Cursi? —propuso.



—Estúpido —declaré—. Soy perfectamente capaz de volver sola a casa. No seas...

—¿Y si dijera que la única razón por la que estoy aquí es porque quiero pasar más tiempo contigo? —me interrumpió. Me arrojé con su sudadera y lo miré.

—Eso sí que sería cursi.

—Entonces, me autoproclamo un auténtico, asqueroso y apasionado chico cursi. —Me empecé a reír y entonces añadió—: Eh, no te rías. Estoy hablando en serio. Últimamente soy así de verdad, y es culpa tuya.

Me quedé extrañada.

—¿Culpa mía?

—Tú me has vuelto así.

Me mordí la mejilla y me quedé en silencio; nada de lo que podría haber dicho habría estado a la altura. El silencio se volvió incómodo, y Nash aceleró el paso. Puesto que quería evitar seguir así, corrí hasta él y le cogí el brazo para que lo pusiera encima de mis hombros. Entonces, para romper el hielo, le pregunté:

—¿Cuál es tu canción favorita?

—¿Cómo dices?

—Que cuál es tu canción favorita —repetí.

—¿Se puede saber a qué viene esto?

Me encogí de hombros.

—Tengo curiosidad, ¿cuál es?

—Sigo pensando que eres muy rara —me confesó—. En realidad, no tengo una canción favorita. Cada vez que escucho una, pienso que nunca encontraré otra mejor. Luego, oigo una distinta y cambio de opinión. Siempre me pasa lo mismo.

—¿Y tu color favorito? El azul, ¿verdad?

Aunque quiso parecer neutral, no pudo; se quedó sorprendido y me sonrió.

—¿Cómo lo sabes?

—A todo el mundo le gusta el azul —dije, y continué con mi interrogatorio—. ¿Y tu olor preferido? —¿Qué clase de pregunta es esa?

—Vamos, responde.

Se aguantó la risa y, cuando lo miré, vi que le brillaban los ojos.

—El tuyo.

Había sido bonito, pero absurdo. Ni siquiera yo sabía a qué olía.

—¿Número de la suerte?

—Veintidós. Hoy. El segundo día de febrero. El dos del dos.

—Interesante. ¿Asignatura favorita?

—¿El recreo cuenta?

—No.

—Pues ninguna.

Me reí.

—Si tuvieses que llevarte tres cosas contigo a una isla desierta, ¿cuáles serían?

Fingió pensárselo durante un rato.

—Un barco para escapar, un mapa y a Jayden. Fruncí el ceño.

—¿A Jayden?

—Sí, para dejarlo allí.

Eso me hizo gracia. Luego nos miramos a los ojos y le pregunté:

—¿Descripción de tu chica ideal?

—¿Física o moralmente hablando?

—Las dos.

—Tú.

Hacia rato que mi corazón latía mucho más rápido de lo normal.

Antes de que me diera tiempo a pensar en otra pregunta, me percaté de que ya estábamos en mi barrio. Todas las casas tenían las fachadas pintadas de blanco y la luz del porche encendida. Además, muchas —entre ellas, la mía— tenían plantas colocadas en los extremos de las escaleras que aumentaban la belleza de la calle.

Continuamos andando hasta que llegamos a mi casa. Una vez allí, Nash se aclaró la garganta y me quitó lentamente el brazo de los hombros. Apostaba a que él tenía tan pocas ganas de marcharse como yo de que se fuera.

Me mordí el labio.

—Ha sido divertido. Muchas gracias por invitarme, Nash. Me lo he pasado muy bien.

Esbozó una pequeña sonrisa.

—Gracias a ti por venir. Sin ti, habría sido un auténtico aburrimiento. Habría tenido que pasarme la tarde vigilando a Mike y manteniéndolo lejos de Aro a.

—Bueno, quizás acaben juntos algún día.

Nash arrugó la nariz.

—Lo dudo. Son muy diferentes.

«Ya, y nosotros también».

—A mi prima le has caído bien, ¿sabes? Y Sidney no ha querido separarse del libro que le has dado en todo el día. —Cogí aire, aliviada—. Piensa que eres genial.

En la oscuridad de la noche, nos quedamos en silencio, mirándonos; él tenía los labios entreabiertos y yo era incapaz de ver sus pecas, pero sus ojos seguían brillando tanto como siempre.

Una luz se encendió a mis espaldas, en el salón de casa. Apenada, me volví hacia él.

—Tengo que irme —dije, y empecé a quitarme la chaqueta.

—Si quieres puedes quedártela y mañana me la devuelves.

Solté una risita, negué con la cabeza y le doblé la sudadera antes de devolvérsela.

—Yo voy a entrar en casa ahora mismo y tú vas a tardar bastante en llegar a la nave. Está bien que seas un poco idiota de vez en cuando, pero tampoco te pases. Hace frío.

Aunque parecía querer replicar, cogió la chaqueta, se la echó al hombro con cuidado y me sonrió.

Entonces, me acerqué a él, puse las manos sobre sus mejillas y me incliné para darle un beso en los labios. Sentí mariposas en el estómago cuando me puso las manos en las caderas para acercarme aún más, y me di cuenta de que estar con él me hacía sentir cada vez más segura.

Cuando nos separamos, apoyó la frente sobre la mía y exhaló.

—¿Sabes una cosa? —me susurró.

Cerré los ojos.

—Dime.

—Creo que me estoy enamorando de ti.

\* \* \*

Llamé a la puerta. Al otro lado, Dylan refunfuñó porque no quería visitas; los últimos días había estado encerrado en la habitación a solas, y solo salía para comer o ir al baño. Llevaba más de una semana así, y eso no podía seguir igual.

Apoyé la cadera contra la puerta. Era la quinta vez que intentaba hablar con él y sacarlo del cuarto y, aunque hasta ahora no había funcionado, no me rendí.

Abrí la puerta y metí la cabeza en la habitación. Solo con oírme respirar, pareció ponerse de mal humor. Me miró con desdén y, de forma muy irrespetuosa, contestó:

—Lárgate.

—Dylan, escucha...

—No quiero hablar contigo. Vete.

—Llevas días sin bajar a desayunar con nosotros. ¿Podrías...?

—No.

Me mordí la lengua para no estallar. Estaba intentando ser paciente y mantener la calma.

—Por favor, Dylan. Mamá está preocupada por...

—Cállate, ¿vale? No me interesa lo que sea que tengas que decirme. Ya te he dicho que te vayas.

—¿Y Lizzie? —añadí, porque sabía que era su punto débil—. Llevas días sin hablarle. Ella no tiene la culpa de nada. Piensa que la odias.

—No la odio.

—Ella cree que sí.

Suspiró, cansado.

—Vete, Eleanor. No quiero discutir de nuevo.

—Entonces, deja de ser tan inmaduro y sal —le solté.

—¿Yo, inmaduro? No me hagas hablar.

—No tienes nada que decir; eres un inmaduro. Les estás haciendo daño, ¿acaso no te das cuenta?

—No hables como si fuese el malo de la película.

—Vas a acabar convirtiéndote en eso si sigues así.

—¿Sabes qué? —Al final acabó estallando—. Ya he tenido suficiente. Fuera.

Desde que había llegado, Dylan había estado tumbado en la cama sin moverse. Por eso me asusté cuando se levantó de golpe y se acercó a mí; nos quedamos cara a cara, me puso las manos sobre los hombros y me empujó hasta sacarme del cuarto.

—Eres un...

Cerró la puerta antes de que pudiera terminar la frase. Oí como se apoyaba en la pared y dejaba caer su espalda hasta sentarse en el suelo. Deseé con todas mis fuerzas que no se hubiera puesto a llorar, porque habría sido incapaz de soportarlo.

Desde que mamá y él tuvieron esa discusión tan acalorada, en casa había mucha tensión; a la hora de comer siempre estábamos en silencio y, como Devon ya no tenía a nadie con quien hacer bromas y hacernos reír a todos, la familia entera parecía estar sumergida en una burbuja de tristeza y amargura. Dylan incluido.

Por lo que a mí respecta, esa situación había afectado a mis estudios: últimamente, me faltaban ganas para estudiar o hacer los deberes, y tampoco quería ir al instituto. De hecho, de no ser por Devon, que me metía en el coche a rastras y me llevaba a clase, ya habría acumulado una buena cantidad de faltas de asistencia.

Ni siquiera recordar la conversación que había tenido con Nash el día anterior me hizo sonreír cuando, al revisar mi horario de clases, descubrí que la primera asignatura era francés. La única que compartía con Jayden.

La última persona a la que me gustaría ver.

Entré en el aula de la señora Jameson y me senté en primera fila. Para mi sorpresa, Scott ya estaba allí. Mientras yo me entretenía sacando los cuadernos de la mochila, se acercó para colocarme bien el flequillo y se sentó a mi lado.

Me volví hacia él con el ceño fruncido y pestañeeé, incrédula. Nunca lo había visto tan guapo; llevaba el pelo peinado hacia arriba, totalmente engominado, y las cejas menos peludas que de costumbre. Quizás había

perdido peso, o tal vez la camisa negra que llevaba le hacía parecer más delgado, pero estaba increíble.

Además, cuando Chris entró en clase, se le escapó una sonrisa enorme.

—Hola, Christopher.

—Qué pasa, Scott.

Parpadeé, sorprendida. ¿Acababan de llamarse por sus nombres completos? Sí, definitivamente acababan de hacerlo.

Anonadada, seguí a Chris con la mirada hasta que se sentó en una de las mesas del fondo. Luego, me volví hacia Scott con los ojos como platos. Él estaba completamente absorto; se toqueteaba los rizos con cuidado, como si quisiera que todos se mantuviesen en su sitio.

Cuando se dio cuenta de que lo observaba, me miró y tragó saliva.

—¿Vosotros...? —balbuceé—. Ay, Dios. ¿Desde cuándo tú...? ¿Estás hablando en serio? No tenía ni idea de que... ¡Madre mía, Scott! ¡Ni se te ocurra negármelo! ¡Sé perfectamente cuando dos personas...!

—¿Puedes hablar más bajo? —me interrumpió, hablando de forma entrecortada—. Estamos en un sitio público.

—¿Qué?

—No quiero que nadie se entere.

A pesar de eso, yo seguía teniendo ganas de chillar de emoción.

—Entonces, ¿es verdad?

Sus mejillas se tiñeron de rojo, lo que me recordó a Nash. ¿Por qué no me lo podía sacar de la cabeza?

—No. O sea, sí. Quiero decir... —Trago saliva—. Creo que estamos hablando de cosas distintas...

No pudo continuar. En ese preciso instante, la señora Jameson entró en el aula, seguida de Jayden, su alumno favorito. Le miré de reojo hasta que se sentó en la tercera fila, al final de la clase, como siempre. Solo que esta vez no estaba con Grace; ella había escogido un pupitre al otro lado de la clase, junto a uno de mis antiguos socios: un amante de los videojuegos al que Olivia solía llamar *Edward el Rarito*.

Fruncí el ceño y miré al frente. ¿Se habrían peleado?

La verdad es que me daba igual, no me importaba en absoluto. Ambos eran una pesadilla y no tenía por qué preocuparme por ellos.

—Seguiremos hablando de esto después —le susurré a Scott, y él asintió con la cabeza.

Sin embargo, después de cincuenta y cinco minutos de clase, cuando sonó la campana, se marchó tan rápido que ni siquiera me dio tiempo a despedirme. Solté un suspiro mientras guardaba mis libros en la mochila; era evidente que estaba intentado evitar la conversación, por lo que tendría que recurrir a Olivia y sus dotes de persuasión durante el almuerzo para que nos explicara qué estaba sucediendo.

Salí de clase y vi en el horario que la siguiente asignatura era matemáticas. Solo faltaban cinco minutos para empezar y, como no me apetecía quedarme encerrada en un aula otra vez, pensé en hacer ver que me había entretenido para perderme una parte de la clase, aunque eso fuera irresponsable.

Giré a la derecha en el siguiente pasillo, que era el de las actividades extraescolares. Como las aulas solo abrían por la tarde, a esa hora no había nadie, por lo que era un buen lugar donde esconderse.

Tan silenciosa como pude, me apoyé en la pared, saqué el móvil de la mochila y luego la dejé caer al suelo. Al encenderlo y ver que tenía dos mensajes nuevos de Nash, me resultó imposible no sonreír.

Justo cuando los iba a leer, oí un grito proveniente de una de las aulas.

—¡Lárgate!

La voz resonó por el pasillo y me puso la piel de gallina. De inmediato, un chico salió de la clase que había al final del pasillo. Pegué la espalda a la pared para que no me viese, aunque, al fijarme en quién era, me quedé sorprendida.

¿Qué diablos estaba haciendo Nash allí?

—Eso es, Anderson. ¡Desaparece de mi vista!

Entonces, lo entendí todo; había vuelto a pasar. Nash volvía a ser víctima de acoso escolar, y yo sabía perfectamente quién tenía la culpa.

Me dejé llevar por toda la ira y rabia que sentía dentro y, sin pensarlo dos veces, entre en el aula cuando Nash ya se había ido. Cerré la puerta, cogí aire y, sin que me viera venir, golpeé a Jayden en el pecho con ambas manos y lo empujé. Odiaba tener que entrometerme, pero no iba a permitir que la historia se repitiera.

—¿Pero a ti qué narices te pasa?! Me dijiste que no ibas a hacerlo nunca más —le reproché.

—¿Vienes a defender a tu noviecito, rubia? —dijo con una sonrisa burlona.

—Ni se te ocurra volver a llamarme así —le advertí—. ¿Se puede saber de qué vas? Él no se merece esto, déjale en paz. Me dijiste que lo harías.

Bostezó con cansancio y se apoyó en la mesa del profesor. Entonces, pensé que, si no salía pronto de allí e iba a clase, acabaría teniendo problemas; al fin y al cabo, estaba en un aula prohibida en vez de estar en clase de matemáticas.

—He cambiado de opinión.

—Eres despreciable.

—¿Has acabado ya o piensas seguir dándome clases de moral?

—Entiendo que Grace te haya dejado; seguro que le daba asco salir contigo —le respondí con rabia.

Para mi sorpresa, aunque pensaba que ese sería su punto débil, él se rio.

—En realidad, te equivocas. Fui yo quien dejó a Grace. A ella le encantaba salir conmigo, y apuesto a que cientos de chicas se morirían por haber estado en su lugar. —Rodeó la mesa central del aula y se sentó sobre ella—. De todas formas, eso ya no importa. Es cosa del pasado. Ahora estoy soltero, rubia.

Volvió a levantarse y se detuvo frente a mí.

No sabía si su personalidad había cambiado o si de verdad había sido siempre así, pero tenerlo cerca me dio mucho asco.

—Completamente soltero —recalcó, en un susurro.

—Eso es porque nadie te soporta.

—Pareces muy convencida de lo que estás diciendo.

—Eres una mala persona, Jayden. Hundes a los demás para subirte encima de ellos y parecer más alto. Eso te hace repugnante.

Mientras se me acercaba aún más, sonrió.

—Bueno, quizás tengas razón.

—Y ni siquiera te avergüenzas de ello —añadí, apretando los dientes.



Jayden inclinó suavemente la cabeza hacia mí.

—No lo hago —me susurró—, porque es muy divertido. Como verte enfadada. No hay nada que me divierta más que eso.

—Eres tan... —No fui capaz de terminar. Me acarició la mejilla con las yemas de los dedos; entonces reaccioné y me aparté de él—. ¿Qué diablos crees que estás haciendo? No me toques.

—Oh, vamos, Eleonor. Juguemos un poco.

—Déjame en paz.

Volvió a reírse.

—Antes te he dicho que estoy libre de compromisos —repuso, enredando uno de mis mechones con el dedo. Sacudí la cabeza para que dejase de hacerlo—. Si quieres, puedo demostrártelo.

Se acercó hasta que nuestras narices casi se rozaban, y eso me puso muy nerviosa; me empezó a doler el pecho y sentí un nudo en la garganta. Tragué saliva y le insistí:

—Si quieres demostrarme algo, que sea que no eres tan mala persona. Déjale en paz, Jayden. Nash no merece que lo trates así.

Pero él sacudió la cabeza.

—No puedo hacer lo que me pides. ¿De qué forma iba a divertirme entonces?

Eso fue la gota que colmó el vaso.

—Eres patético —le recriminé—. Patético, despreciable y tan...

No pude terminar la frase.

Antes de que me diese tiempo a decir nada, Jayden me besó.

Me sentí impotente; me besó con fuerza y clavó sus dedos en mi cintura para mantenerme cerca de él, como si supiera que lo único que quería era mandarlo a la otra punta del aula de un puñetazo. Sin embargo, aunque intenté moverme para escapar y quitármelo de encima, no lo conseguí.

Me había quedado completamente paralizada.

No podía dejar de pensar en que él, Jayden, me estaba besando. El mismo chico del que había estado enamorada desde que entré en secundaria, pero que, con el paso del tiempo, me había demostrado la horrible persona que era. Se había dedicado a hacerle la vida imposible a

Nash durante más tiempo del que podría imaginar, le había hecho sufrir; y ahora me estaba besando.

Y yo no estaba haciendo nada por evitarlo.

Porque no podía.

«Este barco se te ha quedado pequeño. Ahora mi río es todo tuyo».

En cuanto Jayden se apartó de mí, estallé. Le puse las manos en el pecho para evitar que se acercara otra vez, y vi algo en sus ojos que me hizo pensar que quizás se arrepentía de lo que había hecho.

—Suéltame —le pedí, al borde de las lágrimas. Me sentía muy impotente, pero no iba a dejar que me viese llorar.

Mientras tanto, en mi cabeza no dejaba de repetirse lo que había vivido hacía unas horas; todas las palabras de Nash se me clavaron en el pecho como estacas.

«Creo que me estoy enamorando de ti».

Aunque me hizo caso, la expresión de Jayden cambió. Volvió a asumir el papel de imbécil y sonrió.

—Vaya, no besas tan mal como creía —canturreó mientras recogía sus cosas—. Es una pena que estés con un chico como él. Si te sacases más partido, podrías salir con quien quisieras. Te mereces a alguien mucho mejor, rubia. Créeme.

La crueldad que transmitía su voz me dejó en blanco. Quería replicarle e insultarle a gritos, pero no tenía fuerzas para hacerlo. Además, sentía un dolor horrible en el pecho que no me dejaba respirar.

La culpabilidad.

¿Por qué no me había apartado a tiempo?

Pavoneándose, Jayden caminó hasta la puerta y me miró por encima del hombro antes de marcharse.

## 32. Segundas oportunidades

Anduve los cincuenta metros que me separaban de ellos y solté la bandeja sobre la mesa en la que estaban Olivia y Scott. Cuando llegué, él me saludó y ella me reprochó que no hubiera asistido a clase de matemáticas, pero yo no les respondí, sino que me quedé mirando fijamente el banco donde yo me solía sentar.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, desde la punta de los pies hasta la coronilla, y me estremecí con ligereza.

Nash todavía no había llegado.

Por un lado, eso me daba tiempo para pensar cómo se lo iba a contar y, por el otro, ya había tenido el suficiente. Durante la clase de historia, había estado pensando distintas maneras de decirle lo que había pasado sin mentiras ni tapujos, puesto que la sinceridad era lo mejor en estos casos.

Pero no encontraba la forma de hacerlo.

Solo con imaginar la cara que pondría cuando se enterase de lo que había pasado, de lo que yo había dejado que Jayden hiciera, se me ponían los pelos de punta.

—¿Puedo sentarme aquí? —pregunté, con un nudo en la garganta. Scott me miró como si fuese idiota y me hizo un gesto para que me sentara frente a ellos. Yo negué con la cabeza y añadí—: No, no ahí. Aquí.

Ambos me miraron confusos y, cuando me di cuenta de que no dejarían que me sentara sin hacerme un interrogatorio antes, me senté entre ellos sin pedirles permiso.

Tenía la rodilla de Olivia clavada en la parte inferior del muslo y el codo de Scott rozándome el estómago. Era muy incómodo estar así; ese

lado del banco era demasiado pequeño para los tres.

Ni siquiera tenía espacio para ponerme la mochila sobre el regazo, como solía hacer normalmente, así que me limité a apoyar los brazos sobre la mesa y mi cabeza sobre ellos.

No me gustaba ese sitio. Hacía mucho tiempo que no me sentaba de esa forma; desde que éramos cuatro (contando a Nash), solía comer en el otro banco, a su lado.

Era divertido robarle las galletas, escondérselas y hacer que las buscara. Nadie entendía esos pequeños juegos, pero, para mí, el descanso del almuerzo se había convertido en mi momento favorito del día.

Y ahora, por mi culpa, todo eso había desaparecido.

Por culpa de Jayden.

Nos quedamos en silencio cuando alguien me tapó los ojos por detrás. Escuché reír a Olivia y percibí un olor que me resultaba muy familiar. Sus manos, a diferencia de las mías, eran grandes y suaves. Mi corazón empezó a bombear con rapidez cuando me di cuenta de quién se trataba.

—Adivina quién soy.

—¿Nash? —titubeé.

Le cogí las manos y se las aparté con suavidad. Al abrir los ojos, lo primero que vi fue su rostro lleno de diversión. Tenía el pómulo derecho un poco más levantado que el izquierdo y algunas de las pecas le quedaban ocultas por las arrugas de la frente.

Había tantos detalles, tantas peculiaridades en su físico que lo hacían especial, que era difícil creer que se quisiera tan poco a sí mismo. Resultaba casi imposible pensar que alguien pudiera preferir a otra persona antes que a él.

Pese a eso, yo le había fallado. Había dejado que Jayden me besase, porque no me había apartado a tiempo. Y ahora no se lo podía contar sin hacerle daño. Dijera lo que dijera, aunque pensase en mil formas diferentes de explicárselo, iba a herir sus sentimientos.

—Has acertado —me susurró.

Con la intención de evitar mirarle a los ojos, los cerré y apreté los labios con fuerza. Entonces, noté como Scott se levantaba para dejar que Nash se sentara conmigo.

Estaba tan cerca que nuestros brazos se tocaban. Me pregunté si sería capaz de escuchar mi corazón latiendo a mil por hora.

—Y luego decís que yo soy la infantil —comentó Olivia frente a mí. Entonces me di cuenta de que ella también se había cambiado de sitio.

—Eres infantil —replicó Scott, burlón.

—Por lo menos yo no parezco un pitufo colorado.

—¡Deja de meterte con mi altura!

Olivia se ríó por lo bajo y le sacó la lengua a Scott, que se limitó a poner los ojos en blanco y comer la sopa mohosa con la que, día a día, la señora Duncan intentaba envenenarnos. Por un momento, deseé que se atragantase con ella, o que le entraran ganas de vomitar y le diagnosticaran una contaminación estomacal; cualquier cosa con tal de poder irme del comedor sin que nada, ni nadie, me siguiese.

Necesitaba salir de allí. Tenía que hacerlo.

—Eh. —Al escuchar la voz de Nash murmurándome al oído, me sobresalté. No sabía que estaba tan cerca. Al ver mi reacción, empezó a reírse, pero dejó de hacerlo cuando se percató de que yo seguía seria—. Oye, ¿estás bien? ¿Ha pasado algo? Estás muy callada y... seca. Pareces deprimida. No me gusta verte así. —Se mordió el interior de la mejilla, dudoso—. ¿Has vuelto a discutir con tu hermano?

Mi respuesta fue automática, como si fuera un robot.

—Algo así. —Me aclaré la garganta—. Él no..., ya sabes. Es... difícil de explicar.

A pesar de que intenté mantener la vista fija al frente, lo miré cuando asintió con la cabeza. Me pregunté cómo había sido capaz de entenderme si, en realidad, no había dicho nada que tuviese sentido.

De todas formas, ¿por qué diablos le había mentado?

Tenía que contarle la verdad, pero me daba miedo.

Seguía siendo una cobarde. Ese era el problema.

—Sabes que me tienes aquí para todo, ¿verdad? Quiero que sepas que, si necesitas hablar de ello, yo doy muy malos consejos... Pero por ti puedo intentarlo.

Empecé a sentir un nudo en la garganta.

—Lo sé. Gracias.

Nash sonrió y me acarició la mejilla con los dedos. Estaba tan nerviosa que desvié la mirada hacia otro lado, pero entonces me encontré con esos ojos verdes que me pusieron la piel de gallina. Jayden estaba sentado en una mesa muy cercana a la nuestra, y no dejaba de observarnos.

No me di cuenta de que estaba muy tensa hasta que escuché la voz de Nash.

—¿Seguro que estás bien?

Me volví rápidamente hacia él, con el corazón en la boca.

—¿Qué? Sí, sí... No te preocupes.

Tuve ganas de gritarle que era mentira y que me sentía fatal, pero me contuve. No podía contárselo delante de mis amigos.

«Eres una mentirosa».

Me sentía terriblemente mal conmigo misma y, además, Jayden seguía atormentándome con su mirada. Por eso, cuando Nash me cogió de la barbilla para besarme, negué con la cabeza y lo aparté.

—No —le pedí, con la voz temblorosa—. Para, por favor.

Sus ojos se llenaron de dolor, confusión y vergüenza. Me sentí la peor persona del mundo; le había hecho daño igualmente, aunque lo hubiera intentado evitar. Rápidamente, se alejó de mí y miró a Scott y Olivia durante el resto del descanso.

\* \* \*

Escribir siempre había sido la mejor forma de aclarar mis ideas. Aunque solo con pensar lo que había pasado sentía ganas de vomitar, puse los pies encima de la mesa, apoyé la espalda en el respaldo de la silla y saqué mi cuaderno.

Escribí el nombre de Jayden, el de Nash y el mío; luego dibujé tres flechas entre los nombres que formaron un triángulo, pero ¿de verdad podía describir mi situación como «un triángulo amoroso»?

De eso nada.

Todo era mucho más complicado. No solo estábamos Jayden, Nash y yo, sino también Julie y Agatha. E incluso Grace, Olivia y Scott. Los roces

que habíamos tenido, todas nuestras peleas, tenían importancia. Y eso era un factor que debía tener en cuenta.

Si no hubiese sido por Scott y su orgullo, nunca habría llegado a trabar una amistad con Nash; lo nuestro se habría quedado en una simple relación de conocidos, en la que él pensaría que estaba chiflada. Por otro lado, de no ser por Olivia, seguramente nunca le habría visto como algo más que un amigo, como lo que éramos ahora.

Agatha y Grace habían sido importantes porque, aun formando parte de un terrorífico *squad*, nos habían ayudado a unirnos todavía más. Habíamos afrontado juntos todos los problemas que ellas nos habían provocado. Y Julie...

En fin, Julie.

Partiendo de esa base, pasé rápidamente de página e hice un dibujo distinto; esta vez, el esquema representaba perfectamente mi realidad. Era una línea recta, en la que mi nombre estaba escrito al principio y el de Nash, al final. Entre nosotros estaban todos los demás, en letra pequeña, casi inentendible: Scott, Olivia, Agatha, Grace y Julie.

Justo detrás de ellos, había un espacio en blanco. Cogí una gran bocanada de aire y me di cuenta de que me faltaba el de Jayden.

Una vez escuché que una de las claves de la vida es identificar los errores y aprender a solucionarlos. Yo ya había cumplido una de las partes del proceso, así que solo me faltaba la segunda. Con todas mis fuerzas, apunté el nombre de Jayden donde correspondía: casi al final de la lista.

Viéndolo de esta forma, Jayden no era más que un pequeño problema que se interponía entre nosotros. Alguien sumamente egoísta que hacía sufrir a los demás para reírse de ellos. Solo era un obstáculo más que saltar.

Quizás había llegado el momento de apartar la piedra del camino en lugar de seguir llevándola encima. Podíamos superarlo, estaba segura, y la mejor forma de hacerlo era hablando con Nash. Era lo más sensato.

Justo cuando cogí el móvil para mandarle un mensaje, alguien llamó a la puerta. Extrañada, grité un «¡adelante!» que resonó por toda la sala y esperé.

Él entró en la sala. Tenía los ojos marrones, la nariz chata y estaba

sonriendo. Me quedé perpleja, aunque lo que más me impactó fue verlo y recordar que, si las cosas no cambiaban, pronto seríamos familia.

—¿Puedo entrar? —me preguntó Lucas—. Olivia me ha dicho que estabas aquí. Creo que tenemos mucho de que hablar.

Asentí con la cabeza.

—Sí, claro. Pasa.

—Genial.

Cruzó la sala, se sentó frente a mí y yo bajé los pies de la mesa. Estábamos solos en el aula contigua a la sala común de UAG, que los voluntarios me habían ayudado a decorar y amueblar como un despacho. Solíamos utilizarla para reuniones con los profesores —o incluso el director— si recibíamos quejas o sugerencias. Por eso, en ese momento me sentía como una importante empresaria atendiendo a uno de sus trabajadores.

—¿Cómo estás?

—Bien —me limité a responder—. ¿Y tú?

—Perfectamente.

—Me alegro.

—Escucha, Eleonor...

—Si has venido a darme una charla y decirme que debería aceptar a tu padre tal y como es, porque mi madre le quiere y es feliz con él, quiero que sepas que estás perdiendo el tiempo. Yo no soy el problema. Hace tiempo que lo acepté.

Lucas se mostró algo sorprendido al principio, pero reaccionó y sacudió la cabeza.

—No he venido a eso —me aclaró—. Sé que el otro día... Bueno, sé que no os sentó nada bien que mi padre y yo fuésemos a cenar a vuestra casa. Tu hermano se enfadó mucho y yo me comporté como un auténtico idiota. No actué como es debido. Además, fui muy borde y no quise hablar con nadie. Y menos contigo. Por eso, creo que...

—Lucas, estoy hablando en serio. Pierdes el tiempo.

—Para, por favor. Estoy intentando disculparme.

Fruncí el ceño.

—No tienes que disculparte por nada. Tú no tienes la culpa de que mi



madre haya encontrado a otro hombre. Deja de...

—No es por eso —me quedé perpleja—. Quiero pedirte perdón por todo lo demás. Yo lo sabía, Eleonor. Papá me lo dijo poco después de que empezasen las clases. Si no te lo conté, fue porque apenas te conocía. Además, habíamos empezado con muy mal pie. Prácticamente te eché todo mi desayuno en la cara el primer día —sonrió al recordarlo—. Que, por cierto, también me disculpo por eso. Luego vinieron todas esas veces en las que nos viste..., en las que nosotros... Oh, Dios. No sé cómo decirlo... Ya sabes, le hacíamos todas esas cosas horribles a tu amigo y...

—¿Te refieres a Nash?

Lucas asintió.

—Sí. Supongo que todo eso te ha llevado a odiarme, y la verdad es que lo entiendo. He tratado de ser agradable contigo desde que papá me lo contó, pero sé que te he fallado muchas veces. Traté mal a Nash, lo ridiculicé y... Joder, me siento fatal por haberlo hecho, de veras. Solo quiero que nos llevemos bien, Eleonor. No tengo ni idea de a dónde irá a parar esa relación, si seguirá bien o si se irá al garete, pero no quiero que me odies. Soy mejor persona de lo que aparento. Por favor, déjame demostrártelo.

—No es conmigo con quien tienes que disculparte —repuse. Mi tono de voz sonó mucho más seco de lo que pretendía.

No hacía falta decir nada más para que me entendiera.

—Lo sé. Y si con eso consigo empezar a caerte bien, lo haré —sus ojos se clavaron en los míos, suplicando—. Quiero que seamos amigos. O incluso algo más. Soy hijo único, nunca he tenido hermanos y tu madre sale con mi padre. ¿Y si eres la única oportunidad que tengo de tener una familia de verdad? No puedo desaprovecharla. Tus hermanos me aceptarán tan rápido como tú lo hagas. Te lo ruego, dame una oportunidad.

—Lucas...

—Te lo pido por favor —insistió—. ¿Quieres que le pida perdón a Nash? Bien, lo haré. Puedo hablar con Agatha para que le deje en paz y le diré a Grace que si vuelve a acercarse a él, o a ti, se las verá conmigo. Yo no tuve nada que ver en lo que ellas te hicieron; sé que no vas a creerme, pero intenté evitarlo. Y todas las veces que insulté a Nash... no lo hacía en

serio, ¿vale? Ni siquiera lo conozco. Solo hago lo que ellos quieren que haga. Y no estoy intentando que me consideres inocente, pero tampoco soy un monstruo. Me he propuesto cambiar. Por favor, créeme.

En lugar de responder, me mordí el labio y le observé detenidamente. Ya no estaba sentado frente a mí; se había puesto de pie y estaba inclinado hacia adelante, con las manos apoyadas sobre la mesa y lleno de desesperación.

Nunca había creído en las segundas oportunidades. Quizás resultaba difícil de creer teniendo en cuenta que, a ojos de todos, era una chica amable, alegre y comprensiva con los demás, pero la verdad era que me costaba mucho perdonar a quien me hería. Era una persona muy rencorosa, sobre todo conmigo misma.

Me resultaba imposible perdonarme los errores, por muy pequeños e insignificantes que fueran.

Siendo así de dura conmigo misma, ¿cómo no iba a serlo con los demás? El quid de la cuestión estaba en que, tal vez, la mejor forma de conseguir una cosa era haciendo la otra. Si aceptaba las disculpas de Lucas, si perdonaba sus errores, quizás podría hacer lo mismo con los míos.

Además, parecía muy arrepentido. Y, analizando a fondo la situación, nunca me había hecho daño de verdad. Al menos, no a mí. No tenía por qué ser tan dura con él, aunque tampoco podía confiar plenamente en sus palabras. Al fin y al cabo, era amigo de Jayden.

Pero ¿de verdad quería seguir guardándole rencor el resto de mi vida?

—Por favor, perdóname. Estoy hablando en serio. Haré lo que sea — repitió en voz baja.

Lo miré unos segundos y le dije:

—Está bien.

No tenía nada que perder.

Al principio, Lucas no pareció creérselo. Se mostró receloso y frunció el ceño con desconfianza. Pese a eso, cuando se dio cuenta de que yo también estaba hablando en serio, sonrió como nunca. Sus ojos, que eran exactamente iguales que los de su padre, se achinaron con alegría, y le salió un hoyuelo en la mejilla derecha.

Nunca antes le había visto así. Su expresión transmitía tanta felicidad que se me contagió y me hizo sentir valiente. Por un momento, tuve la esperanza de que el mundo fuese justo conmigo.

Necesitaba hablar con Nash.

No quería pensármelo más tiempo. Me levanté de golpe y me dirigí a la puerta. Lucas me siguió, seguramente extrañado por mi comportamiento. Justo cuando estaba a punto de volverme hacia él para decirle que tenía que irme, me abrazó.

—Gracias.

Su voz sonó lejana, como si estuviera a miles de kilómetros. Sin embargo, estaba rodeándome con los brazos y estrechándome con fuerza. Cuando puso la barbilla sobre mi hombro, sentí su aliento en mi nuca. Entonces cogí aire, cerré los ojos y lo abracé.

—No hay de qué —dije.

Pasados unos segundos, me soltó y dio un paso atrás. Todo esto sin dejar de sonreír.

—Tengo que irme —me dijo, llevándose una mano a la nuca. Se revolvió el pelo con nerviosismo—. La profesora de inglés me matará si llego tarde. Te veo luego, ¿vale?

—Vale.

No intercambiamos ni una palabra más. Después de esto, Lucas me sonrió y se perdió entre los pasillos del instituto. Yo me quedé observando el umbral de la puerta durante unos minutos. Cuando me hube asegurado de que no iba a volver, solté un profundo suspiro.

Solo esperaba haber hecho lo correcto.

### **33. ¿Cómo se besa a alguien por accidente?**

Conforme me acercaba a la puerta del instituto, fui reduciendo el paso y apreté los labios con fuerza. Me temblaban las rodillas y, por si eso no era suficiente, había tantas cosas en mi cabeza que me faltaba tiempo para pensar en todas.

Inhalé profundamente y miré la hora; eran las tres menos veinticinco, así que el descanso estaba a punto de terminar. Seguro que, después de comer, muchos alumnos habían dado vueltas sin rumbo por los pasillos y otros habían ido directamente a clase.

Sin embargo, lo que me preocupaba era saber dónde estaba Nash.

¿Estaría con Scott y Olivia en la cafetería? ¿Con Julie en el pasillo? ¿Tal vez en una de las aulas, repasando para un examen o adelantando deberes? Había tantas posibilidades que me costaba centrarme solo en una. ¿Y si hoy no había ido al instituto? La verdad es que eso simplificaría mucho las cosas. Llevaba más de dos días evitándolo, corriendo de aula en aula, mirando el pasillo antes de torcer en una esquina; todo esto para no verlo, y no me apetecía encontrármelo.

Estaba siendo una cobarde.

Con Jayden pasaba lo mismo. Siempre que me parecía verle, procuraba marcharme de allí lo antes posible. Aun así, me había cruzado con él en más de una ocasión, sobre todo en clase de francés, aunque no intercambiábamos nada más que miradas llenas de recelo.

Tenía la sensación de que había cumplido mi objetivo: no quedarme a solas con ninguno de los dos. Y todo había sido gracias a que, una vez más, el mundo parecía haberse puesto de mi parte: Nash había

desaparecido y Jayden estaba demasiado ocupado con su estúpida noviecita —seguro que habían vuelto— como para prestarme atención. Pero, a pesar de eso, seguía teniendo miedo.

Entonces, frente a la puerta del instituto, con la mochila echada al hombro, me di cuenta de que me faltaba valentía para afrontar lo que había pasado.

De repente, sonó la campana que señalaba el inicio de las clases. Acelerada, abrí la puerta del instituto, entré, me crucé de brazos y empecé a andar con rapidez. Fui con la cabeza gacha en todo momento porque era la mejor forma de pasar desapercibida. No quería encontrarme con nadie.

De hecho, mi único objetivo era llegar sin entretenerme a la clase de matemáticas, la primera asignatura del mediodía. Pero, justo cuando puse la mano en el pomo de la puerta para entrar en el aula, que estaba desierta, alguien gritó mi nombre.

No sabía qué hacer; una parte de mí quería fingir no haber oído nada y entrar, pero sabía que debía cambiar de actitud y afrontar mis problemas. Me di la vuelta con el corazón en la boca y vi que Olivia se acercaba a mí a toda prisa.

Me relajé cuando vi que Nash no estaba por allí. Olivia había venido sola y, a juzgar por la expresión de su rostro, estaba desquiciada.

Nada más llegar, me puso las manos en los hombros y me dijo:

—Tienes que ayudarme.

Enarqué las cejas. Aunque quería que me soltara, me quedé quieta.

—¿Qué pasa?

—Devon me ha pedido una cita. El viernes.

—¿Y...?

—Que ya he quedado con Mike. El mismo día, a la misma hora. ¡Con dos chicos diferentes! ¡¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?!

Me quedé perpleja. Aunque sabía que mi deber era tranquilizarla, quité suavemente sus manos de mis hombros y le respondí:

—No pasa nada. Si quieres ir con Mike, dile a Devon que te ha surgido algo. Lo entenderá.

—No puedo.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Porque creo que va a pedirme salir —admitió, dudosa—. Ya sabes, de forma oficial. Si no voy, nos quedaremos así para siempre.

Ni siquiera estaba de humor como para sentir náuseas con lo que me estaba diciendo.

—¿Y qué pinta Mike en todo esto?

—No quiero hacerle daño.

—No vas a hacerle daño —contesté, cansada del tema—. Tiene mucha más facilidad que Devon para ligar con chicas. Lo superará.

A lo mejor había sido muy brusca. Me percaté de ello cuando Olivia me miró con los ojos como platos, como si me hubiese vuelto loca.

—¿Mike? ¿Más facilidad que Devon? ¿Para ligar?

—Ajá —reafirmé, asintiendo con la cabeza.

—Pues yo creo que es al revés.

Puse los ojos en blanco.

—Eso es porque estás coladita por mi hermano. No tienes un buen criterio.

—Eso no tiene sentido. Lo que pienso no tiene nada que ver con lo que hay entre tu hermano y yo.

—No, claro que no.

Achicó los ojos.

—¿Estás siendo sarcástica?

—¿Yo?

—¡Estoy hablando en serio! —exclamó—. Es una tontería. Mi criterio es bueno y realista; me baso en los hechos. Mike es muy raro. Ponte en situación: entre Nash y Jayden, ¿quién crees que es más popular entre las chicas?

Escuchar esos dos nombres en la misma frase me sentó como una patada en el estómago. Por suerte, Olivia no pareció notarlo, y me miró con los ojos entornados hasta que, por fin, le respondí.

—Nash. —Al ver que se sorprendía, añadí—: Si Nash fuese menos cerrado a la hora de hablar con la gente, tendría a todo el instituto a sus pies.

Olivia suspiró, aburrida.

—Por supuesto. Y si Mike fuese menos raro, seguramente tendría más amigos. No me vengas con tonterías.

Me mordí el interior de la mejilla. No entendía por qué decía eso. A mí Mike me caía bien, aunque me alegraba de que Olivia se decantase por mi hermano. Se notaba que a Devon ella le gustaba de verdad.

—No es lo mismo —rebatí para defenderme. O para defenderlo. O para defendernos a los dos—. Nash no gusta a las chicas porque no les da la oportunidad de conocerlo.

—Sí, claro.

—Si no te lo crees, mírame a mí.

Nos quedamos en silencio. Olivia me observó con sus grandes ojos durante un rato, como si le costase asimilar lo que acababa de decir, hasta que finalmente reaccionó.

—Como sea —dijo, para restarle importancia al asunto. Se aclaró la garganta y añadió—: Hablando de Nash, ¿sabes dónde está?

Me sentí muy angustiada, pero, como no quería que lo notara, me limité a negar con la cabeza.

—Ni idea.

—Vaya, ¿no has vuelto a hablar con él desde...?

—No —la interrumpí. Olivia asintió lentamente con la cabeza. No pensaba que me arrepentiría de haber hablado con Scott y ella sobre el beso de Jayden, pero cuando vi que me observaba con lástima, deseé no haberlo hecho. Odiaba que la gente me mirase así—. De todas formas, ¿por qué lo estás buscando? —pregunté, tratando de desviar el tema de conversación.

—No lo busco yo, sino Julie —todos mis sentidos se pusieron alerta—. Lleva preguntando por él todo el día. Es una pesada, de veras. Comparto cuatro clases con ella y en todas ha estado hablándome de lo mismo: Nash y su talento, Nash y su maravillosa forma de ser, Nash y su personalidad. Nash, Nash, Nash —soltó un suspiro—. Es muchísimo más pesada que tú. De hecho, tú eres un trocito de pan comparada con ella. Prométeme que siempre serás mi mejor amiga, por favor.

Sus intentos por hacerme reír me hicieron sentir un poco mejor, pero no funcionaron del todo. Me quedé seria, con los brazos cruzados sobre el

pecho, y volví a negar con la cabeza.

—Pues no, no lo he visto.

Olivia sonrió, pero parecía incómoda.

—No importa. Debería irme a clase. Tengo biología, ¿y tú?

—Matemáticas.

—Joder.

—¿Envidia? —bromeé. O lo intenté.

—Y tanto. Vuelve a tocarme con Julie.

Me encogí de hombros.

—Siempre puedes empujarla por las escaleras —propuse. Era una idea innovadora, pero negó con la cabeza.

—Dudo que tirar a alguien desde un segundo piso, con la intención de romperle al menos tres dientes, sea legal. Y no puedo manchar mi expediente, Eleanor. —Esbocé una pequeña sonrisa y ella me guiñó un ojo —. Te veo luego.

Me quedé quieta mientras veía como se alejaba por el pasillo hasta encontrarse con Scott, al que saludó con un choque de puños. Como no habíamos hablado en todo el día, probablemente me haría un interrogatorio si me veía, así que lo mejor era que no se diese cuenta de que yo también estaba allí, de modo que me apresuré a salir del instituto tan rápido como pude.

Fui reduciendo el paso a medida que me alejaba. Sabía que estaba haciendo algo inapropiado, porque los alumnos no podían salir del centro durante las horas de clase. Sin embargo, y quizás por el miedo, los nervios y la ansiedad que sentía, pensé que mi huida estaba justificada.

Se me heló la sangre en el momento en el que lo vi parado frente a mí.

Nash.

—Mmm. ¿Hola?

Me sentí estúpida. Estúpida porque no podía moverme, estúpida porque era incapaz de pensar y estúpida por el hecho de que eso había sido lo único que había conseguido articular en los veinte segundos que llevaba frente a él.

Un saludo que no correspondió.

—¿Nash?



Dije su nombre porque, como estaba de espaldas, quizá no sabía que le estaba hablando a él. Aun así, lo único que hizo fue mirarme por encima del hombro y, justo cuando pensaba que me contestaría, volvió la vista al frente y empezó a andar sin decir nada.

—Eh, Nash. ¿Estás bien?

Sin darme cuenta, había empezado a correr detrás de él. No tardé en alcanzarle y ponerle la mano en la barbilla para que levantara la cabeza. En cuanto la luz del sol le iluminó el rostro, todo pareció detenerse a mi alrededor. Oh. Dios. Mío.

—Nash, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

En lugar de responder, me cogió la muñeca y me apartó. Después, volvió a caminar en completo silencio.

Esta vez tardé más en reaccionar. Clavé la mirada en su espalda y le observé durante unos segundos, aturdida. Pese a que ya no podía verle la cara, la imagen seguía en mi cabeza. Su característica frente llena de pecas, sus iris azules y su nariz respingona... Pero tenía los labios heridos, llenos de pequeños cortes —que seguramente él mismo se había hecho— y los ojos llorosos.

«No, no, no».

—Nash, ¿qué ocurre?

Pese a que no tenía intención de detenerse, lo hizo cuando volví a pararme frente a él. Puse mis manos alrededor de su rostro, e inmediatamente, Nash volvió a apartarme con brusquedad y se alejó de mí. Pero no quise dejar que se fuera.

—Dime qué te pasa —insistí, poniéndole las manos sobre el pecho para evitar que andara de nuevo—. Suéltalo, Nash.

—Lárgate.

Su tono de voz fue tan brusco que me sorprendió. Me llevé una mano a la boca, perpleja, porque entendí qué pasaba. Lo sabía. Nash lo sabía.

«Mierda, mierda, mierda».

Aunque una parte de mí quería contárselo aunque fuera demasiado tarde, no tuve suficiente valentía para hacerlo. Entonces, le repetí:

—No hasta que me digas qué te pasa.

—No me pasa nada. Vete de una vez.

Arrugué su camiseta entre mis manos antes de soltarla. Luego, di un paso atrás. Tenía la boca seca.

—¿De verdad quieres que me vaya?

Nash cerró los ojos con fuerza.

—Por favor —me imploró.

Su voz era tan ahogada que me quedé sin respiración. Se llevó ambas manos a la cara y, después de suspirar, las bajó y me miró por última vez antes de rodearme y continuar andando en la misma dirección.

Cogí aire y lo expulsé lentamente por la nariz. Sabía por qué estaba así, aunque me habría gustado estar equivocada. Necesitaba contárselo. Nash tenía que saberlo. Era ahora o nunca.

Me armé de valor y corrí para ponerme frente a él. Luego, me crucé de brazos. Sabía que, aunque yo intentara evitarlo, me estaba mirando, así que solté todo lo que me atormentaba.

—El otro día me encontré a Jayden en el aula de informática. Te vi salir de allí y supuse que habíais discutido. Me enfadé mucho, así que entré para hablar con él. Tuvimos una pelea bastante brusca y... me besó. —Tragué saliva. No me respondió, sino que se quedó en silencio—. Yo no quería que lo hiciera, Nash, pero...

—No te apartaste —me interrumpió, seco.

Intenté aguantar las ganas de llorar y le respondí:

—Lo siento.

No me di cuenta de que me había vuelto a quedar sola hasta que levanté la cabeza y vi que Nash se había marchado. Aun así, le localicé rápidamente. Seguía delante de mí, pero, en lugar de mirarme, había vuelto a andar en línea recta en dirección a los aparcamientos del instituto.

Corrí detrás de él con todas mis fuerzas y le agarré el brazo para impedir que siguiese.

—Nash, espera. Por favor, no. No te vayas. Fue un accidente, y...

Cuando se volvió a mirarme, sus ojos azules se me clavaron como dos dagas afiladas.

—¿Un accidente? —Soltó una risa llena de amargura—. ¿Cómo diablos se besa a alguien por accidente?

Su tono de voz me resultó tan brusco y seco que no supe responder.

Quise decirle que no era lo que pensaba, que estaba imaginándose las cosas de una forma totalmente diferente a como habían pasado en realidad, pero fui incapaz. Me había quedado en blanco.

—Eso suponía.

Jadeé. Lo que había imaginado como una discusión con gritos y llantos acabó quedándose en nada, porque con Nash sobraban las palabras. No quiso reprocharme nada, ni insultarme, ni chillarme, ni tampoco decirme que estar conmigo había sido la peor decisión que había tomado en la vida. Y la verdad es que hubiese preferido que lo hiciera, porque su silencio me estaba torturando.

Justo cuando pensaba que todo había terminado, añadió:

—¿Sabes qué? —Todo mi cuerpo se puso tenso—. No soy un idiota. Sabía que seguías sintiendo algo por él, pero tenía la esperanza de que le olvidarás. Creía que podía confiar en ti.

—¡Puedes confiar en mí! —estallé. Estaba sacando las cosas de quicio—. No estoy pidiéndote que me perdones, solo que me escuches. Si dejas que te explique...

Sacudió la cabeza.

—Ahórratelo.

Nunca antes me había hablado con tanto desdén. Los ojos me escocían. Mientras debatía interiormente si defenderme o quedarme callada, Nash soltó una última bocanada de aire. Entonces, me miró de una forma muy cruel, la forma en que miras a alguien que te ha decepcionado, y caminó a toda prisa hacia la puerta del instituto.

Me moría de ganas de seguirlo, pero no lo hice.

## 34. Una dolorosa invitación

—¿Quieres un poco de pegamento para tu corazón roto?

Olivia estaba sentada frente a mí, hojeando una revista de moda en cuya portada aparecía ese modelo brasileño que tanto le gustaba. Mientras con una mano pasaba las páginas —tan rápido que supuse que, en vez de leer los artículos completos, se limitaba a mirar las fotografías—, se tocaba el pelo distraídamente con la otra.

Hacía un rato que había dejado de mirar al resto de personas de la cafetería para mirarla a ella, y seguro que se había percatado, porque levantó la cabeza de golpe y me preguntó:

—¿Qué pasa?

—¿Cómo has dicho? —pregunté.

Era una pregunta retórica. En realidad, mi objetivo no era obtener una respuesta, sino hacerle saber que lo que acababa de decir estaba fuera de lugar. Sin embargo, Olivia no se lo tomó así. Tal vez no entendió mis intenciones, o quizás prefirió hacerme sufrir un poquito más.

—He dicho —empezó con lentitud antes de beber el último sorbo de zumo de manzana y dejarlo sobre la mesa— que si quieres un poco de pegamento para los trozos de tu estúpido corazón roto. Lo digo porque he visto una oferta de tres por uno. Sale bastante barato, y es extrafuerte.

—No me refe... —Sacudí la cabeza para olvidar lo que había dicho y fui directa al grano—. No me estás ayudando.

Ella cerró la revista de golpe, lo que me sobresaltó. Al parecer, mi comentario no le había gustado.

—Es que no trato de ayudarte. Estoy intentando hacerte sentir peor.

—¿Perdona?

—¡Deja de autocompadecerte! Llevas días lloriqueando como una idiota, y todo porque eres una cobarde. Quieres solucionar lo que ha pasado, pero no lo haces. Y es estúpido. No eres tú quien tiene la culpa, sino Jayden. Él te besó a ti, te obligó a aceptar ese beso. Si se lo hubieras contado a Nash antes de que se enterase, si hubieses sido valiente, ahora mismo estaría aquí sentado con nosotras. Pero no lo hiciste, y mira cómo habéis acabado. Así que sí, me has pillado; estoy intentando hundirte todo lo posible, porque necesito que te des cuenta de que si las cosas siguen mal entre los dos, es solo porque tú quieres que sea así. —Se llevó una mano a la barbilla y apoyó el codo en la mesa. Mientras tanto, sus ojos inspeccionaron las mesas de nuestro alrededor—. Por cierto, ¿has visto a Jayden? Estoy deseando ver su cara cuando se dé cuenta de que ha conseguido su objetivo de hacer que Nash y tú os separéis.

En vez de dolerme, su sermón me molestó. No podía creer que me estuviera haciendo algo así. Se suponía que era mi mejor amiga. ¿Desde cuándo las mejores amigas se dedicaban a herirse entre ellas? Me sentí traicionada y enfadada con ella. Seguí su mirada hasta ver a Jayden, que estaba sentado junto a Grace en una de las esquinas de la cafetería, y le dije:

—Para tu información, Nash y yo nunca hemos estado juntos.

Resopló.

—Entonces, si yo decidiera empezar a salir con él, ¿no te molestaría?

Apreté los puños por debajo de la mesa.

—Te estás pasando de cruel.

—No, tú te estás pasando de cruel —contraatacó—. Han pasado más de tres días y sigues sin aclarar las cosas. ¿Te ha quedado claro que eres una estúpida o tengo que repetírtelo?

—¡Intenté aclarar las cosas! Pero no me dejó.

—Un «Nash, deja que te lo explique, por favor» no basta. Y menos aun cuando acaba de enterarse y lo único que pasa por su cabeza es lo traicionado y dolido que se siente. Si algo me han enseñado las películas es que esas frasecitas no sirven para nada.

Puse los ojos en blanco.

—Lo que tú digas —murmuré, escondiendo la cabeza entre mis brazos para evitar mirarla a la cara—. De todas formas, también le dije que lo sentía.

—Oh, perdona. Eso lo soluciona todo.

—Incluso me puse a llorar —agregué, como si eso pudiera quitarle algo de razón.

—Él también lo hizo.

Había tocado mi punto débil. Todo el odio y la rabia que yo sentía hacia mí se acentuaron en cuanto escuché esas palabras.

—Por tu culpa —añadió.

Tragué saliva. Esta vez sí que estaba sintiendo dolor. Cada una de las palabras que Olivia pronunciaba me partía en dos, porque todas eran ciertas. Absolutamente todas. Había hecho sufrir a Nash.

Le había hecho llorar.

—Soy una mala persona.

Sin darme cuenta, lo había dicho en voz alta. En cuanto Olivia vio la expresión de mi rostro, le restó importancia al asunto.

—No, claro que no —repuso con tranquilidad—. Solo tenías miedo de cómo pudiese reaccionar. Es normal.

—Pero...

—Estaba intentando que te dieras cuenta de que lo has hecho mal. Ahora que ya lo sabes y lo tienes claro, solo hace falta que hables con él. Rectifica tus errores.

Parpadeé, atónita.

—Ya lo tenía claro hace cinco minutos. No hacía falta que me dijese todo eso —le recriminé, y se encogió de hombros.

—Solo era para asegurarme. Ahora ve a pedirle perdón por no habérselo contado. Explícaselo todo, lo entenderá.

—Él también tiene que pedirme perdón. Por no dejar que se lo explicase.

—Lo sé, pero deberías dar el primer paso. Que yo sepa, en todas las discusiones que habéis tenido, el que ha empezado disculpándose ha sido él. A pesar de que no era culpa suya, sino tuya.

Aunque quise replicar, no se me ocurrió nada, de modo que decidí

quedarme en silencio y dejar que Scott, que acababa de sentarse a la mesa, diese su opinión sobre del tema.

—Estoy de acuerdo con Olivia. —Fruñí el ceño por lo poco realista que había sonado eso. ¿Cómo podía estar de acuerdo con ella si ni siquiera había escuchado lo que me estaba diciendo? De todas formas, dejé de lado ese detalle y me centré en lo que me aconsejó—. Ve a hablar con Nash. Ahora.

Me reí sin ganas.

—Va a mandarme a la mierda.

—¿Y qué? —respondió Olivia, intentando animarme sin éxito—. Por intentarlo no pierdes nada.

—Sí, la dignidad.

Scott hizo un gesto para quitarle importancia al asunto.

—Eso es lo de menos. Ve.

—Ahora tenéis tiempo. Es un buen momento —agregó Olivia—. Vamos, deja de ser tan cobarde.

Inconscientemente, paseé los ojos por la cafetería hasta que me topé con los suyos. Nash estaba sentado casi en la otra punta, junto a Julie y un chico rubio al que no había visto nunca. El contacto visual duró poco, porque él apartó la vista rápidamente y se volvió hacia Julie para hablar con ella.

Se me revolvieron las tripas.

—No quiere hablar conmigo, os lo he dicho miles de veces —repetí con voz temblorosa—. No va a servir de nada. Me odia.

Lo peor de todo era que estaba hablando en serio. Nash me detestaba. Cada vez que había intentado acercarme a él durante la semana, se había marchado con la excusa de que «tenía algo importante que hacer». En ocasiones, incluso había echado a correr. Apostaba a que haría cualquier cosa con tal de no quedarse a solas conmigo y, por supuesto, no dejar que aclarara lo que pasó.

No me hacía falta una clase de moral para saber que tenía que disculparme. Era consciente de que parte de la culpa de lo que había pasado era mía y Nash tenía todo el derecho del mundo a estar enfadado. El problema era que no tenía ni idea de qué hacer para solucionarlo.

¿Cómo iba a reconciliarme con alguien a quien ya habían fallado antes de la misma manera?

—No digas tonterías. Nash no te odia. Está loco por ti —aclaró Olivia, alargando la mano para darme una suave palmada en el brazo—. Pero también está dolido. Yo lo estaría, y seguramente tú más que nosotros.

Solté un suspiro. Estaba harta de hablar de eso.

—Lo sé.

—Entiéndelo —agregó Scott— y discúlpate.

Justo cuando le iba a contestar, sentí que alguien me tocaba el hombro. Me volví con rapidez y vi como mis amigos levantaban la cabeza y abrían los ojos como platos. A mis espaldas, con una mano metida en el bolsillo trasero de su pantalón y la otra todavía rozando la tela de mi camiseta, estaba Lucas.

—Hola, Eleonor. ¿Puedo sentarme aquí?

—¿Eh? Quiero decir... ¿sí? Sí, claro. Adelante.

Dicho y hecho. Nada más responderle, bajo las atentas —y atónitas— miradas de Scott y Olivia, Lucas pasó los pies por encima del banco y se sentó a mi lado. Su brazo rozó el mío cuando empezó a revolverse con nerviosismo, intentado acomodarse. Como solo me conocía a mí, se sentó muy cerca, y eso me recordó a Nash; él había hecho lo mismo cuando le presenté a mis amigos.

Sin embargo, solo con verlo ahí, a más de cinco mesas de distancia, charlando con Julie y el chico sin nombre como si nada hubiese pasado, me di cuenta de cuánto habían cambiado las cosas.

—¿Eleonor?

La voz de Olivia me hizo reaccionar. Me sobresalté tanto que me di un golpe fortísimo que provocó que todos se rieran a carcajadas. La tensión acumulada fue reduciéndose poco a poco y aproveché la oportunidad para presentarlos.

—Lucas, estos son Olivia y Scott, mis amigos. Y Olivia, Scott, él es Lucas. Es el hijo del... de un amigo de mi madre.

No quise decir nada más. Sentía que el resto de la información era irrelevante para ellos. Gracias a Dios, a él pareció no molestarle, porque extendió la mano en dirección a Olivia, que esbozó una sonrisa picara.



—Escupiste a mi mejor amiga el primer día de clases —comentó con diversión—. Sí, sé quién eres. Encantada de conocerte, Lucas.

Él se quedó perplejo.

—Mi segundo nombre es igual que el tuyo. Somos tocayos. Me mola —dijo Scott, y Lucas se echó a reír.

—Lo mismo digo.

En realidad, era mentira. Scott odiaba todo lo que tuviese que ver con su segundo nombre, aunque supuse que lo hacía para quedar bien y no llevarse mal con alguien que le parecía majo y, quizás, algo atractivo.

Cuando iba a romper el hielo para que no nos quedáramos en silencio, vi que un grupo de gente se acercaba a nosotros: Julie y el chico misterioso riéndose a carcajadas y Nash completamente serio.

Primero Lucas, y ahora ellos. ¿Por qué todo el mundo, incluido él, parecía tener ganas de pasar tiempo conmigo justo el día en el que más sola quería estar?

Por desgracia, no hubo tiempo para preguntas. Tampoco para echar a correr. Lucas se quedó tenso a mi lado y en seguida escuché a Julie gritar:

—¡Chicos, os presento a Masón, el rey de las fiestas del instituto! Va a ayudarnos a organizar una fiesta de San Valentín, ¿no es genial?!

La mesa entera empezó a murmurar. Me alegró que él hubiera conseguido distraerse, pero yo seguía sin ser capaz de mirarle a los ojos. En apariencia incómodo y casi susurrando, Nash nos saludó.

—Hola, chicos.

Me resultó irónico que se hubiera dirigido a mí cuando se suponía que yo era la única que no podía responder. No eran imaginaciones mías; lo había dicho mirándome. Después, sus ojos se pasearon vagamente por Lucas, y luego volvieron a mí. En unas milésimas de segundo, examinó todo mi rostro; primero mis ojos y luego mi nariz, pasando por mis mejillas y, finalmente, mi boca. No olvidó ni un solo detalle, y yo tampoco fui capaz de dejar de mirarle a él.

De repente, sus ojos bajaron y yo me sentí incómoda; miró mis muñecas.

Seguía llevando la pulsera.

Tan rápido como pude, metí las manos en los bolsillos y me giré para

hablar con Julie.

—¿Una fiesta de San Valentín, dices?

—¿Vendrás conmigo? —Nash hizo esa pregunta mirándome de reojo, pero sabía de sobra que no estaba hablando conmigo, sino con ella—. ¿Julie? Te recuerdo que teníamos un trato.

Se me revolvieron las tripas cuando vi que ella asentía con la cabeza.

—Solo si me dejas elegir los trajes para que vayamos a juego.

—Estarás bromeando.

—En absoluto.

—He cambiado de opinión. Voy solo.

—No seas tonto —se quejó ella. Su tono burlón no me hacía ninguna gracia—. Vamos, será divertido.

—Vale, pero no pienso llevar trajes a juego —dejó claro Nash.

—¿Por favor? ¿Por mí?

«¿Pir fivir? ¿Pir mí?».

Me mordí el interior de la mejilla. Tenía que dejar de pasar tanto tiempo con Olivia.

—Que no.

—Ya hablaremos sobre esto más tarde. —Julie dio por finalizada la discusión, aunque algo me dijo que era más una broma que una verdadera pelea. Luego se volvió hacia mí y me sonrió con delicadeza—. ¿Y tú, Eleonor? ¿Vendrás?

Se me atascaron las palabras en la garganta. No entendía nada. ¿Por qué Nash se comportaba de esa forma? Siempre que lo veía por el pasillo, parecía destrozado. O mal, como mínimo, pero nunca tan sonriente y feliz como ahora. Tan solo habían pasado setenta y dos horas, y entendía que yo tenía que ser la que peor se sentía de los dos, pero su comportamiento no era normal.

¿Estaría fingiendo?

Porque, de ser así, si su verdadera intención era hacerme sufrir, lo estaba haciendo de lujo.

—Yo puedo llevarte —propuso Lucas de repente. Alucinada, abrí los ojos como platos y me volví hacia él—. Es decir, solo si tú quieres, claro.

Parpadeé, sorprendida. Para hacerme reaccionar, Olivia me pegó un

codazo en el estómago que por poco me deja sin costillas.

—Agradezco tu oferta, pero no hace falta que...

—¿Puedo llevar a Devon?

Parecía que Lucas iba a insistir, así que agradecí inmensamente la interrupción de Olivia. Cuando me volví a mirar a Nash, vi que tenía el ceño fruncido. Por un momento, tuve la esperanza de que se sintiese mal por lo de Lucas; sin embargo, descarté esa teoría en seguida.

Entonces, se volvió hacia Olivia y dijo:

—¿Y qué pasa con Mike?

—Bueno, hemos discutido.

Por lo que yo tenía entendido, eso era mentira. De momento, seguía manteniendo la misma relación con los dos, independientemente de por quién se decantase.

—¿Y qué? Creía que mi mejor amigo te gustaba.

—Lo mismo digo.

Oh, Dios mío. Iba a matarla.

—Sí, puedes llevar a quien quieras. Todo el mundo está invitado, siempre y cuando venga al instituto o conozca a alguien de aquí. Pero hay que venir con pareja, sí o sí —respondió Julie, aparentemente incómoda por el repentino giro que había tomado la conversación. No me molesté en hacerle caso. Mis ojos seguían fijos en Nash, que, después de mirarme, se sentó frente a nosotros—. Todavía no sabemos dónde será, ni cuándo. Además, tenemos que hacer un recuento de la gente que va a venir y todo eso. Ya os avisaremos... ¡Qué ilusión! Podemos comprar globos, confeti y... ¡una piñata!

Scott puso cara de asco.

—No somos críos, Julie —replicó con sequedad.

La chica infló una mejilla.

—Pero ¡es San Valentín!

Observé a Nash, que había permanecido callado desde el comentario de Olivia. Suspiré. Luego, apoyé la barbilla sobre mis manos y estas, sobre la mesa.

Por lo menos sabía que no iba a perderme nada faltando a esa fiesta.

## 35. La fiesta de San Valentín

Tragué saliva y me miré las muñecas, que estaban vacías. Hacía menos de una semana que me había quitado todas las pulseras que llevaba. La verdad es que no sé por qué lo hice, supongo que me estaba cansando de ellas.

Cuando cumplí ocho años, mamá me regaló un joyero de color rojo que nunca llegué a utilizar, así que pensé que no había ningún sitio mejor para guardarlas. Después de pasarme más de treinta minutos limpiándolo y arreglando la cerradura, que se había estropeado después de tanto tiempo, me las quité y las metí todas a presión en uno de los cajoncitos.

Todas excepto una, claro.

La suya.

Intenté hacerlo, de veras. Me repetí durante un buen rato que tenía que desabrocharla y enterrarla en lo más profundo del armario. Aquel trozo de cuero ya no merecía ningún trato especial, no después de lo que había pasado. No iba a perder el orgullo de esa forma, y menos después de que Nash llevara semanas ignorándome.

Llevaba ya catorce días sin mirarme ni hablar conmigo. Cuando estábamos juntos, que solo era durante la hora del descanso, nos quedábamos en silencio. Las demás veintitrés horas del día, yo no hacía más que autocompadecerme. Las peleas con mi hermano —que seguían siendo frecuentes— me habían dejado sin ánimos para estudiar e ir al instituto y, después de lo que había pasado con Nash, ni siquiera tenía ganas de asistir a las sesiones con los socios de UAG que tenía pendientes.

Mis amigos se dieron cuenta de que me faltaba energía; notaban la

tensión que había cada vez que nos sentábamos en la mesa, así que estuvieron un par de días preguntándome cómo iban las cosas. Sin embargo, al final desistieron y se mantuvieron al margen.

Al menos, Julie lo hizo. Pese a todo el tiempo que pasaba con Nash y a que era probable que él despotricara sobre mí con ella, siempre me sonreía cuando nos cruzábamos por los pasillos. E incluso se paraba, me preguntaba cómo me había ido el día y me colocaba el pelo cuando veía algún mechón rebelde.

La verdad es que odiaba que fuese tan agradable. Detestaba con todas mis fuerzas que sonriese tanto, que tuviese un corazón tan grande y que mi estúpido cerebro y yo fuésemos incapaces de sacarle un solo defecto. Era verdaderamente estresante que se pareciera tanto a mí en todos los aspectos, porque estos últimos días me había comportado de una forma muy distinta y temía que ella pudiese ocupar ese puesto de «chica alegre» que me había ganado en la vida de los demás.

Incluso en la de Nash.

Si eso ocurría, ya no me quedaría nada.

—Así que..., ¿sigues sin encontrar pareja?

La pregunta de Devon me sentó como un balde de agua fría; me hizo despertar de mi ensoñación y recordar que estaba en su coche, junto a Olivia, de camino a la fiesta de San Valentín.

A la que iba sola.

Patético.

Aunque me sentía mal por no ir acompañada, disimulé lo mejor que pude. Miré a mi hermano por el espejo retrovisor y me encogí de hombros.

—No necesito pareja. Bailaré con Scott.

—Scott va con Chris —me informó Olivia.

«Tierra, trágame».

—Pues con Lucas.

—¿Y Agatha?

—Que se busque a otro.

—No puedes ponerlo en un compromiso, Eleonor. Se ofreció a llevarte, pero le dijiste que no. Ahora ha invitado a su novia y dudo que quiera dejarla sola —añadió Devon—. Te dije que fueras con el rubito ese.

Olivia enarcó una ceja.

—¿Con Mike?

—Bueno, tú ibas a venir conmigo —se justificó mi hermano—. Eleonor está sola y el rubito también. No veo por qué no.

—No voy a ir con Mike a una fiesta de San Valentín —dije, pero ninguno de los dos pareció escucharme.

—¿Has intentado juntar a Mike con tu hermana para quitártelo del medio, Devon?

—No hables como si tuviese la necesidad de hacerlo —respondió él, sonriente. Después, puso su mano sobre la de Olivia y apartó la vista de la carretera durante unos segundos para mirarla a ella—. Estás preciosa.

Pero Olivia no se dejó engatusar.

—No me hagas la pelota, Taylor.

—Te quiero.

Esta vez sí que funcionó. Sus mejillas se tiñeron de rojo, casi como el color de su pintalabios.

Interrumpí la conversación; no quería que empezasen a decirse cursilerías.

—¿Mike va a venir a la fiesta?

—Espero que no —respondió Olivia mientras se recostaba en el asiento del copiloto y suspiraba pesadamente—. Llevo el mismo vestido que me puse la primera vez que salimos juntos y no quiero que me vea repetir.

Devon apretó el volante con ambas manos.

—¿Por qué no te has puesto otro? —Curioseé.

—No encontraba ninguno que me gustase y tu hermano es muy impaciente.

—No soy impaciente —se defendió él—. Solo no entiendo por qué tardas tanto en arreglarte si para mí vas a estar genial de cualquier forma.

Espera, ¿qué?

—Apuesto a que si me hubiese puesto ese de lunares blancos y rojos no dirías lo mismo.

—Cualquier vestido está bien. Total, antes de lo que te imaginas, estarás...

No llegué a escuchar el final de la frase; mientras aparcaba frente al chalet de Julie, donde se celebraba la fiesta, Devon la terminó en voz baja. Seguro que, de haberla oído entera, habría tenido náuseas.

De todas formas, bajé del coche a toda prisa. Detrás de mí, Olivia pegó un chillido y golpeó el hombro de mi hermano mientras le preguntaba qué había dicho (aunque estaba bastante segura de que ya lo sabía).

Al cabo de unos minutos, ambos salieron del coche, riéndose y mirándose con complicidad. Yo los ignoré mientras me ajustaba el vestido que Olivia me había obligado a ponerme, y que yo odiaba. Era de color azul oscuro, pegado al cuerpo de cintura para arriba y con vuelo en la parte inferior. Nunca lo usaba y, solo por eso, Olivia no me había dejado salir de casa sin él.

En realidad, la culpa era mía por hacerle caso, pero ni siquiera estaba de humor para discutir con ella.

—Vamos, ámate —la escuché canturrear. Dos segundos después, la tenía pegada al brazo. Devon iba detrás, como si fuera un guardaespaldas —. Vas a pasártelo bien, créeme. ¿Quieres que te presente a alguien?

—No.

—¿Seguro? Conozco a algunos chicos que...

—He dicho que no.

Puso los ojos en blanco.

—¿Sabes una cosa? Lo que digas me da igual. No voy a dejar que te pases toda la noche amargada. En cuanto encuentre un chico guapo, te lo mando. Y punto.

Me miró con las cejas arqueadas, como si esperara que yo replicase. Pero, como sabía que resistirme no iba a servir de nada, solté un suspiro de cansancio, asentí con la cabeza y la seguí hacia el chalet.

Nada más pisar el césped de la casa, percibí un repugnante olor a alcohol que hizo que me arrepintiera de haber venido. Sonaba una canción a todo volumen que conocía —el DJ tenía gustos muy parecidos a los de mi hermano— y que escuchaba a menudo en el coche. No me gustaba el ambiente que había, así que me aferré al brazo de Olivia para no perderme.

Cuando Julie nos dijo que iba a organizar una fiesta de San Valentín, con esa característica sonrisa suya y esa mirada de niña buena, supuse que

su concepto de «fiesta» no tendría nada que ver con el de cualquier otro adolescente.

Me bastaron los once empujones que recibí hasta que logré entrar en la casa para darme cuenta de cuánto me había equivocado.

—¡Y creías que esto sería aburrido! —exclamó Devon, acercando su boca a nuestros oídos, aunque dirigiéndose a Olivia—. Esa niñata ha conseguido traer a media ciudad. Tened cuidado y no os separéis, podría...

Antes de que le diese tiempo a terminar la frase, Olivia ya estaba tirando de mí, ignorando por completo los gritos de mi hermano.

Intenté que me soltara para poder ir hacia donde yo quisiera, pero eso solo hizo que se enfadara. Aunque grité, me quejé y me negué a ir por donde ella me llevaba, siguió avanzando entre la multitud, dando patadas y empujones. Yo solo esperaba salir de allí de una pieza.

Fue una experiencia horrible; la música estaba tan alta que me dolían los oídos, y el olor a alcohol me angustiaba. Además, me entraban ganas de gritar cada vez que sentía el roce de una mano ajena en mi cuerpo. Me agobiaba que hubiese tanta gente. Más que una fiesta de San Valentín, eso parecía un baile de animales.

No me creía que Julie fuese tan popular. Seguro que ese tal Masón había tenido algo que ver en todo ese descontrol.

—¡Olivia! ¿Se puede saber a dónde narices vamos? ¡Es la séptima vez que me...!

Justo en ese momento, llegamos a una de las únicas mesas libres que había en el salón. Allí estaban todos nuestros amigos, y también estaba él.

Pero Nash no era mi amigo. Ya no.

Ví a Scott, a Chris y a Julie, que parecía recién salida de una jaula de tigres.

Le presté especial atención a ella: tenía el pelo alborotado y, a juzgar por su mirada, también ganas de llorar. Mientras despotricaba no sé qué sobre Masón y su estúpida (palabras suyas, no mías) manía de no dejar a ninguno de sus contactos sin invitación, Chris le acariciaba el pelo con cuidado e intentaba consolarla. Scott, a su vez, procuraba tranquilizarlos a los dos, porque, con todo lo que había pasado, Christopher también estaba alterado.



Nash no hacía nada.

En cuanto nos acercamos, los cuatro nos observaron detenidamente. Uno a uno.

«Te lo pido por favor, Nash. Deja de mirarme».

—Vaya, veo que esto se te ha ido un poco de las manos, Julie.

Cómo no, mi hermano solo intentaba fastidiar.

—Masón me dijo que invitaros solo a vosotros iba a ser muy cutre y... Dios mío, mi casa... ¡La moqueta! ¡Oh, por el amor de Dios, mi madre me va a matar!

Alguien dejó una bandeja de vasos vacíos en el suelo. Como Chris sabía que si Julie lo veía iba a montar un drama, la recogió e intentó calmarla.

—Julie, tranquilízate. Te ayudaré a limpiar después..., ¿vale?

—¡Después no quedará nada que limpiar! ¡Van a destrozarme la casa!

—Juls... —insistió Chris—, escucha...

—¡Cierra el pico, Christopher!

—¡Nash, haz algo!

Él se sobresaltó al escuchar su nombre, y yo me sentí incómoda cuando descubrí que me había estado mirando todo ese tiempo. Crucé los brazos con fuerza.

El vestido. Seguro que era por el vestido. Estaba horrorosa.

¿Estaría riéndose de mí para sus adentros?

Chris volvió a gritar:

—¡Nash!

—¡¿Qué?! —exclamó él, sobresaltado.

—¡Haz algo!

—¡Los posavasos, utilizad los posavasos! —chilló Julie, y Olivia y yo la miramos.

La verdad es que su sufrimiento me animaba un poco.

—¿Por qué yo? —se quejó Nash.

—¡Porque tú has venido con ella!

—¿Y?

—¡Deja de hacer preguntas y llévatela fuera de una vez!

—Pero...

—¡Nash!

—Está bien. Vamos, Julie.

Cuando los vi desaparecer entre la multitud, medio cogidos de la mano, me senté y solté un suspiro muy sonoro. Olivia me sonrió y me colocó uno de los mechones de pelo más rebeldes detrás de la oreja.

Nos habíamos quedado solas. No sabía cómo ni cuándo, pero Scott y Chris habían desaparecido y, al parecer, Devon había ido a buscarlos, porque tampoco estaba con nosotras.

—Menudo guardaespaldas nos hemos buscado —comenté, refiriéndome a mi hermano. Cualquier tema de conversación me servía con tal de que no mencionase a Nash.

Olivia arrugó la nariz. Parecía preocupada.

—¿Crees que debería ir a buscarlo?

—Devon puede arreglárselas solo.

—Bueno, tú también.

Enarqué las cejas.

—Tienes que estar de broma. ¿De verdad vas a dejarme sola?

—No quiero que ninguna chica se lance encima de tu hermano —se excusó, con las mejillas coloradas—. Si quieres, te traeré algo de beber. ¿Te apetece una cerveza?

Negué con la cabeza. Si ya estaba agobiada por culpa del olor a alcohol, no quería imaginarme cómo me sentaría.

—Paso.

—¿Entonces?

—Agua.

—No seas aburrida. Voy a traerte un refresco —me dijo. Luego, me guiñó un ojo y se marchó a por él.

Suspiré y me apoyé en el respaldo del asiento. Genial, absolutamente maravilloso. Había ido a una fiesta de San Valentín tras haberme autoconvencido de que no necesitaba pareja porque tenía a mis amigos, y resultaba todo el mundo estaba bailando a mi alrededor mientras yo permanecía sentada en una silla sola, sin nadie.

¿Dónde estaba mi premio a la persona más sociable del mundo?

Pero ¿y si me iba? ¿Quién iba a notarlo? ¿Devon? Seguramente estaba

liándose con Olivia. ¿Scott? A saber a dónde había ido. ¿Chris? Más de lo mismo. ¿Julie? Demasiado desquiciada.

¿Y Lucas? ¿Dónde diablos estaba Lucas? Tenía entendido que iría acompañado de Agatha, así que dudaba que se hubiera quedado en casa, y menos siendo viernes por la noche y tratándose de un chico tan extrovertido como él. Probablemente estaba en medio de la pista de baile, moviendo el esqueleto al ritmo de esa horrible canción de *rock* y pasándoselo en grande.

Mientras tanto, yo seguía sola. Y aburrida. Sola y aburrida.

Ahora entendía por qué Olivia se había marchado. Me había puesto la excusa de que iba a por bebidas, pero no iba a regresar. Solo lo había dicho para quedar bien. Seamos realistas: ¿quién, en su sano juicio, regresaría para perder el tiempo con alguien como yo?

Me entraron ganas de darme cabezazos contra la mesa. No me gustaba pensar de esa manera.

«Repíteme conmigo: soy la mejor del mundo».

«No, no lo eres».

Definitivamente, haber venido a la fiesta de Julie había sido un error. Adiós a mi autoestima.

Menuda mierda.

Me moría de aburrimiento. Miré el reloj de pared que había colgado en el comedor y vi que solo eran las ocho y diez. Llevaba allí sentada quince minutos. ¿De verdad pensaba pasarme así el resto de la noche?

«No, claro que no. Vamos, sal ahí y demuéstrelas a todos (y a ti) que no necesitas a nadie para pasártelo bien».

Me levanté con todas mis fuerzas y fingí una gran sonrisa. Tuve que agarrarme al respaldo de la silla para mantener el equilibrio sobre esos zapatos que, aunque no llegaban a ser de tacón, no eran tan planos como me habría gustado. Por suerte, nadie lo notó.

Miré a mi alrededor. La gente iba de aquí para allá y yo me sentía invisible.

No quería serlo. Tenía que salir de allí.

—Eh, niña, ten más cuidado.

—Perdón.

—Que te den.

—Que te den a ti.

Seguí caminando en busca de un rostro conocido, pero no vi a nadie. No había rastro de Olivia ni de Scott, y menos aún de Chris. O de Lucas. Sin embargo, no podía quedarme parada en medio del salón eternamente, así que seguí avanzando sin rumbo fijo, lamentándome por haberme levantado de la silla y haberme metido entre toda esa multitud.

Al cabo de unos minutos que me parecieron una eternidad, conseguí llegar a una zona despejada. Me senté al pie de la escalera y me bajé la falda del vestido hasta los muslos. Había recorrido la casa de punta a punta y, por el camino, el dobladillo se me había arrugado mucho más de lo normal.

Una vez me lo hube colocado bien, me apoyé contra la barandilla y cerré los ojos. Estaba agotada. Había descansado tan poco esa semana que podría haberme dormido allí mismo de no ser porque la música estaba demasiado alta. No había un punto intermedio: o la ponían muy alta, o muy baja. O era muy ruidosa, o demasiado aburrida. Y yo o estaba muy feliz, o muerta de asco. ¿Qué se suponía que tenía que hacer?

Entonces pensé en volver corriendo a casa antes de que los demás se diesen cuenta de mi ausencia. Pero, justo en ese momento, la canción que sonó me resultó familiar; solo con escuchar un par de versos, me di cuenta de que era la misma que Nash tarareaba a todas horas. Su nueva canción favorita.

«No suelo interrumpir mi canción favorita por nadie. Deberías sentirte afortunada».

Apreté los puños hasta que las uñas se me clavaron en las palmas de las manos. ¿Acaso la noche podía ir a peor?

—Hola.

Todo mi cuerpo se estremeció y me puse alerta. Jayden estaba delante de mí. El corazón se me encogió y me puse de pie de un salto. Claro que la noche podía ir a peor. Por supuesto que podía ir a peor.

Con las manos temblando, volví a bajarme el vestido, tanto que temí darlo de sí. Jayden siguió mis movimientos con cautela y observó mi cuerpo detenidamente: mis piernas, mi cintura y mis ojos. Pese a que me

moría de ganas de apartar la mirada, no pensaba darle esa satisfacción.

—¿Podemos hablar?

Mi respuesta fue automática.

—No.

Aunque en un principio pareció llevarse una gran decepción, luego volvió a sonreír de esa forma tan egocéntrica que yo tanto detestaba.

—Oh, vamos. No seas así. Hace tiempo que no hablamos —continuó—. Dime, ¿cómo te ha ido la vida, rubia? ¿Te ha pasado algo interesante últimamente?

Apreté aún más los puños. Odiaba que fuera con esos aires de superioridad.

—No es asunto tuyo.

—Bueno, tienes razón. No debería estar molestándote ahora. Lo siento. Entiendo que todo esto tiene que ser difícil para ti... Ya sabes, perder la confianza de alguien cercano es muy duro. Cuéntame, ¿dónde está él? ¿Has podido comerle el coco otra vez o todavía se te resiste?

Cerré los ojos para mantener la calma y ser paciente. Chico idiota, conversación inútil, pérdida de tiempo. Estaba tardando en largarme de allí.

—Mira, Jayden...

—En realidad, creo que no te arrepientes de haberme besado. Y, si te soy sincero, yo tampoco. Mereció la pena. Deberías haberle visto la cara cuando se lo conté. Parecía tan... decepcionado —prosiguió, sonriendo de una forma cruel—. Sobre todo cuando añadí algunos detalles, como que no era la primera vez que ocurría y que, en el fondo, seguías coladita por mí. No fue nada importante, solo unas cuantas mentirijillas que lo hicieron todo más interesante, y tengo que admitir que fue muy entretenido. Cuando quieras repetimos.

Con cada palabra que pronunciaba, notaba como crecía la rabia dentro de mí. Apreté los dientes para intentar contenerla; por eso Nash se había enfadado tanto conmigo. Por eso se negaba a darme la oportunidad de disculparme. No es que hubiese malinterpretado las cosas, es que había escuchado una versión de los hechos totalmente falsa. Y se la había creído.

Todo era culpa mía. Si no hubiese sido tan cobarde y le hubiera

contado lo sucedido...

—¿No crees que sería una buena idea?

Se me acercó tanto que su rostro quedó a pocos centímetros del mío. Asqueada, retrocedí hasta que mi espalda chocó contra la pared.

No sabía qué responder, así que dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Eres tan rastrero.

Parecía que la historia se volviera a repetir: discutíamos, luego se insinuaba y finalmente me besaba.

—Vamos, será divertido.

—Jayden, déjame en paz.

Aunque no me tocó y se mantuvo lejos de mí, sentía que invadía mi espacio personal. Jayden era mucho peor de lo que había pensado. Actuaba como un auténtico idiota, y no era fruto del alcohol, sino que lo hacía a conciencia.

—Me alegra que hayas dejado los insultos —comentó con diversión.

—Imbécil. Eres...

—¿Perfecto? Lo sé.

—Púdrete.

—Vamos, Eleanor. La última vez fuiste mucho más... amable.

Apreté los puños.

—Vuelve a decir algo como eso y te prometo que te pego un puñetazo.

—¿A qué se debe esa hostilidad? ¿Ha pasado algo? Dime qué te preocupa, rubia. Sabes que puedes confiar en mí. —Se estaba burlando de mí con una sonrisa muy descarada, y eso me revolvió el estómago—. Apuesto a que sé lo que te pasa. Te sientes culpable, ¿no es así? La verdad es que no me sorprende. Es lamentable besar a alguien teniendo novio.

—Qué irónico que lo digas tú —respondí.

—Bueno, lo mío con Grace es diferente. Yo podría besarte ahora mismo y seguir durmiendo bien por las noches. ¿Serías capaz de hacerlo tú?

Se me hizo un nudo en la garganta y solo pude negar con la cabeza.

—No. Estoy enamorada de Nash. No puedo fallarle de nuevo.

Por fin lo había dicho. Por fin había dicho la verdad, había admitido lo

que sentía. Llevaba mucho tiempo guardándolo dentro, intentando controlar mis impulsos, pero eso se había acabado. Ya estaba cansada.

Y quizás había llegado el momento de soltarlo todo.

—Dejar que me besases fue un error —continué. Jayden parpadeó, atónito—. No tienes ni idea de cuánto me arrepiento de haber permitido que alguien como tú se acercase a mí. Alguien tan sucio, tan despreciable y tan cruel que es capaz de pasarse la vida haciendo daño a los demás. Dime, Jayden, ¿qué pretendías, eh? ¿Hacerme sentir mal? Bien, te felicito. Espero que estés contento, lo has hecho bien. Pero la verdad es que, gracias a ti, ahora lo tengo todo claro. Le quiero, y puedes estar seguro de que eso no va a cambiar. Así que, si lo que pretendes es volver a besarme, hazme un favor y lárgate, porque no pienso dejar que lo hagas. Nash no me lo perdonaría. Y yo tampoco.

Me vine abajo en cuanto pronuncié la última palabra. Ya está, lo había hecho. Al fin lo había dicho todo.

Alcé la vista y vi a Jayden cabizbajo, en silencio, con la mirada fija en el suelo. Verlo así me hizo pensar que quizás no era tan insensible como parecía. A lo mejor tenía sentimientos y yo se los había herido, pero me daba igual. No había hecho nada que no se mereciera.

¿El karma? No. Eso había sido cosa mía. Ahora estábamos en paz.

O casi.

—Tengo que irme.

Me sentía como si estuviera fuera de mí. Me alejé de él y empecé a caminar hasta perderlo de vista. Justo en ese momento, alguien rodeó mi muñeca, me cogió de la cintura y acercó su cuerpo al mío.

Después, unos labios. El sentimiento de culpabilidad que había tenido hasta entonces se desvaneció con ese beso.

Nash me estaba besando.

## 36. Me muero de ganas de abrazarte

Mientras nos besábamos, sentí que todo lo que me había atormentado durante las últimas semanas desaparecía. Sus manos en mi cintura impedían que pudiera separarme un solo centímetro de él.

La boca le sabía a naranja. Cerré los ojos y me dejé llevar. Puse las manos sobre sus mejillas y aparté todos mis pensamientos para sentir como la adrenalina me recorría el cuerpo entero. Olvidé cualquier sentimiento de culpabilidad. Ya no me importaba si Jayden seguía a nuestro lado, observándonos, o si se había marchado.

Para mí solo existía una persona, y era Nash.

Extasiada, el corazón me latía desenfrenadamente. Intenté transmitirle todo lo que sentía; quería que supiera que le había echado de menos, que necesitaba que me perdonase y que todo había sido culpa mía, porque me había faltado valentía para contarle la verdad. Me moría por que me entendiera sin decirle nada, pues era incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

Le puse las manos en el pecho y me aparté unos segundos de él. Respiré profundamente y le dije:

—Lo siento, lo siento, lo siento. Lo siento, Nash, de verdad que lo hago. Llevo días queriendo decírtelo. Siento haber dejado que Jayden me besase, siento no habértelo dicho a tiempo, siento...

Él sonreía.

—Cállate.

Y le sobró tiempo para volver a besarme de la misma forma que antes.

Le rodeé el cuello con los brazos para impedir que se alejase y



retrocedí a ciegas. Cuando mi espalda chocó contra la madera de una puerta, me percaté de que estábamos en el pasillo. El pomo metálico se me clavó entre los riñones y gemí de dolor. Entonces Nash se apresuró a girarlo y tiró de mí para pasar al otro lado.

En un instante, sentí como el frío de aquella noche de febrero me penetraba la piel. Me separé un poco de él y miré a mi alrededor. De entre todas las puertas que había en el pasillo, nosotros habíamos escogido la única que no llevaba a un dormitorio. De hecho, ni siquiera había cuatro paredes en condiciones.

La terraza.

Nash se volvió a mirarme con las cejas arqueadas. Me eché a reír.

—Somos un desastre —le dije, a escasos centímetros de su rostro.

Puse las manos en sus mejillas y lo atraje hacia mí para besarle de nuevo. Sonrió y yo sentí miles de mariposas en el estómago.

Cerró la puerta de una patada y me hizo avanzar a tientas hasta que sentí el antepecho de la terraza clavarse en mi cintura. Tenía la altura perfecta, por lo que Nash no se lo pensó dos veces e hizo fuerza con los brazos para levantarme y sentarme sobre él.

Entonces enredé las piernas alrededor de su cintura y lo agarré del cuello de la camisa para acercarlo aún más. Aún así, seguía sintiendo que había demasiado espacio entre nosotros. El frío de la noche se fundía con el calor que desprendía su cuerpo. Se me puso la piel de gallina.

Juntos, formamos una burbuja a nuestro alrededor, como si solo estuviéramos nosotros. Mis cinco sentidos estaban completamente centrados en Nash y viceversa. Gracias a él, ignoré la música estruendosa que procedía del interior de la casa y me concentré en su respiración, en el latido de su corazón, que se fundía con el mío. El aroma a alcohol había desaparecido; ahora solo percibía el suyo. Nash olía a vainilla y sudor, y sabía a refresco de naranja. Además, había algo en su forma de actuar que me tenía completamente alucinada.

Me transmitía de todo, menos inseguridad. No sabía qué había ocurrido, qué le impulsaba a actuar de esa forma, con tanta confianza en sí mismo, pero no me iba a quejar. Me gustaba él, con todas sus facetas.

Poco a poco, lo que había empezado siendo apasionado acabó

volviéndose lento y dulce. Nash separó suavemente sus labios de los míos y los posó en mi mejilla, luego en mi cuello, así hasta llegar a la clavícula. Fue dejando besos cortos y precisos, pero muy sonoros.

Yo me mordí el interior de la mejilla mientras apoyaba la frente en su hombro. Mi respiración seguía siendo acelerada.

—Lo he echado de menos —me susurró.

—Nunca antes habíamos hecho esto —contesté, refiriéndome al beso.

Bueno, a todos los besos.

—Hablaba sobre estar contigo. A ti en general. Te he echado de menos. No mucho, sino muchísimo. No tienes idea de la falta que haces en mi vida, Eleonor.

Nada más escuchar sus palabras, me vine abajo.

Abrí los ojos y pestañee varias veces para impedir que se me llenasen de lágrimas. Algo incómoda, le empujé suavemente para que se alejase de mí, aunque me aferré a sus brazos para no caerme. La verdad es que no me apetecía saber qué ocultaba el oscuro jardín trasero de Julie, por muy divertido que sonara.

Cuando levantó la cabeza y vio que estaba llorando, se preocupó.

—No merezco que me digas eso, Nash.

—¿Qué? Claro que te lo mereces. No seas...

—No, no lo hago. —Sollocé, sacudiendo la cabeza. Después de todo, me había puesto en su lugar: si yo fuese él, si me encontrase en su situación y las cosas fueran al revés, nunca se lo perdonaría—. Deberías estar enfadado conmigo.

Su rostro se llenó de confusión y contrariedad. Le costó tanto asimilar mis palabras que aún las estaba procesando cuando lo aparté de mí y me bajé del antepecho de un salto. Entonces, nos quedamos frente a frente, observándonos en silencio.

—No lo estoy.

—Pues deberías.

—No, claro que no. He escuchado lo que le has dicho a Jayden. Lo he escuchado todo. Sé que me mintió, que exageró las cosas, y lo siento; debería haber dejado que tú me lo explicases. No debería haber confiado en él, sino en ti. Lo único que necesito ahora mismo es que me digas que

era verdad. Dime que nada de lo que le dijiste era mentira y te prometo que...

Lo interrumpí antes de que pudiera terminar la frase.

—Estoy enamorada de ti, Nash. Nunca mentiría sobre eso.

—Entonces ven aquí, porque me muero de ganas de abrazarte.

Antes de que pudiese contestar, me rodeó la cintura con los brazos. Cogí una profunda bocanada de aire y apoyé la mejilla en su pecho mientras sentía como él ocultaba la nariz en mi cuello. Había pensado que volver a tenerle cerca lograría reconfortarme; sin embargo, solo sirvió para hacerme sentir peor. Mientras dejaba que me estrechase con fuerza, no pude evitar formular una nueva teoría.

Ahora entendía por qué Nash había perdonado a Agatha tantas veces, por qué había seguido ahí, a pesar de todo. Era débil. Ella lo había hecho débil y ahora yo estaba siguiendo sus pasos.

Sacudí la cabeza para alejar todos esos pensamientos de mi mente. No comprendía por qué seguía sintiéndome tan mal. Aún cargaba un gran sentimiento de culpabilidad, y me dolía no ser capaz de encontrar una razón para justificarlo.

«A lo mejor solo necesitas desahogarte» fue lo primero que pensé. Cuando quise darme cuenta, estaba llorando de nuevo. Nash me acarició la cabeza suavemente y dejó que las lágrimas brotasen de mis ojos a toda velocidad.

Inhalé. Ni siquiera el maquillaje podría ayudarme a esconder mi desastroso aspecto, si es que todavía me quedaba maquillaje después de esa improvisada sesión de besos. Apostaba a que Nash se la había tomado como una reconciliación.

«Deja de llorar, estúpida».

Al cabo de un rato, se separó de mí y me sonrió con ternura. Me secó las lágrimas de los ojos y las hizo desaparecer, y deseé con todas mis fuerzas que también borrara el odio que sentía hacia mí misma, pero eso era demasiado difícil.

Aun así, no desistió.

—No llores, por favor —murmuró mientras me acariciaba las mejillas—. Deja de hacerlo o se me saltarán las lágrimas a mí también y perderé

parte de mi masculinidad. Es decir, sé que los chicos también lloran, pero..., ya sabes, la sociedad es una mierda y todo eso.

Odio admitirlo, pero me hizo reír. Era increíble la facilidad que tenía para cambiar mi estado de ánimo en cuestión de segundos.

Sus dedos me rozaron la barbilla y yo me quedé sin palabras. Perfiló mi mandíbula, subió por mis labios, continuó hasta la zona de mi oreja y colocó uno de mis rebeldes mechones de pelo. Después, apartó la mano y la dejó inmóvil en el aire, a escasos centímetros de mí.

La luz de la luna hacía que sus ojos azules resaltasen más que nunca, y las decenas de pecas que adornaban su rostro parecían invisibles.

—¿Qué? —pregunté cuando vi que sonreía.

—Es genial volver a estar así contigo.

No pude evitar sonreír. Nash recorrió mi brazo con los dedos, rodeó la muñeca en la que llevaba su pulsera y entrelazó sus dedos con los míos. Luego empezó a tirar de mí para llevarme hasta la puerta.

—Vamos, deberíamos volver dentro. No creo que...

—¡Oh, por el amor de Dios, aquí estás!

Olivia acababa de salir a la terraza, con el pelo recogido en una coleta y las manos en sus caderas. Parecía sorprendida de vernos juntos.

Intentó quedarse en silencio, pero, en cuanto fui a contestar, explotó.

—¡No sabes cuánto tiempo llevo buscándote! —exclamó—. Fui a por ti a la mesa en la que te había dejado y, ¿cuál fue mi sorpresa? ¡No estabas! ¡Te habías volatilizado! ¡Desapareciste sin más! ¿Tienes idea de lo preocupada que estaba? Espero que tengas una buena explicación para esto, porque te prometo que...

Fue bajando el tono de voz cuando su mirada recayó en nuestras manos, entrelazadas. Con los ojos abiertos como platos, añadió:

—Vaya, ahora lo entiendo todo. —Se volvió hacia él, que se había escondido detrás de mí—. ¿Sabes? Me caes bien, pero podrías haberla perdonado antes. Lleva lamentándose dos semanas. Deberías haber visto cómo se arrastraba por el suelo como una culebrilla aplastada. Estuve a punto de ir a por ti para obligarte a que aceptases sus disculpas, pero no me dejó. Es una pena, porque esa sí que habría sido una forma rápida de arreglar las cosas, ¿no crees, Eleonor? —Aunque su tono era sarcástico,

tenía una sonrisa en los labios que dejaba claro que en el fondo, muy en el fondo, se alegraba por mí—. Eres una idiota.

Quise reprocharle lo que había dicho, pero sentí que Nash me rodeaba la cintura. Me abrazó por la espalda y apoyó la barbilla en mi hombro.

—Deja en paz a mi chica, Olivia —le advirtió, burlón. Al parecer, le hacía mucha gracia.

Si él supiera que todo lo que había dicho era verdad...

—*Diji in piz i mi chiqui, Ilivii* —lo remedó ella, poniendo los ojos en blanco.

—¿Sabes? Eres muy infantil.

—Cierra el pico, Ashu. Yo no soy infantil.

—Olivia... —La reñí yo. Nash se rio y noté su pecho vibrar contra mi espalda—. ¿Dónde está mi hermano?

—Dentro, procurando mantener el equilibrio y no comerse ningún mueble. Me ha mandado a buscarte. Quiere que convenzas a alguien para que os lleve a casa.

—¿Ha bebido? —inquirió Nash con la nariz arrugada, y soltó un suspiro al ver que Olivia asentía con la cabeza—. No puede conducir así. Lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé. Por eso he hablado con Chris. Dice que él nos llevará a casa más tarde. No os preocupéis, solo he venido a avisaros.

—¿Y Julie?

—Cenándose a Masón. Deberíais haberlos visto, parecen babosas. Menos mal que estaba enfadada con él.

Eso me dejó sorprendida. A mis espaldas, Nash soltó una risita.

—Sabía que acabarían juntos. Me pidió que la invitase a venir conmigo solo para darle celos, ¿sabes? Supongo que ha funcionado.

Parpadeé, atónita. ¿Qué había dicho?

Oh, por el amor de Dios. ¿Por qué siempre era la última en enterarme de estas cosas?

—Vaya que si ha funcionado —añadió Olivia, burlona. Entonces, se cruzó de brazos—. Bueno, va a ser mejor que vuelva dentro antes de que se separen. No quiero que Julie encuentre a Devon e intente arrancarle la cabeza, porque ha vomitado encima de su alfombra. Nos vemos luego,

chicos.

Me mordí el labio cuando la escuché; me daba la sensación de que iba a meterse en un buen lío.

Justo antes de entrar en la casa otra vez, Olivia se dio la vuelta y sonrió de forma pícaro.

—Por cierto, Eleonor, tu noviecito y tú sois adorables, de veras. No quiero imaginarme cuán bonita habrá sido vuestra reconciliación, pero límpiame el maquillaje de la cara. Pareces un payaso de circo.

Dicho esto, se marchó y nos dejó solos en la terraza. Los brazos de Nash seguían rodeándome la cintura y él se echó a reír en cuanto la vio desaparecer por la puerta.

## 37. Una bonita despedida

Incluso Devon, que estuvo gritando como un loco durante los cinco minutos que Olivia tardó en sacarlo a rastras de allí y meterlo en el coche de Chris, cayó rendido nada más sentarse. Estaba tan cansado que ni siquiera puso pegas cuando Nash se sentó a mi lado, junto a la ventana. Y tampoco cuando Olivia, al ver que no cabía en el coche, decidió esperar a que Mike viniese a recogerla para que no fuésemos demasiado apretados.

En realidad, yo sabía que tenía otras intenciones. En las últimas semanas, entre Devon y ella había pasado algo importante, aunque no sabía el qué. Aun así, esperaba que le contara a Mike la verdad. Si estaba saliendo con mi hermano, él merecía saberlo.

Lo que Olivia había hecho esos últimos meses había estado mal. Ya era hora de que lo solucionara, aunque eso significase romper el corazón de Mike, ese chico con complejo de niño pequeño que no hacía más que sonreír y bromear. Incluso a mí me hacía sentir mal esa situación.

El trayecto estuvo bastante bien. Permanecimos en silencio; solo se oía a Chris y Scott hablar en voz baja en la parte delantera.

Nash iba sentado a mi lado, mirando por la ventana. Estuve buena parte del camino dibujando las líneas de la palma de su mano con el dedo y, aunque al principio parecía incómodo, luego se relajó tanto que, cuando llegamos a casa, tuve que despertarle para bajar del coche.

Él reaccionó en seguida, aunque los nervios le traicionaron y, al intentar bajarse, no calculó bien las distancias y se dio un buen golpe en la cabeza contra el techo del coche. El ruido ni siquiera alertó a Devon, que salió disparado hacia la puerta de casa, pero a mí sí que me preocupó.

Por suerte, no había sido nada grave. Cuando se giró y me miró, se aguantó la risa y me dio la mano para ayudarme a salir. En cuanto bajé, Nash cerró la puerta del coche con cuidado, intentando no hacer demasiado ruido, y me observó mientras me alisaba el vestido, aunque a esas alturas no sirviera de mucho.

Después, ambos nos quedamos en silencio.

Un incómodo, terriblemente tenso y horrible silencio.

En realidad, la noche no había ido tan mal. Aunque al principio había sido bastante deprimente, no podía quejarme de cómo había avanzado, y mucho menos del final. Había empezado estando sola y aburrida, luego le había echado miles de cosas en cara a Jayden y, finalmente, me había reconciliado con Nash.

Llevaba años diciéndole a todo el mundo que los momentos malos, al igual que los buenos, terminan. Que nada es para siempre. Y por fin había tenido la oportunidad de vivirlo en mi propia piel. Había acabado, lo había solucionado todo. Bueno, Nash lo había hecho. Y yo no podía estar más agradecida.

Pero ahora, ¿qué?

Tragué saliva. Llevábamos un buen rato callados, mirándonos fijamente. Era consciente de que tenía que despedirme, que debía ser rápida porque Devon y Dylan se enfadarían mucho conmigo si tardaba demasiado, pero no sabía cómo hacerlo. Ese era el problema. No tenía ni idea de qué hacer.

—Bueno, ha sido... divertido —farfullé.

Nash ladeó un poco la sonrisa hacia la derecha y yo me aclaré la garganta.

—¿No crees? —insistí, ansiosa.

—Sí, ha sido divertido.

—Y, en fin...

—Deja de tocarte el vestido. Me estás poniendo nervioso.

Sobresaltada, solté el dobladillo, que cayó ondeando sobre mis muslos. Por muy arrugado que estuviese, seguía llegándome por encima de la rodilla. Resoplé. Al menos, aunque era muy feo, ese maldito vestido mantenía la forma. De todas maneras, pensaba guardarlo en el fondo del



armario nada más llegar a mi habitación.

—No te lo he dicho antes porque habría sido muy raro, pero me gusta —comentó Nash, señalándolo—. Ese vestido te queda genial. Estás preciosa.

Me dio un vuelco el corazón. Bueno, a lo mejor podría ponérmelo más veces...

—Qué dices, pero si es feísimo —discrepé.

Enarcó las cejas, burlón.

—¿Feísimo?

—Más que eso: horroroso.

—Anda ya, tú sí que eres horrorosa.

—¡Oye!

Su risa resonó por toda la calle cuando di un paso adelante y le golpeé el pecho con ambas manos, fingiendo estar molesta. Nash aguantó como un campeón hasta que atrapó mis manos con las suyas.

Me mordí el interior de la mejilla.

—Gracias por todo, Nash. Me lo he pasado genial —le dije.

Me abalancé sobre él y le rodeé el cuello con los brazos. Otra vez. Aunque aquello pareció pillarle por sorpresa, no tardó en reaccionar; ocultó la nariz en mi cuello, me cogió de la cintura e inhaló con suavidad. Yo cerré los ojos y, sencillamente, dejé que pasara el tiempo.

Me gustaba abrazar a Nash. No porque él me atraía, que también, sino porque para nosotros eso siempre había sido mucho más significativo que un beso. Supongo que era justo lo que yo quería hacer en su vida: significar algo. Significarlo todo.

En realidad, nuestra relación en ningún momento había ido más allá. Nash y yo nunca habíamos dormido juntos. Nunca habíamos bailado bajo la lluvia, como en las películas románticas, y tampoco habíamos tenido nuestra primera cita en un cine o en un restaurante carísimo. Nash y yo nos conocimos en un baño masculino, de la forma más estúpida posible; llegó a odiarme y viceversa; estuvo sin hablarme más de una semana; no correspondió nuestro primer beso con la excusa de que «se le había olvidado cómo respirar»; se pasó un mes diseñando, junto a Olivia, unos carteles para promocionar mi asociación; me apoyó en todo momento,

tanto en lo bueno como en lo malo. Siempre había estado ahí para mí, y yo siempre había estado ahí para él.

Lo nuestro se basaba en estar. Porque, en realidad, por muchos inconvenientes que hubiéramos tenido, nunca habíamos dejado de hacerlo.

Siempre estuvimos, y con eso nos bastaba.

—¿Eleonor? —susurró contra mi cuello.

—¿Sí?

—Quiero besarte. ¿Puedo?

—Por favor.

Apenas me dio tiempo a coger aire antes de que me pusiera las manos en las mejillas y nos besáramos. Con las manos en su pecho, percibí como se le aceleraba el corazón y noté que el mío latía con fuerza. Volví a sentir mariposas en el estómago, pero me di cuenta de que era diferente.

Por primera vez, entendí por qué a todo el mundo le gustaban tanto ese tipo de cosas. Por fin entendía todas las canciones de amor que salían en la radio. Nash había conseguido darle sentido a todo eso.

—Gracias —le repetí.

«Te *quiero*».

Me miró con esos ojos azules y sonrió. De repente, Devon nos estropeó el momento; llegó a nuestro lado pavoneándose, nos miró de una forma burlona y me agarró del brazo para apartarme de Nash.

—No quería interrumpir este momento tan bonito lleno de besos y miradas filosóficas, pero tienes la llave de casa y necesito entrar, así que mueve el culo y ábreme la puerta. Ya seguiréis hablando mañana. —Con cada palabra que decía, más me alejaba de Nash, que se había quedado de pie en el césped, inmóvil como una estatua—. Hasta luego, chaval.

—¡Anderson, al coche! —gritó Chris.

Rápidamente, Nash reaccionó y se apresuró a entrar en el coche. Mientras tanto, yo forcejeaba con Devon para que me dejase subir sola las escaleras. No sabía si quería morirme de vergüenza, matar a mi hermano o hacer ambas cosas al mismo tiempo.

Idiota. Idiota. Idiota. Idiota.

Sin embargo, por muchas ganas que tuviese de fastidiarle, no podía quedarme ahí fuera toda la noche. Abrí el bolsito que Olivia había

escogido, saqué la llave y forcejeé con la puerta. Entonces, oí como Chris arrancaba el coche.

Cuando se marcharon, Devon y yo nos quedamos a solas en la calle.

No pude reprimir las ganas de echarle en cara lo que había hecho.

—Adelante, suéltalo —le dije sin mirarlo. Estaba ocupada peleándome con la puerta—. Eres un maldito celoso, ¿sabes? Sé que lo has dicho para separarnos. Dylan está dentro y podría haberte abierto... ¡Pero no, claro que no! Tú tenías que fastidiar a tu hermanita, ¿no es así?

Estaba que echaba humo. Al fin, la cerradura cedió. Estaba a punto de entrar, pero Devon me puso la mano en la muñeca.

—¿Qué? —pregunté.

—No lo he dicho porque quisiera molestarte —repuso con calma—, sino porque se supone que Dylan está en casa y podría haberos visto. Más te vale ser disimulada. Si tu hermano se entera de esto, posiblemente Nate tenga problemas.

—Es Nash —le corregí, intentando parecer firme aunque me temblara la voz.

—Como sea. El caso es que a Dylan no va a hacerle ninguna gracia que estés saliendo con él. O con cualquiera, en general.

—A Dylan nunca le gusta nada de lo que hago.

Dicho esto, empujé la puerta con todas mis fuerzas y la abrí.

El aire helado me golpeó en la cara nada más poner un pie dentro de casa. Alguien debía de haber quitado la calefacción; aunque durante el invierno la programábamos para que saltase por la noche, ahora hacía más frío allí dentro que fuera. Además, todas las luces estaban apagadas.

Parecía que nadie hubiese vivido allí en los últimos años, lo que era irónico, porque, en teoría, Dylan debería estar allí, esperando la oportunidad perfecta para saltar sobre mí y llamarme fracasada, niñata sin futuro o cualquier cosa que se le pasase por la cabeza.

Sin embargo, ni siquiera la lámpara de su habitación estaba encendida.

—¿Crees que habrá salido con Megan? —le pregunté mientras me sentaba en una de las camas. No sabía de quién era, si de Devon o Dylan, pero como la otra estaba mucho más ordenada, supuse que era la de Devon.

—Lo dudo, me habría avisado. Tiene que estar por aquí.

Fruncí el ceño.

—¿Y mamá y Lizzie?

Devon estaba buscando algo en su librería. Ninguno de mis hermanos leía pero, aun así, prácticamente tenían una biblioteca privada en su habitación, lo cual me daba mucha envidia. Yo apenas tenía dinero para comprarme las sagas que quería leer y a ellos les sobraban los libros.

Sobre el escritorio había también una montaña de discos llenos de canciones de *rock* de los ochenta. La habitación entera estaba llena de pósteres, figuritas y decoración relacionada con la música. Apenas se veía un trozo de pared sin algún cuadro o fotografía.

—De cena, con Christian. Mamá me preguntó si íbamos a ir y le dije que no. Ya sabes, por la fiesta. Se alegró mucho de que por fin salieses y te relacionaras con más gente.

Me crucé de brazos e hice morritos, lo que le hizo reír.

—¿Qué? —añadió—. Es verdad. Dejando de lado todo lo de UAG, eres una asocial.

—Cállate.

—Bueno, al menos eras así antes de conocer al chico ese. ¿Vas a hablarme algún día de él o voy a tener que interrogar a Olivia para obtener un poco de información?

—Depende. ¿Vas a hablarme tú sobre tu relación con ella?

Por fin encontró lo que estaba buscando: un pequeño llavero en forma de corazón que parecía tener una fotografía dentro. Lo había sacado de un sobre especial para regalos y estaba intentando abrirlo.

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Qué es eso?

Desvió un momento la vista del cachivache y me miró.

—Anda, no seas cotilla.

—¿Es un regalo? ¿Para ella? —Me quedé sorprendida—. Vaya, sí que te lo estás currando, ¿no?

—Voy a pedirle salir. Algún día, después de nuestra cita. Tengo que sobornarla con algo —bromeó.

Parpadeé.

—¿«Algún día»? ¿Has planeado una cita para «algún día»?

—Bueno, algo así. Me gustaría tomarme un tiempo. Ilimitado. Estoy esperando a..., ya sabes, estar preparado. Un día no determinado, iré a su casa y le daré la sorpresa. ¡Bum, cita repentina!

Puse los ojos en blanco, aunque no pude evitar que se me escapara una sonrisa. Por su forma de hablar, notaba que estaba verdaderamente emocionado.

—Entonces, ¿«un día no determinado» irás a su casa con un ramo de rosas y le pedirás que vaya contigo de..., mmm, pícnic?

—Casi —respondió—. Voy a presentarme en su casa con un ramo de margaritas, sus flores preferidas, y a llevarla a cenar. Si te aviso un par de horas antes, ¿crees que podrías convencerla para que se ponga guapa? No quiero tener que sacarla en pijama... Aunque lo haré si hace falta, claro. Tiene unos pijamas muy bonitos.

Prefería no saber cómo había averiguado eso.

—Sí, podría intentarlo.

—¿Has aceptado porque sí o porque vas a pedirme algo a cambio?

Enarqué las cejas. Idiota.

—¿Tú qué crees?

—Está bien. —Suspiró con pesadez—. ¿Qué quieres?

Le sonreí de forma burlona; en realidad, no tenía pensado pedirle nada. Si Olivia hablaba con Mike y le dejaba las cosas claras, no tenía ningún problema con que saliese con mi hermano. Ya no. Aunque no estaba de más salir beneficiada de ese momento.

—Solo una cosa. —Devon soltó un bufido—. Enséñame la foto, la del colgante.

Se echó a reír.

—¿Eso es lo mejor que puedes hacer? Ni de coña, hermanita. El chantaje no se te da bien. No pienso enseñarte esto. Es privado.

—Olivia irá en pijama, entonces.

Me guiñó un ojo y caminó hacia la puerta de la habitación.

—Aun así, estará preciosa.

—¡No dirás lo mismo cuando la veas aparecer en el restaurante vestida de Minnie Mouse! —le grité a la puerta cuando ya se había cerrado. Luego

me senté en la cama y solté un suspiro—. Imbécil.

Devon nunca llegó a escucharme. Lo supe porque, de haber sido así, me habría devuelto el insulto, y no lo hizo.

Escuché el ruido que hacía al pisar cada peldaño de la escalera; había bajado al primer piso, lo que significaba que estaba sola en su habitación. Sería interesante si allí hubiera algo que me resultase curioso mirar, pero, por desgracia, no era el caso. La vida de mis hermanos era tan aburrida como ver a una babosa competir en una carrera contra un caracol.

Moví un par de cojines y apoyé la cabeza sobre ellos. Puse los pies en la cama, las manos encima de mi estómago y me quedé mirando el techo. Iba a dejar fluir mis pensamientos cuando sentí algo crujir bajo mi espalda.

Hice movimientos inhumanos para cogerlo. Estaba arrugado y doblado en cuatro partes que fui abriendo lentamente. Había escritas nueve líneas medio borrosas con bolígrafo azul. La caligrafía era mala y descuidada, hecha con prisas, pero la reconocí de todas formas.

Era una nota de Dylan.

Nunca pensé que nueve líneas me pudiesen causar tanto dolor en el corazón.

**PARTE CUATRO**  
**LA EXPLOSIÓN**

# Cuentos para Sidney

## Lo que ella me enseñó

*Querida Sidney:*

*Antes de nada, quiero pedirte disculpas porque este cuento no es como los demás. Se acabaron esos relatos cursis y algo melancólicos que solía escribir tu hermano mayor. He decidido centrarme en la realidad, por eso me gustaría que prestaras mucha atención.*

*Esto, lejos de ser una historia ficticia, es un relato basado en hechos reales. Es algo parecido a ese diario personal que nunca llegué a escribir, ¿me entiendes?*

*Hace mucho tiempo, conocí a un chico que se sentía muy desgraciado. Irónicamente, su mundo giraba en torno a sí mismo, y, sin embargo, creía que no era importante, que solo era un extra en la vida de los demás y en la suya propia. Que nadie le echaría de menos si algún día se marchaba.*

*Entonces, llegó ella. No te preocupes, no voy a relatarte ninguno de sus besos, ni te hablaré de sus abrazos y todos los «te quiero» que intercambiaron; sé que odias estas cosas.*

*Me basta con decirte que esa chica, que se convirtió en la protagonista de su vida, hizo que se sintiera una persona valiosa, importante y querida. Aunque él seguía sintiéndose como uno más entre la multitud, las cosas cambiaban cuando estaban juntos. Él la consideraba su media naranja, la persona que le complementaba y, gracias a ella, pensó que podría empezar a ser alguien.*

*Pero ella se fue. Esta es la parte triste que a nadie le gusta contar,*



*porque todo el mundo se la sabe muy bien. Sin embargo, aunque escribirla de nuevo no ayuda, yo siento que debo hacerlo.*

*El barco donde ella iba zarpó, se marchó del río y lo destrozó todo a su paso. Se hundió tanto que lo desbordó, e incluso destrozó el puente que tanto había costado construir.*

*Hasta que él conoció a Eleonor.*

*Sí, estoy hablando de mí mismo en tercera persona. Supongo que hasta ahora me resultaba más fácil contar las cosas así, pero me he cansado de esconderme.*

*Llámame loco si quieres, pero, al principio, odié a Eleonor Taylor con todas mis fuerzas. La odié porque ella tenía todo lo que a mí me faltaba: alegría, esperanza, empatía. La detesté porque envidiaba su forma de pensar, y me daba rabia porque hacía que me entrasen ganas de ser como ella. Me hizo darme cuenta de que deseaba hacer felices a los demás. Hacerme feliz a mí mismo.*

*Hacerla feliz.*

*La detesté hasta que asumí que no tenía una razón lógica para hacerlo. Por mucho que me costase admitirlo, acepté que hacían faltan más personas como ella en mi vida.*

*Muchos jóvenes suelen pensar que tienen el poder de cambiar el mundo. A mí, esa idea siempre me había parecido una locura, pero, cuando la conocí, entendí que quizá no están del todo equivocados.*

*Porque ella consiguió cambiar el mío.*

*Me faltan páginas para contarte todo lo que Eleonor me enseñó. Gracias a ella, ahora sé que hay que aferrarse a los sueños frustrados, aunque lleven años en el olvido. También aprendí a protagonizar mi vida; me cogió de la mano y me guio hasta que supe hacer las cosas por mí mismo. Me demostró que dependía de mí que mis días fuesen interesantes o no.*

*Eleonor me enseñó que no existe esa media naranja de la que todo el mundo habla; es una estupidez que nos pasemos la vida intentado encontrar a alguien que nos complete, porque no es necesario. Nosotros ya estamos completos.*

*Además, me habló acerca de lo importante que es hacernos valer, de*

*cuán necesario es echar a las personas que navegan en barcos malos por nuestro río para dejar sitio a los nuevos, a las personas que nos quieren de verdad.*

*Pero, sobre todo, me quedo con una de sus lecciones.*

*Esto lo aprendí gracias a ella, pero no por sus palabras, dinámicas o sesiones. Me lo enseñó sin querer, con sus sonrisas, sus bromas y su extraño sentido del humor. Con su odio acérrimo a la cocinera del instituto, su sacrificio por la asociación y ese brillo que tenía en los ojos cuando le daban una buena noticia.*

*Con todo eso, con su forma de ser, Eleonor me enseñó lo que es el amor. Empecé a comparar el proceso con una cuenta atrás: algo que empieza poco a poco, sin que repares en ello, y acababa haciéndose tan grande que es imposible de detener.*

*Eleonor me enseñó que el amor es como una explosión, que ella era la bomba y que, sin excepción, todas las bombas destruyen.*

*Y, siendo sincero, creo que no existe una forma de enamorarse más bonita que esa. Dejas que te destruyan para que vuelvan a construirte con unos cimientos más fuertes, más sanos, más duraderos. Justo como ella hizo.*

## 38. Nuestra primera cita

Unos días más tarde, después de salir de la última clase, fui hacia el aparcamiento en busca de Devon y me crucé con Nash por el pasillo.

Me fijé en sus pómulos ligeramente sonrosados, su sonrisa y sus grandes ojos azules, que se achinaban cuando sonreía. Ese día iba muy bien peinado. El flequillo le caía hacia la derecha y hacía que su rostro me resultase mucho más atractivo.

Tal vez Nash se había levantado de buen humor esa mañana y había decidido arreglarse para venir al instituto. No obstante, algo me decía que él estaba igual que siempre y que lo que había cambiado eran los ojos con los que yo le miraba. Era una locura pensar en lo mucho que había cambiado mi opinión sobre él en esos últimos meses, tanto física como emocionalmente hablando. Aunque, si había algo todavía más loco, era pensar en cómo habíamos acabado.

Juntos, a pesar de todo.

Aunque, ¿acaso alguna vez habíamos dejado de estarlo?

—¿Sabes una cosa? Estoy planteándome seriamente contratar a Olivia para que cometa un asesinato. Julie me agobia muchísimo y estoy seguro de que ella tiene las herramientas necesarias para hacerla desaparecer de la faz de la Tierra sin dejar rastro —me dijo rápidamente, sin apenas vocalizar.

Parpadeé sorprendida. Como ni siquiera me había saludado, me puse de puntillas y me incliné para darle un beso en la mejilla que le dejó algo trastocado. Sonrió con alegría y me dijo:

—En realidad, creo que no me importaría que ella me molestara todo

el día si luego, cuando vengo a quejarme, tú me consuelas así. Podría acostumbrarme a tu lado cariñoso, Eleonor.

La verdad es que yo también podía.

Por el rabillo del ojo, vi como el conserje se acercaba a su cuarto de limpieza. El armario de los trastos, que era como los alumnos solían llamar a ese lugar, solo se abría cuando el centro estaba vacío, por lo que teníamos que marcharnos cuanto antes si no queríamos meternos en problemas. Le hice una señal a Nash para que me siguiese hasta la salida.

Sus dedos bajaron por mi brazo, rodearon mi muñeca y acabaron entrelazándose con los míos mientras cruzábamos la puerta del instituto. En cuanto estuvimos fuera, tiró de mí hasta llevarme a uno de los bancos más alejados que había en el aparcamiento y nos sentamos uno al lado del otro.

Nash se apoyó en el respaldo sin dejar de observarme.

—Cuéntame, ¿qué tal en clase? ¿Ha pasado algo interesante? No he conseguido robarte un rato en toda la mañana.

Aunque no me lo estaba reprochando, yo sabía que le había molestado un poco. Pero es que no había tenido tiempo para nada; había estado demasiado liada organizando formularios y solicitudes antiguas con Olivia como para pensar en otra cosa. Llevábamos más de una semana sin trabajar en la administración de UAG y los documentos ya se estaban acumulando.

Justo cuando le iba a explicar todos y cada uno de los motivos por los que no habíamos podido pasar tiempo juntos esa mañana, Nash añadió:

—Hagamos un trato: si te quedas conmigo y me dejas invitarte a comer, te perdono.

Sonreí. Desgraciadamente, por mucho que deseara decirle que sí, no pude hacerlo.

—He quedado con Olivia dentro de unas horas —me lamenté, apretando los labios—. Tengo que llevármela de compras y convencerla de que se arregle para esta noche. Mi hermano ha organizado una cita sorpresa y necesita que le ayude, y la única forma de que todo salga bien es que yo la obligue a estar decente para cuando él llegue. Lo siento. Si lo hubiera sabido, le habría dicho a Devon que no viniese a recogerme. Ya

debe de estar de camino.

—¿Así que no puedes quedarte?

Negué con la cabeza.

—Lo siento.

—No, no importa. Olvídalo. —Intentó quitarle importancia, pero vi en sus ojos que estaba decepcionado—. Me ha tocado una chica muy ocupada. Tendré que aprender a vivir con ello.

Le dirigí una mirada llena de arrepentimiento y él volvió a sacudir la cabeza, reafirmando que no pasaba nada. Le sonreí, le cogí de las mejillas y lo atraje hacia mí para darle un beso. No obstante, antes de que me diese tiempo siquiera a rozarle los labios, Nash me puso un dedo en la nariz y me empujó hacia atrás.

—¿Esto es una forma de rechazarme indirectamente o lo has hecho solo para molestarme? —inquirí, enarcando las cejas.

Nash esbozó una sonrisa burlona.

—Ninguna de las dos. Solo quería ver cómo reaccionabas. Es gracioso porque, si te aprieto la nariz, se deforma y pareces un cerdito.

No sabía cómo debía sentirme. Cuando me vio la cara, empezó a reírse; quizás había notado que me moría de ganas de lanzarme a asfixiarlo con mis propias manos.

—Dame una sola razón para no tirarte del banco ahora mismo.

Fingió pensárselo antes de contestar.

—Conociéndote, seguro que pierdes el equilibrio y acabas cayéndote tú primero.

Lo peor de todo es que tenía razón.

—Si me caigo, prometo arrastrarte conmigo —le aseguré.

Volvió a reírse a carcajadas.

—Qué considerada.

—Cállate.

—¿Sabes qué? Cuando te enfadas e inflas los mofletes, pareces una ardilla matona.

—¡Deja de compararme con animales!

—¿Y si no quiero?

—Entonces, te las verás conmigo.

—¡No, por favor, cualquier cosa menos eso!

Su sobreactuación fue la gota que colmó el vaso. Intentando mantener la poca dignidad que me quedaba, me levanté del banco, pero, antes de que pudiera poner ambos pies en el suelo, Nash tiró de mí y me sentó sobre su regazo.

—Anda, ven aquí.

Cuando me quise quejar, me calló con un beso y se me aceleró el corazón. Después de separarse de mí, me sonrió.

No sé si fue porque estábamos muy cerca o porque estaba prácticamente encima de él, pero cada vez me costaba más respirar. Me acarició la mejilla con las yemas de los dedos y entonces, susurró:

—¿Quieres saber qué es lo que más me gusta de ti?

Tragué saliva.

—¿El qué?

—Siempre consigues ver la parte buena de todo el mundo. A veces creo que tienes un don para esas cosas —confesó, y yo solté una risita nerviosa—. Antes de conocerte, solo pensaba en mis defectos y creía que si tenía virtudes, debían de ser muy insignificantes, porque nunca nadie se había fijado en ellas. Pero entonces llegaste tú, y las viste. Absolutamente todas. Viste lo mejor de mí, Eleanor. Lo haces cada día. No sé si te lo he dicho alguna vez, pero creo que esa es una de las muchas razones por las que estoy enamorado de ti.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo; no me lo había dicho nunca. De ser así, no habría día en el que no pensase en ello. Sus palabras quedaron grabadas en mi memoria, imborrables. De repente, empecé a sentirme bien; tenía ganas de devolverle todo lo que me estaba regalando.

Entonces, Nash se echó a reír.

—Vaya, no sabía que podía conseguir que te sonrojases.

Si hubiese mantenido la boca cerrada durante un solo segundo más, le habría besado.

Aunque lo había dicho en voz baja, sentí tanta vergüenza como si lo hubiera gritado a los cuatro vientos. Por mucho que me hubiese gustado obviar ese detalle, no podía negarlo; estaba segura de que tenía las mejillas más rojas que Nash había visto nunca, incluyendo las suyas, y era

horrible.

Oculté la cara en su cuello y apreté la nariz, como si así pudiera desaparecer del mundo. En ese instante, sentí como su pecho vibraba bajo el mío porque se estaba carcajeando. Me puso una mano en la cabeza y empezó a jugar con mi pelo.

—No es necesario que te escondas, Eleonor. No me estoy riendo de ti.

Negué con la cabeza.

—Cállate. Sabes de sobra que eso es mentira.

—Vaya, me has pillado —admitió—. ¿Cómo se supone que voy a llamarte ahora? Nunca he visto a una ardilla matona con las mejillas tan rojas como tú. ¡Voy a tener que buscarte otro apodo!

Me separé de él y le golpeé el pecho con ambas manos. No quería hacerle daño, así que lo hice flojito, solo para que entendiera que me estaba empezando a enfadar de verdad. Sin embargo, cuando Nash volvió a reírse, sus carcajadas fueron música para mis oídos y no pude evitar sonreír; el papel de «chica cabreada» ya no funcionaba.

—Te odio —murmuré, aunque ambos sabíamos que no era verdad.

Se volvió a mirarme con las cejas arqueadas. Justo cuando quiso responder, escuchamos un claxon. Pegué un respingo y me volví rápidamente.

Entonces, todo se fue al traste.

Era Devon, y nos miraba desde su coche.

Yo estaba subida encima de Nash, y él tenía una de sus manos en mi cintura mientras me acariciaba la cabeza con la otra.

Devon observándonos.

Yo, encima de Nash.

Al igual que una gacela tratando de escapar de su depredador —tal y como iba a acabar Nash si no se apartaba—, puse las manos en sus hombros y, rápidamente, me eché hacia atrás. Él tardó en darse cuenta de por qué estaba actuando así y, cuando lo hizo, tendría que haber grabado su cara; se puso completamente pálido y podría jurar que empezó a temblar.

—Eh, yo... Creo que deberías... Eleonor, tu hermano...

Me soltó en seguida y me puse en pie. Tenía el corazón desbocado. Luego, me volví hacia el coche. Devon, cuando se dio cuenta de que le

observábamos, frunció el ceño y le hizo un gesto aterrador a Nash; seguro que no significaba nada bueno.

Tenía que irme de allí cuanto antes si no quería que Devon saliese del vehículo y montase un espectáculo. Porque, conociéndole, seguro que se moría de ganas de hacerlo.

—Bueno... —titubeó Nash, después de levantarse. No dejaba de balancearse con los pies hacia adelante y hacia atrás—. Espero que disfrutes de tu tarde de chicas. ¿De verdad tienes que irte?

El reproche que noté en su voz me pareció adorable.

—Sí, lo siento.

—Eres un asco.

Puse los ojos en blanco.

—Vaya, gracias. ¿Te veo mañana?

—Si no estás muy ocupada...

Me mordí el labio inferior para no sonreír. Me apetecía mucho besarle, pero sabía que Devon me mataría si lo veía; como mínimo, me tiraría del coche en marcha. No obstante, quería que dejase de importarme, porque estaba cansada de pensarme tanto las cosas.

Sin previo aviso, me acerqué a Nash y le besé para despedirme. Cuando nos separamos, él seguía sonriendo como un idiota.

—No lo estaré —le dije mientras caminaba hacia el coche de mi hermano—. Hablamos luego, ¿vale?

—Vale, yo... Eh... Adiós.

Solté una risita y me marché. Cuando entré en el coche, Devon me observó con atención; tenía las cejas arqueadas y esperó hasta que terminé de abrocharme el cinturón para poner el motor en marcha.

—Bueno, supongo que esto significa que esta noche no tendré que cocinar para ti —comentó con una sonrisa. Yo frunció el ceño; no sabía a qué se refería—. Te ha faltado poco para cenártelo ahí mismo, eh.

Oh, Dios.

No podía haber dicho eso. ¿Cómo se le ocurría?

Me sentí tan avergonzada que me hundí en el asiento y deseé desaparecer del mundo. No obstante, eso solo le hizo reír.

—Vaya, me parece que te ha comido la lengua el gato —se burló—.



No, el gato no. Seguro que ha sido ese chico. ¿Te ha comido la lengua y por eso ahora no puedes hablar, Eleonor?

—Déjame en paz —le espeté.

—Oye, pero si te estás poniendo roja.

—Cállate.

—Eres adorable.

—Devon —le advertí.

—Sois tan monos. Prométeme que me invitarás a la boda.

—¡Para! —exclamé.

Empezó a reírse entre dientes.

—Está bien, está bien.

Me volví hacia él y, tal y como me temía, seguía teniendo esa sonrisa burlona en los labios. Apostaba a que nuestra conversación continuaba repitiéndose en su cabeza, y seguro que aún le hacía gracia. De pronto, tuve ganas de ser yo quien le echase del coche a patadas.

Resignada, solté un suspiro y me hundí en el asiento.

Pasados unos segundos, Devon añadió:

—Y, dime, ¿besa bien?

\* \* \*

Como ocurría siempre que Nash y yo nos separábamos, volví a pensar en todo aquello que me preocupaba. Sobre las tres de la tarde, cuando solo faltaban unas horas para que Olivia viniese a recogerme para ir al centro comercial, estaba sentada frente al escritorio de mi cuarto con el cuaderno abierto por una página en blanco. Llevaba varios minutos buscando una forma de contarle todo lo que me había pasado, porque él era mi mayor confidente y necesitaba desahogarme.

La verdad era que estaba muy preocupada por Dylan; llevaba días sin poner un pie en casa, contestar al teléfono o dar señales de vida. Parecía haber desaparecido de la faz de la Tierra, y su única despedida había sido una nota escrita en un *pósit* amarillo que apenas superaba las nueve líneas. Una nota que yo había encontrado.

Eso era lo peor de todo.

No habían sido Devon, Lizzie o mamá, sino yo, de modo que solucionarlo era mi responsabilidad. Por esa razón no le había hablado a nadie sobre ese mensaje. Además, sabía que solo nos traería problemas. Pese a que mis hermanos estaban empezando a asimilar la llegada de Christian y su hijo, nuestra familia seguía en crisis. ¿De qué serviría complicar más las cosas?

Pero ¿y si le había pasado algo? ¿Y si estaba mal? Ni siquiera sabía si lo que había escrito en la nota era verdad. Aunque, ¿y si lo era? ¿Y si ya era demasiado tarde? ¿Y si ya se había ido y ahora no quería volver? ¿Cómo iba a explicárselo a mamá? ¿Cómo reaccionaría Lizzie? ¿Y Devon?

Era un tema demasiado complicado; no podía escribir sobre él en mi diario y arriesgarme a que alguien lo leyese.

Sin lugar a dudas, era mejor guardármelo para mí. Yo había encontrado la nota, así que yo me encargaría de solucionarlo todo. Iría a hablar con Dylan, lo convencería de que lo que quería hacer era una locura y todo estaría arreglado.

Solo necesitaba que me cogiese el teléfono.

Al final, me entretuve escribiendo cosas al azar y garabateando hasta que Olivia vino a recogerme.

Nos pasamos la tarde rodeadas de bolsas, tiques y ropa de muchas tallas y colores. Cuando llegaron las siete —el cielo empezaba a oscurecer y las luces de la calle ya estaban encendidas—, nos sentíamos tan cansadas que decidimos sentarnos en una de nuestras cafeterías favoritas. Según Olivia, necesitábamos una buena bebida caliente para reponer fuerzas.

Ella pidió un tazón de chocolate caliente casi más grande que su cabeza y yo me decanté por uno bastante más pequeño; no tenía el ánimo ni el espacio suficiente en el estómago como para escoger la versión XXL.

Estuve durante cinco minutos dándole vueltas a mi chocolate, en completo silencio. Mientras tanto, Olivia revisaba las tallas de la ropa que se había comprado y, de vez en cuando, alzaba la vista y me miraba. Entonces, fruncía el ceño, como si supiese que algo iba mal pero no se atreviese a preguntarme nada.

Hasta que, después de un cuarto de hora, lo hizo.

—Vale. Ya estoy cansada de esto —me soltó—. Llevas depresiva toda la tarde. ¿Vas a decirme de una vez qué te pasa? Tengo curiosidad desde que me he probado el primer vestido con vuelo y me has dicho que me quedaba bien. Por el amor de Dios, Eleonor, ambas sabemos que ese tipo de prendas me sientan fatal. Si llega a ser por ti, habría salido a la calle como una carpa de circo. Sé que estás deprimida por algo, o por alguien... ¿Es culpa de Nash? ¿Habéis vuelto a pelear? Porque, si es así, ese niñato con cara de inocente va a vérselas con mi...

—No es culpa de Nash —la interrumpí—. No hemos discutido, y tampoco llevo toda la tarde desanimada ni nada de eso. No digas tonterías. Solo estoy cansada; hemos entrado en muchas tiendas.

Sus ojos azules me observaron con recelo. Me esforcé en mantener una expresión neutra para que no me descubriera, pero no sirvió de nada. Olivia me conocía demasiado bien. Por eso, dejé que ella misma se diera cuenta de que prefería no hablar del tema todavía.

Ya tendría tiempo de contarle mis problemas en otra ocasión. De momento, lo mejor era mantenerlos en secreto.

Olivia lo captó en seguida. Entonces, cubrió mi mano con la suya y me dio un suave apretón. Alcé la vista; estaba demostrándome, sin necesidad de palabras, que me apoyaba, aunque no supiera en qué.

—Cuando necesites hablar de ello, avísame —me dijo—. Ya sabes que puedes contar conmigo para todo lo que necesites.

Esboqué una pequeña sonrisa.

—Lo sé —respondí—. Gracias.

—No me las des, pedazo de mema. Solo estoy ejerciendo el papel de mejor amiga comprensiva. Ya sabes, como en las pelis. —Aunque su comentario no había tenido ninguna gracia, me sacó una sonrisa. Apartó su mano de la mía y se recostó contra el asiento, satisfecha. Justo en ese momento, mi teléfono empezó a sonar—. Te están llamando —me dijo, como si yo no lo supiera.

—Sí, sí...

Al ver el nombre que aparecía en la pantalla, me quedé sorprendida. Vi que el chocolate no dejaba de moverse porque la mesa estaba vibrando por

el móvil, así que, para que no se vertiera, cogí el teléfono y le hice un gesto a Olivia para que se quedara en silencio.

En cuanto descolgué, oí un grito.

—¡Ay, ha contestado! Corre, es para ti.

—Pero serás...

—¿Nash? —pregunté. Escuché como él y su hermana susurraban—. ¿Eres tú? ¿Por qué me estás llamando?

Mientras esperaba una respuesta, me volví hacia Olivia. Tenía las cejas arqueadas y sus ojos me observaban con burla. Entonces me di cuenta de que, desde que el nombre de él había aparecido en la pantalla de mi teléfono, yo no había dejado de sonreír. Ese era el efecto que Nash tenía en mí.

Llevábamos un rato en silencio, por lo que me aclaré la garganta y repetí:

—¿Nash? —No hubo respuesta, tan solo un par de gruñidos de fondo—. ¿Estás ahí?

—Ajá —contestó finalmente, ahorrándome el mal trago de tener que cortar la llamada—. Eh, te he llamado porque...

—¿Sí?

—Quería saber cómo estaba yendo tu tarde de chicas... y eso.

Fruncí el ceño.

—Bien, la verdad. Aunque ya hemos terminado —respondí, dudosa—. ¿Algo más?

—Sí. Bueno, es que he estado pensando y creo que nunca... nunca hemos... —Tomó aire. Me lo imaginé mordiéndose el labio por los nervios—. Nunca hemos tenido una primera cita, ¿verdad?

Mi reacción debió de ser muy exagerada, porque Olivia estalló en carcajadas.

Como no quería que Nash la escuchase, la miré de forma desdeñosa, me puse de pie y empecé a caminar por el centro comercial. Ella se apresuró a recoger sus cosas para poder seguirme de cerca. Se moría de ganas de cotillear la conversación.

—No, nunca —contesté.

—Por eso mismo me preguntaba si te gustaría... Es decir, quiero saber

si tú...

Sabía lo mucho que le costaba hacer esas cosas, así que decidí ayudarle un poco.

—¿Estás intentando pedirme una cita? —pregunté—. Porque eso no estaría nada mal.

Olivia salió conmigo del edificio. Intenté ignorarla como pude, porque me moría de vergüenza solo con ver la expresión de su rostro.

—¿Qué significa eso? —inquirió Nash, nervioso.

—Que, si me dices el día y la hora, podría consultar mi agenda. Ya sabes que soy una persona muy ocupada.

Soltó una risita ansiosa.

—¿Qué tal esta noche? Yo creo que está bien. Quiero decir..., solo si tú quieres, claro. Podría pasar a recogerte a las ocho. Iríamos a cenar y luego..., no sé, a dar un paseo o algo así. Me parece una... muy buena idea, ¿y a ti?

Desvié la mirada hacia Olivia y me aguanté las ganas de gritar. Ella, que había pegado la oreja al teléfono para oír nuestra conversación, me sonrió de forma burlona.

—No sé qué decir —le susurré, tapando el micrófono del aparato para que Nash no me escuchase.

Le faltó poco para lanzarse a mi cuello.

—¿Estás bromeando? Como no le digas que sí, te daré una paliza. ¡Ese chico es adorable!

—Pero...

—¡Vamos, hazlo de una vez!

Cogí el móvil de nuevo y sentí que las palabras se me atascaban en la garganta.

—¿Eleonor? —insistió Nash al no obtener respuesta.

—¿Quieres que te pegue una patada? —murmuró Olivia, y se pasó casi un minuto entero mirándome con los ojos entornados.

—Está bien, a mí también me parece una buena idea —balbuceé—. Es genial. Me encantaría tener una cita contigo esta noche, Nash.

De pronto, él soltó un suspiro. Me percaté entonces de que mi respuesta le había tranquilizado.

—Gracias a Dios.

Empecé a reírme.

—¿Creías que iba a decirte que no?

—No. Es decir, sí. O, bueno, no. No lo sé. Todo era muy confuso. Me lo has hecho pasar mal.

Puse los ojos en blanco.

—Eso no es verdad.

—Claro que lo es. Me pones nervioso. Mucho, y tú lo sabes. Además, Sidney lleva riéndose de mí desde que empecé a hablar contigo porque dice que... ¿Sabes qué? Olvídalo, mejor no te cuento lo que dice. Es demasiado... vergonzoso.

Sonreí. Olivia caminaba a mi lado y hacía rato que había empezado a mandarle mensajes a alguien. Ahora actuaba como si nuestra conversación no le importase, pero sospechaba que solo estaba fingiendo. En el fondo, seguro que se estaba enterando de todo.

—¿Te recojo a las ocho, entonces?

—No hace falta.

—¿Por qué?

—Tu casa está muy lejos de la mía. No es necesario que cruces toda la ciudad. Dime dónde quieres que nos veamos y te prometo que estaré allí.

Olivia me dio un golpe en el hombro. Mis sospechas acababan de confirmarse.

—¡Vas a estropear la parte más romántica de la cita! —me susurró.

Yo no le hice caso.

—¿Estás segura? —insistió Nash.

—Completamente.

Dudó durante unos instantes, pero acabó cediendo.

—Está bien. ¿Qué te parece el café Daiana? Está cerca del centro de la ciudad y...

—Es perfecto, Nash. Allí nos veremos.

—Genial —dijo.

—Genial —repetí.

Después, nos quedamos en silencio.

Mientras escuchaba su respiración, la dulce imagen de su rostro

apareció en mi cabeza. Me centré en todos los detalles para que no se me escapase ninguno; pensé en ese peinado que solía llevar a clase, en sus ojos azules y en lo mucho que me gustaba su sonrisa.

Nash era un chico delgado. Tanto, que podría rodear su cintura con los brazos y entrelazar mis manos al otro lado. También era alto; me sacaba media cabeza pese a que yo estaba por encima de la media. Y sus mejillas tenían tantas pecas que contarlas sin perderse resultaría imposible.

Sabía que esas eran algunas de las cosas que él odiaba de sí mismo, pero que a mí más me gustaban. Me agradaba la forma en que fruncía la nariz cuando no entendía algo en clase y cómo le brillaban los ojos siempre que hablaba de su hermana pequeña. Además, me parecía adorable su manera de comportarse cuando lo traicionaban los nervios y no dejaba de tartamudear.

Todo en él era fascinante.

Nash era fascinante.

¿Por qué nunca se lo había dicho?

Sentí un cosquilleo en el estómago cuando recordé lo que había sucedido por la mañana. No era la primera vez que me decía cosas bonitas, pero esas palabras me habían calado muy hondo. De alguna manera, se habían llevado consigo todas las inseguridades que tenía sobre mi personalidad, toda mi baja autoestima, como si supiese que era eso lo que necesitaba. Y me había confesado que, a pesar de todo lo que había ocurrido, aun tras haber vivido algo como lo que nos hizo Jayden, sus sentimientos por mí no habían cambiado.

Nash seguía enamorado de mí, tanto como antes.

O incluso más.

El sentimiento era mutuo, y tenía que encontrar una forma de decírselo.

Miré hacia atrás y vi que Olivia andaba detrás de mí, con la vista perdida en su móvil. Algo me decía que estaba hablando con Scott y que le estaba detallando con pelos y señales toda nuestra conversación, porque él era un cotilla y a ella le encantaba que lo fuese.

Volví la vista al frente. No podía sincerarme con Nash de esa manera si Olivia estaba delante, así que aceleré el paso, me alejé de ella para que no

pudiese escucharme y rompí el silencio.

—¿Nash?

—¿Sí?

Seguí caminando, con el corazón desbocado. Mientras me preguntaba cómo reaccionaría, me giré para mirar a Olivia y cerciorarme de que seguía entretenida. Luego, cerré los ojos.

De mi boca no salió un «gracias, Nash», como siempre ocurría. Tampoco un «estoy enamorada de ti» o un «me haces feliz». Esta vez fui un poco más allá.

—Te quiero.

Después, todo sucedió muy rápido.

El claxon de un coche, unas luces cegadoras, el olor a asfalto. Estaba en la carretera.

Un grito de auxilio.

«¡Eleonor!».

¿Olivia?

Mi móvil dejó de funcionar. Y, luego, silencio.

Solo silencio.

*Bum.*



## 39. El ramo ideal

### Nash

Eleonor Taylor me volvía loco.

No sabía si era por su sonrisa, por su capacidad de hacerme sentir especial o por su forma de ser, pero lo hacía. Cuando estábamos juntos, dejaba de ser un adolescente aburrido y me convertía en uno que se moría de ganas de hacerla feliz.

Eleonor era la única persona capaz de hacerme llorar y reír al mismo tiempo. Siempre lograba animarme, por muy mal que fuesen las cosas. Gracias a ella, podía olvidar todo el estrés de mi día a día y transportarme a un mundo en el que solo estábamos los dos; me hacía sentir como si fuésemos las únicas almas sobre la faz de la Tierra y no nos hiciese falta nadie más.

Me aceptaba por mi forma de ser. A su lado, no me hacía falta fingir ser otra persona para encajar. De entre todos los chicos con los que podría haber estado, me eligió a mí. Y estaba seguro de que ella nunca sería verdaderamente consciente de lo feliz que me hacía.

Dios, la quería. La quería mucho.

Tenía la necesidad de convertir a Eleonor Taylor en la persona más feliz del mundo.

Quizás por eso me comportaba como un idiota cada vez que estábamos juntos. A lo mejor esa era la razón por la que me ponía de los nervios cuando hablaba con ella y por la cual, hacía unos meses, había sido incapaz de hablar sin balbucear o inventarme palabras.

Seguramente por eso me había puesto de tan mal humor descubrir lo que había ocurrido entre ella y Jayden.

Irritado, me dejé caer en la cama y solté un profundo suspiro. A unos pocos metros de distancia, Sidney apartó la vista de su libro para mirarme; no necesitaba decirme nada para hacerme entender que llevaba más de treinta segundos callado al teléfono y que debería seguir hablando con ella.

Sabía que llevaba razón, pero la ignoré. Tenía demasiadas cosas en las que pensar en ese momento.

En realidad, volviendo al tema de Jayden, todo el mundo me había malinterpretado; yo no estaba enfadado, nunca lo había estado. No era ira lo que había sentido esas últimas semanas, sino decepción. Y no porque ella me hubiese traicionado, que era lo que Jayden insinuaba, sino porque, cuando él me contó su versión de la historia, creí que yo no era el chico adecuado para ella.

Empecé a pensar que quizás fuese muy poco para alguien así.

Si Eleonor era más feliz con él que conmigo, ¿tenía que dejarla ir?

¿Volvía a no ser suficiente?

Todos los problemas que habíamos tenido las últimas semanas habían sido por mi culpa. Si la hubiese escuchado, las cosas habrían sido diferentes.

—¿Nash?

Parpadeé cuando escuché mi nombre. Sidney me dijo que respondiera, así que lo hice.

—¿Sí?

—Te quiero.

No había palabras suficientes en el mundo para describir el estallido que sentí en el pecho al escucharle pronunciar esas palabras. Sonreí de oreja a oreja y quise contestar que sí, que lo sabía. Que yo también la quería y no iba a cansarme nunca de darle las gracias por haber aparecido en mi vida.

Ah, y que detestaba que fuese capaz de sacar a la luz mi lado cursi.

Pero tenía tantas cosas que decirle que, al final, no le dije nada. Antes de que pudiera responder, Eleonor colgó el teléfono.

¿Qué narices...?

Con el ceño fruncido, volví a marcar su número para llamarla otra vez, pero ni siquiera comunicó. Imaginaba que habría apagado el móvil. Pero ¿por qué?

¿Se habría arrepentido de decirme eso? ¿O se había sentido ridícula al hacerlo? Conocía a Eleonor; sabía lo difícil que le resultaba mostrar sus sentimientos. Quizás, por culpa de la vergüenza, había decidido ignorar su móvil durante un rato. A lo mejor le ponía nerviosa escuchar mi respuesta, pese a que ambos sabíamos de sobra cuál era.

—¿Pasa algo? Tienes mala cara.

Me sobresalté al escuchar la voz de Sidney al otro lado del cuarto. Llevaba tanto tiempo mirando embelesado el móvil, preguntándome por qué había cortado la llamada, que incluso había olvidado que mi hermana estaba conmigo.

—No, nada —respondí, levantando la cabeza para mirarla. Sobre las piernas, tenía el libro de tapa blanda que Eleonor le había regalado por su cumpleaños hacía semanas, y me pregunté cuántas veces pensaba leerlo. Si mi memoria no fallaba, ya iban seis—. Solo estoy algo... aturdido.

—¿Te ha dicho que no?

Me recosté sobre el colchón.

—No. Ha aceptado. Tenemos una cita en una hora.

—¡Te lo dije! —chilló—. ¡Oh, Dios, tendría que haber apostado algo! Puse los ojos en blanco.

—Sid, cállate.

—No, Nash. Cállate tú. Llevas dándome la murga desde esta mañana, sin saber si llamarla o no, y al final he acabado teniendo razón. Ya te dije que no iba a rechazarte. Le gustas, pedazo de imbécil.

«No solo eso. Me quiere, dice que me quiere».

Me di la vuelta y me estiré bocarriba. En esta posición, lo único que podía ver era el techo del dormitorio de Sidney, donde, hacía unos meses, mamá y yo habíamos pegado pósteres, fotografías y todo un sistema solar lleno de planetas fosforescentes para que los viera siempre que se fuese a dormir.

—Estás empezando a parecerte a Mike —farfullé, molesto.

Ella se echó a reír.

—No digas eso, atontado. Él te insulta. Yo no.

—¿Cómo dices?

Sonrió de forma inocente, aunque no me dejé engañar. Sidney era un ángel endemoniado; podía parecer tierna, pero le bastaba con abrir la boca para que cualquiera se arrepintiera de haberse metido con ella.

—Bueno, no tanto. Yo solo te insulto cuando te pones en plan desesperante, como ahora —aclaró. Luego miró el armario de su habitación, que no podía estar más desordenado. Se suponía que lo íbamos a arreglar, pero nos habíamos pasado el día sin hacer absolutamente nada—. Por cierto, ¿a qué hora dices que tienes que irte?

—Hemos quedado a las ocho.

—¿Y se puede saber por qué sigues aquí?

Solté un suspiro.

—No sé, es como... —Dejé la frase en el aire y cambié de tema—. ¿Debería llevarme a Dash?

Sidney me lanzó una mirada fulminante. Parecía estar pensando seriamente si tirarme o no el libro a la cabeza.

—¿Estás de broma? ¡Por supuesto que no!

Tenía los brazos cruzados, una coleta a cada lado de la cabeza y el rostro lleno de exasperación.

—¿Por qué? —inquirí, aunque sonó como una queja.

Dash y yo siempre íbamos juntos a todos lados, por lo que me habría resultado mucho más sencillo actuar con normalidad si él estaba cerca. Además, era una buena excusa para salir corriendo en caso de que las cosas se volvieran incómodas.

—Porque es una cita, Nash. Una cita, no una reunión para salir a pasear a tu perro.

—No creo que...

—Déjalo aquí, ¿vale? —me interrumpió—. No pasará nada porque os separéis durante un rato. Tú ve y disfruta. Sarah y yo cuidaremos de él.

Puse los ojos en blanco; odiaba a la cuidadora de mi hermana.

—¿Sarah? ¿Y si le pega las pulgas?

Sidney frunció el ceño.

—¿Dash tiene pulgas?

—La verdadera pregunta es: ¿ella las tiene?

—¡Nash!

—¡Parece que no se ducha!

—Muy bien, se acabó. Lárgate. Ahora.

Con una fuerza sobrehumana, tiró de mí para levantarme del colchón y me persiguió en su silla de ruedas hasta que me echó del cuarto.

—Pero...

—Adiós, Ashu. Pásatelo bien, hazla reír un montón e invítala a salir. No seas cobarde. Si vuelves, que sea con novia o te prometo que no te dejaré entrar. Y estoy hablando en serio —agregó con una sonrisa—. Disfruta, Nash. Te quiero.

—Yo también, Sid.

Me cerró la puerta en la cara y me dejó solo en el pasillo.

\* \* \*

Metí las manos en los bolsillos, caminé en la oscuridad de la noche y miré hacia el cielo para ver las estrellas. Por culpa de las luces de la ciudad, apenas se diferenciaban unas de otras; solo se distinguían puntos brillantes a miles de kilómetros de distancia. Entonces, pensé que seguramente eran muchos menos de los que existían en realidad y me surgió una duda.

Si ellas, siendo tan grandes y tantas, destacaban tan poco, ¿qué pasaba con nosotros?

Como siempre, le daba mil vueltas a todo. Quería ser escritor, y eso conllevaba fijarme en los detalles constantemente e imaginar historias. Sin embargo, no había encontrado ninguna idea lo suficientemente buena como para invertir mi tiempo en ella.

Hasta que conocí a Eleonor, claro.

Desde que estábamos juntos, mi vida entera había dado un giro increíble. Esa chica de pelo claro y tez pálida se había convertido en una inspiración para mis relatos, y esta era una de las muchas razones por las

que sentía que, gracias a ella, todo había ido a mejor.

De pronto, me cayó una gota de agua helada en la mejilla, que se deslizó por mi cuello hasta acabar dentro de la camisa. Sacudí la cabeza y aceleré el paso. Iba a ponerse a llover. Genial, eso era justo lo que necesitaba. Había dejado que Eleonor fuese sola a la cafetería, y ahora iba a coger un resfriado por mi culpa.

Aunque, bueno, en realidad, el error había sido suyo. Tendría que haber dejado que fuese a recogerla, como en las películas románticas, pero no. Claro que no.

«Agh, maldita cabezota».

Caminé tan rápido que llegué en seguida. El café Daiana era un local con calefacción de mala muerte que Eleonor y Olivia adoraban. Según me había contado Olivia, pasaban tanto tiempo allí que incluso se habían hecho amigas de los dueños.

La fachada marrón del edificio combinaba a la perfección con el enorme cartel en forma de taza de café que había sobre la puerta de entrada y con el letrero que, justo debajo, anunciaba el nombre de la cafetería en letras mayúsculas. Pese a que era un sitio pintoresco y acogedor, decidí esperar a Eleonor fuera para que no tuviese que entrar a buscarme. No quería desaprovechar ni un solo segundo de esa noche.

Lo tenía todo planeado: iríamos a dar un paseo y, cuando empezase a diluviar de verdad, la llevaría a cualquier sitio a cenar. Me bastaba con que tuviese buena temperatura y mesa para dos. No me importaba el nombre, ni tampoco la comida que sirvieran. Improvisaría.

Si las cosas salían bien, el plato sería lo de menos. Tenía en mente cosas mucho más importantes que organizar. Como, por ejemplo, cómo diablos iba a invitarla a salir de forma oficial sin desmayarme en el intento.

Suspiré y apoyé la espalda contra la pared del local. Iba a resultarme difícil porque era algo nuevo. Nunca había tenido que declararme a una chica, mucho menos pedirle que fuese mi novia después de una primera cita. Eso solo pasaba en las películas.

En mi relación con Agatha, ella dio el primer paso. Yo me limité a decir que sí, creer que de verdad nos gustábamos mutuamente y odiarla

con todas mis fuerzas cuando me dejó por Lucas después de engañarme, como mínimo, tres veces.

Obviamente, Eleonor solo conocía dos de ellas. Era mejor que no supiese que Scott había sido uno de esos chicos con los que Agatha me había sido infiel unos meses atrás.

Por suerte, él se dio cuenta de su error a tiempo.

Bueno, la verdad es que ella besaba muy mal y, encima, era una persona desagradable.

¿Cómo no iba a preferir a Eleonor?

De repente, mi móvil empezó a sonar. Lo saqué del bolsillo trasero de los pantalones, emocionado, pensando que podría ser Eleonor. Por eso me sentí tan decepcionado cuando vi de quién se trataba en realidad.

—Ah, eres tú.

—Vaya, Anderson. Si sigues contestándome de esta manera cada vez que te llamo, creo que voy a acabar cayendo a tus pies. —Mike soltó una carcajada—. ¿Cómo va tu cita?

—¿Cómo sabes que...?

—Sidney acababa de llamarme para decírmelo. Está muy orgullosa de ti... Bueno, los dos lo estamos. No puedes ni imaginarte el alivio que he sentido al saber que por fin has encontrado a alguien que te aguante, Ashu. ¡Estaba empezando a pensar que comprarte un gato por tu cumpleaños era una buena idea! Ya sabes, para ayudarte a empezar con tu colección.

—Dash se lo comería —comenté.

—¿Y qué? Eso haría tu vida más interesante.

—Das mal rollo, Mike.

—Es un don natural —respondió alegremente. Yo me eché a reír. Una de las cosas que más me gustaban de él era la facilidad que tenía para encontrarle la gracia a todo. Siempre conseguía animarme, por muy jodida que fuese la situación—. Bueno, ¿y vas a decirme de una vez cómo va tu cita con esa chica tan guapa?

—Mike... —Gruñí.

—No te pongas celoso, Ashu. Ya sabes que soy completamente tuyo. Ella no va a conseguir interponerse entre nosotros.

Y volvió a reírse. En cierto modo, me compadecía de las chicas que

tuviesen que aguantar al peso de Mike; si a veces conseguía agobiarme a mí con sus bromas, no quería ni imaginarme lo que tendría que pasar su futura novia. Solo esperaba que tuviera una paciencia infinita, porque iba a necesitarla.

—Entonces, ¿vas bien con ella? ¿Cómo va vestida? ¿Adónde vas a llevarla? ¿Has preparado alguna frasecita de ligoteo? ¿Y una distinta por si esa sale mal?

Suele pasar, Nash. Siempre hay que tener dos frases preparadas. No con todas las chicas funciona la misma.

—La estoy esperando. Todavía no ha llegado —contesté, mirando el reloj. Hacía diez minutos que tendría que haber estado aquí. ¿Dónde narices se había metido?—. Y no, no tengo ninguna frase, Mike. Sabes que yo no soy así.

—Entonces, supongo que por lo menos le habrás comprado una caja de bombones. —Me quedé en silencio—. ¡Ay, Dios bendito! ¿Y flores tampoco? Joder, Ashu. ¿Dónde ha quedado el romanticismo de las primeras citas, eh? ¿Acaso quieres que esa despampanante rubia crea que no tienes ningún interés en ella?

No supe si debía reírme, tomarme en serio sus palabras o enfadarme con él por haber utilizado ese término para referirse a Eleonor.

—No digas tonterías... —Comencé a decir.

—No son tonterías, Anderson. Va a pensar que no la quieres.

—Ella no...

—Creerá que la das por garantizada.

—¿De qué diablos estás hablando, Mike?

—Sin flores, no existen buenas citas. Apúntate esa.

Me reí con desgana.

—¿Se puede saber a cuántas chicas has conquistado con esa técnica?  
—Curioseé.

Mike dudó a la hora de responder.

—A ninguna —murmuró. Después, gritó como un loco—: ¡Pero eso es porque todavía no he encontrado a la indicada!

—¿Y Olivia?

Al momento supe que había tocado un tema delicado, pues soltó un



bufido, como los caballos, y gruñó antes de contestar:

—¿De verdad tenemos que hablar de esa?

—¿Qué ha pasado? —interrogué, con la mirada en la calle.

Fue entonces cuando descubrí que había una tiendecita al otro lado de la carretera. La puerta estaba cerrada y, a juzgar por la camiseta de manga corta que llevaba la dependienta, la calefacción debía de estar a tope.

Ví una decena de macetas apiñadas en el escaparate, expuestas: era una floristería.

¿Y si...?

—Bueno, dejémoslo en que antes tenía una foto suya como fondo de pantalla y ahora he decidido cambiarla y poner la de un perrito, que es mucho menos falso, mentiroso y retorcido que ella.

Parpadeé, sorprendido.

No tendría que haber preguntado.

—¿Tan mal ha ido? —insistí de todas formas.

Mike suspiró.

—¿Quieres la versión larga o corta?

—Corta. Eleonor podría llegar en cualquier momento —contesté distraídamente, y volví a fijar toda mi atención en el local.

—Sabes que ayer fui a recogerla, ¿verdad?

—Ajá.

—Pues aprovechó la oportunidad para decirme que estaba saliendo con otro, que llevaba bastante tiempo viéndose con él y que estaba convencida de que lo quería... O lo que viene a ser lo mismo: una Agatha en versión mejorada y teñida de blanco.

Dios mío, no sabía que Olivia había sido tan dura con él.

—Mike, tío, lo siento mucho...

—Lo sé, Ashu.

—¿Y qué hiciste?

—¿Que qué hice? —Se echó a reír—. ¿Te refieres a cuando la eché a patadas del coche o a cuando volví a por ella, como el idiota que todos piensan que soy?

Ese comentario me hizo sentir mal.

—Mike...

—No importa, Anderson. Lo tengo superado. De todas formas, ya lo sabía —admitió—. Hacía tiempo que sospechaba que había otro. Que fingiese ser un idiota para no perderla es algo distinto, pero supongo que ya no va a servirme de nada, ¿no? Ella misma me lo ha dicho: quiere a ese chico. Punto. Tendré que acostumbrarme.

A pesar de que no podía verme, asentí con la cabeza. Esa era otra de las muchas razones por las que le admiraba: Mike era de ese tipo de personas que no se preocupan en exceso y actúan y piensan de una forma distinta a los demás. Sabía perfectamente cómo ocultar su dolor.

Por eso me sentía orgulloso de ser el único que le conocía lo suficientemente bien como para saber todo lo que había detrás de la máscara que llevaba siempre.

—Además, según tengo entendido, ese chico que le gusta es rubio —agregó con burla—. No puedo robarle la novia a alguien así, hombre. Entre rubios nos respetamos.

Entonces, nos echamos a reír. Si Mike era capaz de pasar página tan rápido, ¿por qué yo le daba tantas vueltas a una tontería como esa?

Con el móvil en una mano y arrastrando mi orgullo con la otra, crucé la calle rápidamente, aprovechando que el semáforo estaba en verde, y entré en la floristería. Una mujer de tez morena me saludó, y yo observé todas las flores que tenía para elegir la que más me gustara. Había miles de especies distintas: azucenas, rosas, claveles... Eran demasiadas.

¿Cuál se suponía que tenía que comprar?

—Mike... —murmuré, agachándome para mirar un cesto lleno de margaritas que había frente a mí—. Solo por curiosidad: ¿qué tipo de ramo sueles comprar tú cuando tienes una cita?

Al escucharme, estalló en carcajadas.

—¿De verdad vas a regalarle flores? Compañero, creo que estás demasiado pillado por esa chica.

—No me digas —gruñí—. Venga, ¿cuáles elijo?

—Las más baratas que haya. Total, se acabarán marchitando.

Fruncí el ceño.

—Ahora entiendo por qué todas tus relaciones acaban mal.

—Soy sincero y ahorrador, Ashu —respondió—. En realidad, lo mejor

es que le compres unos bombones o algo así. Luego, si te dice que no, me los traes y punto.

Volví a reírme, solo porque lo que decía no era ninguna tontería; más de una vez había ido a su casa a jugar a algún videojuego y me lo había encontrado atiborrándose a helado y chocolate.

—Bueno, Nash, he de dejarte. —Bostezó—. Tengo demasiado sueño como para seguir hablando sobre tu amorcito. Cómprale alguna flor bonita y listo. Te llamo después, ¿vale?

Asentí distraídamente con la cabeza.

—Sí, no te preocupes.

—Hasta luego, *cariñín* —canturreó antes de colgar el teléfono.

Me guardé el móvil en el bolsillo y me centré en buscar la flor perfecta para Eleonor.

Por suerte, no tardé en encontrarla; apartada de las demás, distinguí una rosa de color rojo oscuro que me llamó la atención. Era grande, llamativa y preciosa. Tenía pinta de ser el tipo de flor que a Eleonor le gustaría. Seguro que le iba a encantar. No podía imaginarme una forma más bonita de empezar la noche que verla sonreír con ella en las manos.

No me lo pensé dos veces y, tan rápido como pude, llamé a la dependienta para que la preparase. Con una sonrisa en sus gruesos labios, la mujer decoró la flor de forma cuidadosa, como si fuera un animalito herido. Colocó bien los pétalos y le quitó todas las espinas con ayuda de unas tenazas.

Cuando le dio el visto bueno, cogí la flor del mostrador y la miré durante un segundo. Tenía una especie de papel en forma de cono alrededor, y su olor era increíble. Ya era capaz de imaginarme la cara que pondría Eleonor al verla.

Una vez que hube pagado, salí de la floristería, volví a cruzar la calle y me detuve frente al café Daiana.

El exterior del local estaba desierto, igual que antes. No había un alma por la calle ni coches circulando por la carretera. De hecho, lo único que se escuchaba en la cafetería era la conversación de sus dueños.

Me crucé de brazos y apoyé la espalda en la pared del edificio. No me gustaba esa situación; odiaba estar solo en tardes tan lluviosas y frías

como esa.

Además, hacía veinte minutos que Eleonor tendría que haber llegado. Estaba empezando a preocuparme. ¿Dónde narices se había metido?

—Vamos, Eleonor —susurré, casi para mí mismo—. ¿Por qué tardas tanto?

Pero ella nunca llegó. Me pasé cinco minutos más allí parado, muerto de frío, incapaz de dejar de pensar en que quizás algo no iba bien. Eleonor no solía ser impuntual.

¿Y si le había pasado algo?

Apreté los labios y negué con la cabeza. Paranoias. Seguro que estaba bien y solo se había entretenido por el camino. O tal vez todavía estuviera arreglándose. Sí, seguro que era eso.

Aun así, solo por si acaso, decidí salir de dudas y volver a llamarla. Con las manos temblorosas, saqué el teléfono del bolsillo y marqué su número, pero ni siquiera comunicó. Lo hice otra vez. Nada, no hubo respuesta. Y una tercera.

«Este número no está disponible. Por favor, inténtelo de nuevo».

Debía de tener el móvil apagado.

—Vamos, Eleonor...

Me tiré del flequillo, frustrado, mientras me alejaba el teléfono de la oreja. No sabía qué estaba pasando. Ella no solía apagar el móvil. Es decir, podía entender que, hasta cierto punto, se avergonzase de la conversación que habíamos tenido hacía más de una hora, pero no encenderlo a estas alturas era demasiado. Seguro que Eleonor tenía otra razón para ignorar mis llamadas.

Solo esperaba que fuese puro capricho, y no algo peor.

Solté un suspiro. Por mucho que quisiese retrasarlo, tenía que marcharme. No podía quedarme allí y esperarla durante toda la noche, sin saber si iba a llegar o no.

Tenía que hacer algo, así que tomé la decisión de cruzar media ciudad para llegar a su casa y, si me la encontraba por el camino, le iba a recriminar lo mal que me lo había hecho pasar.

Fue entonces cuando recordé que no estaba sola.

Olivia.

Olivia estaba con ella. Las había oído discutir de fondo durante los nueve minutos que habíamos estado hablando por teléfono. Estaban juntas. Si conseguía que cualquiera de las dos me contestase, podría ponerme en contacto con la otra con facilidad. No sabía por qué había tardado tanto en darme cuenta.

Busqué su nombre en la lista de contactos y esperé con impaciencia a escuchar los primeros tonos —llegué a contar hasta cuatro—. Después, la llamada se colgó. Resoplé, indignado, y marqué otra vez. Nada. Me estaba desesperando. Una última. Si no respondía, me iría a casa y me olvidaría de todo.

Esta vez, aunque tuve que aguantar hasta el tercer pitido, Olivia contestó.

—Oh, gracias a Dios —murmuré, aliviado—. Llevo intentando ponerme en contacto con vosotras desde hace media hora. ¿Dónde diablos os habéis metido? Estoy llamando a Eleonor y no contesta. ¿Sabes dónde está? —No hubo respuesta—. ¿Olivia?

Me di cuenta de que gritaba cada vez más porque no escuchaba nada. Cuando todo mi alrededor quedó en silencio, presté atención para saber qué ocurría al otro lado.

Caos. Gritos, lloros, desesperación. Por un momento, pensé que, para poder escucharla bien, Olivia tendría que alejarse de todo ese bullicio, pero era imposible; ella formaba parte de él.

Era incapaz de alejarse de todo ese ruido porque quien lloraba era ella. No había pronunciado ni una sola palabra porque no podía.

El corazón me dio un vuelco. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué lloraba? ¿Y Eleonor? ¿Estaba con ella? Me esforcé por mantener la calma y respirar.

«Tranquilízate, Nash. Seguro que no es nada. Seguro que están bien».

—Olivia —la llamé, intentando parecer tranquilo—. Olivia, escúchame. ¿Cómo te encuentras? ¿Por qué lloras? ¿Dónde estás? Tienes que decirme lo que pasa. ¿Estás ahí? Olivia, por Dios, dime que...

—Devon —murmuró ella y, de repente, otra persona se puso al teléfono.

—¿Quién eres?

—Nash —contesté en cuanto reconocí su voz—. Devon, ¿qué está pasando? Me estáis asustando.

Durante unos segundos, no me dijo nada.

—Estamos en el hospital. Eleonor ha tenido un accidente. Olivia me ha llamado y la hemos traído lo más rápido posible —dijo. Escuché sollozos de fondo—. No sé dónde estás tú, ni por qué me estás llamando, pero tienes que venir. Tienes que darte prisa y venir ahora. Si no lo haces, no te dará tiempo.

Se me heló la sangre.

—¿Tiempo a qué?

Pero Devon ya había colgado el teléfono.

## 40. La ansiedad

### Nash

El hospital era un lugar tan silencioso que, cuando la puerta se cerró a mis espaldas, lo único que se oía eran mis pisadas y mi respiración acelerada.

Mientras avanzaba hacia la recepción, intenté tranquilizarme. Había estado a punto de sufrir un ataque de ansiedad hacía unos minutos, poco antes de llamar a Mike para que viniese a recogerme a la cafetería. Creía que llegar al lugar donde estaba Eleonor me transmitiría paz, pero el corazón me seguía latiendo tan rápido como antes.

O incluso más.

Estaba tan asustado que solo podía pensar en las ganas que tenía de verla, de comprobar que estaba bien. Necesitaba entrar en su habitación, abrazarla y decirle que nunca volvería a dejar que cruzase una carretera sin alguien a su lado. O quizás me bastaba con observarla en silencio, fijarme en su rostro y volver a ver su sonrisa. La verdad es que no lo sabía.

Quizás hasta me diese igual.

Me conformaba con estar con ella. Solo quería eso.

Sin embargo, me quedé petrificado en el pasillo, con la respiración entrecortada y aguantando las ganas de llorar. Sabía que debía acercarme al mostrador y dar su nombre completo, pero me daban pánico las respuestas que podía obtener. Quería saber dónde estaba, en qué habitación se encontraba. Era consciente de que lo que Devon me había dicho no era ninguna broma, porque si Olivia estaba llorando, seguro que existía una

buena razón.

Había pasado algo malo. Muy malo.

¿Tiempo a qué?

No me hacía falta una respuesta, porque me imaginaba lo que significaba.

—Vamos, Nash. Tenemos que darnos prisa. —Mike me alcanzó en seguida. El corazón cada vez me latía más rápido, como si se me fuera a salir del pecho, y le miré. No pude contestar—. Nash, venga.

Me cogió de la muñeca y tiró de mí hasta que llegamos al mostrador. Con cada paso que dábamos, todo parecía ir más rápido. Vi a cámara rápida como la recepcionista levantaba la cabeza para mirarnos, oí de forma distorsionada como Mike preguntaba por Eleonor Taylor y se me paró el mundo cuando oí la respuesta.

—Planta tres, pasillo diez. Habitación número trescientos dieciséis. Podéis coger el ascensor, está a mano derecha.

—Está bien. Gracias.

Al final fuimos por las escaleras. Mike tiró de mí en todo momento; algo me decía que pensaba que, si me soltaba, yo echaría a correr. Y no podía culparle, porque era exactamente lo que quería hacer. Él tenía la respiración acelerada, estaba muy nervioso; probablemente su corazón bombeaba tan rápido como el mío.

Pero no era lo mismo.

Yo estaba asustado, él no. Yo tenía miedo de llegar a la habitación, él no. Yo quería con todo mi corazón a la persona que estaba dentro de ese cuarto. Él no.

Aunque intenté evitarlo, fui el primero en llegar a la sala de espera. La puerta era grande, pesada y de cristal. A través de ella, vi a un pequeño grupo de personas: Olivia estaba en el fondo, abrazada a Devon, y Scott, sentado junto a una mujer de pelo oscuro que debía de tener más de cuarenta años.

Todo parecía estar en *mute* desde ese lado del pasillo. Olivia lloraba, pero en silencio. Scott se lamentaba, pero yo no podía escucharlo. Y tampoco podía oír los sollozos de aquella mujer. Fue como si el mundo se congelase por un segundo, y yo deseé que el tiempo se detuviera también.



De pronto, Mike me apartó de un empujón y abrió la puerta.

Entonces, estalló el caos.

La situación cobró vida y empezó a avanzar a cámara rápida. Cuando la mujer alzó la mirada, me fijé en que tenía los ojos llenos de lágrimas. El corazón me dio un vuelco. Me dirigí a Devon y Olivia rápidamente.

—¿Dónde está? —pregunté, casi incapaz de hablar—. ¿Dónde está Eleonor?

Los ojos de Olivia estaban rojos de tanto llorar.

—Ella no... —Se le quebró la voz—. Devon, no puedo hacerlo. Yo...

—¿Qué pasa? —insistí—. ¿Dónde está Eleonor? Necesito verla. Ahora.

—Nash...

—¡¿Dónde está?!

Mi grito alertó a la mujer, que se levantó y, con sumo cuidado, se acercó a nosotros.

—Chico —dijo—, creo que deberíamos ir a otro sitio para...

—No quiero ir a ningún sitio. Quiero ver a Eleonor, y quiero hacerlo ahora. —Me volví hacia Devon—. ¿Dónde diablos está? ¿Qué ha pasado?

Se volvieron a quedar en silencio. Con el corazón a mil por hora, giré sobre mis talones para verlos a todos. En algún momento, Scott se había acercado y ahora estaba al lado de Mike, que parecía estar aguantando las ganas de correr hacia Olivia para abrazarla. Sin embargo, ella no podía dejar de llorar y, con la cabeza gacha, se sujetaba del brazo de Devon como si eso pudiese protegerla. Luego se pasó los pulgares por debajo de los ojos, alzó la vista y tomó aire antes de, por fin, responder:

—Yo estaba con ella cuando ocurrió. Acabábamos de salir del centro comercial. Eleonor estaba hablando por teléfono y yo iba a su lado, riéndome de ella. Entonces, se alejó de mí. Supuse que estaría cansada de mis burlas, así que no le di importancia. Después, escuché un frenazo y... cuando la vi, estaba... Estaba tirada en el suelo. —Tomó aire. Le temblaba la voz—. Entonces me di cuenta de lo que había pasado. Intenté llamar a la ambulancia, pero no recordaba el número. Estaba demasiado... Estaba tan nerviosa, Nash... El conductor se había dado a la fuga y yo sabía que tenía que darme prisa y pedir ayuda. Así que lo primero que se me pasó por la

cabeza fue llamar a mi madre. Luego vino la ambulancia, la subieron en una camilla y se la llevaron. Deberías haber visto la expresión de su rostro cuando... Dios, parecía tan... Cuando me monté en el coche para venir al hospital, yo ya sabía que algo no iba bien.

Olivia había empezado a llorar otra vez. Cuando me volví hacia Devon, se estaba mordiendo el labio con mucha fuerza, y no me miró. Sentía como mi cuerpo irradiaba nerviosismo.

—Olivia, ¿qué quieres decir con eso? ¿Cómo está?

—Nash, ella no fue capaz... —Me giré al escuchar la voz de Scott a mis espaldas. Estaba hiperventilando; si seguía así, iba a entrar en pánico—. Cuando llegamos al hospital, nos dijeron que el accidente había causado daños en su cerebro. Estuvo luchando hasta el final, pero no pudo... No lo consiguió.

—¿Qué? —musité, retrocediendo a ciegas—. No, no es verdad. No puede ser verdad. Eleonor no...

Miré a Olivia, rogándole en silencio que me dijese que era una broma. Pero ella negó con la cabeza, y todas mis esperanzas se rompieron en mil pedazos.

—Nos han dado la noticia hace treinta minutos —añadió con la voz rota—. Ha fallecido, Nash.

Tres palabras. Todo acabó con esas tres palabras.

De repente, empecé a sentir que no podía mantenerme en pie. Quise gritar que dejase de mentir, que me dijese la verdad, pero no fui capaz de emitir ningún sonido. Las lágrimas me nublaron la vista y el dolor recorrió todas y cada una de las partes de mi cuerpo, como si me hubieran aplastado.

—No. Estás mintiendo. No puede ser cierto. Ella no...

Sentí un hormigueo muy desagradable en el estómago. Tenía ganas de vomitar. El corazón me iba a mil por hora y, con cada latido, sentía como se iba rompiendo y quebrando en pequeños trozos.

Diminutos.

Afilados.

—Por favor, dime que... —Seguí balbuceando. Sin embargo, Olivia empezó a llorar completamente desolada.

Aparté la mirada. Necesitaba irme de allí. Quería abandonar mi cuerpo, convertirme en otra persona, alejarme de todo ese sufrimiento. Escapar.

*«Mírame, soy patético. Ni siquiera tengo amigos».*

*«Me tienes a mí».*

Pero no, ya no.

No volvería a ver el brillo de su mirada cada vez que estábamos juntos. No podría abrazarla de nuevo, ni sentir su cuerpo emanando calor junto al mío. No sería capaz de volver al parque, tan importante para nosotros, sin recordar que fue allí donde nos dimos nuestro primer beso. Tampoco al pasillo donde la vi llorar por primera vez.

Me acordé de como sonrió cuando le dije que lo sentía, de sus brazos rodeándome para caber en el minúsculo sillón donde nos tumbamos aquella noche para ver las estrellas.

Pensar en ella era como subir a una montaña rusa y quedarme atascado en una de las curvas más peligrosas. Como si me rompiesen el corazón con crueldad, partiendo los trocitos hasta hacerlos polvo.

Eleonor había llegado a mi vida para hacerme feliz y se había ido antes de lo previsto, destruyéndolo todo.

¿Qué iba a hacer yo ahora?

—Nash. —Escuché la voz de Mike de forma distorsionada. No me di cuenta de que estaba a mi lado hasta que me puso una mano en el hombro —. Nash, escúchame. Tienes que respirar, ¿vale? Respira.

Estaba helado. Sentía tanto pánico que no podía respirar. Me senté, apoyé las manos en las rodillas e intenté coger aire, pero no pude.

Estaba sufriendo un ataque de ansiedad. Llevaba mucho tiempo sin tener ninguno, y eso me puso todavía más nervioso.

Negué con la cabeza en un grito de auxilio que nadie escuchó, excepto Mike. Rápidamente, se agachó delante de mí y me cogió de la barbilla para que le mirara a los ojos.

—Escúchame —me susurró—. Respira conmigo, ¿vale? Estoy aquí. Estoy contigo. Tienes que respirar. Vamos, Nash. Respiremos los dos.

Me puso un brazo en la espalda y yo cerré los ojos para que me fuese más fácil concentrarme.

«Uno, dos, tres, cuatro...».

Se me caían las lágrimas y el corazón me seguía latiendo con fuerza.

«Cinco, seis, siete...».

Tenía que conseguirlo.

«Ocho, nueve...».

—Eso es, Nash. Sigue así. Vamos.

«Diez, once, doce...».

—Mike, no puedo —tosí—. No puedo. Ella...

—Sí, sí que puedes. Claro que puedes. Siempre has podido.

Poco a poco, me dejé guiar por su voz y conseguí recuperar la movilidad de mi cuerpo. Mi corazón empezó a bombear lentamente y por fin pude respirar bien. Aunque todo lo demás seguía igual. Las lágrimas en los ojos, el dolor intenso en el pecho y el mareo.

Cuando conseguí ponerme en pie, Mike me abrazó muy pero que muy fuerte.

—Lo siento —me dijo—. Lo siento mucho.

—No puede haberse ido. No quiero que lo haga. La necesito aquí, conmigo.

—Lo sé.

Al cabo de un rato, Mike me soltó. Tenía los ojos enrojecidos, aunque se limpió las lágrimas con rapidez y esbozó una sonrisa triste cuando le miré; estaba intentando animarme, porque sabía lo duro que esto era para mí. Trataba de parecer fuerte para no hacerme sentir peor. Por eso era mi mejor amigo.

—Nash... —Olivia se puso a mi lado y me dio un suave golpecito en el brazo. Iba con cuidado, como si temiese que volviera a estallar en lágrimas otra vez—. Hemos llamado a su madre. Estaba fuera de la ciudad, pero ya viene de camino. Todavía tenemos permitido entrar en su habitación. Esto... ¿Quieres entrar conmigo?

Solo con pensar en verla ahora, se me ponía la piel de gallina. No quería recordar a Eleonor como un cuerpo sin vida escondido detrás de una sábana blanca.

—¿Y Dylan? —preguntó Scott.

—No sabemos nada de él. No contesta al teléfono.

Apreté los labios al escuchar la respuesta de Devon.

—Nash —insistió Olivia—, ven conmigo. Por favor.

Pese a que mi mente seguía negándose —porque sabía que solo me iba a hundir más—, le hice caso a mi corazón y asentí con la cabeza.

Olivia le dirigió una última mirada a la mujer que había en la sala, que supuse que era su madre, antes de hacerme un gesto con la cabeza y guiarme por el pasillo. La puerta de la habitación de Eleonor estaba completamente cerrada, pero las luces del interior seguían encendidas. Olivia fue la primera en pasar.

Yo entré después, y cerré la puerta para sentirme más protegido.

Cuando me di la vuelta y vi la sábana blanca que tapaba el cuerpo que había tendido sobre la camilla, se me heló la sangre y el corazón me dio tal vuelco que sentí que se me había parado por un instante.

Entonces, Olivia cogió cuidadosamente la tela con las puntas de los dedos para apartarla.

Yo cerré los ojos. No quería ver nada.

Cuando los abrí, allí estaba la persona de la que me había enamorado. Inmóvil.

—Oh, Dios mío... —murmuró Olivia, llevándose una mano a la boca para ahogar sus sollozos—. Oh, Dios mío.

Cuando me acerqué a la camilla, dejé de prestar atención a Olivia. Lo único que quería era mirar a Eleonor, que ahora parecía una persona completamente distinta.

Sus labios rojizos habían pasado a ser púrpuras y el tono de su piel era mucho más pálido de lo normal. Sin embargo, su pelo seguía siendo rubio y sus manos todavía eran suaves. Tenía las mejillas ligeramente maquilladas y las uñas pintadas de rojo. En el fondo, seguía siendo ella. Estaba ahí, tumbada delante de mí. Su rostro transmitía tanta serenidad que podría haber pensado que estaba dormida.

Con las yemas de los dedos, le acaricié el hombro con cuidado. Luego, fui bajando por su brazo, rozando su piel congelada, hasta que llegué a su muñeca.

No se la había quitado.

Dándole color a ese cuerpo sin vida, estaba la pulsera.

Tragué saliva. El pequeño barco que colgaba de la correa de cuero — algo desgastada— brillaba debido a la luz artificial. Mirarlo me traía tantos recuerdos que me entraron ganas de darme la vuelta para no verlo. Sin embargo, justo en ese momento, Olivia me puso una mano en el hombro, me dio un suave apretón y, con la voz quebrada, me susurró:

—Llévatela.

—¿Qué?

—Llévatela. La pulsera, llévatela. Se la quitarán para el entierro. Seguramente la tiren a la basura pensando que no tiene valor. Sé lo importante que era para vosotros, así que cógela y llévatela. No diré nada.

—Olivia...

—No te arriesgues a perder un recuerdo tan bonito como ese, Nash. No todos tenemos la suerte de tenerlo.

Antes de que terminara la frase, deshice el nudo con las manos temblorosas y me guardé la pequeña cuerdecita de cuero en el bolsillo. Luego, aguardé. Tenía la esperanza de que Eleonor se despertara y me preguntase qué estaba haciendo, que me dijese que esa pulsera era suya y que no tenía ningún derecho a quitársela. Pero, por desgracia, no iba a ser así.

Se había ido.

Mierda, cuánto dolía.

De pronto, me di cuenta de que había empezado a llorar otra vez. Me dio dolor de cabeza y sentí como la montaña rusa volvía a detenerse en esa curva tan dolorosa. Odiaba esa situación. Quería despertarme en mi cuarto y que todo fuera un sueño.

Necesitaba encontrar una forma de volver atrás. No quería seguir viviendo así. No podría soportarlo.

Olivia me rodeó con los brazos, intentando consolarme, y entrelazó las manos en mi espalda. Entonces, empezó a sollozar en mi pecho. Yo sabía que llorar no servía de nada, pero era lo único que quería hacer en ese momento. Lloré como nunca, y Olivia no me soltó hasta que me sentí preparado para hacerlo.

Su abrazo me reconfortó, pero no tanto como los de Eleonor. Ella tenía un don para que olvidara todos los males y se me pusiera la piel de gallina.

No obstante, sabía que ya no volvería a sentir un abrazo como los suyos.  
Jamás.

Solo podía darlos ella, y se había ido.

Se había ido. Me había dejado solo.

Esta vez, para siempre.

## 41. ¿Puedo dormir contigo?

**Nash**

El funeral de Eleanor se celebró dos días después de su muerte, un domingo en el que el cielo parecía llorar con nosotros, derramando gruesas gotas de lluvia que caían como copos de nieve sobre las calles de la ciudad.

Mike insistió en venir a recogerme para acompañarme al entierro en cuanto le dije que a mis padres no les daría tiempo a volver de la capital. Ni siquiera tuve ganas de ponerle excusas, así que acepté, y se presentó en mi casa a las ocho y media de la mañana con una sonrisa triste y el coche recién lavado.

En otra ocasión, me habría reído al verlo con traje y corbata, pero ese día fui incapaz, así que permanecemos en silencio hasta que llegamos.

Siempre había pensado que el cementerio de Neville era un lugar muy bonito, pero, en ese momento, todo lo que veía a mi alrededor era de color gris. Había árboles sin hojas que se llenarían de flores cuando llegara la primavera, y el cielo estaba tan nublado que apenas se vislumbraba un rayo de luz. Los nichos estaban colocados de forma ordenada en las paredes y de ellos salía un camino que daba a la entrada.

Lo primero que vimos nada más llegar fue su ataúd, que estaba cerrado y lleno de flores. Su familia había puesto mucho empeño en que el entierro se celebrase al aire libre, así que lo habían trasladado allí a primera hora de la mañana.

—No me gusta esto —susurré.



Mike me miró de reojo.

—A mí tampoco —contestó, pero tiró de mí para acercarnos de todas formas.

Juntos, llegamos hasta Scott y Chris. Estaban frente al ataúd, mirándolo desde lejos. Ambos iban vestidos con un traje de corbata negro y zapatos del mismo color. Los saludé con un gesto de la cabeza y me quedé en silencio, a su lado. Mientras tanto, observé cómo la gente se iba agrupando a nuestro alrededor.

A mi derecha, había algunos profesores del instituto. Ví a la señora Jameson, la profesora de francés, compartiendo un paraguas con su marido, y al director Stevenson junto a ellos. La señora Duncan también estaba allí; parecía haber dejado de lado su odio para venir al entierro de una de las alumnas más increíbles de todo el instituto. Y, un poco más alejados, vi a un par de voluntarios de UAG con los que nunca había tenido la oportunidad de hablar, pero que sí había visto varias veces en la sala común.

Me dolió recordar la asociación; no sabía qué iba a pasar con ella si Eleonor no estaba.

Se me volvieron a llenar los ojos de lágrimas. No soportaba estar allí. Solo tenía ganas de irme a casa, encerrarme en mi habitación y llorar todo el día. No era justo. Ella no se merecía algo así. Eleonor era la persona más increíble que había conocido. Había luchado por sacarme a flote aun sabiendo que, si volvía a hundirme, iba a llevármela conmigo.

Necesitaba que volviese. La necesitaba conmigo.

Sorbí por la nariz y me sequé las lágrimas con el brazo. Llorar no servía de nada. No ahora que ella no estaba. Tenía que ser fuerte, porque sabía que eso era lo que Eleonor habría querido.

Mike me palmeó el brazo con suavidad. Cuando me volví hacia él y levanté la vista del suelo, vi que una buena parte del grupo de amigos que llevaba haciéndome la vida imposible desde hacía años se acercaba lentamente al ataúd. Lucas palpó la superficie con las yemas de los dedos y advertí como le caía una lágrima rebelde que se secó con rapidez.

Después, se giró hacia su novia y puso el ramo de flores que ella traía sobre la tumba de Eleonor.

La ira me quemó por dentro en el momento en el que vi que Jayden y Grace estaban con ellos. ¿Qué demonios hacían allí?

—Si los sigues mirando así, van a darse cuenta y las cosas van a acabar muy mal. —Apreté tan fuerte los puños que, cuando los abrí, tenía las palmas llenas de marcas de uñas. Me giré hacia Mike—. Sé que te molesta que hayan venido, pero no te preocupes por eso. Se sienten culpables, Nash, por eso están aquí. Llevan la palabra «hipocresía» escrita en la frente con letras mayúsculas.

—Siguen sin tener derecho a venir.

—Lo sé, pero no podemos hacer nada —me contestó. Luego, llevó la vista hacia el pasillo que se había abierto entre la multitud—. Vamos, olvídalos y céntrate en esto. La ceremonia está a punto de empezar.

Aún cabreado, le hice caso. Eché un último vistazo a esa panda de idiotas, intenté tranquilizarme y me preparé mentalmente para lo que iba a ocurrir. Sabía que eso iba a dolerme mucho.

Y así fue. Antes de que la gente empezase a leer sus discursos en honor a Eleonor, yo ya no podía dejar de llorar. Por alguna razón, escuchar a todas esas personas leyendo en voz alta lo hizo todo más real; no había sido una broma, no había sido un sueño: era una pesadilla, pero real. Eleonor se había ido para siempre.

Ya no volvería a abrazarla. No podría besar su mejilla, hacerle cumplidos para ponerla nerviosa y decirle cuánto la echaba en falta cada vez que no estaba conmigo. No podría mirarla a los ojos y ver ese brillo tan bonito, mucho más que el de todos los demás. No podría volver a besarla, ni a hacer estupideces de las que luego me arrepentiría al llegar a casa.

Ya no iba a pasarme las noches hablándole a Sidney sobre ella. Y tampoco podría pedirle consejos para hacer avanzar nuestra relación, que, al final, se había quedado en nada.

Se había quedado en nada.

Ella siempre había estado ahí, me había dicho que me quería de verdad, y yo no la había creído. Le había pedido tiempo y, al final, nos habíamos quedado sin él.

La ceremonia terminó media hora más tarde, después de que la madre

de Eleonor pronunciara unas palabras en su honor. La punta del barco que colgaba de la pulsera llevaba clavada en la palma de mi mano desde que habíamos llegado, pero no quise soltarla. Aunque me hiciera daño, no era ni por asomo comparable al dolor que sentía en el fondo de mi corazón.

Cuando la gente comenzó a dispersarse, Olivia y yo nos acercamos al féretro. Nada más llegar, quise contener las lágrimas, pero desistí. Ya me daba igual todo. No me importaba la lluvia, ni el barro, ni mi traje recién lavado. Me arrodillé y apoyé la frente contra uno de los laterales del ataúd.

A mis espaldas, Olivia sollozó y me dio un suave apretón en el hombro con la intención de darme su apoyo, pese a que ambos sabíamos que consolarme era imposible.

—Te quería —dijo ella en voz alta para que yo la pudiera escuchar—. Te quería con todo su corazón, Nash. No sé si alguna vez llegó a decírtelo, pero te quería.

—Lo sé —susurré.

«De hecho, fue lo último que me dijo».

—Entonces, espero que no lo olvides nunca.

Negué suavemente con la cabeza. No había forma de que eso desapareciese de mi mente. Iba a recordar cada una de sus palabras el resto de mi vida, al igual que a ella. El mero hecho de pensar que podría olvidarla me ponía la piel de gallina.

Lentamente, separé la frente del ataúd. Apreté los labios. Sabía que solo había unos centímetros entre su cuerpo y el mío, pero Eleonor no estaba allí. Se había marchado, y no iba a poder soportarlo. Ya me habían roto el corazón muchas veces, pero ella había roto esos pedacitos en otros más pequeños. Y, después, se los había llevado.

Ya no tenía nada.

—Vamos —dijo Olivia con una dulce voz—. Tenemos que irnos.

Luché por ponerme en pie. Olivia tenía razón: no podía quedarme aquí para siempre, por mucho que quisiera. Tenía que dejarla marchar.

Una vez de pie, bajé la mirada hacia la pequeña pulsera de cuero que tenía en las manos. Todavía recordaba la cara que había puesto cuando se la regalé, igual que todas las horas que me había pasado sentado al lado de la abuela, ayudándole a confeccionarla y hablándole de la persona a quien

se la iba a regalar.

Me acordaba de su sonrisa cuando le conté que se llamaba Eleonor, que adoraba leer y ayudar a la gente, y que era la chica más bonita que había conocido nunca.

Con timidez, Olivia me dio un golpecito en el hombro derecho. Quería que me diese prisa, pero no se atrevía a interrumpir el momento. Y la odiaba por ello. Sabía que no iba a conseguir irme de ahí sin que me obligasen.

No sin hacer algo antes.

Me di cuenta cuando volví a mirar el pequeño barco de la pulsera y vi sus ojos reflejados en él: no podía quedármelo.

Desenredé la pulsera, hice un hueco entre las decenas de ramos de flores que la gente había traído para Eleonor y la coloqué entre ellos.

—Si no es tuyo, no quiero que sea de nadie más —le susurré, y no me refería a la pulsera.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos. Por alguna razón, era incapaz de soltar una sola palabra. Mi frase había quedado inacabada, como si esperase una respuesta de su parte. Algo que nunca iba a llegar.

—Nash... —murmuró Olivia, pero no le hice caso.

—Te quiero. No lo olvides nunca, ¿vale? No me olvides nunca. —Sorbí por la nariz—. Adiós, Eleonor. Te recordaré el resto de mi vida.

No mentía. Había sido la despedida más sincera de mi vida, aunque también la más dolorosa, porque no dejaba de ser eso: una despedida. Todas ellas me rompían por dentro y había cosas que, sencillamente, no tenían arreglo.

\* \* \*

—¿Estás seguro de que no quieres que me quede?

Apoyé la cabeza en el respaldo y asentí con la cabeza. Todavía sin desabrocharme el cinturón, miré hacia la derecha por la ventanilla; ya habíamos llegado a casa.

Solté un suspiro. No tenía ganas de volver todavía.

—Puedo llamar a mis padres y decirles que voy a pasar la noche aquí —añadió Mike después de bajar el volumen de la música—. Ya sabes que soy poco costoso en ese sentido. Puedo cenar sobras, dormir en el sofá y ver alguna película que echen por la tele. Me da igual que sea una de zombis, así no me asustaré tanto cuando vea a Sidney recién levantada. — Estaba intentando hacerme reír, pero no lo consiguió. Cuando me volví hacia él, dejó de sonreír—. Vamos, Nash. Es una buena idea. Será una noche de chicos, como en los viejos tiempos. ¿Qué te parece?

Apreté los labios con mucha fuerza. Después, volví a sacudir la cabeza.

—No tengo ganas.

—Nash...

—Lo siento.

Cogí una bocanada de aire antes de salir del coche. Los labios me sangraban; me los había mordido durante todo el trayecto para distraerme.

En cuanto puse los pies en el suelo y cerré la puerta del coche, recordé haberle dicho a Eleonor que era algo que me pasaba de pequeño, porque tenía los labios secos, pero, en realidad, era mentira. Me lo hacía yo, a mí mismo, porque era una buena forma de descargar tensión. Y ella nunca había llegado a saberlo.

Odié que un recuerdo tan insignificante como ese me resultase tan doloroso. ¿Cuánto tiempo iba a necesitar para no relacionarlo todo con ella?

—¿Estás seguro de que quieres que me vaya? —insistió Mike, sacando la cabeza por la ventanilla—. Puedo pedir *pizza*. Y pagarla. Solo por esta vez.

—Tengo ganas de estar solo.

Algo en sus ojos me dijo que no quería irse. Sin embargo, prefirió no presionarme más. Se irguió, cogió el volante y me preguntó:

—¿Estarás bien?

—Cuando aprenda a vivir con ello, sí.

—Yo te ayudaré —me aseguró.

Nos miramos por última vez, y sentí un terrible nudo en la garganta — como si me estuviesen ahorcando— antes de darme la vuelta. A mis espaldas, Mike soltó un suspiro.

—Nos vemos otro día, Ashu —murmuró, pisando el acelerador.

Seguía sin tener ganas de entrar cuando llegué a la puerta de casa. Lo que menos me apetecía en ese momento era que mamá me diera su poco habitual cariño y que papá me dijera lo mucho que sentía mi pérdida. No podían decirme que iban a echarla de menos porque nunca habían llegado a conocerla, así que estar con ellos era como olvidar todo lo que había pasado, volver atrás en el tiempo, a cuando todavía no la conocía, y continuar desde ahí.

El problema era que no podía, y tampoco quería. Me negaba. Quería que Eleanor Taylor no fuera olvidada nunca; ella merecía ser recordada para siempre.

Y no solo por mí.

—Cariño...

Los ojos llorosos de mi madre fueron lo primero que vi nada más abrir la puerta. Sus brazos me rodearon con fuerza y me abrazó para darme ese consuelo que ella sabía que no podía proporcionarme. De todas formas, la abracé y sentí su corazón latiendo contra el mío, completamente desbocado.

—Siento tanto no haber podido ir contigo —musitó mientras se apartaba de mí—. Cogí un avión en cuanto me enteré, pero no me dio tiempo a llegar. No tendrías que haberte enfrentado a esto solo, Nash. A tu padre le hubiese gustado venir, pero...

Cogí suavemente sus manos para apartármelas de los hombros. En cuanto vi el dolor reflejado en sus profundos ojos marrones, me arrepentí de haberla soltado.

—No pasa nada. Estoy bien.

—No, cariño, no estás bien —me dijo—. Sé que la querías mucho. Debes de estar destrozado.

Lo estaba.

—No, no importa. Solo necesito estar a solas un rato, ¿vale? —Meforcé por sonreírle, pero fui incapaz—. No voy a cenar con vosotros esta noche. Lo siento, pero...

—Nash —me interrumpió.

No cedí.

—Estaré en mi habitación si queréis algo. Voy a pasarme el resto de la tarde allí. Necesito estar solo, de verdad. —Ella asintió, y yo me sentí aliviado. Sabía que estaba costándole mucho dejarme ir—. Y, ¿mamá?

—¿Sí?

—Te quiero.

Esta vez sí que logré esbozar una sonrisa que, aunque me dolió, bastó para tranquilizarla. Sentí su mirada color café clavada en mi nuca hasta que subí los escalones y entré en mi habitación, que parecía mucho más vacía que de costumbre.

Gemí antes de apartar la ropa que había sobre la cama y tirarme sobre el colchón. Recordaba haberla dejado ahí el día de antes, porque no quería llegar tarde a nuestra cita, pero al final no había habido ni cita, ni declaración, ni cena romántica, ni risas, ni nada. Solo lágrimas y mucho dolor. Demasiado dolor.

Suspiré y hundí la cabeza en la almohada. ¿Qué iba a hacer ahora?

Gritar. Eso era lo único que me apetecía. Gritar, llorar y romper cosas. Tenía ganas de darle puñetazos a la pared hasta destrozarme los nudillos, patear el armario y romperlo en mil pedazos. Tenía tanta rabia acumulada en el pecho que empecé a llorar. Pero eran lágrimas llenas de odio. Odio hacia mí mismo. Odio hacia el mundo, hacia la vida, hacia la muerte por habérsela llevado.

Grité, lloré y pataleé durante el resto de la tarde. Chillé hasta quedarme sin aliento, con la música a tope taladrándome los oídos. Acabé quedándome sin lágrimas y con los ojos completamente rojos. Quería morirme. O renacer. U olvidarla. U olvidarme. U olvidarlos a todos y poder vivir en paz.

Fue una de las tardes más duras de mi vida, en la que, al final, conseguí quedarme dormido. Pude imaginármela en sueños: dejé volar mi imaginación y la traje a mi lado durante unos segundos.

*«¿Por qué has tenido que irte?».*

*«Creía que siempre estarías aquí».*

Debían de ser las dos de la madrugada cuando me desperté. Estaba sudado y tenía el cuello adolorido; seguramente había dormido en una mala postura. Como pude, me tumbé de lado e intenté volver a soñar con

lo mismo. Quería que ella volviera y abrazarla muy, pero que muy fuerte. Y no soltarla nunca. Por nada del mundo la soltaría otra vez.

Me imaginé su rostro a un palmo del mío, como si pudiera observarla de cerca. Nunca había visto unos ojos como los de Eleonor; brillaban mil veces más que los del resto. En ellos se reflejaban todo el positivismo y alegría que la caracterizaban, todo el amor que sabía transmitir.

Odiaba pensar que se habían apagado para siempre.

*«Por favor, vuelve. Solo te pido eso. Por favor».*

Pero no ocurrió.

Suspiré mientras me llevaba las manos a la cara. Después, encendí mi lamparita de noche. Estaba volviéndome loco; iba a perder la cabeza si seguía torturándome de esa manera.

De repente, la soledad de mi cuarto me resultó desgarradora. Hacía unas horas, lo único que quería era estar solo, y ahora me moría por estar con alguien. Mi cama se volvió fría, y las paredes de la habitación me hicieron sentir encerrado y agobiado.

Sabía que no podría volver a dormir y que eso era peor; tener insomnio hacía que le diera vueltas a todo y pensara en muchas cosas. No podía seguir comiéndome la cabeza.

Sin pensármelo dos veces, me levanté. Los pies se me congelaron en cuanto empecé a caminar descalzo, pero no me importó. Salí al pasillo y llamé a la puerta de la habitación de la única persona que podía llenar el vacío que Eleonor había dejado en mi vida.

No hubo respuesta, por lo que supuse que estaba dormida, y entré.

—Sid —la llamé en un susurro. Ella se revolvió entre las sábanas—. Sid, despierta.

Verla tan adormilada me produjo ternura.

—¿Nash? —contestó bajito.

—Sí, soy yo.

Encendió la luz y tuvo que parpadear varias veces para poder enfocar. Estaba tumbada en la cama, con un pijama de color rosa y el ceño fruncido.

Me pregunté entonces cómo se habría tomado la noticia, y se me volvió a caer el mundo a los pies.



—¿Qué quieres? —preguntó soñolienta, mirando la hora en su reloj despertador—. Son las tres de la madrugada y mañana tengo que ir a clase.

Apreté los labios. Mañana, lunes. El instituto. ¿Cómo iba a soportar estar allí sin ella?

—Sé que va a sonarte muy raro y que posiblemente pienses que me he vuelto loco, pero... ¿puedo dormir contigo esta noche?

Puede que viera todo el sufrimiento en mis ojos, porque me hizo un hueco y soltó un pequeño suspiro antes de decir:

—Anda, ven aquí.

Las sábanas de Sidney estaban calientes y olían a esa colonia de niña pequeña que mamá le había comprado por Navidad. Apoyé la espalda en el colchón, recogí las piernas para que no sobresalieran y estuve mirando el techo estrellado durante cinco minutos.

Sentí como me rodeaba con sus pequeños brazos, mientras su respiración se ralentizaba cada vez más. Supuse que estaría dormida, así que estiré la mano y empecé a hacer dibujos en su espalda. Luego, cogí aire.

Inevitablemente, recordé aquella noche en el sofá, cuando Eleonor y yo nos tumbamos juntos a mirar las estrellas. Ella no sabía que era la única chica a la que me había atrevido a llevar allí, y que seguramente fuese la última.

De un momento a otro, Sidney empezó a retorcerse a mi lado. Entonces, sin apartar la vista de los planetas del techo, le susurré:

—Sé que mamá te lo ha contado. ¿Cómo estás?

Me respondió más rápido de lo que esperaba; se había estado haciendo la dormida todo ese tiempo.

—No muy bien, ¿y tú?

—Como si me hubieran triturado el corazón. Es horrible.

—¿Tienes ganas de llorar?

Su pregunta me sorprendió.

—Sid...

—Llora —me animó—. Llorar no es malo, ¿sabes? Todo lo que dice la gente son estupideces. Hacerlo no te vuelve débil ni frágil, solo te descarga y te ayuda a desahogarte. Así que llora, Nash. Permítete hacerlo

hoy. Te prometo que lo guardaré en secreto.

Me mordí el labio y negué con la cabeza. Las heridas volvían a estar abiertas.

—¿De dónde te has sacado eso? —Intenté bromear, pero mi voz se volvió débil a medida que hablaba.

Sidney me acarició el brazo con cuidado.

—Venía escrito en lo que me regaló por mi cumpleaños.

—¿El libro?

—En realidad no era un libro, ¿sabes? Nunca lo fue —me contestó—. Era un cuaderno de anotaciones. Tuve que guardar el secreto, era la única condición que me puso.

—¿Qué?

—Hay cientos de cosas apuntadas ahí, Nash: dinámicas, frases... Cada vez que estaba deprimida, lo leía y conseguía animarme. Eleonor ha estado ayudándome todo este tiempo, aunque nadie más lo sepa.

Me dio un vuelco el corazón. Me había dado otro motivo para quererla, como si no tuviese razones de sobra. Pese a eso, intenté no parecer entusiasmado, porque no quería que Sidney se aferrase a los pensamientos de alguien que ya no estaba, y le dije:

—Todo eso ya no importa. Ella se ha ido.

Nada más decirlo, me di cuenta de que había sido demasiado cruel; su respiración se aceleró y temí que se pusiera a llorar. ¿Qué narices se me había pasado por la cabeza para decir eso? Yo no quería que olvidase a Eleonor. Estaba actuando como un idiota.

No obstante, una vez más, Sidney me demostró que iba muchos pasos por delante de mí. Aguantándose las ganas de llorar, me dijo:

—¿Sabes una cosa?

—¿El qué?

—El día de mi cumpleaños, cuando nos quedamos a solas, le hice jurar que cuidaría de ti. Ella me dijo que no me preocupase. Me prometió que lo haría. —Tragó saliva—. Así que no me digas que todo esto ya no importa, porque ambos sabemos que no es verdad.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Sid...

—Que Eleonor se haya ido no significa que esa promesa no siga en pie. Sé que lo hará, que luchará por ello con todas sus fuerzas. —Hizo una pausa. Yo tenía los ojos llorosos—. Cuidará de ti, Nash. Cuidará de todos nosotros, aunque sea desde ahí arriba. Puedes estar seguro.

A lo largo de nuestra conversación, Sidney me había soltado, pero, después de escuchar eso, la abracé con más fuerza y dejé que siguiese apoyando la cabeza en mi pecho.

En el fondo, sabía que tenía razón.

## 42. La gente no cambia

### Nash

Cuando bajé las escaleras, mamá estaba sentada en la mesa de la cocina, devorando un enorme plato de tostadas untadas con mantequilla y mermelada de fresa.

Se me revolvió el estómago al ver que había uno igual de grande para mí. No tenía ganas de comer ni beber, y tampoco de hablar con ella. Hubiese preferido que no se despertara para llevarme al instituto; podría haber ido andando y evitar que me preguntara si estaba bien y cuándo volvería a estarlo, que era en lo que se habían basado nuestras conversaciones esa última semana.

—Vamos —me dijo nada más verme entrar en la cocina—. Si no te das prisa, no te dará tiempo a desayunar.

—No tengo hambre.

—Esa excusa ya no me sirve, Nash. Tienes que comer.

Me encogí de hombros y me senté a su lado, lo más lejos posible de la comida.

—Ayer cené mucho, eso es todo.

—Deja de mentir. Tu hermana me contó que te fuiste a dormir muy temprano. —Me miró preocupada—. ¿Hace cuánto que no comes?

—Mamá...

—Contesta.

—Tres días.

Se llevó una mano a la sien, exasperada.

—¿Qué pretendes conseguir con eso? Ya te lo dijo el médico el mes pasado: estás muy delgado, tienes que comer más. Si no lo haces, te pasará factura. Es perjudicial para tu salud.

—Me da igual.

—No, no te da igual. Ya no eres un niño. No puedes seguir...

Cerré los ojos e intenté ser paciente para no soltarle nada de lo que después me arrepintiese. Me levanté y salí rápidamente de la cocina, pero mamá llegó a mi lado antes de que me colgara la mochila.

No dejó de mirarme hasta que levanté la cabeza.

—¿A dónde vas?

—Al instituto —respondí con sequedad.

—Pero ni siquiera hemos terminado de hablar. Entiendo que estés afectado; en esta última semana han...

—Ha sido una semana de mierda, mamá.

Sus ojos reflejaban tristeza. Titubeante, dio un paso hacia mí.

—No puedes quedarte encerrado en tu mundo para siempre —me explicó con cautela—. Sé que la querías, cariño, que ha sido importante en tu vida y que esto es duro para ti, como para todos, pero tienes que coger fuerzas e intentar superarlo. Me alegro de que hayas decidido volver a clase. Llevabas más de tres días sin salir de tu cuarto, ni siquiera para comer. Soy tu madre, te quiero más que a nada en el mundo. ¿Cómo no voy a preocuparme por ti?

Metí las manos en los bolsillos y me quedé en silencio, sin apartar los ojos de mis zapatillas, porque sabía que tenía razón; ya no era un niño y debía dejar de comportarme como tal. Sin embargo, no sabía cómo hacerlo. Solo quería echarme a llorar, olvidar todo lo que había pasado y ser feliz.

¿Por qué todo tenía que ser tan difícil?

Como me quedé en silencio, mamá soltó un suspiro y rebuscó las llaves del coche en su chaqueta.

—Vamos, vas a llegar tarde.

Estaba muy agradecido, pero ni siquiera tenía fuerzas para sonreír. Salimos juntos de casa y nos montamos en el coche, que yo solo veía dos veces al mes, cuando mis padres volvían de sus viajes para pasar un fin de

semana en casa.

Normalmente, cuando mamá regresaba de la capital y se ofrecía a llevarnos a Sidney y a mí, la música retumbaba en el interior del coche. Era una amante del buen *rock* y los grupos antiguos. Papá solía decir que ella y yo éramos muy parecidos en ese sentido. Su canción favorita había pasado a convertirse en una de las mías con el paso de los años; cada vez que la escuchábamos, la cantábamos como si la vida nos fuera en ello.

Sin embargo, en esa ocasión no tenía ganas de nada. Yo solo quería escuchar el silencio, por lo que permanecimos callados todo el trayecto.

Cuando llegamos al instituto, me quedé un rato dentro del coche, mirando por la ventanilla. Sabía que mamá se disculparía por la conversación de esa mañana aunque hubiéramos discutido por mi culpa, así que salí y la miré por encima del hombro antes de correr para entrar al centro.

A mis espaldas, mientras se inclinaba para cerrar la puerta que yo había dejado abierta, ella se despidió.

—Que tengas un buen día, cariño. Te quiero.

Las dos primeras horas fueron un infierno. Los miércoles teníamos una clase de francés doble. Yo solía sentarme en la última fila, ignorar a la señora Jameson y escribir en mi cuaderno, pero ni siquiera tenía ánimos para sacar el estuche de la mochila. Me quedé recostado sobre el asiento en silencio hasta que la profesora entró en clase y los hizo callar a todos.

Sorprendentemente, los alumnos le hicieron caso a la primera. Entonces, la señora Jameson preguntó cómo nos sentíamos respecto a lo ocurrido el domingo pasado y tuve que escuchar a decenas de personas que ni siquiera conocían a Eleonor hablar sobre ella y contar a la clase lo mucho que les había dolido su muerte.

Lucas apenas dijo nada, pero sus palabras fueron las únicas que me parecieron sinceras.

—No tengo mucho que decir acerca de Eleonor Taylor, excepto que creo que era una de las pocas personas de este mundo que merece ser recordada.

Todos los alumnos empezaron a murmurar en cuanto terminó de hablar, pero nadie parecía estar disconforme con él. Yo me limité a mirar

hacia otro lado y hundirme en la silla mientras Lucas volvía a su mesa y la señora Jameson comenzaba con la lección.

En cuanto sonó la campana, los alumnos abandonaron el aula rápidamente, pero yo preferí recoger mis cosas con tranquilidad. Al final, me quedé solo en la sala, junto a la profesora —que no tardó mucho en marcharse— y Lucas.

Cuando me quedaba a solas con alguna persona de su grupo de amigos, las cosas siempre terminaban mal. No tenía ganas de pelearme con nadie, así que terminé de guardar mis libros en la mochila, cerré bien la cremallera y me la eché al hombro.

Aunque pudiera parecer cobarde, prefería evitar enfrentarme a él, pero, antes de que pudiera salir de clase, se interpuso entre la puerta y yo. Sobresaltado, retrocedí tan rápido como pude. Debería haber sido más rápido.

—No estoy de humor para discutir ahora —dije con sequedad.

Él negó con la cabeza.

—No quiero discutir contigo.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

—He venido a disculparme.

Meses atrás, me habría reído en su cara, pero, en esa situación, dejé que Lucas continuase.

—Hace unas semanas, fui a hablar con Eleonor para pedirle un favor. Necesitaba arreglar todo lo que había pasado entre nosotros, quería que fuésemos amigos. Ella accedió con la condición de que intentase hacer lo mismo contigo, y la verdad es que he estado pensando mucho en ello. Me he dado cuenta de que me he comportado como un idiota desde que empezó el curso. —Cogió aire y apartó la mirada—. He sido más cruel contigo de lo que nunca nadie lo ha sido conmigo, te he dicho cosas horribles que no me gustaría que me dijeran a mí, y no quiero que esto continúe. Hace que me sienta como si fuera una mala persona, por eso he venido a pedirte perdón.

Podría haber rechazado sus disculpas, haberlas aceptado, haberlo mandado a la mierda o haberle dicho que todo estaba olvidado. Sin embargo, le pregunté algo completamente distinto.

—¿Por qué necesitabas que Eleonor fuese tu amiga?

Lucas frunció el ceño; parecía sorprendido.

—¿Nunca te lo contó? —Me quedé callado—. Quería integrarme en su familia. Su madre llevaba unos meses saliendo con mi padre, así que Eleonor era como mi hermanastra, supongo. ¿De verdad no te dijo nada? —Cuando me vio negar con la cabeza, arrugó la nariz—. Bueno, supongo que estaba esperando a que las cosas se confirmaran para decírtelo. Yo tampoco se lo he contado a nadie. Mi padre iba a pedirle matrimonio a Margareth, ¿sabes? Pero ninguno de los dos puede plantearse siquiera pensar en eso después de lo que ha pasado. —Sacudió la cabeza con tristeza—. En fin, me estoy yendo del tema. ¿Me perdonas?

Quise responder, pero estaba intentado asimilar lo que Lucas me había dicho. No podía creerme que Eleonor no me hubiese contado algo así. ¿Cuántas cosas me había ocultado? ¿Cuántas le había escondido al mundo? ¿Cuántos secretos se habían ido con ella?

Aunque, ¿acaso tenía sentido seguir haciéndose preguntas como esas?

Ya no valían nada, ella se había ido.

—Por si saberlo te sirve de algo —agregó, esbozando una sonrisa forzada—, Agatha y yo lo hemos dejado.

Su confesión me dejó sorprendido.

—¿Qué?

Lucas asintió con la cabeza.

—Me hizo lo mismo que a ti, Nash. Me enteré ayer gracias a un amigo. Cuando la llamé para preguntarle si era cierto, discutimos y..., bueno, creímos que lo mejor era dejarlo.

Solo durante un segundo, me sentí verdaderamente mal por Lucas. Yo también había sufrido algo así, sabía lo que era sentirse engañado de esa manera.

—Lo siento mucho.

—No, no lo sientas. Ahora sé por lo que te he hecho pasar. Supongo que me lo merecía.

—Pero no lo entiendo —agregué—. Parecía feliz contigo. Creía que había cambiado.

Lucas negó con la cabeza.



—Con el paso de los años, he descubierto que la gente no cambia, solo finge hacerlo —me respondió—. Era cuestión de tiempo que me hiciera lo mismo que te hizo a ti. En realidad, la culpa es mía por no haberme dado cuenta antes de que estaba cometiendo un error.

Asentí con la cabeza, pese a que no estaba del todo de acuerdo con sus palabras.

«La gente sí cambia. Yo he cambiado gracias a ella. Gracias a Eleonor».

—Ya.

—Entonces, ¿estamos en paz?

Ambos habíamos cometido muchos errores, así que no lo dudé. ¿Qué sentido tenía seguir guardándonos rencor?

\* \* \*

—No creo que debamos tirar eso.

Sin hacer ruido, me apoyé sobre el marco de la puerta y me crucé de brazos. Scott y Olivia estaban sentados en el suelo, frente a frente, desempolvando fotos y organizando documentos para guardarlos en unas cajas de cartón vacías. Ví unas cuantas más apiladas en una de las esquinas de la sala, llenas de trastos.

—¿Por qué no?

—No sé, parece... importante.

—¿Qué estáis haciendo?

Olivia se sobresaltó cuando me oyó. Estaba de espaldas, y, al verme, soltó un suspiro y se puso de pie.

—Uf. Hola, Nash. Te hemos echado de menos en clase estos últimos días —comentó—. ¿Dónde has estado? La profesora de inglés te ha quitado dos puntos de la nota final del trimestre. Por si te sirve de consuelo, intenté convencerla de que no lo hiciera, pero no funcionó. Ya sabes que es un auténtico bich...

—No estaba de humor para venir. Lo siento mucho —la interrumpí, observando el cuarto—. ¿A qué vienen todas esas cajas?

Scott se levantó del suelo. Tenía los tejanos llenos de polvo, y, cuando se los sacudió, sus rizos se balancearon de un lado a otro.

—El director nos llamó ayer para que fuésemos a su despacho —me explicó Olivia—. Quería hablar con nosotros en privado sobre la asociación. Tú también estabas invitado a la reunión, pero, como no te encontrábamos por ningún lado, le dijimos a Chris que asistiese en tu lugar.

—Vaya, lo siento. Estuve...

—No nos sirven las excusas, Nash. Deberías haber estado allí —me interrumpió Scott con cierta sequedad—. El director quería saber qué va a pasar con UAG ahora que Eleonor no está. Nos pidió que desalojásemos la sala si no íbamos a utilizarla más, y eso es justo lo que estamos haciendo. Así que, si no quieres ser un inútil, deja de hacer preguntas y ponte manos a la obra. Hay miles de cajas por llenar.

La crueldad que transmitían sus palabras hizo que quisiera salir corriendo de allí.

—No voy a ser capaz de ayudaros con esto —farfullé—. Lo siento, pero no estoy preparado. Todavía no.

No lo dije con mala intención, solo quería que me comprendiesen y entendieran lo mucho que me costaría hacer algo así, pero Scott se lo tomó muy a pecho. Sus ojos centellearon, llenos de rabia, y, cuando se acercó a mí, yo retrocedí.

—¿Estás de coña? —espetó—. ¿Llevas más de tres días sin venir a clase y ahora nos vienes con la mierda esa de «no estoy preparado»? Dios, tiene que ser una broma. ¿Acaso piensas que eres el único que está afectado aquí? ¿Que eras, eres y siempre serás la persona que más quería a Eleonor? ¿De verdad crees que eres el único que la va a echar de menos? No seas egocéntrico, joder. Estás siendo muy egoísta. Todos aquí la queríamos, y a todos nos duele tener que hacer esto, pero lo hacemos porque es nuestro deber. Deja de pensar solo en ti mismo y empieza a darte cuenta de que hay gente a tu alrededor que está sufriendo y que lo único que haces tú intentando dar lástima a todo el mundo es empeorarlo todo.

—Scott —intervino Olivia—, creo que ya es suficiente. Nash no está haciendo nada malo. No tienes que...

—No me puedo creer que lo estés defendiendo —la cortó, incrédulo—. Estoy cansado de todo esto. Me largo.

Olivia quiso ponerle la mano en el hombro para mostrarle su apoyo, pero él se apartó de inmediato.

Luego, nos miró de forma desdeñosa antes de irse y yo aguanté la respiración hasta que se marchó de la sala.

Jadeé. ¿De verdad estaba comportándome como un egoísta?

—No le hagas caso —dijo Olivia, que tenía la cabeza gacha—. Ha hablado sin pensar. Últimamente no sabe lo que dice. Todo este tema de Eleonor le está afectando mucho.

Resoplé.

—Como a todos.

Olivia negó con la cabeza. La seguí con la mirada hasta que volvió a sentarse, con las piernas cruzadas una sobre la otra y varias cajas medio vacías frente a ella.

—No es lo mismo. Ellos dos estaban muy unidos.

—Pero tú la conociste antes, ¿no?

No sabía si debía quedarme allí o ir a su lado. No podía quitarme de la cabeza lo que había dicho Scott. Pensé que tenía tanta razón que reflexioné sobre dejar de «ser un egoísta» y ayudarles.

—Sí, pero sigue sin ser igual. Eleonor y él eran como hermanos. Scott la idolatraba, aspiraba a ser como ella —soltó un suspiro—. Nunca se atrevió a decírselo, y supongo que ahora se arrepiente de no haberlo hecho.

Entonces respiré profundamente, cogí una caja vacía y me senté al lado de Olivia. Luego, empecé a llenarla de cosas. Ella me dedicó una pequeña sonrisa, como si me diera las gracias, antes de reanudar la tarea.

—Y... ¿cómo vas con Devon? —pregunté.

En realidad, no tenía el menor interés por saberlo. Solo quería forzar un tema de conversación para que no nos quedásemos en silencio. Si me callaba, mi mente divagaría, y sabía que pensar (en Eleonor) solo iba a torturarme.

—No del todo bien. Las cosas entre nosotros son complicadas. Hemos decidido darnos un tiempo y eso... Dejarlo estar, ¿entiendes? Hasta que el ambiente se tranquilice. Dylan volvió hace poco y todavía no es capaz de

asimilar la situación. La estabilidad de esa familia está cayendo en picado, Nash.

Se me subió el corazón a la boca.

—¿Dylan ha vuelto?

—Hace dos días —respondió—. Te lo habría contado antes, pero me resultó imposible dar contigo. Devon me dijo que había pasado unos días en casa de Megan, su novia. Al parecer, estaba muy agobiado. Regresó en cuanto se enteró de la noticia y... Bueno, no me contó mucho más, pero me imagino que estará muy afectado. Todos lo están. Sobre todo su madre.

—Dios mío —cerré los ojos con fuerza—. Debe de ser horrible.

Olivia suspiró.

—Lo es. Margareth está destrozada. Cuando volvió su hermano, Devon me contó que, en vez de enfadarse, le dio las gracias por haber vuelto. Le perdonó, Nash, porque decía que no podría haberlo soportado. No podría haber soportado perderle a él también.

Sentí un nudo en la garganta. «Perderle a él también».

Aguanté las ganas de llorar y asentí con la cabeza. De forma automática, mi mirada se clavó en la fotografía que Olivia tenía en las manos; no la había querido soltar desde que había empezado a hablar. De hecho, parecía estar manteniendo la conversación con las tres personas que aparecían en ella en vez de conmigo.

Me incliné un poco para verla mejor y, entonces, vi la cabellera rojiza de Scott, el pelo antiguamente castaño de Olivia y la dulce sonrisa de Eleonor, que transmitía mucha alegría.

—Fue mi regalo de cumpleaños —me sorprendió el comentario; supongo que se había dado cuenta de que la estaba observando—. Scott y ella se pusieron de acuerdo para escoger un marco bonito y eligieron esta foto porque la hicimos el día de la inauguración de UAG. Siempre ha sido muy valiosa para nosotros. La asociación entera lo es.

Lo pensé dos veces antes de decir nada.

—Entonces, ¿por qué vais a cerrarla? Tenía la esperanza de que siguierais luchando por sacarla a flote. A Eleonor le habría gustado.

Olivia levantó la cabeza. Tenía los ojos brillantes, llenos de lágrimas.

—No lo entiendes, ¿verdad? —musitó, con la voz quebrada—. Nunca

hemos sido tres fundadores, jamás luchamos juntos por hacer crecer la asociación. Solo ella lo hizo. Eleonor era la madre de todo esto, y ya no tiene sentido seguir peleando ahora que ella se ha ido.

Había vuelto a mirar la foto. De repente, una lágrima rebelde cayó sobre el cristal. Olivia sorbió la nariz, se secó los ojos con la manga de la camisa y me susurró:

—Oh, Dios mío. Lo siento. No debería ponerme así por esto.

Negué con la cabeza. No podía dejar de observarla.

—No importa. Ayer yo estaba igual.

Soltó una risita triste, se estiró en el suelo, llevó la vista hacia arriba y se tapó la cara con las manos.

—Nash, somos un par de idiotas.

—Lo sé.

Yo también me tumbé sobre la alfombra. Mis ojos se fijaron en el techo, tan blanco que parecía infinito, y solté un suspiro. Scott tenía razón; me estaba comportando como un egoísta. No era el único que sufría.

—Si ella estuviese aquí, ya nos habría soltado una metáfora para hacernos reflexionar o algo por el estilo —comenté.

—Seguro que sí —respondió ella, y esbozó una pequeña sonrisa—. Y tú, ¿cómo estás? Has faltado tres días a clase.

Me incorporé para poder mirarla a la cara.

—Mal. No puedo dejar de pensar en... todo, ya sabes.

—¿Has probado a distraerte con alguna otra cosa?

—Intenté escribir —le dije—, pero no funcionó. Soy incapaz de sacármela de la cabeza. Escribí dos relatos, ambos sobre ella, pero me traen tantos recuerdos que no los he vuelto a leer. De hecho, más de una vez he pensado en tirarlos a la basura.

Olivia frunció el ceño.

—¿Por qué? —indagó—. No deberías malgastar tu talento de esa forma.

Me reí sin ganas.

—¿Qué talento?

—No seas tonto. Lo único que digo es que, si tienes ganas de escribir sobre ella, hazlo. No tienes nada que perder.

Apreté los labios. Escribirlos me había traído muchos recuerdos, y dolían tanto que llevaba más de una semana pensando en deshacerme de ellos, como si eso me ayudara a olvidarlo todo. Pero sabía que no podía. Por mucho que intentara convencerme de ello, no podía olvidarla. No quería olvidarla.

Y tampoco quería que nadie lo hiciera.

Necesitaba algo que me ayudase a aliviar lo que sentía ahora que ella se había ido. Algo útil. Pero ¿y si lo había encontrado ya? ¿Y si siempre había estado ahí y yo nunca había querido verlo?

*«Eleonor Taylor es una de esas personas que merecen ser recordadas».*

Ahora lo entendía todo. ¿Por qué había tardado tanto en darme cuenta?

—Olivia, creo que quiero hacer una locura. Posiblemente nos metamos en un lío, porque estoy bastante seguro de que es ilegal, pero necesito que me ayudes. He tenido una idea, y créeme si te digo que es la mejor idea que se me ha ocurrido en toda la vida.

## 43. Una idea descabellada

### Nash

No pude quitarme esa idea de la cabeza en toda la mañana. Me obsesioné tanto que dejé de darle importancia a las clases. Durante la hora de matemáticas, dibujé con lápiz un croquis mal hecho para organizar el plan. En música, lo coloreé. Y después, en historia, lo tiré a la basura porque me di cuenta de que nada de lo que había escrito tenía sentido.

Lo que empezó siendo un mero borrador del proyecto acabó convirtiéndose en algo peligroso. Sabía que nada de lo que había pensado estaba bien, pero me daba igual. Aunque el plan me llevara al infierno, tenía muy claro que lo iba a llevar a cabo.

Sí, había mucho que perder, pero todavía más que ganar. Si las cosas salían bien, el resultado sería increíble.

Acababa de encontrar la forma perfecta de despedirme de ella; tenía la enorme necesidad de dejarla ir, de recordarla, honrarla y que todo el mundo supiese quién y cuán importante había sido Eleonor Taylor.

Con este último pensamiento rondando mi cabeza, llegué a casa, cogí las llaves del bolsillo trasero del pantalón, abrí la puerta y subí rápidamente las escaleras del porche.

Cuando entré, parecía que la casa estuviera vacía. En el vestíbulo no se oía nada y el ambiente era tan frío que parecía que no hubiera nadie desde hacía horas. La televisión estaba apagada, las persianas bajadas y las luces sin encender. Sin embargo, yo sabía que sí había alguien.

Dejé la mochila en el suelo del pasillo, me quité el abrigo y corrí

escaleras arriba. Sidney debía de estar en su habitación, como era habitual. Solía ser la primera en llegar del colegio. Sarah, su cuidadora, iba a recogerla poco antes de la hora de comer y se encargaba de traerla a casa. Después, siempre se iba —aunque no debía— con la excusa de que tenía recados que hacer y asegurando que volvería pronto.

Ni siquiera me molesté en llamar a la puerta antes de entrar en su cuarto. Sid estaba mirando por la ventana, de espaldas a mí, y, a juzgar por la posición de sus brazos, debía de tener un libro en las manos.

Me sentí apenado. No quería que se diese la vuelta y que aquello que estaba hojeando resultase ser, en realidad, algo más personal y doloroso..., como el cuaderno que Eleonor le había regalado.

—¿Nash? —inquirió mientras llevaba las manos a las ruedas de la silla para hacerla girar—. ¿Qué haces ahí parado? Me has asustado.

Clavé la mirada en lo que sostenía sobre su regazo, y se me hizo un nudo en la garganta; efectivamente, era el cuaderno. Mierda.

—Solo..., solo quería preguntarte cómo te ha ido en el colegio.

—Oh, genial. He hecho un nuevo amigo. Se llama Cari. —Sonrió durante un segundo, pero luego se preocupó por mí—. ¿Y tú? ¿Estás bien? No sabía que hoy ibas a ir al instituto.

—Tenía que hacerlo. Llevaba más de tres días sin pasarme por clase. Los profesores me habrían suspendido si no hubiese vuelto ya. —Dejé ese tema antes de liarla todavía más y le pregunté—: Por cierto, ¿dónde está mamá?

—Se ha ido.

—¿Qué?

—Esta mañana, papá la ha llamado desde la capital porque la necesitan en una reunión importante. Me ha pedido que te avise, y quiere que la llames si te encuentras mal o algo así. Me dijo que lo sentía por tener que irse tan pronto. Sabe que la necesitas.

Quise contestar, pero no tenía nada que decir.

De camino a casa, había llegado a la conclusión de que contarle a mi madre lo que tenía pensado hacer era una buena idea. A fin de cuentas, ella me quería y se preocupaba por mí, de modo que no había nadie mejor para decirme si mi plan era o no una locura. Aunque, en realidad, ya sabía que



lo era.

Solo necesitaba que ella me dijese si, pese a eso, le parecía que merecía la pena.

—¿Seguro que estás bien? Tienes mala cara —añadió Sidney después de unos segundos en silencio.

Su pregunta me sorprendió.

—¿Qué? Sí, sí. Estoy perfectamente.

—No mientas. Sé que llevas varios días sin comer y que apenas sales de casa. Además, ayer por la noche, cuando fui a tu habitación, me di cuenta de que no estabas dormido. ¿Tienes insomnio? Si necesitas apoyo, quiero que sepas que...

—Estoy bien, Sid —la interrumpí, tratando de ignorar el cuaderno que tenía en las manos—. Estos últimos días han sido algo duros, pero ya estoy mucho mejor. Creo que lo estoy superando.

Mentía.

Mentía, y era la cosa más cruel que había hecho nunca delante de mi hermana. Me dolía engañarla, pero tampoco podía permitirme contarle mis sentimientos como si nada. Todavía me acordaba de lo que Scott me había dicho hacía unas horas: tenía que dejar de intentar darle pena a todo el mundo, porque solo conseguía empeorar las cosas. Lo mejor era guardármelo todo para mí.

*«Hasta que explotes».*

Escuchar su voz dentro de mi cabeza por poco me cortó la respiración, sobre todo porque sabía que eso era exactamente lo que ella me habría dicho si hubiera estado conmigo.

—De hecho, creo que voy a salir esta noche. He hecho planes.

Sidney enarcó las cejas. No se creía absolutamente nada de lo que le estaba contando.

—¿Planes con quién?

—Con Olivia.

—¿Se puede saber para qué? —Curioseó.

Me sentí incómodo; no podía contarle lo que me traía entre manos. Ni a ella ni a nadie.

—Vamos a ver una película —respondí—. Julie también viene.

Quieren llevarme para que me olvide de todo un rato y... No sé, me ha parecido una buena idea.

Mentira, mentira, mentira.

—Lo es —coincidió.

Nos sonreímos de manera forzada y luego hubo un silencio muy incómodo. Sidney seguía teniendo aquel cuaderno de tapas oscuras sobre sus rodillas. Estaba a punto de excusarme y salir, respirar profundamente e ir a mi habitación, pero, de repente, mi hermana me llamó.

—¿Nash?

Me detuve con la mano en el pomo de la puerta.

—¿Uhm...?

—¿Te acuerdas de lo que te dije la otra noche? Lo del libro que Eleonor me regaló —me miró fijamente a los ojos y abrió el cuaderno con cuidado—. Bueno, pues he estado releyéndolo y...

—Cúidalo como un tesoro, ¿vale?

Ella negó con la cabeza.

—Quiero que lo tengas tú.

—Sidney...

—Estoy hablando en serio, Nash —me cortó. Parecía muy decidida—. Ahora es tuyo. Yo ya no lo necesito. Lo he leído tantas veces que me lo sé de memoria, por eso estoy completamente segura de que va a ayudarte mucho. Cógelo.

No podía dejar de pensar que lo que debía hacer era rechazar su regalo, salir de la habitación e irme a mi cuarto, pero fui incapaz y me acerqué a ella. Una parte de mí se moría por tener esa libreta en las manos, pero, al mismo tiempo, creía que estaba actuando mal y que solo era un capricho.

Finalmente, lo cogí. Sidney me sonrió y, antes de volver a cerrarlo, lo hojeé.

—¿Estás segura de esto? —le pregunté.

—Completamente. Ahora es tuyo. Aprovéchalo.

—Lo haré.

Rodeé la libreta con los brazos y la apreté contra mi pecho, como si fuera Eleonor y no un viejo cuaderno. Como si Eleonor de verdad estuviera allí, entre esas palabras escritas a mano con una bonita

caligrafía.

\* \* \*

A las nueve de la tarde del jueves, llamé a Olivia para que se reuniese conmigo en la otra punta de la ciudad, cerca del parque donde Eleonor y yo llevábamos a cabo las dinámicas, y que tantos recuerdos me traía.

El lugar donde la esperé estaba tan iluminado que apenas se notaba que era de noche. Había cientos de farolas a cada lado de la calle, los coches iban y venían a toda velocidad y me topé con varias personas que habían salido a hacer ejercicio. Además, había una alcantarilla entreabierta, e intenté mantenerme alejado porque el olor que desprendía me provocaba ganas de vomitar.

Mi impaciencia aumentó.

Como no podía ser de otra forma, Olivia llegó diez minutos tarde. Llevaba unas mallas ajustadas rosas y una camiseta de manga larga del mismo color; no era ropa muy adecuada para nuestra misión, pero no le dije nada. En el fondo, estaba muy agradecido porque hubiese venido. Sabía que íbamos a hacer algo peligroso, por lo que me sorprendió que no se hubiera echado atrás.

La saludé y la reñí por su impuntualidad antes de empezar a caminar.

Cuando llegamos, después de habernos pasado más de la mitad del camino sin intercambiar ni una sola palabra, nos pusimos muy nerviosos. Percibí que tenía miedo y oí como tragaba saliva de vez en cuando, pero la entendía; yo también estaba aterrorizado. Lo que estábamos a punto de hacer era la cosa más absurda que se me había ocurrido nunca.

Pero iba a salir bien. No podía ser de otra forma.

—¿Preparada?

—¿Estás de coña? No. No podemos hacer esto. ¡Es de locos!

Solté un suspiro. Por un instante, tuve ganas de olvidarme de todo e irme a casa, porque sabía que estaba en lo cierto, pero me dejé llevar por mi corazón y tiré de ella para que se agachase. Nos escondimos detrás de un arbusto.

A Olivia se le enredaron algunas ramitas en el pelo, se las quitó y miró hacia la casa.

—Una locura. Esto es una jodida locura.

Su comportamiento no me estaba ayudando.

—Oh, vamos. No digas eso. ¿Has hecho lo que te pedí?

—Sí, aquí tienes la linterna. —Prácticamente se la arrebaté de las manos. Ella gimió, como si el hecho de dármele le hiciese sentir mal—. Nash, creo que no deberíamos hacer esto.

—¿Y lo otro? —agregué, ignorándola por completo.

Olivia resopló, molesta, pero al final asintió.

—Está hecho. Esta mañana he estado en la habitación de Devon y he dejado la ventana abierta. Si él no la ha cerrado, dudo que otra persona lo haya hecho. Así que no tendrías por qué tener problemas para salir si ocurre algo.

—¿En la habitación de Devon? —indagué, arqueando las cejas—. Vaya, creía que os estabais dando un tiempo.

Se puso colorada.

—Bueno, es... complicado.

Me mordí el labio y desvié la vista. Había intentado bromear con ella para tranquilizarla, pero no había funcionado.

Me armé de valor, me puse de rodillas y estiré el cuello para mirar por encima del arbusto. Todas las ventanas estaban cerradas, menos la que supuse que era de la habitación de los gemelos. Un poco más a la derecha, estaba la única cuyas cortinas se veían desde el exterior. Nunca podría olvidar la primera vez que la había visto asomarse entre ellas.

La habitación de Eleonor. Ese era mi objetivo.

Con un movimiento rápido, me volví hacia Olivia y le hice una señal con la cabeza. Entonces, ella hizo exactamente lo que habíamos hablado: me mostró la pantalla de su móvil, que tenía la hora marcada en letras grandes y alargadas. Las nueve y doce. Según nuestros cálculos, debían de estar a punto de salir.

—Mira, allí están.

Efectivamente, así era. Me volví a esconder detrás del arbusto cuando vi como se abría la puerta. Distinguí las cabelleras rubias de Devon, Dylan

y su madre, y el pequeño cuerpo de Lizzie. Iban muy elegantes, como si fueran a una cena importante. Sin darse cuenta de que estábamos allí, los cuatro bajaron por las escaleras, atravesaron la puerta de la verja y se montaron en el coche.

Me esforcé por no salir corriendo cuando la madre de Eleonor hizo rugir el motor. Segundos después, el vehículo desapareció.

Se habían ido. Ya no había vuelta atrás.

—¿A dónde se supone que van?

—A casa de mis padres. Los han invitado a cenar.

—Ah.

—Nash. —Olivia me detuvo antes de que me pusiera de pie. Me agarró la muñeca, temerosa—. Ten cuidado, por favor.

Antes de que le pudiera decir que sí, que no se preocupase, me rodeó el estómago con los brazos. Me abrazó con fuerza, se separó de mí y me dirigió una mirada llena de sentimiento.

—Todo saldrá bien —me aseguró.

Tragué saliva.

—Lo sé.

Esas fueron las últimas palabras que intercambiamos. Con el corazón en un puño y la certeza de que la tenía ahí, apoyándome por si las cosas no salían bien, me levanté y corrí hacia la casa.

## 44. Tú eres mi tesoro

**Nash**

Solo cuando hube cruzado la carretera para llegar hasta la puerta de la valla que rodeaba la casa de Eleonor me di cuenta de que, al salir, Devon había cerrado con llave. Eso significaba que no había otra forma de entrar que romper la cerradura y, como yo no era lo suficientemente fuerte como para abrir la verja de una patada, solo me quedaba una opción: saltar.

Tragué saliva mientras observaba la enorme valla que iba a tener que trepar. A mis espaldas, Olivia susurró algo desde el arbusto, pero no me giré; si lo hubiese hecho, me habría echado atrás, y no podía permitirme dudar de esa manera. No después de haber llegado hasta allí.

En realidad, saltar no me parecía un problema, porque sabía cómo hacerlo. Además, tampoco era la primera vez. Ya lo había hecho en otra ocasión, y con Eleonor mirándome. ¿Qué podría pasar?

«Aparte de romperme la cadera, nada». Inspiré profundamente antes de mirar el punto más elevado de la valla. Medía, por lo menos, dos metros y medio de alto. Solo setenta y cinco centímetros más que yo.

«Por ella», me dije. «Lo haces por ella». Metí un pie entre dos barrotes y, cuando comprobé que la verja era medianamente estable, puse el otro más arriba. Di un salto, rodeé las puntas afiladas de la parte superior de la valla con las manos y me impulsé con todas mis fuerzas hasta quedar sentado entre dos de ellas.

El corazón me dio un vuelco cuando, una vez arriba, miré hacia abajo y me percaté de lo lejos que estaba del suelo. Mierda.

—Muy bien, Nash —susurré, intentando animarme—. Ya has hecho la parte fácil. Ahora toca la más complicada: bajar sin matarte. Vamos, ya has hecho esto antes. No es tan difícil.

Cerré los ojos y empecé a contar. No quería pensar en nada porque, si le daba muchas vueltas, me echaría atrás. Y no podía permitírmelo.

Tomé aire.

«Tres, dos, uno...».

«Ya».

Cuando salté, un pie se me quedó atascado entre dos barrotes y me comí el suelo. Olivia gritó, el césped amortiguó el golpe y la tierra mojada lo hizo todo más desagradable. Me empapé de arriba abajo, incluso la ropa interior.

Pero estaba en tierra firme. Lo había conseguido. Había saltado la valla. Y había sobrevivido.

Eufórico, me levanté de un salto y le hice una señal a Olivia para que supiese que estaba bien. La vi suspirar desde el arbusto antes de que volviera a esconderse tras él, aliviada. Entonces, supe que había llegado el momento de entrar. Ahora tenía que ir más allá, conseguir aquello que buscaba. Y tenía que ser rápido.

A una velocidad sobrehumana, subí las escaleras del porche y saqué del macetero más próximo a la puerta la llave que Olivia me había asegurado que siempre escondían allí.

Cuando por fin conseguí pasar al recibidor, traté de no hacer ruido. Todavía no había sonado ninguna alarma, pero no podía dar por hecho que no hubiese una. La casa, que estaba completamente vacía, era tan siniestra que me puso los pelos de punta. No sabía qué me asustaba más: ir a la cárcel, que hubiese cámaras vigilando (lo cual iría ligado a lo anterior) o encontrarme con un alma en pena vagando por aquellos pasillos oscuros, dispuesta a matarme.

Nada más encender la linterna y echar a andar, ellos me abordaron. Los recuerdos se me clavaron en el pecho como estacas, y la vi: Eleonor estaba allí, con sus ojos brillantes, abrazándome. Diciéndome que me había echado de menos, el día de su cumpleaños. Me acordé de la pulsera, del diploma y del miedo que Devon me hizo pasar. Mike y su interrupción

para ir al baño. Olivia animándome a buscar nombres con los que rellenar los formularios. Eleonor tan inocente como siempre, sin enterarse de nada, y yo aguantándome las ganas de besarla cada vez que abría la boca.

Aquel día fue especial; nunca había hecho algo así por nadie.

Y dudaba que llegase a hacerlo por alguien más.

«Sé que es un regalo muy cutre. No tienes por qué mentir».

«No digas tonterías. Me encanta, es el mejor regalo que me han hecho nunca y estoy completamente segura de que me la verás puesta todos los días».

A medida que subía las escaleras, el dolor que sentía era cada vez más grande. Trataba de mirar solo al suelo, iluminado por la linterna, porque era consciente de que más allá solo había oscuridad. La falta de iluminación siempre me ponía nervioso. Sobre todo allí, en una casa como esa, que albergaba tantos recuerdos dolorosos.

La primera puerta que vi nada más llegar al segundo piso estaba pintada de dos colores: una parte era azul y la otra, roja. Había letras blancas atornilladas en la madera: «D&D».

Al localizar la habitación que tenía la ventana abierta, me tranquilicé y eché un vistazo al pasillo. Girando a la izquierda, estaba el baño. A la derecha, la habitación de Margareth y la de Lizzie. Y, al fondo, tras una puerta que no debía de haberse abierto desde el día del accidente, estaba el cuarto de Eleonor.

Los pies me pesaban cada vez más conforme me acercaba a ella. Sabía que entrar ahí iba a ser una tortura.

Aun así, crucé la puerta.

En cuanto puse un pie sobre el suelo de la habitación, percibí su olor. Distinguí ese toque a jazmín de su perfume, y juraría que el aroma que desprendía su champú también estaba impregnado en el cuarto.

No me sentía capaz de seguir avanzando a oscuras, así que dejé la linterna a un lado y encendí la luz. De inmediato, mi móvil empezó a vibrar, pero lo ignoré porque sabía que sería Olivia advirtiéndome de lo arriesgado que era lo que acababa de hacer, porque cualquiera podía ver la habitación iluminada desde fuera y correr a avisar a la familia Taylor de que alguien había entrado en su casa.



Solo por si acaso, me acerqué a la ventana y corrí las cortinas. Luego, me di la vuelta. Tenía que empezar a buscarlo ya.

Las paredes grises del dormitorio de Eleonor estaban casi vacías. La única decoración que había en ellas eran un par de fotografías viejas colgadas sobre la cama y un folio arrugado colgado encima del escritorio.

Lentamente, me acerqué para poder leerlo. Se me vino el mundo abajo cuando me di cuenta de que era el diploma. Su diploma, aquel que yo le había regalado por su cumpleaños. Y lo había colgado en su habitación, a la vista de todos. ¿Tan importante había sido para ella?

El papel era fino al tacto y estaba bien arrugado, tal y como se lo había entregado ese día. Aunque no había pasado mucho tiempo, yo lo sentía todo extrañamente lejano.

¿Cuánto había pasado? ¿Siglos? ¿Años? Tan solo unos meses. Solo que, por aquel entonces, perderla me parecía algo imposible, porque ni siquiera la tenía todavía, y ahora me arrepentía de no haberle dicho todo lo que sentía por ella mucho antes.

El tiempo se nos había ido de las manos mucho más rápido de lo que nadie habría pensado.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, así que lo volví a doblar e intenté no llorar. No era el momento. Pero, entonces, encontré algo que me provocó un dolor en el pecho todavía peor: sobre el escritorio había un diploma exactamente igual que el mío, escrito con una letra distinta. Estaba a medio hacer.

E iba dedicado a mí.

*Para Nash Anderson:*

*Creo que cada persona tiene un objetivo en la vida y que ese objetivo es, sin duda alguna...*

Quise encontrar la continuación. Revolví todos los papeles habidos y por haber, tratando de dar con ella, pero no encontré nada. No existía. Al acariciar la tinta con los dedos, me di cuenta de que ya estaba seca. Pese a

ello, el bolígrafo que había sobre la mesa no tenía capuchón. Seguramente lo había escrito ese día. El del accidente.

Cuando la perdí.

Cogí el papel, lo doblé con cuidado y me lo metí en el bolsillo. No iba a llevarme el que le había hecho yo, porque era suyo, pero sí ese, porque era mío. Y no podría vivir sabiendo que había dejado en manos ajenas algo que ella había hecho para mí.

«El día de tu cumpleaños, haré un maldito diploma y te lo entregaré en una carta. Todavía no he pensado el título, pero ten por seguro que será increíble. Y, cuando termines de leerlo, yo estaré ahí para que me abracés. Te lo prometo».

Pero mintió. Sin quererlo, mintió.

Intenté dejar mis sentimientos aparte, me sequé las lágrimas con la manga del jersey y tomé aire antes de empezar a buscar aquello a por lo que había ido. No podía entretenerme, debía ser rápido. Revolví a toda prisa los cajones de la cómoda, abrí el armario y miré debajo de la cama. Pero no había nada. Después, me fijé en la estantería. Eleonor tenía decenas de libros, a cada cual más gordo que el anterior, perfectamente ordenados por colores.

Por suerte, di pronto con uno que destacaba entre los demás. Era mucho más delgado que el resto y del lomo colgaba un hilo rojo.

El corazón me dio un vuelco cuando por fin lo tuve en las manos. Allí estaba, había conseguido mi objetivo, lo había encontrado. Había encontrado el diario de Eleonor.

Apenas era capaz de mantener el pulso estable de lo emocionado que estaba. Los dedos me temblaron cuando abrí el cuaderno para echarle un vistazo. A medida que pasaba las páginas, ese cosquilleo nervioso que tenía en el estómago se fue intensificando. Solo me dio tiempo a leer frases sueltas, pero fue suficiente para reparar en el valor de aquel diario.

Desde el día en que nos conocimos hasta la primera vez que me dijo que estaba enamorada de mí la noche de la fiesta de San Valentín, hacía casi dos semanas. Eleonor había redactado toda nuestra historia en esas páginas, contando día por día, detalle por detalle, sin dejarse ninguno. Ella y yo estábamos descritos ahí. Sus gustos, los míos, sus pensamientos, lo

que sentía, lo que nunca me dijo...

Absolutamente todo.

Ni siquiera era consciente de todas las cosas que podría hacer con eso. Había muchísimas posibilidades, a cada cual mejor que la anterior. Aunque yo tenía claro desde un principio qué era lo que iba a hacer. Ese diario era la clave.

Me quedé helado cuando volví a una de las primeras páginas del cuaderno. La frase que la encabezaba había sido escrita hacía exactamente cinco meses, y recordaba a la perfección la charla que habíamos tenido días antes de que eso ocurriese.

«No me arrepiento de ser su amiga gratis. Algo me dice que perder el tiempo con Nash Anderson merece la pena».

—Mierda.

De repente, mi móvil vibró otra vez. Asustado, agité el cuaderno y un pequeño papel arrugado, que debía de estar escondido entre sus páginas, cayó al suelo. Después de mirar el teléfono, me agaché para recogerlo. Era una nota escrita con mala caligrafía en un pósito amarillo.

*Últimamente, las cosas no nos están yendo bien y, aunque vosotros digáis que no, sé que yo soy el que tiene la culpa de todo. Lo único que hago en esta casa es causar problemas. Por eso he decidido irme durante un tiempo, hasta que la situación se calme. Pero volveré. Volveré pronto.*

*Os lo prometo.*

*Con amor, Dylan.*

*P. D.: Te quiero, mamá. Diles a Devon y Lizzie que los echaré mucho de menos.*

Le di la vuelta al trocito de papel, en busca del nombre de Eleonor, pero no había nada; la parte trasera estaba vacía.

La nota solo iba dirigida hacia esas dos personas.

Y Eleonor era quien la había encontrado.

Apreté los labios. Durante un segundo, pensé en contárselo a Olivia, a Devon y a Scott, en decirle a todo el mundo que Dylan había sido un mal hermano para ella, pero descarté esa idea inmediatamente. No podía hacer eso.

No después de todo lo que había pasado.

Me prometí que lo guardaría en secreto, agarré con fuerza el diario y salí corriendo de la habitación.

\* \* \*

En cuanto terminé de bajar la verja, pude volver a respirar tranquilo. Olivia echó a correr hacia mí nada más verme. Se había hecho una coleta alta y tenía los pantalones llenos de barro. A juzgar por la intensidad de su mirada, deduje que había estado asustada, tanto por lo que pudiese pasarme a mí como por la forma en la que eso podría haber repercutido sobre ella.

Escaneó todo mi cuerpo hasta llegar al cuaderno que rodeaba con los brazos. Suspiró de alivio y me dijo:

—Me alegro de que lo hayas conseguido.

—Creías que no lo haría, ¿verdad?

—Era una maldita locura —se excusó—. Lo siento por intentar llevar la voz de la razón en esto.

—Pero lo he logrado, así que vas a tener que tragarte esa «voz de la razón» de la que tanto presumes.

Mi pequeña broma le sacó una sonrisa. Como mis pasos eran mucho más amplios que los suyos, tuvo que correr para alcanzarme y quitarme el diario de las manos. Por un momento, tuve ganas de arrebatárselo y decirle que no lo tocara, pero me contuve. Al fin y al cabo, Eleonor era su mejor amiga y tenía tanto derecho como yo de saber qué había escrito en ese cuaderno.

Sin embargo, Olivia no mostró interés por su contenido. Acarició las tapas, las palpó y, mientras me lo devolvía, me preguntó:

—¿Qué piensas hacer con él?

—No tengo ni idea.

Pero mentía. En realidad, sí lo sabía. De hecho, lo tenía todo perfectamente planeado.

Cuando llegué a casa, subí a darle las buenas noches a Sidney y me encerré en mi habitación. Sarah ya se había ido, por lo que la casa estaba en silencio.

Para evitar distracciones, me senté en la silla del escritorio y encendí el ordenador.

Hacía semanas que no podía dejar de pensar en la idea que se me había pasado por la cabeza hablando con Eleonor sobre mi futuro. Recordaba haberle dicho en más de una ocasión que de mayor quería ser escritor, que pretendía dedicarme a la literatura y pasarme toda la vida leyendo y escribiendo historias, que ver uno de mis libros en los estantes de una biblioteca era mi sueño.

Pero, a pesar de todo, seguía sin atreverme a escribir algo más largo que relatos de media página.

Era consciente de que, de ella saberlo, más de una vez se habría enfadado conmigo. Me habría dicho entre gritos que no tenía que pensar así, que tenía que ser positivo y tener confianza en mí mismo.

Nunca me había atrevido a escribir algo más largo que un relato porque no tenía inspiración, ni tampoco me sentía preparado. Nunca me había atrevido a escribir una novela porque sabía que no iba a ser constante.

Sin embargo, hacía tiempo que había encontrado fuerzas para hacerlo. Eleonor se había convertido en mi musa, mi inspiración, y había conseguido darme toda la confianza que me faltaba. Solo necesitaba ser constante, y la única forma de hacerlo era encontrar algo que me empujase a escribir. Entonces me di cuenta de que mis deseos de que el mundo la recordase podrían ser ese «algo».

Eché un vistazo al escritorio y me recosté sobre el respaldo de la silla. Lo tenía todo. Nuestra historia estaba resumida en esos dos cuadernos: sus pensamientos en el diario y sus bonitas enseñanzas en el libro que le regaló a Sidney. Ahora solo me hacía falta fusionarlos y crear una obra totalmente nueva. Una que lo contase todo.

Eleonor iba a ser quien narrase la novela en pasado, porque ella era la verdadera protagonista de una historia que, por desgracia, ya había acabado. Cambiaría los nombres del resto de personajes para que no se asemejasen a la realidad, y el instituto también sería distinto.

Pero Eleonor seguiría siendo Eleonor. Necesitaba conservar su esencia.

Puse los dedos sobre el teclado y solté un suspiro.

—Vamos, Nash —susurré—. Empieza de una vez.

El problema era que no sabía cómo arrancar. Ya tenía el narrador, el tiempo, el espacio y el contenido, solo me faltaba un comienzo. Todo libro debe tener uno con fuerza, que incite a seguir leyendo, que atrape al lector. Uno que le dé sentido a la historia.

Y más tratándose de mi novela. La mía precisaba de una frase inicial que de verdad hubiese sido significativa para los dos.

Sin pensármelo dos veces, alargué la mano y abrí su diario. En la última página, garabateada con su bonita letra cursiva de forma casi inentendible, la encontré:

*Creo que cada persona tiene un objetivo en la vida y que ese objetivo es, sin duda alguna, proteger un tesoro. Un tesoro tan valioso que ni el oro, ni los diamantes, ni las joyas, ni las piedras preciosas son nada a su lado. Es un tesoro particular, cada ser en la tierra tiene el suyo.*

*Y ¿sabes qué? Tú eres el mío.*

Con una pequeña sonrisa, empecé a escribir.

**PARTE CINCO**  
**RECONSTRUCCIÓN**

## Epílogo

### Nash

—No me puedo creer que hayas hecho algo así.

Eleonor cierra el manuscrito con fuerza y levanta la cabeza para mirarme. Hoy es veintiséis de agosto, uno de los últimos martes de verano que podremos pasar juntos. Estamos sentados en la gran cama doble que ocupa casi toda mi habitación. Ella está apoyada contra la pared y yo tengo la cabeza en su regazo.

Deja el borrador de mi libro sobre el colchón y baja la mirada hasta clavarla en la mía. No paso por alto que tiene los ojos llorosos. Tengo que morderme el labio para no echarme a reír.

—Lo siento —le digo, aunque no estoy siendo del todo sincero.

Ella niega con la cabeza.

—Mira cómo estoy. Eres una mala persona.

—No es verdad.

—Y un novio terrible. —Sorbe por la nariz y se abanica para secarse las lágrimas—. Dios mío, nunca creí que lloraría por la muerte de mi propio personaje. Esto es muy surrealista.

Sin poder evitarlo, esbozo una sonrisa. Aunque detesto verla triste, me reconforta saber que he conseguido emocionarla con mis palabras. Eleonor es una lectora complicada, de esas que tienen un corazón inquebrantable, y me siento orgulloso de haber podido llegar hasta él. Además, su opinión es muy importante para mí. Lo ha sido desde el minuto uno, porque, aunque yo la haya redactado, esa historia es tan suya como mía.



No obstante, es evidente que no vemos las cosas de la misma manera. Me mira, frunce el ceño y me golpea el hombro, molesta.

—Deja de reírte de mí —me pide, pero no borro mi sonrisa.

—Eres adorable.

—¡Me has matado en tu libro! —exclama. Entonces, me señala con un dedo—: Si crees que diciendo ese tipo de cosas vas a conseguir que deje de estar enfadada contigo, estás muy equivocado.

—En mi defensa, diré que era totalmente necesario.

—¿Para hacerme llorar como una tonta?

Me muerdo el labio y me incorporo.

—Solo en parte.

—Dios mío, voy a darte una paliza.

Como sé que no está hablando en serio, me acomodo sobre la cama y tiro de su brazo para pedirle que se acerque a mí. Eleonor se resiste al principio, pero acaba cediendo. Desprovista de timidez, se sienta de lado frente a mí y pone sus piernas sobre la mías. Ahora que está tan cerca, observo su rostro con detenimiento. Repaso su boca con la mirada, luego subo hasta su nariz y termino centrándome en sus bonitos ojos oscuros.

Ella se da cuenta de que la estoy observando y sonrío. Hace mucho calor en esta época del año, así que se ha hecho un moño descuidado para no asfixiarse. Aun así, está preciosa.

—Eres un mal novio —me repite en un murmullo, y yo enarco las cejas.

—Vaya, gracias.

—Te encanta hacer sufrir a mi personaje.

—No es verdad.

—Eso díselo a ella. Si hay suerte, quizás te responda desde la tumba.

Me río y le doy un suave empujón.

—Qué bruta eres.

Por suerte, Eleonor se ríe a carcajadas. Me quedo en silencio y la miro con una pequeña sonrisa en los labios. Me deleito escuchando su preciosa risa. De hecho, podría decir que es mi sonido favorito en todo el mundo.

Pero la tranquilidad que siento se esfuma en cuanto mis ojos vuelven a posarse sobre la pantalla del ordenador. He dejado mi portátil sobre el

escritorio, al otro lado de la habitación. El documento de texto que he abierto esta mañana solo contiene una palabra, escrita con letras grandes y mayúsculas: «EPÍLOGO». Tengo tan poca inspiración que llevo semanas sin poder redactar nada más.

Suelto un suspiro y me levanto; es hora de volver al trabajo. Justo cuando me alejo de la cama, Eleonor se pone de pie y se acerca a mí. Me agarra de la mano para detenerme. Cuando me vuelvo hacia ella, está haciendo pucheros.

—No te vayas todavía —me pide—. Llevas toda la mañana ahí sentado. Estoy cansada de escribir.

Enarco las cejas.

—Pero si tú nunca haces nada.

—Bueno, pues estoy cansada de que tú escribas. Vuelve a tumbarte conmigo.

Sé que no debería, pero no puedo evitar ceder. Sus dedos siguen entrelazados con los míos cuando nos volvemos a tumbar. Se arrastra hasta el final del colchón, apoya la espalda en la pared y me hace un gesto para que me acerque. Después de refunfuñar algo sobre lo mucho que me mal influencia, me vuelvo a acostar con la cabeza apoyada en su regazo.

Me gusta que no le tiemble el pulso cuando comienza a recorrer mi frente con los dedos. Se dedica a dibujarme figuras abstractas en la mejilla, en completo silencio, con total tranquilidad. El corazón me salta de alegría. Supongo que, después de todo lo que hemos pasado, me reconforta saber que se siente a gusto conmigo, que hemos dejado atrás todos los nervios y las inseguridades, y que ahora está cómoda cuando yo estoy cerca.

—Como sigas así, voy a quedarme dormido —murmuro, intentando mantener los ojos abiertos.

Esto me recuerda a la noche de las estrellas, cuando la llevé por primera vez a la nave donde solemos celebrar los cumpleaños de mi hermana. Sé que nunca lo olvidaré, porque he escrito una historia donde recopilo todos nuestros recuerdos juntos. Y he dejado que ella sea la primera en leerla.

Eleonor suelta una risita.

—¿Qué puedo hacer para impedirlo, Nash?

—Lo que quieras.

Duda un segundo, lo que hace que me replantee si debo decírselo de una forma más directa. Sin embargo, sin tener que añadir nada más, me besa. Es un beso inocente que me resulta mucho más corto de lo que me gustaría. Aunque la posición en la que estamos no me permite volver a besarla en condiciones, veo que está sonriendo cuando se separa de mí.

Luego, enreda los dedos en mi pelo. Durante unos minutos, cierro los ojos, y no los abro hasta que noto como sus caricias bajan por mi rostro. Ahora me perfila la mandíbula.

—¿Qué te pasa? —inquiero cuando me doy cuenta de que lleva mucho tiempo observándome.

Ella sacude la cabeza.

—Si te lo digo, vas a reírte de mí.

—No seas tonta.

—Mientras leía los últimos capítulos, me he metido en la piel del personaje. Creo que por eso me he emocionado tanto. Me he puesto en su lugar y, por un segundo, me he imaginado que era yo la que te perdía a ti —confiesa, con la voz ahogada. Luego coge una profunda bocanada de aire y pestañea para esconder sus lágrimas—. Dios mío, me parece que voy a llorar otra vez.

Se está riendo de sí misma, como hace siempre que se avergüenza de algo. La escena me conmueve y hace que el estómago se me revuelva. De repente, me entran ganas de abrazarla. No sé cómo darle consuelo; yo me sentí igual cuando redacté el final de la historia. El agobio del protagonista pasó a ser el mío propio, pero aun así, sé que escribirlo mereció la pena. Gracias a ello, ahora sé lo importante que es Eleonor en mi vida y que tengo muchas razones para sentirme afortunado por tenerla a mi lado.

Le acaricio la mejilla con los dedos, y ella recuesta la cara en mi mano.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad? —le susurro.

Soy consciente de que se lo digo demasiado, pero es que jamás me cansaría de pronunciar esas palabras. Me gusta cómo suenan en voz alta y que los ojos se le iluminen cada vez que las escucha.

—Sí, lo sé —responde, sorbiendo por la nariz—. Yo también te...

La interrumpo antes de que le dé tiempo a terminar la frase.

—Ni se te ocurra decirlo —le advierto. Ella parpadea, algo confundida—. Nos da mala suerte.

Pone los ojos en blanco. No permito que diga nada pero, a juzgar por la expresión de su rostro, se muere de ganas de pegarme una colleja.

—No me mires así —agrego con rapidez, y ella enarca las cejas—. Siempre que lo dices, pasa algo. La primera vez te atropellaron y te rompiste una pierna. La segunda, te caíste en la pista de patinaje. ¡Faltó poco para que te quedases sin dientes!

Porque esa es la realidad. Porque lo de aquel domingo, lo del accidente, solo fue un susto sin importancia. Porque hemos ido a patinar, al cine, a la piscina y al parque de atracciones. Porque, aunque no seamos una pareja del todo normal, por lo menos lo intentamos.

—Si te suelto, ¿me prometes que no vas a decirlo?

Eleonor asiente con la cabeza. Por desgracia, me doy cuenta demasiado tarde de que ha mentido. En cuanto le quito la mano de la boca, me coge de las mejillas y pega su rostro al mío. Justo cuando creo que va a besarme de nuevo, me susurra:

—Te quiero. Te quiero, y me da igual que la mala suerte recaiga sobre nosotros. Te quiero, te quiero, te quiero.

Sus palabras hacen que me dé un vuelco el corazón, pero me río para disimularlo.

—Vaya, no sé si voy a poder soportar todas las desgracias que se nos van a venir encima después de esto —bromeo.

—¿Acaso tienes miedo de que me pase lo mismo que a mi personaje?

—No juegues con eso —le digo seriamente.

—Vale, lo siento.

Hago ver que estoy indignado y aparto la cara, como si no aceptase sus disculpas. Ella se limita a poner los ojos en blanco, porque sabe que no estoy enfadado de verdad, antes de tumbarse a mi lado. Entonces, apoyo la cabeza en el colchón. Siento como me pone una mano en la barriga y se acuesta sobre mi pecho. No puedo verle la cara, pero imagino que ha cerrado los ojos. Tiene la oreja justo encima de mi corazón, y sé lo mucho

que le gusta aislarse del mundo para concentrarse en sus latidos.

Le paso los dedos por el brazo y, justo cuando estoy a punto de llegar a su muñeca, donde todavía lleva la pulsera que le regalé por su cumpleaños, me dice:

—No quiero irme, Nash.

Trago saliva. Mentiría si no dijese que yo tampoco quiero que lo haga. El verano está a punto de terminar, y el mero hecho de imaginarme lejos de ella durante todo el curso escolar me agobia. No obstante, sé que pedirle que se quede sería un acto egoísta. La universidad de psicología es donde debe estar; ha nacido para sacarse ese título y ambos lo sabemos.

Por eso, porque soy consciente de que solo yo puedo hacer que vea las cosas de otra manera, le digo:

—Vamos, son solo unos cuantos kilómetros. No hay tanta distancia. Nos veremos a menudo.

Miento. Apenas podremos quedar más de dos veces al mes, pero necesito consolarla de alguna forma. No quiero verla mal.

—¿A quién voy a contarle ahora todo lo que me pase?

—A mí. Seguirá siendo igual. Hablaremos todos los días.

—¿Y si me toca una Grace como compañera de cuarto? ¿Quién va a ayudarme a lidiar con ella?

Pese a que insiste mucho, no me rindo.

—Si eso pasa, les daré el móvil a tus hermanos para que le dejen las cosas claras. Apuesto a que saldrá corriendo después de escuchar a los tres *hombres sobreprotectores* que viven en tu casa. Incluso a mí me dan miedo, y eso que Lucas ahora es mi amigo.

Esboza una sonrisa, pero nada más.

—¿Y si algún día llego a casa y necesito un abrazo?

—Entonces, cogeré el primer vuelo que haya y me presentaré allí para dártelo. Te lo digo de verdad.

Giro la cabeza para mirarla a los ojos. Se ha incorporado y se está riendo.

—Eres un moñas —me dice, pero siento que algo me estalla en el pecho. Me alegra saber que soy capaz de hacerla feliz, aunque sea dejándome en ridículo. No obstante, estoy cansado de que se mofe, de

modo que tiro de ella para hacerla caer sobre mí e interrumpir su risa, lo que solo hace que se ría aún más—. Y un cursi. Eres asquerosamente cursi.

Pongo los ojos en blanco.

—Cállate, anda.

Vuelve a reírse, con la mejilla apoyada en mi pecho. Permanezco callado hasta que se calma. Entonces, tras unos segundos, confiesa:

—Voy a echar de menos esto.

—Yo también.

«No tienes idea de cuánto».

Cierro los ojos y cojo aire por la nariz. Su cercanía me relaja tanto que podría quedarme así todo el día, de no ser porque tengo un epílogo que terminar. Una historia que concluir. Estoy pasando por un bloqueo mental que lleva semanas frustrándome. Me agobia, porque estoy empezando a pensar que no hay un final que sea suficientemente bueno para lo que he escrito. He trabajado mucho en mi libro, y necesito acabarlo de una manera digna.

¿Dónde diablos está mi epílogo perfecto?

Entonces, el universo parece conspirar a mi favor. De pronto, alguien llama a la puerta de mi dormitorio. Sidney tiene la manía de entrar sin esperar a que le den permiso, por lo que tarda poco en meter su pequeña cabecita en la habitación.

—Vaya, he venido en un momento poco... oportuno —comenta—. ¿Queréis que vuelva luego?

Eleonor es la primera en reaccionar. Se incorpora a toda prisa, avergonzada. Al verla negar con la cabeza, suelto un suspiro y acabo levantándome también. Quiero mucho a mi hermana, pero no habría estado mal que se marchase y regresase al cabo de un par de horas.

Cuando por fin consigo sentarme sobre el colchón, Sidney entra en el cuarto y aparca la silla a unos metros de la cama, frente a nosotros. En el libro, la describí con un aspecto más infantil que el que tiene en realidad. A sus catorce años, las facciones de su rostro cada vez se asemejan más a las de una adolescente, pero sigue teniendo ese largo pelo oscuro y esos ojos azules que tanto la caracterizan.

En cuanto me ve, empieza a reírse. Supongo que debo de estar

despeinado o algo así, porque Eleonor se ríe con ella y me pasa los dedos por el flequillo.

—¿Qué tal las clases de teatro? —le pregunto.

Ella arquea las cejas.

—¿Ahora te interesan mis clases de teatro? —inquiérese, con cierto retintín. Me exaspero porque ya sé cómo sigue este sermón—: Últimamente pasas tanto tiempo centrado en tu libro y la asociación que apenas tienes tiempo para mí. Espero que encontréis a alguien que quiera encargarse de ella de una vez.

Miro a mi novia y veo que se está mordiendo el labio. Aunque me moleste admitirlo, Sidney tiene razón. Ahora que Eleonor y yo entramos en la universidad, necesitamos a alguien que esté dispuesto a sacar UAG adelante. Los socios siguen llegando durante el verano y nos está costando mucho convencer a los voluntarios más jóvenes de que tomen las riendas de la organización. Gracias a Dios, contamos con el apoyo de Lucas, que, debido a sus malas notas, tiene que permanecer otro año en el instituto.

Él sustituirá a Olivia y se ocupará de hacer las listas de socios.

El problema va a ser completar el resto del equipo.

—Cuando seas mayor, me encargaré de que tú la dirijas —le dice Eleonor.

Sonrío, pues sé que está hablando en serio. Si no lo hemos dejado todo en manos de Sidney ya, es porque acaba de empezar el instituto. Todavía faltan unos cuantos años para que los alumnos más mayores se atrevan a confiar en ella. Son demasiado orgullosos como para tener un voluntario tan joven como mi hermana, aunque ella esté más que preparada para ocupar el puesto.

—Lo sé —responde, algo conmovida. Luego se vuelve hacia mí y me dice—: Aunque eso no significa que tengas que ignorarme ahora.

Aprieto los labios.

—Lo siento.

—Ya, claro.

—Estoy hablando en serio.

El flequillo le cae de forma descuidada sobre la frente.

—No hace falta que te disculpes, solo que me prestes atención —

admite entonces. Después, sonrío de forma burlona—. ¿Qué pasaría si te dijera que, mientras tú has estado concentrado en tus cosas, yo me he buscado un novio muy guapo?

Mi cara debe de ser muy graciosa, porque las dos se echan a reír en seguida. Pero a mí no me hace ninguna gracia.

—Tienes que estar de broma.

Pasando por alto mi comentario, Eleonor cruza la habitación y se agacha al lado de Sid.

—¿Va a tus clases de teatro? —inquire, arqueando las cejas.

—¿Hay chicos guapos en tus clases de teatro? —pregunto yo—. Si es así, creo que voy a tener que decirle a mamá que te apuntes a otras.

Sidney sacude la cabeza y me doy cuenta de que me está ignorando.

—Le conocí en el instituto. Se llama Cari. Es un chico muy mono —esboza una sonrisa. Se está poniendo roja. Ay, Dios mío—. Me defendió de unas chicas que se metían conmigo. Dice que no tengo que hacerles caso.

—Claro que no tienes que...

—Nash, él cree..., cree que soy guapa —confiesa, bajando su tono de voz.

La miro, horrorizado.

—¡Oh, por el amor de Dios!

Sidney pestañea con inocencia.

—¿Qué pasa?

—¡Eres muy pequeña para eso!

—¡Pero si solo somos amigos!

Apunto a mi hermana con el dedo índice, acusándola.

—¡Hace un minuto has dicho lo contrario, señorita!

—¡Deja de ser un idiota, Nash! —exclama la pequeña—. ¡Cari es un buen chico! Me ha ayudado muchísimas veces. Estuvo conmigo cuando Emma me dijo que ya no quería volver a ser mi mejor amiga. Sabes lo mal que lo pasé. Se alejó de mí porque todos pensaban que yo era un bicho raro. De no ser por él, me habría quedado sola.

Guardo silencio y aprieto los labios para evitar soltar otra tontería. En realidad, antes solo estaba bromeando, pero ahora Sidney parece estar siendo sincera y eso me rompe el corazón. Odio escucharla decir que ha



sufrido por algo así. ¿Por qué tiene que existir gente tan cruel en el mundo?

—¿Y sabes qué es lo peor? —Agrega, con un hilo de voz—. Cada vez que Emma me pide ayuda con algo, cada vez que necesita cualquier cosa de mí...

—Tú se la das.

Ella asiente con la cabeza.

—Sí.

Me vuelvo hacia Eleonor y su sonrisa me transporta al pasado, a uno de los recuerdos que más disfruté plasmando en nuestro libro. Lo revivo todo en primera persona: siento mi dolor, escucho sus palabras, insisto como todo un cabezota y vuelvo a admirar ese don que ella tiene para hacerme cambiar la forma de ver las cosas. Para enseñarme a vivir.

Con ayuda de las metáforas.

En su despacho del pasillo.

Todavía en silencio, le echo un vistazo a la pantalla del ordenador. Este es el desenlace perfecto. ¿Qué mejor final que aquello con lo que empezó todo?

Sin darle más vueltas, me pongo de pie y me acerco a mi hermana. Ella levanta la cabeza cuando me arrodillo a su lado.

—¿Qué estás haciendo?

Como queriendo animarme a dar el paso, Eleonor agranda su sonrisa y me guiña un ojo. Nosotros somos el final que necesitaba. Porque su presencia aquí me confirma que la realidad siempre supera a la ficción, y supongo que esa es una de las muchas cosas que me gustaría demostrarle a todo aquel que lea este libro.

«Bienvenido a una dinámica improvisada de Eleonor Taylor. Espero que te sientas bien acompañado de mis locuras. Adelante, ponte cómodo».

Alargo la mano para apartarle un mechón de la frente a mi hermana.

—¿Te he contado alguna vez, Sid, por qué soy tan pero tan fan de los puentes levadizos?

El epílogo perfecto.

## Agradecimientos

Empecé a escribir *Un amigo gratis* el 13 de julio de 2016.

Por aquel entonces, yo no era más que una niña soñadora que tenía una idea a la que aferrarse. Redacté una historia que hablaba sobre bombas que explotan y decidí publicarla en Wattpad. Nunca pensé que podría llegar a tener ese libro en las manos, pero aquí está, y sé que ha sido gracias a toda la gente maravillosa que me ha apoyado en el camino.

Por eso, me gustaría darles las gracias:

A mis padres, en primer lugar, porque son las personas que más valoran lo que hago. Siempre me animasteis a escribir, incluso cuando esta historia no era más que el boceto de una sinopsis a medias. Vosotros sabíais que tenía un sueño y me disteis alas para que volara hasta él. Evitasteis que me rindiera. Gracias por ser mis *amigos gratis* en tantas ocasiones. Me siento muy afortunada de teneros en mi vida.

A mi hermana Laura, que fue la primera persona que escuchó las aventuras de Eleonor. Fuiste mi inspiración para muchas de las escenas más divertidas de esta novela. Algún día tendré que devolverte el favor.

A mis tíos y mis abuelos, que siempre han estado ahí para mí. Os quiero.

Al que siempre ha sido mi colegio y a todas las personas maravillosas que encontré allí. A Remedios, que se fijó en mis inquietudes literarias y me presionó para explotarlas al máximo. A esos dos compañeros que tantas horas de recreo se pasaron oyéndome hablar de mis libros, y a Lucía, Blanca y Clara por ser quienes me escuchan fuera del instituto. La verdad es que no sé cómo me soportáis.

A Antonia, mi librera de confianza. Has llenado de sueños mi estantería.

A María Teresa, mi lectora cero por excelencia. Creo que me faltan hojas para escribir lo mucho que te agradezco tu sinceridad, tu apoyo y tu experiencia. Has celebrado mis éxitos y me has impedido ceder ante mis fracasos. Espero seguir contando con tu apoyo (ya sabes que tú cuentas con el mío) durante mucho tiempo.

A Oz Editorial, por creer en este libro. Gracias a Cristina y al resto del equipo. No sabéis cuánto valoro la oportunidad que me habéis dado.

Por último, a mis lectores de Wattpad, que tantas sonrisas me han robado con sus comentarios. Vosotros fuisteis quienes les dieron vida a estos personajes, que han recorrido el mundo de vuestra mano. Gracias por todas esas lágrimas, por cada carcajada y por cada suspiro que les habéis regalado. De esta manera, me habéis permitido *hacerlos sentir*, y eso era lo único que buscaba cuando empecé a escribir este libro.

En definitiva, Nash y Eleonor no serían nada de no ser por todos los aquí mencionados. De su parte y de la mía, gracias.

Mil millones de gracias.



INMA RUBIALES (extremeña, marzo de 2002). Su pasión por la literatura surgió cuando solo era una niña y, después de pasar años leyendo las historias de otros, se le ocurrió que ya era hora de crear las suyas.

Actualmente, Inma continúa sus estudios de bachillerato mientras trabaja en sus apasionantes novelas.